



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XXXVI, Vol. CCX, Núm. 1 (enero-febrero de 1977).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12. D. F.
Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXVI

1

ENERO-FEBRERO
1977

INDICE

Pág. 3

**¿POR QUE DIGO QUE ELLOS SON
"MI GENTE"?**



1981
1982
1983
1984
1985
1986

Le dan hasta el 13.44% de interés neto anual.

somex

somex y



Banco Mexicano... son "mi gente"

SEDE: AV. DE LA UNIÓN 100, CDMX. TEL. 52 50 00 00

1986

FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DE LOS BOSQUES DEL
ESTADO DE OAXACA, EN SU PLANTA
EN TUXTEPEC, OAX., ELABORA PARA
EL SERVICIO DEL PUEBLO DE MEXICO
PAPELES PERIODICO Y PARA CUADER-
NOS DE LOS LIBROS DE TEXTO UNICO.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año VII, Número 26 Mayo-Julio de 1976

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*
 Secretario: *Juvenio Wing Shum*

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS: México: Impacto de la crisis mundial, opinan: Sarahí Angeles y Ricardo Torres Gaytán.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

D. F. Maza Zavala

Orígenes y características de la crisis capitalista actual.

José Luis Balcárcel

Guatemala: praxis de una historia e historia de esa praxis.

Ramón Martínez Escamilla

La Revolución Mexicana ¿superestructural?

Roberto Wasserstrom

El desarrollo de la economía regional en Chiapas.

TESTIMONIOS:

René Báez

Evolución reciente de la economía ecuatoriana

DOCUMENTOS Y REUNIONES

Angel Bassols

Estados, municipios y regiones

RESEÑAS DE LIBROS Y REVISTAS — DOCUMENTOS

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, anual 100 pesos, estudiantes 85 pesos. Exterior, anual 10 dólares E.U.A.

El envío al exterior por correo aéreo registrado cuesta 4 dólares.

E.U.A. por año; al interior del país, 20 pesos.

Números atrasados disponibles: 5, 6, 7, 9 y siguientes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

Obra clásica de la historiografía
económica del siglo XIX

COMERCIO EXTERIOR

DE MÉXICO

DESDE LA CONQUISTA HASTA HOY,

por

Riquel Surde de Tejeda.



MEXICO.

Impreso por Rafael Rafael, calle de Cadena, número 11.

1853.

Edición facsimilar
Nota preliminar de Luis Córdova

\$ 50.00

Para el exterior Dls. 5.00

Envíe cheque o giro postal a nombre del

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2º piso, México 7, D. F.



ATLANTICO

BANCO DEL ATLANTICO, S.A.

FINANCIERA DEL ATLANTICO, S.A.

HIPOTECARIA DEL ATLANTICO, S.A.

BANCO INTERNACIONAL INMOBILIARIO, S.A.

BANCO DE YUCATAN, S.A.

SEGUROS DEL ATLANTICO, S.A.

ARRENDADORA DEL ATLANTICO, S.A.

FONDO INDUSTRIAL MEXICANO, S.A.

UN NUEVO LIBRO

DIAZ MIRON O LA EXPLORACION DE LA REBELDIA

por

MARIA RAMONA REY

La autora trabajó conscienzadamente y durante largo tiempo en este importantísimo libro sobre el gran poeta veracruzano. Su lectura gratificará ampliamente a cualquier lector.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares U.S.</i>
México	110.00	
Extranjero		6.50

—oOo—

De venta en las principales librerías

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17



siglo veintiuno editores

ENTRE MARX Y UNA MUJER DESNUDA

Jorge Enrique Adoum

Apasionante y exasperante por la violencia de su lenguaje, por el cuestionamiento de nuestros valores culturales y por el desafío a las formas literarias tradicionales, este libro que se critica y ama a sí mismo sorprende a cada página.

VIGILAR Y CASTIGAR

Michel Foucault

¿De dónde viene la extraña práctica y el curioso proyecto de encerrar para corregir que traen consigo los Castigos penales de la época moderna? ¿Una vieja herencia de las mazmorras de la Edad Media? Mas bien una tecnología nueva: el desarrollo de un verdadero conjunto de procedimientos para controlar, medir, encauzar a los individuos y hacerlos a la vez dóciles y útiles.

LOS REGIMENES POLÍTICOS EN ASIA

Francis Doré

El estudio del poder político y del contexto económico, social y cultural de cada país asiático permite hallar la dimensión histórica que explica el juego de las fuerzas políticas en ese continente.

LATINOAMÉRICA: LAS CIUDADES Y LAS IDEAS

José Luis Romero

Una verdadera y profunda historia de Latinoamérica a vista desde sus focos más activos y ordenada a partir del desarrollo de sus centros de decisión.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:

SIGLO XXI EDITORES, S. A.

Ave. Cerro del Agua 248. Tel. 550-25-71

México 20, D. F.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en RENAULT nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama RENAULT para que usted escoja (RENAULT 4, 6, 8, 12 y 12 Guayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el RENAULT 12 paga . . .

32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srita. Andión.



VISITE LAS LIBRERIAS FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

UNIVERSIDAD

Av. Universidad No. 975
México 12, D.F.
Tel. 524-43-76, Ext. 2

LINDAVISTA

Av. Instituto Politécnico
Nacional No. 1805, Local A
México 14, D.F.
Tel. 586-34-05

SATELITE

Plaza Sateelite, Local 178
Ciudad Sateelite,
Estado de México
Tel. 572-35-03

REFORMA

Reforma y Havre
México 6, D.F.
Tel. 528-53-98

CUAUHTÉMOC

Av. Cuauhtémoc No. 80
Edificio del S.I.C.
México 7, D.F.
Tel. 588-69-18

NEZAHUALCÓYOTL

Chimalhuacán y Feison
Ciudad Nezahualcóyotl
Edo. de México
Tel. 558-38-79

ESCOBEDO

Mariano Escobedo No. 665
Deportivo Chapultepec
México 5, D.F. Tel. 514-07-97

INSURGENTES

Insurgentes Norte No. 59
Edificio del P.R.I.
México 3, D.F.
Tel. 566-02-00, Ext. 108

CINETECA

Río Churubusco y Tlalpan
México, D.F.

COMERCIAL FONDO DE CULTURA, S. A.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicación preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.
Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

INVIERTA EN VALORES

“ASOCIACION”

ASOCIACION HIPOTECARIA MEXICANA

S. A.

Reforma 96

Tel. 566-02-33
Oficio No. 601-II-29150. — CNBS

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y España	
		México Pesos por ejemplar	Dólares
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6	110.00	5.20
1948	Números 5 y 6	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3, 5 y 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Números 2 al 6	110.00	5.20
1956	Número 6	90.00	4.35
1956	Números 2 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Número 6	90.00	4.35
1959	Números 1, 3 y 5	90.00	4.35
1960	Número 1	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1968	Números 1, 3, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1969	Números 2, 5 y 6	90.00	4.35
1970	Números 4 y 6	90.00	4.35
1971	Número 6	55.00	2.65
1972	Números 3 al 6	55.00	2.65
1973	Números 4 al 6	55.00	2.65
1974	Número 6	55.00	2.65
1975	Números 1 al 5	55.00	2.65

SUSCRIPCION ANUAL

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros continentes		18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros continentes		3.65

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

• • •

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

REVISTA SIN NOMBRE CONVOCATORIA A CERTAMEN HOMENAJE A PEDRO SALINAS 1976

La revista SIN NOMBRE convoca a Certamen *Homenaje a PEDRO SALINAS* en conmemoración de los veinticinco años de su muerte para premiar el mejor ensayo inédito sobre su poema *El Contemplado*.

1. Podrán concurrir todos los escritores de lengua española.
2. Los concurrentes enviarán sus obras escritas en maquinilla a doble espacio en tres copias legibles, sin firma a revista SIN NOMBRE, Apartado 4391, San Juan, Puerto Rico 00905. El trabajo no excederá de cuarenta cuartillas. Llevará un título y un lema que servirá para identificar al autor. En sobre aparte lacrado, se incluirá el nombre del autor, su dirección y teléfono. El lema deberá aparecer en el exterior. El trabajo que no cumpla estos requisitos quedará fuera del certamen.
3. El plazo de admisión expira el 30 de octubre de 1976.
4. El jurado calificador estará compuesto por: José Miguel Oviedo, Margot Arce de Vázquez y Piri Fernández de Lewis. Rendirá su fallo por escrito a la Directora de la revista SIN NOMBRE, quien procederá junto a uno los jurados, a abrir el sobre que contiene el nombre del autor premiado.

El premio consistirá en \$500.00 en efectivo donados por Carmen Irene Marxuach y María de Lourdes Silva y la publicación en la revista SIN NOMBRE.

La entrega de premios se hará en un acto público en San Juan, Puerto Rico, el 4 de diciembre de 1976 en el local que se anunciará oportunamente.

NILITA VIENTOS GASTON
Directora

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del Nuevo Mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Suscripción 1977

	Pesos	Dólares
México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Europa y otros continentes		18.25
PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO		
México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Europa y otros continentes		3.65

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
Director: Alfredo A. Roggiano, Universidad de Pittsburgh
Secretario-Tesoroero: William J. Straub, Carnegie-Mellon University

No. 90

Enero-Marzo 1975

ESTUDIOS: SAUL YURKIEVICH, Nueva refutación del cosmos; RANDOLPH D. POPE, La apertura al futuro: una categoría para el análisis de la novela hispanoamericana contemporánea; ALICIA BORINSKY, Castración y lujos: la escritura de Manuel Puig; MARGERY A. SAFIR, Mitología: otro nivel de metalenguaje en *Boguitas pintadas*; JAIME CONCHA, D'Halmar antes de Juana Lucero; ALFREDO A. ROGGIANO, Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino.

NOTAS: MANUEL DURAN, In Memoriam: Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Rosario Castellanos; JOHN P. DWYER, Cuentos agazapados y otros temas: unas palabras con Gustavo Sainz; KEITH A. McDUFFIE, Sobre el universo poético de César Vallejo; MONIQUE LEMAITRE, Aproximaciones a Octavio Paz.

BIBLIOGRAFIA: ROSEANNE B. de MENDOZA, Bibliografía de y sobre Gabriel Márquez, *RESEÑAS:* RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ, Sobre Enrique López Albújar, *La diestra de Don Juan*; EVELIO ECHEVERRÍA, Sobre Nicolás A. S. Bratosevich, *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*; DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Hugo Rodríguez-Alcalá, *Narrativa hispanoamericana, Géneros-Carpentier-Roa Bastos-Rulfo* (estudios sobre invención y sentido); DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Ernesto Sábato, *Abbadón, el exterminador*; ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Sobre Klaus Müller-Bergb, *Alejo Carpentier: ... estudio biográfico-crítico*; ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Sobre Fray Ramón Páez, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*; ... el primer tratado escrito en América; ANGEL CAPELLAN GONZALO, Sobre Klaus Schwartz, *A New History of Spanish American Fiction: ... Vol. I, From Colonial Times to the Mexican Revolution and Beyond; Vol. II, Social Concern, Universalism and the New Novel*; TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Tomás Carraquilla, *Frutos de mi tierra*; TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Günter W. Lorenz, *Latinamerika: Stimmen eines Kontinents*; JOSE OLIVO JIMENEZ, Sobre Oscar Fernández de la Vega y Alberto N. Páez (editores), *Intuición a la poesía afroamericana*; JOSEPH V. JUDICINI, Sobre Carlos Martín, *América en Rubén Darío: ... Aproximación al concepto de la literatura hispanoamericana*; MONIQUE LEMAITRE, Sobre Octavio Paz, *Teatro de signos/Transparencias*; GEORGE MELNYKOVICH, Sobre di Giovanni, Halpern y Mae Shane (editores), *Borges on Writing*; JOSE OTERO, Sobre Gerardo Siena, *Ideología de la fuerza*; Teresinha Alvea Pereira, Sobre Clarice Lispector, *Água viva*; ALFREDO A. ROGGIANO, Sobre Mónica Mansour, *La poesía negriista*.

Suscripciones y ventas: William J. Straub, 274 Crawford Hall, Univ. of Pittsburgh.

Canje: Lillian Seddon, Lozano, 274 Crawford Hall, University of Pittsburgh.

Suscripción anual en los Estados Unidos, 10 dólares; 3 dólares en América Latina. Otros países, 10 dólares.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXVI

VOL. CCX

1

ENERO-FEBRERO

1 9 7 7

MÉXICO, D. F. 1^o DE ENERO DE 1977

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ



Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ



Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

Número 1

Enero-Febrero de 1977

Vol. CCX

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. La estrategia de la oposición española en la era postfranquista	7
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. El sistema mexicano sobrevive	20
JESÚS SILVA HERZOG. Francis Bacon y la investigación científica	28
JULIO LARREA. La política económica y la democracia en la educación	37
FRANCISCO NOYOLA VÁZQUEZ. La sociedad económica moderna	47
MANUEL S. GARRIDO. Tragedia y revolución en André Malraux	61

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

RISIERI FRONDI. Significado de la libertad	69
NÉSTOR GARCÍA CANCLINI. La estética de Octavio Paz: El conflicto del erotismo con la historia	83
FRANCIS DONAHUE. Política y estética: El teatro épico	97
JOHN M. KIRK. El aprendizaje de Martí revolucionario: una aproximación psico-histórica	108
GREGORIO WEINBERG. Hacia una "planetarización" de la historia	123

PRESENCIA DEL PASADO

MARIO FLORIÁN. La épica inkaika	131
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. Amauta: su proyección y su circunstancia.	142

CINTIO VITIER. Una fuente venezolana de José Martí . . .	150
FRANÇOIS CHEVALIER. El modelo mexicano de revolución . . .	172
MANUEL MAPLES ARCE. Alegría y queja de Panamá . . .	185

DIMENSION IMAGINARIA

BENJAMÍN CARRIÓN. Saúl Below, Premio Nobel de Literatura 1976	199
RUBÉN LANDA. Mis recuerdos de don Antonio Machado	208
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. En el cincuentenario de las "orientaciones" de Don Pedro	221
MÁRGARA RUSSOTTO. Realismo, lenguaje y significado: reflexiones sobre un cuento de Revueltas	233
Antología crítica de la prosa modernista hispano-americana, NOTA por ROSARIO REXACH	247
Relato de la Utopía, NOTA por MANUEL MEJÍA VALERA	250
INDICE GENERAL DEL AÑO 1976	253

Nuestro Tiempo

LA ESTRATEGIA DE LA OPOSICION ESPAÑOLA EN LA ERA POSTFRANQUISTA

Por Alvaro FERNANDEZ SUAREZ

EL 18 de noviembre de 1976, las Cortes españolas, supervivientes del régimen de Franco, votaron, por amplia mayoría, superior a los dos tercios de asistentes, una ley orgánica para la elección de dos cámaras legislativas con facultades constituyentes, congreso de los diputados y senado. El Congreso será elegido (si se aprueba la ley en referéndum nacional)* totalmente por sufragio universal y directo, con adjudicación de los escaños en régimen de proporcionalidad; el Senado será designado mediante sufragio directo, secreto y escrutinio mayoritario en sus cuatro quintas partes (la otra quinta parte es de nombramiento real) y representará a las provincias y a las plazas de soberanía del Norte de Africa.

Aun con las limitaciones que comporta ya de por sí la institución monárquica, más la reserva del quinto de designación del Senado por la Corona, subsiste el hecho asombroso de que la oligarquía *ci devant* franquista se haya convertido a la democracia contra todas las expectativas. Por nuestra parte no conocemos precedente de que la clase dominante de una dictadura de tales características haya transformado el sistema en una democracia, forzosamente liberal, pues de otro modo la operación no sería rentable para quienes la han acometido, como en su lugar veremos.

Esta mudanza inesperada ha tomado por sorpresa a todo el mundo y, desde luego, en primer término, a la oposición, a los partidos que, durante tantos años, militaron activamente y con riesgo, a veces trágico, contra el régimen de Franco. Esperaban que, muerto el dictador, España correría en tumulto, como una riada, para barrer las estructuras políticas del franquismo. En este supuesto, la oposición le ofrecía al *establishment* franquista un pacto político para llevar a cabo la transición sin violencia. Por cierto que los empresarios, efectivamente asustados por la ola de huelgas, imploraban, en los primeros meses de 1976, que se les concediese una tregua,

* El referéndum tuvo lugar el 15 de diciembre de 1976, siendo aprobado por una mayoría absoluta de ciudadanos.

un pacto social. A esto, uno de los dirigentes del Partido comunista, Sartorius, respondió que sólo un pacto político. Y, sin embargo, la oferta de la oposición no carecía de generosidad puesto que aún subsisten agravios y llagas muy sensibles de próxima o relativamente próxima data.

Pero el supuesto de un clima revolucionario era erróneo. Si bien la sociedad española estaba deseosa de un cambio democrático (las encuestas atribuían el setenta por ciento de los sufragios a repartir entre los partidos de izquierda y la democracia cristiana) los estratos medios de la sociedad española incluyendo a gran parte del proletariado, se mostraron reacios a cualquier movimiento susceptible de conducir a una conmoción dramática.

Entretanto, la oposición, consecuente con su teoría, calculó que el sistema postfranquista, presionado por las huelgas y las manifestaciones de masa, e incapaz de consumir la anunciada conversión democrática, se vería obligado a entregar el poder. Pero ya sabemos que el gobierno consiguió que los estamentos políticos del franquismo aceptasen la reforma y la oposición se encontró en mala postura después de haber gastado en vano sus fuerzas de combate.

Así, la oposición y muchos entre quienes hemos militado en el bando vencido en la guerra civil, nos vimos frustrados al no haberse realizado la natural expectativa de participar activamente en la transformación democrática del Estado. Ahora bien, creo que nadie tiene derecho a encerrarse en su propio fracaso y menos lo tiene a transferir a otros la culpa que le corresponda. El decoro intelectual y la propia dignidad exigen una crítica de los hechos sin propia condescendencia.

Está claro que el recuerdo de la guerra civil, unido al desarrollo del país en los últimos lustros, ha creado un talante de racionalidad y de estabilidad en este pueblo un tiempo tan apasionado. Por lo demás, aquí la democracia tiene que asentarse en amplios estratos de izquierda y de derecha y, por lo demás, sería insensato ignorar que existe un fuerte aparato del Estado y, sobre todo, ahí está la sombra del Ejército, mudo, enigmático, del que se sabe muy poco. Pero entre lo poco que se sabe destaca la insistencia de los mandos superiores, en buena parte formados en la guerra civil, en el sentido de que las fuerzas armadas aceptan todo cambio dentro de la legalidad (heredada del franquismo). A *sensu contrario* parecen decir que no capatarían cambios ilegales. Según cabe conjeturar de estos indicios, un programa de ruptura, como el propuesto por la oposición, en el que consta la desarticulación previa a las elecciones del Estado centralista, en beneficio de las nacionalidades periféricas, podría actuar a modo de explosivo. Por lo demás y en contraste, la

conversión de la derecha a la democracia, aunque impuesta por la conveniencia y la necesidad —luego hablaremos de esto más ampliamente— hace posible, en un Estado federal, conferir a las instituciones un arraigo comparable al que tienen en las sociedades anglosajonas. Sería una inhibición culpable no decir honradamente estas cosas.

Empero, estos juicios no desvanecen las naturales sospechas y celos de la oposición ante un fenómeno político tan sorprendente. ¿Cómo es posible que una oligarquía formada en la dictadura haya renegado de su esencia misma? ¿Cómo entender que una cámara legislativa donde esa oligarquía estaba representada con privilegio exclusivo se haya "suicidado" políticamente?

Ante todo, diremos que, para entender estos acontecimientos, es preciso distinguir entre la oligarquía política y la otra oligarquía, más permanente, menos vinculada a los azares del poder, menos vulnerable a las mudanzas, que está detrás de la primera: la oligarquía socioeconómica.

Esta otra estructura social se ha mantenido siempre, aun en los días triunfales del franquismo, en una actitud de reserva frente a los poderes entonces vigentes, sin perjuicio de servirse del régimen y de apoyarlo. Pero era perceptible, en estos otros grupos sociales, desde hace tiempo, una disposición propicia al cambio en el sentido de las democracias neocapitalistas occidentales. Es bastante natural dada la trama de intereses nacionales e internacionales en el mundo financiero, y la comunidad de vida y estilo, por encima de las fronteras, de las clases dominantes. Del mismo modo y en la misma línea, sería un error creer que la oligarquía capitalista española fuese enemiga del sindicalismo libre usual en países democráticos. Por el contrario, a menudo ejercía una crítica viva del sindicalismo vertical franquista que competía —era su queja—, en una subasta demagógica, con el sindicalismo ilegal, pero tolerado, más o menos, de las Comisiones Obreras, y a ambas organizaciones se añadía la burocracia del Ministerio de Trabajo, que sacrificaba a la paz social —esto decían los empresarios— la empresa y la economía del país. Era verdad en gran medida. España fue, en la década de los setenta, el país industrializado donde los salarios crecían a un ritmo más vivo (primero, sobre una base reducida que venía de los tiempos de la postguerra cuando los asalariados fueron objeto de una explotación feroz al amparo del terror político; pero, después, ya sobre una base muy mejorada, los salarios seguían creciendo con altos porcentajes). Por otra parte, los postulados del régimen (prohibición y luego estricta regulación de la huelga y estabilidad en el empleo) incitaron a montar un sistema que privó al empresario

de la facultad de despido transfiriéndola, de hecho, al magistrado, lo que había producido un grave desaliento de la inversión y un desorden sumamente pernicioso en la disciplina laboral con los consiguientes efectos negativos sobre la productividad. Por supuesto, este sistema presumía que el derecho de huelga estaba, primero, abolido, y después mermado o reglado con parsimonia, pero, en la práctica y ya durante los últimos años del franquismo, proliferaban toda clase de huelgas por sorpresa. España era un país laboralmente inestable y muy conflictivo. El empresariado estaba, pues, muy descontento y pensaba que sería preferible la plena libertad de la huelga y una regulación más liberal del despido y del empleo.

En otro plano, y en cuanto valga la propia experiencia, puedo decir que las grandes familias de la oligarquía económica disponen de personalidades sumamente capaces. Es un hecho importante para comprender la evolución del país en este período postfranquista y en el *aggiornamento* democrático actual que hubiera parecido inverosímil en un pasado cercano. El caso es que la oligarquía económica española pudo ver, y vio claramente, que la salida más razonable para la dictadura no estaba en el reducto militar del franquismo. Las fortalezas viejas no son seguras. Y, a menudo, tampoco las nuevas. Es siempre preferible maniobrar en campo abierto, si se cuenta con fuerzas suficientes y jefes hábiles y, si acaso, utilizar los puntos fortificados como apoyo y no como defensa principal. Por eso las clases dirigentes españolas parecen haber optado por un dispositivo de protección elástico, apto para absorber el impacto de las conmociones sociopolíticas y dotado de un exutorio de seguridad por donde evacuar los excesos de tensión, un *fluctuat nec mergitur* para correr los temporales. Si traducimos este sistema a términos políticos, la figura resultante se llama democracia.

¿Pero será una verdadera democracia? La oposición ha dicho, por de pronto y ante todo, que esa democracia era imposible pues ninguna clase política dominante se suicida. Mi compañero y amigo Ramón Tamames afirmó largamente en su libro *Quo Vadis, Hispania* que de la dictadura no puede salir la democracia. Tamames se ha olvidado, al enunciar este aserto, que milita en un partido marxista de rigurosa obediencia, donde es norma la dialéctica y en el que se ha venido profesando la tesis según la cual el camino que conduce a la supresión del Estado en el socialismo pasa por la dictadura del proletariado.

Lo cierto es que la oligarquía económica española optó por la democracia como el sistema más adecuado para la actual estructura socioeconómica de este país y el mejor para los intereses de la clase. No puede sorprendernos. Pero sí tiene que causarnos inevita-

ble asombro que la oligarquía política compuesta por hombres que han emergido a la vida pública a virtud de los mecanismos de cooptación o de designación del régimen franquista, haya adoptado igual criterio y producido una conversión espectacular a la democracia, sin duda no al modo de la conversión fulgurante del camino de Damasco pero sí por razonamiento y lúcido examen de la realidad nacional en este momento histórico y en el contexto económico e internacional en que se encuentra el país.

No es extraño que estos hechos inesperados hayan desconcertado a muchas personas y, desde luego, en primer lugar, a la oposición de izquierdas. La respuesta natural a tal fenómeno es afirmar que una democracia así tenía que ser fraudulenta y estéril. Supongamos que así fuera. Aun en tal supuesto, deberemos reconocer y decir, sin disimulos, que desde el punto de vista de un antifranquismo muy condicionado por los intereses de partido, cualquier democracia "otorgada" por el adversario, aunque fuese la democracia sueca hecha y derecha, con todos sus gajes, incluso la prosperidad en que se asienta, sería, para la oposición española de izquierda, un presente griego y tanto más "griego" cuanto más auténtica fuese. Una democracia de tal origen tiene, para los partidos democráticos, todo el aspecto de una usurpación. Es como si se nos privara de nuestro bien espiritual, de la línea de la Promesa, de la primogenitura, por mano del mismo que antes nos había arrebatado violentamente la libertad, el patrimonio y la vida.

Pues bien, sin embargo, estamos obligados a poner por encima de todo eso —con ser tanto— el interés del pueblo a largo plazo y también, con mayor motivo, en el futuro inmediato. ¿Es un mal o un bien que la democracia venga (pues a nuestro juicio ha de venir de todos modos) de las clases un día enemigas sin piedad de la misma democracia? Personalmente creo que las democracias más estables son aquellas que han nacido con el asentimiento precisamente de las clases conservadoras y, a veces, sus enemigas. Por supuesto, tales democracias han estado y están, en gran parte, al servicio de quienes las crearon y conformaron. Pero son, también, una posibilidad de evolución flexible hacia otras formas de convivencia social más justas o, simplemente, más avanzadas, como el capitalismo social escandinavo y el capitalismo fabiano del Reino Unido.

¿Pero será auténtica esta democracia que nos ofrece la derecha española?

Para responder a la pregunta es necesario atender a determinadas circunstancias de la situación política hispana, algunas de ellas meramente eventuales. Así, diremos que el increíble *aggiorna-*

mento no se debe sólo a conveniencias de clase. Tal vez esos intereses no hubieran podido vencer su propia inercia y la resistencia airada de los extremistas y fanáticos de su propio campo, si no fuera por un dato accidental y singular. El dato es que Franco, en vez de adoptar un sucesor de su misma estirpe política, combinase esta idea (en la persona de Carrero Blanco) con la fórmula monárquica en la persona de un monarca dinástico que invoca títulos y legitimidades tradicionales más allá, antes y después de la circunstancia histórica de cada día, y al mismo tiempo necesita vitalmente de la democracia. En efecto, si Franco hubiera optado por una sucesión republicana o por un jefe nombrado en cooptación dentro del sistema, como se practica en otras dictaduras modernas, es más probable que la oligarquía política del franquismo hubiera resistido incluso la presión de la clase que constituye el estrato más influyente de la sociedad española y se hubiera encastillado en sus posiciones ateniéndose a los resultados históricos del inmovilismo. Entonces, sí, de no mediar el fermento de mutación monárquico, con sus intereses propios, específicos, perfectamente diferenciables de cualquier otro, los cambios eventuales introducidos en el sistema por la oligarquía política serían cambios de forma o de apariencia, como ya hemos visto otros en vida de Franco.

Pero el hecho es que si Franco se jactó de haber dejado todo atado y bien atado para después de su muerte, la ironía de los hechos le indujo a suscitar, él mismo, en su herencia de vocación inmutable, a un desatador de ataduras, una institución que sólo puede vivir y asegurar su propia sucesión deshaciendo los laboriosos nudos de la dictadura.

La monarquía no podía aceptar y se negó a aceptar, desde el primer momento, el papel de esbirro estipendiado de una oligarquía. La monarquía aceptó, en cambio, la mediación del dictador para recuperar el trono, pero lo hizo con la reserva (consta en el discurso del rey en el acto de la proclamación) de que sus títulos eran inmanentes y provenían de un vínculo esencial con la nación y con el pueblo.

Por otra parte, el carácter en cierto modo anacrónico de la monarquía, en esta época, la priva de un *consenso de contemporaneidad*, fácilmente concedido, en cambio, como un crédito sin garantía o un don de nacimiento, a toda forma republicana de gobierno. La monarquía de hoy, al revés de lo que sucedía con la monarquía tradicional y con la constitucional del siglo XIX, tiene que ganarse, desde su primer vagido, el derecho a respirar y a vivir. Esto es muy importante para comprender la actual situación española. La época en que vivimos no reconoce ninguna fuente irracional de poder

(aunque la irracionalidad política de nuestro tiempo, en el fondo, no sea menor que en el pasado, pero esto es otra cosa). Al haberse secado las fuentes tradicionales del poder político queda la democracia como la única referencia posible para justificar el hecho, en sí mismo chocante siempre, de que unos hombres se atribuyan la potestad de gobernar a sus congéneres.

La monarquía, con títulos inmanentes y a pesar de esos títulos, se encuentra, pues, en una posición paradójica puesto que para subsistir acude a la actual fuente común, a la cantera común, al bien universal de donde emanan todas las legitimidades, es decir, a la democracia. Pero, además, despliega una acción positiva justificadora, con más sinceridad y con más celo y más autenticidad —repetimos que se trata de una paradoja histórica— que la forma republicana por la sencilla razón de que debe conquistar su justificación, no concedida "a priori" sino al contrario, la justificación de su poder, día a día, mediante servicios reales y una imagen que pretende y desea irreprochable ante el pueblo. De nuevo invocamos la realidad de los hechos. La realidad es muchas cosas lamentables pero es la realidad, que no suele encajar —cuando se tienen unos cuantos años se aprende esta verdad entre otras muchas— en los moldes en que solemos guardar, embalsamados, por conveniencia o por comodidad, los cadáveres de nuestras viejas certezas. La monarquía de hoy es irreconocible si se la compara con sus homónimas del pasado.

Ahora bien, la monarquía instaurada en España sin monárquicos no descansa sino en eso: en sus servicios, aparte la gran atracción popular que inspiran las personas concretas que actualmente la encarnan. Si no le ofrece al país la monarquía el tránsito hacia las nuevas instituciones, con evitación de cualquier trastorno que evoque la temida y aborrecida guerra civil, no sobrevivirá. Tiene que ser así. Pero, a su vez, la oligarquía política y no digamos la otra, la esencial y fundamental, la económicosocial, saben que no pueden prescindir de ella, de la monarquía, so pena de lanzarse a una aventura sin nombre, a un salto en las tinieblas. De ahí que se vean forzados a obedecer al monarca y a secundar las necesidades de la Corona que son las de verse ella misma liberada del peligro de tener que asumir las funciones permanentes del poder responsable. Por tanto, si la oligarquía no quiere arriesgarse a derribar la monarquía tiene que aceptar, con la monarquía, su condición de vida, es decir, la democracia. Y no puede ser sino una democracia sin tacha formal o no será nada ni servirá, en otro caso, para nada, en primer término no les servirá a quienes han montado y están llevando a cabo la operación democratizadora. En consecuencia, atribuirle al

gobierno el propósito de adulterar el sufragio es tanto como conferirle un diploma de tontería que no ha merecido en cuanto cabe apreciar por el curso de los acontecimientos. No tiene ninguna necesidad de apelar a semejantes recursos para alcanzar los fines que se ha propuesto. Por lo demás, es obvio que la monarquía —repetimos— necesita vitalmente una democracia sin reproche.

Ahora bien: el actual gobierno ha heredado del anterior la insensata exclusión de la legalidad del Partido comunista. No sabemos si el gobierno, antes de las elecciones, reconocerá patente de legalidad al comunismo "ortodoxo". En todo caso, es indudable que le convendría hacerlo sobre todo para dar facilidades a la concurrencia a las elecciones del Partido Socialista (PSOE) y, en general, de la izquierda.

La exclusión de los comunistas sí que es una tacha válida de la consulta electoral. Lo es también el hecho de que los grupos del centro y de la derecha gozan de una situación económica ventajosa por equitativas y correctas que sean, formalmente, las elecciones. Pero no vemos que esta diferencia de medios pueda compensarse de alguna manera sin una convulsión revolucionaria victoriosa de que no existe ningún indicio, salvo esporádicos actos de violencia y de presión que no conmueven las aguas profundas de la actual sociedad española como no sea para provocar en ella reacciones de mayor inercia y de hostilidad específica.

Se ha dicho, también, que una democracia engendrada en el lecho frío de la necesidad y de la conveniencia de la burguesía capitalista no puede ser sólida y duradera. No nos parece que esta tesis se ajuste a la observación histórica. Ejemplos relativamente lejanos y otros próximos desmienten la teoría.

El ejemplo relativamente distanciado corresponde al parlamentarismo británico que luce todos los óscars de una efectiva democracia liberal. Pero esta fórmula política, sin embargo, no es un solemne decálogo, como los de la Revolución francesa ni proviene de una clara estirpe filosófica como la constitución norteamericana sino que es producto del maridaje entre la corrupción y el oportunismo. Oportunismo, en efecto, el de los *whigs* que se aprovecharon del advenimiento de un rey que no sabía inglés para mediatizarlo y referir la perduración en el mando partidista a la voluntad del Parlamento mientras el rey, sin embargo, seguía ostentando todas las potestades y era dueño nominal de la flota, de la justicia y hasta de la oposición, mientras que el amo verdadero era una banda de la que no se sabe qué admirar más, si la avidez, la desvergüenza o la fortaleza, una fortaleza a un tiempo dura y corrom-

vida pues la prestigiaba la violencia militar y la valentía y aun el heroísmo (el de un Nelson por ejemplo).

Más adelante, bastó con trasladar la base electoral de los burgos podridos a unas circunscripciones más racionales e instaurar el sufragio universal con garantías para que apareciese la democracia parlamentaria británica, la fórmula política más sutil y fecunda del ingenio occidental, fecunda, digo, para Inglaterra, y más aún para quienes la gobernaban. Por último, la Era victoriana vino a poner a aquel sistema, tan pragmático como eficaz, un copete de respetabilidad y de justicia empelucada. Pero, de cualquier modo, lo indudable es que la sociedad británica, sean cuales fueren los reparos que se le pongan, ha vivido largos años y vive al amparo de un régimen democrático al que, dentro de los supuestos que el sistema comporta, no cabe ponerle tacha.

En época más cercana tenemos el ejemplo de la Tercera República Francesa, el régimen más duradero y también el más productivo que tuvo Francia desde la Revolución de 1789. La Tercera República Francesa fue la obra de monárquicos en demora y de diversos usufructuarios de la brutal y sangrienta represión de la Comuna de París. Como sabe cualquier estudiante de Derecho Político, se consiguió meter, casi subrepticamente, en la Ley orgánica del poder ejecutivo provisional, la palabra República por un voto de mayoría. Fue una República de burgueses oscilantes entre un radicalismo anticlerical y la evasión fiscal —el corazón a la izquierda y la cartera a la derecha—. Pero fue también, sin duda, una democracia que, entre otros éxitos, aparte la calificación moral que hoy nos merezca la obra, dotó a Francia de un gran imperio colonial y le dio el marco institucional de la victoria de 1918.

Finalmente, ahí está la República Federal de Bonn, impuesta, ya no por una oligarquía conservadora sino por los vencedores de la guerra —lo que le auguraba un triste destino— deseosos de debilitar al pueblo alemán. Pues bien: todos sabemos, pues el dato rompe los ojos, que esta República Federal, hija de padres mal dotados, ha vivido ya mucho más y con mejor vida —opulencia, paz y prosperidad inauditas— que la República de Weimar, instaurada por socialdemócratas puros y por ingeniosos y competentes profesores y juristas alemanes, pero vocada a un triste destino de miseria y fracaso, para morir, como murió, a manos del nazismo hitleriano. La República de Weimar le sirvió a Hitler para hincharse a sus expensas de un poder monstruoso. La espúrea República de Bonn, en cambio, está siendo gobernada por los socialdemócratas en un ambiente de amplio conformismo popular.

Son paradojas de la historia. . . Pues bien, no tanto como paradojas. Sucede, según creo, que la historia es cínica. No se puede decir que no jueguen en ella su noble juego los valores idealistas, pero esos valores se nutren con las sobras de una cocina cuyos manjares más substanciales conservan el tufo fecundo e indecente de su origen.

Entretanto, la izquierda española se escandaliza del pragmatismo de la derecha. La vía democrática de la derecha, vista desde la izquierda, tiene todo el aspecto de un robo y tanto más cuanto la democracia así ofrecida, así construida y por tales constructoras, promete ser más auténtica y verdadera.

¿QUÉ ha hecho la oposición democrática para responder a esta operación de las fuerzas conservadoras de la "reforma"?

Antes de contestar la pregunta no será ocioso delimitar la realidad aludida con las palabras "oposición democrática". No intentaremos, siquiera, pues sería un empeño a la vez inútil y temerario, enunciar los nombres de todos los partidos, grupos y grupúsculos que podrían reclamar su inclusión en tan nutrido y variado repertorio. Bastará decir que forman en la oposición democrática el Partido Socialista Obrero (PSOE), el Partido Comunista y unos cuatro grupos de extrema izquierda más algunas de las organizaciones regionalistas y, a mano derecha, socialdemócratas y Democracia Cristiana, fragmentada en varios partidos. Pero, en realidad, predominan claramente, en este conjunto de variado color, comunistas y socialistas, entre otras razones porque cuentan con organizaciones obreras capaces de ejercer presión sobre el Estado y sobre la sociedad mediante la huelga y la convocatoria de masas.

Los dos partidos principales disponían, a la muerte de Franco, de fuerzas importantes y podían aspirar, en principio, a desempeñar un papel determinante en la evolución política del país. Y, en efecto, no tardaron en movilizar sus medios de lucha con el propósito de obtener lo que llamaron "ruptura democrática" que consistía, fundamentalmente, en formar un gobierno de concentración en el que socialistas y comunistas deberían tener lógicamente posiciones destacadas aunque compartidas —suponemos—, en una primera fase, con elementos venidos del régimen franquista. Este gobierno convocaría elecciones a una asamblea constituyente que elaboraría una constitución sin ningún condicionante "a priori". En suma, se trataría de una recuperación pacífica de posiciones comparables a las que habían tenido la izquierda, el centro y las fuer-

zas regionalistas antes de la guerra civil. A este objetivo perentorio sacrificó la oposición todo lo demás. No se ocupó de presentar a la opinión pública un programa para hacer frente a los problemas que preocupan a todos, ni siquiera se dedicó a poner de manifiesto las vergüenzas y deficiencias que no faltan en el régimen de Franco. No se preocupó de mostrar una imagen atractiva que daba, de antemano, por adquirida.

En este puro vacío, como quiera que el gobierno no se avino a la "ruptura democrática" y optó por la reforma, los grupos preponderantes de la oposición pusieron en marcha una serie de huelgas y manifestaciones que, en algunos casos, dieron ocasión a incidentes serios. Los efectos de estos movimientos sobre la economía fueron muy graves (España ha sido en 1976 el país industrializado con más horas de trabajo perdidas): pero las organizaciones obreras, a su vez, sufrieron un desgaste cuyos síntomas se manifestaron en la fatiga del otoño, anunciado como "caliente" y que, de hecho, fue más bien templado.

En resumen, al final de la batalla, el gobierno no había hecho ninguna concesión y seguía dedicado a llevar a cabo la reforma política. Entretanto, el ministro de la Gobernación del primer gabinete de la monarquía ha hecho una sugestiva declaración acerca de aquel duelo entre el reformismo converso a la democracia y la oposición. Dijo Manuel Fraga Iribarne ("El País", 7 de noviembre de 1976): "Hubo unas semanas difíciles desde mediados de enero hasta el primero de mayo (de 1976) y no niego que hubo problemas e incidentes, sobre todo cuando el Partido Comunista y las Comisiones Obreras quisieron echarle un pulso al Gobierno en la calle, y la ETA con su campaña de asesinatos. Yo tengo elementos de juicio suficientes para testimoniar sobre esto, y puedo señalar que a mí se me dijo, con toda claridad, que no deseaban llegar a ningún acuerdo con el Gobierno, porque antes del primero de mayo nos habrían puesto contra las cuerdas".

No queremos entrar en la discusión de si, en el primer semestre del año que sigue a la muerte de Franco, fueron los opositores y no el gobierno quienes no quisieron negociar y, después, fue el gobierno quien negó o aplazó la negociación. Sea como fuere, es lo cierto que la estrategia de los grupos opositores no produjo el resultado previsto.

Salta a la vista que las fuerzas conservadoras españolas han salido robustecidas de la prueba. El "test" para apreciar este fenómeno podría ser una inspección en los reductos del "bunker" antes y después de la gran ofensiva de primavera emprendida por la opo-

sición democrática. Había entonces dos "bunkers": uno, las organizaciones —violentas— de extrema derecha falangista y fascista; el otro "bunker" no era violento sino político, menos cerrado, de tono conservador, pero, como el primero, habitaba, entonces, en aquellos meses que siguieron a la muerte de Franco, un fortín blindado para cerrar el paso a la reforma política. Hoy, el primer "bunker", el fascista agresivo que parecía acorralado, se ha echado a la calle y cubierto la ciudad con sus letreros y pintadas donde antes sólo se veían las consignas de la izquierda, a la vez que amenaza y, en algunos casos, ha cometido agresiones a las personas y más a menudo contra bienes y cosas (es el caso de las librerías que venden libros condenados por el bunker). En suma, el "bunker" de combate ya no está recluido en sus posiciones fortificadas. En cuanto al otro "bunker", el político, abandonó igualmente la acrópolis para descender al ágora y de este modo dejó de ser "bunker". Incluso se ha hecho demócrata como todo el mundo.

Nos parece muy significativo que ya no se hable del "bunker". En el primer semestre del año, los diarios y otros periódicos —estos últimos muy abundantes y alguno con tiradas que, al parecer, se acercan a los 500,000 ejemplares— la palabra "bunker" se imprimía decenas de veces en cada edición. Hoy es difícil encontrar tan elocuente vocablo. La diferencia entre el número de veces que antes se mencionaba y ahora se menciona la metáfora en cuestión puede medir, a mi juicio con gran expresividad y no desdeñable aproximación cifrada, el cambio en la relación de fuerzas estimadas antes y después de la ofensiva de enero.

La oposición democrática española tiene ante sí uno de los problemas más singulares que se le hayan planteado a una fuerza política que aspira al poder. No lucha contra un sistema cerrado ni contra una oligarquía dictatorial encastillada sino contra estamentos sociales y políticos flexibles, hábiles e inteligentes, tenaces y pacientes, al frente de un Estado que no muestra señales de resquebrajamiento. Tales son los hechos. La única debilidad que presenta el sistema postfranquista reside en los grandes problemas económicos y, más concretamente, el problema de la energía, cuyos incrementos de coste, en divisas, coinciden, casi cifra por cifra, con el déficit de la balanza de pagos española.

Por su parte, el mayor peligro que acecha a la oposición es haber cambiado de alojamiento con el viejo "bunker" político.

Me siento tentado de analizar las posibilidades de otra estrategia de la oposición como respuesta a las operaciones de sus adversarios. Pero temo que se considere presuntuoso que un impeni-

tente concertador de solitarios verbales, falto de audiencia, se meta a consejero de quienes asumen el trágico y arriesgado juego como protagonistas de la política activa. En todo caso, habría de quedar el tema para otra ocasión.

EL SISTEMA MEXICANO SOBREVIVE

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

DESDE 1929, ese indefinible y contradictorio sistema político mexicano norma la vida del país y ha garantizado la transmisión pacífica del poder, no obstante las tormentas y crisis que sobre todo en la última década lo han puesto en peligro inminente. No es simple coincidencia que fuera precisamente en ese mismo año de 1929 cuando se fundó el todopoderoso partido gubernamental, creación de Plutarco Elías Calles, quien con fino oficio político cumplió el requerimiento de unidad formal de las distintas facciones revolucionarias para resolver la crisis, el vacío dramático creado por el asesinato de Alvaro Obregón en el año anterior, ya triunfador de las elecciones para designar al sucesor de Calles.

Como los políticos mexicanos gustan de evocar, en su último informe presidencial (1 de septiembre, 1928) el entonces presidente Calles formuló un mensaje de trascendencia y de orientación definitivas. El recio sonorensé, al referirse a la dramática desaparición del caudillo Alvaro Obregón, vencedor de Villa y electo ya, virtualmente, por segunda vez para encarnar el Poder Ejecutivo, acentuó la necesidad de unir a todos los grupos progresistas para institucionalizar, la hasta entonces, personalista condición de la política nacional. Es necesario —expresó con estas o parecidas palabras— pasar de la condición de país de hombres únicos a la de país de instituciones. Signo permanente en el turbulento proceso político de México es, bien se sabe, la contradicción. El resultado inmediato de esa fórmula transformadora que liquidaba, en teoría, el caudillismo y que fue acogida con auténtico entusiasmo y firme solidaridad por todos los sectores mexicanos, con excepción obligada de los entonces pequeños y asustados grupos reaccionarios fue la efectiva liquidación histórica del obregonismo y el surgimiento del callismo, factor dominante, con expresiones de un personalismo extremo. Desde el momento mismo de la proclamación del lenguaje institucional hasta junio de 1935, donde el "Jefe Máximo", como se llamó a Plutarco Elías Calles, fue descartado de una política nacionalista y genuinamente revolucionaria que dirigiría Lázaro Cárdenas.

Durante su ya largo imperio, el actual sistema político de México ha resistido varias tormentas, las cuales se iniciaron desde su primera tarea: la de elegir a Pascual Ortiz Rubio como Presidente de la República. Esta opción, triunfadora como hasta hoy, ha sucedido sin interrupción con las respaldadas por el partido oficial, tuvo como oponente a la juvenil, vehemente, idealista brigada estudiantil, agrupada en torno a la imagen de José Vasconcelos, maestro y escritor de singular vuelo y magnética personalidad. La siguiente consulta electoral fue la que seleccionó a Lázaro Cárdenas, sin problema alguno. En cambio, para suceder al divisionario michoacano, el ya enraizado sistema se enfrentó a la candidatura del general Juan Andrew Almazán, impulsado por los sectores afectados por la tarea cardenista, con gran revuelo publicitario e innegable fuerza electoral. Sin embargo, la votación masiva de obreros y campesinos, identificados con la política cardenista, dio la victoria a Manuel Avila Camacho. Mucho se dijo entonces y se ha reiterado después que en realidad Almazán logró mayor número de votos que su vencedor. En realidad, aun descontando las obvias irregularidades y simulaciones de los cómputos electorales de México, puede decirse que Almazán se vio favorecido por los electores de las grandes ciudades, exceptuando a los grupos proletarios pero la fórmula del partido oficial superó en mucho a la del almazanismo. Si en la elección de 1946, el Lic. Miguel Alemán dominó con facilidad a su rival, Ezequiel Padilla, candidatura sin arraigo, en la de 1952, la opción de Miguel Henríquez Guzmán fue de mayor vuelo y contenido ideológico pues las decepciones provocadas en las masas populares por el elitismo alemanista, dio a esa justa un aliento y una agresividad que no pueden ignorarse. Seis años después, "institucionalizada" ya la victoria electoral del partido gubernamental, López Mateos no tuvo obstáculos en su elección y lo mismo puede decirse de Gustavo Díaz Ordaz y de Luis Echeverría. En cuanto a la elección de este año, la eficacia y dominio electorales del partido invencible llegaron a tal extremo que su candidato, José López Portillo, no tuvo oponente en la consulta electoral y sólo simbólicamente Valentín Campa, viejo y honorable luchador social, fue postulado, fuera de registro, por el Partido Comunista y sostenido por grupos de extrema izquierda.

Sin embargo, si bien es evidente que el sistema mexicano ha incrementado su eficacia electoral, no puede dejar de advertirse que en sentido inverso, ha perdido autoridad moral y capacidad para hacerse responsable de la dirección de la política mexicana.

En efecto, el olvido de no pocos de los anhelos que llevaron a la victoria a la insurgencia popular —nacionalismo y justicia

social— así como fórmulas desarrollistas que en la obsesión de lograr un avance industrial, olvidaron la atención a la población rural; el uso y abuso del crédito exterior y la galopante inmoralidad administrativa, que convierte cada seis años en magnates de las finanzas, de la industria y del comercio a los funcionarios salientes, apenas en el sexenio anterior, apóstoles del pueblo, fueron creando un malestar, un rechazo a la política gubernamental aunque, contradictoriamente, ese rechazo no ha influido, hasta hoy, en derrotas electorales sino en casos menores.

La primera gran crisis del sistema, en este sentido, fue la de 1968, con las algarabías estudiantiles que culminaron en un clima de represión cruenta, de encarcelamientos masivos y de divorcio abismal entre grandes sectores sociales y el gobierno. Esa crisis culminó en la tristemente célebre Noche de Tlatelolco, donde el Ejército disolvió a tiros una concentración estudiantil.

Sin embargo, la más amenazadora crisis general en el país fue la registrada en la última mitad del sexenio echeverrista y, sobre todo, en los últimos meses. Los mexicanos menores de cincuenta años no pueden encontrar antecedente equiparable a la situación mexicana que precedió al nacimiento del régimen presidido por José López Portillo. La devaluación monetaria, anunciada en la noche del 31 de agosto, víspera del postrer informe anual del Presidente Echeverría y las que siguieron después, fueron los detonadores del crítico estallido. Se perdió no sólo mínima confianza en la moneda nacional, sino que esa devaluación afectó, principalmente, la relación gobierno-nación. Todo lo que los funcionarios hacían era interpretado justamente al revés por la opinión pública. Esta situación se convirtió en caldo propicio para el cultivo de todo rumor, por fantasiosos que resultaran su origen e impulso, a condición de que fuera negativo y catastrófico. Los sectores ligados a los intereses del país vecino y la oligarquía nacional, enriquecida y animada por los mimos y franquicias del gobierno, se montaron en la ola de esta crisis y se proclamaron principales y únicas víctimas del gobierno echeverrista y dogmatizaron la tesis de que sólo una política de sumisión frente a los Estados Unidos y de protección a las grandes empresas y a los terratenientes podría salvarnos. Actuaron bajo la base —no justificada en un análisis siquiera superficial— de que Luis Echeverría había realizado un gobierno izquierdista, socializante. El historiador que estudie la situación mexicana en el trance del relevo presidencial de Luis Echeverría por José López Portillo, caerá fácilmente en el gambito de creer que el gobierno substituido era similar al noble intento chileno encabezado por Salvador Allende. La verdad histórica está muy

lejos de confirmar esa aseveración oportunista y tramposa de la derecha mexicana, reforzada, también en obsesión oportunista, por los defensores de la política de Luis Echeverría, al asegurar que esa agresión era provocada por una política equiparable a la realizada por el Expropiador del Petróleo.

El último gran rumor, lanzado en los días previos a la transmisión del poder, señalaba el 20 de noviembre, aniversario de la Revolución, como fecha fija para un golpe de estado o cuartelazo que destruiría el orden constitucional y sometería al país a un régimen dictatorial, preferentemente castrense, al estilo dominante en la negra actualidad del cono sur de nuestra América. Los bancos quedaron vacíos, la demanda de divisas extranjeras fue abrumadora y el golpe era anunciado a viva voz en las calles de las ciudades principales de México.

La fortaleza de ese sistema peculiar resistió las furiosas tempestades. El día 20 fue normal y la toma de posesión de José López Portillo una verdadera fiesta cívica donde, tan apresurada y caprichosamente como se difundieron desaliento, temores y desconfianzas, surgieron esperanzas y optimismos.

Quizás esa fórmula de No Reelección, tan discutida y menospreciada por los politólogos, viene a ser la más sólida arma del sistema mexicano. Con esa receptividad mágica que es signo constante en el proceso de México, el cambio de Presidente es visto como panacea infalible. Cada seis años, las desilusiones se convierten en renovadas esperanzas; los males se transforman en bienes; las impaciencias en treguas pacientes. Cada seis años el país parece agonizar y cada seis años resucita con nuevos bríos. No es aventurado decir que sin esa cláusula de garantía que es la No Reelección, el sistema mexicano no hubiera tenido tan larga vida ni asegurado, tantos lustros, la paz interna.

Sería injusto e inexacto concentrar en sólo la magia del sistema, esa liquidación circunstancial del aspecto más grave de esta crisis, el del naufragio de la confianza de los mexicanos en su país y en sí mismos, desde el momento mismo en que un hombre vigoroso, tranquilo, seguro, dio lectura, con clara y convincente voz, a un mensaje que era la respuesta a los requerimientos del momento. El acierto y oportunidad del mensaje fue decisivo. Sin definiciones ideológicas que hubieran entusiasmado a un sector y encrespado a otro; sin las censuras directas al antecesor, como hubieran esperado no pocos, pero con reiterados anuncios rectificadores en casi todos los capítulos de la acción gubernamental, José López Portillo ganó su primera gran victoria. La formación del gabinete presidencial dio aún más claro énfasis a los propósitos de estimar, como lo es,

de emergencia imperativa la situación y, por lo tanto, integrar un gobierno que pudiera ser comparable a los de coalición nacional, en los países parlamentarios, con vivo juego partidista. No se excluyen herencias del gobierno anterior, pero abundan nombres y caras nuevas para apuntalar los cambios, transformar actitudes. Un politólogo empeñado en el análisis del texto de ese mensaje de extraordinaria eficacia política para clasificar la ideología que orientará la política de López Portillo, se vería en un callejón sin salida para fundamentar su conclusión. Localizará, desde luego, sin mayor esfuerzo, la intención de limar asperezas, sobre todo verbales, con el país vecino; de tranquilizar los ánimos de quienes se sintieron ofendidos por el antecesor. Si analiza un poco más el documento, verá que son más frecuentes las promesas para los industriales, grandes comerciantes y similares, que la insistencia en una justicia social que no se aplace ni posponga hasta después de crear la riqueza y concentrarla en pocas manos, persistencia del desarrollismo mexicano de los últimos tiempos.

Pero, esto es innegable y fue evidente desde el primer momento, José López Portillo dio, al tomar posesión de la Presidencia, la respuesta satisfactoria a los requerimientos de esa singular actualidad mexicana. Si alguna de sus expresiones —bien concebidas y mejor proclamadas— pudiera ser la síntesis de sus propósitos, habría que precisar la jerarquía de que lo primero es reparar la nave en inminente peligro de naufragio para, posteriormente, enderezar el rumbo y no caer en el absurdo del marinero dormido en trance de naufragio y a quien despierta un compañero con el aviso del hundimiento y que responde, con inalterable despreocupación: "Y a mí qué me importa; el barco no es mío".

De todas maneras, dotar de mayor flexibilidad al sistema será necesario más pronto o más tarde y esta necesidad se hará más urgente en cuanto, restablecida la calma relativa después del temporal devastador, lo importante ya no sea tapar las vías de agua que hunden a la nave, sino decidir el rumbo y conservar una convivencia justa entre tripulación y pasajeros.

Mientras se llega a esa situación todo parece indicar que las preocupaciones económicas y el considerar audaz y peligrosa toda iniciativa que provoque polémicas y que haga chocar intereses inevitablemente opuestos más allá de lo tolerable, ha de ser el signo de la política mexicana, sin descuidar las modificaciones de procedimiento y de orientación gubernamental.

Esta es, pues, hora de armonía, de difícil esfuerzo de conciliación y de unidad en la vida mexicana, después del huracán en cuyo vórtice se zarandéó y estuvo a punto de naufragar la nación. El buen

sentido, la nobleza congénita que hasta hoy ha mostrado el nuevo Presidente, no darán excesivas facilidades al revanchismo oportunista que tradicionalmente se endereza contra el antecesor ni, probablemente, impulsará el desbordado y acelerado espíritu cortesano que suele anticipar, tan pronto como el nuevo mandatario inicia su gestión, el juicio que en todo caso correspondería a la historia: el de calificarlo de genial gobernante.

Pero desde ahora puede juzgarse como una victoria del sistema mexicano esta última transmisión pacífica y constitucional del poder, lo cual contrasta, para satisfacción nacional, con el panorama de muchos de nuestros países, donde el golpe cuartelero, la supresión de los derechos políticos y las garantías individuales; la sumisa y abierta entrega de la soberanía nacional a la potencia continental integran, en definitiva, la apariencia y la realidad de una política de negación a toda esperanza de autonomía y de democracia, si quiera simplemente formales. A este propósito cabe destacar uno de los aspectos de más honda y firme nobleza de la política del ex-presidente Echeverría. Frente a esas tempestades sudamericanas, México volvió a ser refugio y asilo de los perseguidos por su fidelidad a su pensamiento político. Después de Cárdenas, el asilo político se limitó y llegó prácticamente a anularse. Echeverría revitalizó e incrementó esa tradición mexicana. Y muchos ciudadanos chilenos, argentinos, uruguayos y de otros países fueron admitidos libremente en la colectividad mexicana, no sin que esta actitud, como ocurrió en ocasión de la llegada de los republicanos españoles, suscitara mezquinas críticas y estimulara desviaciones del verdadero patriotismo para envilecerlo con enanos egoísmos. Pero en esto, como en múltiples aspectos de la politiquería, ya se sabe que el Presidente de México suele ser un genio al asumir el poder y un villano al entregarlo a su sucesor.

Por lo que corresponde a José López Portillo, todo parece comprobar que su petición de una tregua a los enfrentamientos e intolerancias, le ha sido concedida desde el primer momento en mucha mayor proporción de los cálculos más optimistas. La duración de esa tregua y sus fecundas consecuencias, dependen ahora de la tarea de López Portillo y sus más directos colaboradores. Los mexicanos de buena memoria, un tanto desalentados por las no pocas herencias que se localizan en la relación de funcionarios de importancia primaria en el actual equipo de trabajo del nuevo Presidente, se consuelan citando el antecedente de la iniciación del gobierno de Lázaro Cárdenas, pues un gabinete dictado por el "Jefe Máximo" fue liquidado a los seis meses y substituido por hombres afines a los propósitos y actitudes del cardenismo. La

situación no es, a pesar de la magnitud y hondura de la crisis de este año comparable, no parece necesaria, ni posible, una eliminación sin excepciones de los colaboradores de Luis Echeverría. El cambio de poderes no obedeció a un triunfo de la oposición sino a un relevo de mando dentro del mismo partido. Cosa tan básica es, con frecuencia, menospreciada por quienes confían en milagrosas transformaciones radicales en cada sexenio.

La respuesta a la petición de tregua, de comprensión y de tolerancia de López Portillo, decíamos, llegó más allá de lo que hubiera podido anticiparse la víspera misma. No tiene efectividad política notoria la actitud del partido de Acción Nacional, tan inconforme como resignado, pero fiel a su misión de oposición escenográfica para dar un matiz democrático indispensable a las luchas electorales pero, de todas maneras, su reacción ante el mensaje inicial del Presidente López Portillo rompió una larguísima tradición opositorista, pues su más calificado vocero en la Cámara de Diputados declaró que, por esta vez, Acción Nacional no hará oposición, ni siquiera teórica. De los demás "oposicionistas" nadie esperaba disidencias, pues tanto el Popular Socialista como el Auténtico de la Revolución habían abrazado, desde el inicio de la campaña electoral, la candidatura de López Portillo.

El complicado y peculiarísimo sistema mexicano probó, una vez más, y esta última en las condiciones más adversas, su eficacia como factor de estabilidad constitucional en el país. Quizás esta sea, con López Portillo, la última oportunidad histórica de sobrevivencia de ese contradictorio, complicado sistema político, excepción en el mundo de nuestro siglo, pues fue el PNR, después transformado en PRM y, hasta hoy, en PRI, el único partido político que no aspiró nunca al poder, pues en él nació y en él, también, ha vivido. Hoy son muchas las transformaciones que ha sufrido su declaración de principios y no pocas las de su esqueleto organizativo y sus fórmulas de membresía aunque, en rigor, sólo excepcionalmente ha respetado esas declaraciones de principios y su actividad ha sido pragmática, de acuerdo a circunstancias transitorias y siempre bajo la dirección del Presidente en turno.

México, revitalizado, una vez más, por la esperanza, inicia un nuevo sexenio bajo la orientación de un hombre vigoroso, claro, resuelto a enfrentar tempestades, a suavizar enfrentamientos, a comprender la razón ajena para encontrar alguna coincidencia con la propia, cualidad ésta que parece prometer un gobierno sin estridencias de caudillo, sin aventuras audaces, sin prisas por quemar etapas. Justamente lo que podría pedirse como factores creadores de la tregua necesaria en la atmósfera política del México de hoy.

Sólo una duda pudiera reducir optimismos. Cada vez que en la historia mexicana se habla de conciliación, de olvidar intolerancias, de liquidar enfrentamientos, de unidad nacional, en fin, lo que ha sucedido es que se olvidan las preocupaciones por las clases populares. Recordar esto no anula la esperanza de que, en esta vez, López Portillo no respete esa tradición negativa.

México, D. F., a 7 de diciembre de 1976.

FRANCIS BACON Y LA INVESTIGACION CIENTIFICA

Por *Jesús SILVA HERZOG*

FRANCISCO Bacon fue contemporáneo de Tomás Campanella y hay entre ambos la misma distancia, aproximadamente de un siglo, con Tomás Moro. De nacionalidad inglesa, vio por primera vez la luz en 1561 y murió en 1626. Abogado, filósofo, escritor y hombre de ciencia. Uno de los primeros científicos que decididamente estuvo en contra de la escolástica. Utilizó el método inductivo, es decir fue siempre de lo particular a lo general. Basó sus estudios en la realidad y sostuvo que todo conocimiento debía basarse en la experiencia. Como se sabe, en el trabajo científico se usa la deducción y la inducción. Deducir es ir de lo general a lo particular y lo contrario inducir, o sea de lo particular a lo general; pero parece que ambos métodos son necesarios al conocimiento científico, lo mismo que el pie derecho y el pie izquierdo son indispensables para caminar.

En Francisco Bacon no se realizó la unión de la inteligencia con la virtud; fue en ocasiones ingrato y aun falto de honestidad. Jacobo I de Inglaterra lo nombró, dadas sus prendas mentales, Lord Canciller. Muy poco le duró el desempeño de tan alto cargo, por haber sido acusado por la Cámara de los Comunes de haber recibido dádivas no del todo honorables. Como todos ustedes saben, ese es un viejo mal, y aquí en este país nuestro hay mucha experiencia a ese respecto. Bacon cayó de la altura en 1621 y pasó los últimos años de su vida sin ninguna relevancia social.

Escribió varias obras importantes y fue, por otra parte, uno de los iniciadores del empirismo inglés en el campo de la filosofía. Entre sus obras citaré dos: "Nuevo órgano" y "La Nueva Atlántida". Esta última obra, de la que voy someramente a ocuparme, no pudo concluirse. En un momento dado la obra se interrumpe, parece que le sorprendió la muerte, ocurrida debido a que en sus investigaciones para demostrar que los alimentos se conservan mejor con una temperatura muy fría que por medio de la sal, una noche en que cayó una fuerte nevada, salió a recoger nieve para sus experimentos, le dio una pulmonía fulminante y se fue del globo terráqueo.

"La Nueva Atlántida" comienza refiriendo que una nave española partió del Perú rumbo a China y al Japón. Se relata que en medio del Mar del Sur, como se llamaba entonces al Océano Pacífico, hubo muchos días sin viento y el barco ya no pudo moverse. Después vientos huracanados y por último una amenazadora tempestad. Mientras tanto se agotaban las provisiones, había enfermos en el barco y los navegantes creían que se aproximaba la última hora; pero como siempre ocurre en estos relatos, uno de los días más dramáticos, de mayor pesimismo y desaliento, vieron tierra en la lejanía. A ella se acercaron lentamente y vieron que numerosas gentes en la playa les hacían señas para que no desembarcaran. Se acercó después una pequeña barca que venía de la playa a informarse quiénes eran. Al saber que todos eran cristianos, tuvieron desde luego para ellos una actitud benévola; y después de numerosos trámites, les permitieron desembarcar, siendo asilados convenientemente, piadosamente, generosamente.

El primero que fue a informarles dónde estaban, cuenta la historia, fue un sacerdote cristiano, quien les refirió que los habitantes eran cristianos y que lo eran merced a un milagro. Francisco Bacon se da gusto refiriendo cómo aquellos habitantes, muchos siglos antes, cerca de 1,500 años antes, habían visto una columna de fuego con una cruz luminosa en el centro, quisieron acercarse y durante cierto tiempo alguna fuerza invisible los detenía. Al fin, insistiendo en acercarse a aquella luminosa cruz, al irse acercando, ésta se elevó a los cielos; pero hallaron flotando en el mar un cofre que abierto contenía el Antiguo y el Nuevo Testamento, y de ahí la cristianización del país.

No era este país una sociedad comunista como en la "Utopía" de Moro o en "La Ciudad del Sol" de Campanella. No era tampoco una sociedad capitalista; era, lo que pudo haber llamado Lester Ward, sociólogo inglés, una sociocracia. Según Ward, una sociocracia consiste en que no existan ni igualdades artificiales ni desigualdades artificiales. Cada quien se eleva teniendo todos iguales oportunidades, de conformidad con su esfuerzo, con su actividad, con sus conocimientos. Y tiene cierto interés referir que Lester Ward acude al ejemplo de un hipódromo y dice que una sociedad en la cual salieran de la meta al mismo tiempo todos los jinetes en sus corceles y se impidiera que algunos se adelantaran a otros para que llegaran todos al mismo tiempo a la meta, sería una igualdad artificial. En otro caso, si se organiza la carrera haciendo que unos jinetes estén a la mitad del camino de la meta, otros un poco atrás y otros en el punto de partida, obviamente llegarían primero a la meta los que más cerca se encontraran y esto sería una desigualdad artificial, y que lo razonable es la igualdad natural, compatible con

la naturaleza humana. Ward piensa que lo justo es que todos salgan al mismo tiempo, ya que el jinete que llegue a la meta en primer lugar, en buena hora que así sea, porque será debido a su preparación, a su habilidad y a su esfuerzo.

Ese país, según se desprende de las páginas de "La Nueva Atlántida", es una sociocracia. Hay ciertas desigualdades naturales en cuanto a las fortunas, en cuanto al poder; pero viven contentos, porque el cultivo de la inteligencia y la práctica de la virtud son los móviles esenciales de esa sociedad. No existe la comunidad de mujeres en "La Nueva Atlántida"; existe el matrimonio como sacramento, un matrimonio ideal, bueno, ideal como la Epístola de nuestro Melchor Ocampo. Los españoles son tratados admirablemente; se les prodiga toda clase de atenciones y están maravillados de aquella civilización. Un día les anuncian que van a tener el privilegio de conocer a uno de los sacerdotes de la Casa de Salomón. Hacía doce años que ninguno llegaba a la ciudad. También les anuncian que probablemente podrán escuchar las palabras de aquel hombre eminentísimo.

Bacon describe la llegada del sacerdote de la Casa de Salomón: el pueblo se reúne para vitorearlo, para rendirle homenaje. El sacerdote aquel es llevado en andas, seguido de varios pajes, algo sumamente solemne. El que en el relato aparece como jefe de los náufragos, tiene el privilegio de ser recibido por el sacerdote de la Casa de Salomón.

¿Qué es, según "La Nueva Atlántida", la Casa de Salomón? Este es el aspecto más interesante de la obra. Voy a referir, usando mi propio lenguaje, lo que cuenta el sacerdote al jefe de los náufragos. La Casa de Salomón es una ciudad de grandes dimensiones, lejos del lugar del asilo de los hispanos. Esta ciudad es un inmenso instituto de investigaciones con laboratorios para conocer los límites a que puede llegar la mente humana y descubrir los secretos de la naturaleza.

El sacerdote cuenta que tienen cuevas con una profundidad de tres mil kilómetros, en la traducción española al inglés se usan kilómetros, obviamente no fue la medida que usó Bacon, pero el traductor o la traductora buscaron las equivalencias. Cuevas de tres mil kilómetros de profundidad, donde han llegado a producir artificialmente metales, metales desconocidos por el Occidente, metales que tienen propiedades curativas y la virtud de alargar la vida del hombre. Ya sabemos que de algunos metales y metaloides, la farmacopea moderna extrae elementos medicinales.

Tenemos torres —agrega el sacerdote— de dos mil metros de altura, construidas sobre las montañas para estudiar los fenómenos

meteorológicos y además para conocer las variaciones de la atmósfera. Ya había en Europa incipientes observatorios; pero ninguno de las dimensiones en que soñó Francisco Bacon. No había sido descubierto todavía el barómetro, para medir la humedad de la atmósfera; este descubrimiento fue hasta 1644.

El representante de la Casa de Salomón continúa su relato: por combinaciones de cristales se han construido aparatos para poder ver a gran distancia. El telescopio había sido descubierto por Galileo en 1610, de suerte que no es posible saber si lo escrito por Bacon fue antes o después. También por medio de cristales podemos ver los objetos que por su tamaño es imposible que vea el hombre a la simple vista y esto, estos aparatos para ver lo infinitamente pequeño, los utilizamos para hacer estudios de la sangre y de la orina. Sencillemente el microscopio que se utilizó por primera vez con fines científicos meses antes de la muerte de Bacon; pero el microscopio para estudiar, analizar la sangre y la orina es algo enteramente moderno o más bien contemporáneo.

Además tenemos, dice el sacerdote, abonos artificiales para hacer más productiva la tierra, para hacerla más fértil. La primera vez que se habló de abonos químicos fue por Liebig, un alemán, en 1842, al publicar su libro sobre la agricultura.

En este párrafo sigo al sacerdote y en ocasiones haciendo breves comentarios: tenemos la posibilidad y lo realizamos, de hacer madurar con mayor rapidez los frutos, hacer crecer con mayor rapidez los árboles, producir frutos de mayor tamaño que los normales y frutos nuevos, desconocidos en Occidente. Todo esto se ha realizado en los últimos tiempos en la horticultura y no sólo eso. Tenemos, dice, grandes corrales con toda clase de animales, con toda clase de bestias y de aves y no los tenemos tan sólo por ornamentación, los tenemos para hacer experiencias, experiencias anatómicas y quirúrgicas, y hemos encontrado que muchos órganos que ustedes, pobres europeos, creen que son indispensables para la vida de los seres vivientes, hemos hallado que no lo son, que podemos hacer que mueran y ello no daña la vida; bueno, el apéndice, y en los últimos tiempos hay quienes viven con un pulmón, con un riñón y también a veces sin el bazo y no es eso todo. Hemos logrado imitar el vuelo de los pájaros y mantenernos durante algún tiempo en el aire y hemos fabricado unas naves que pueden navegar a treinta metros debajo del agua del mar, el submarino y el avión. Tenemos aparatos que hacen oír a los sordos, el audífono, descubrimiento relativamente reciente, y tenemos unas cámaras donde podemos producir sonidos hasta de cuartos de tono y muchísimo menos. Hay un cierto parentesco con el sonido 13 de nuestro don Julián Carrillo y con la música electrónica ultramoderna.

Y así se van relatando maravillas de la Casa de Salomón en que se hacen claramente pronósticos científicos, obra indudablemente del genio. Y bien, todos los grandes descubrimientos de la Casa de Salomón, con el correr de los años y de los siglos, han sido superados por el hombre, se han realizado avances sorprendentes en las ciencias biológicas, en las ciencias físicas, en las matemáticas. Se han realizado grandes hazañas en los últimos años en la bioquímica. Sobre todo hace un año, un investigador californiano pudo crear, crear es el verbo, un virus y lograr que viviera cierto tiempo. ¿Por qué dije crear, subrayando el verbo? Porque recordé la diferencia que establece el hablista español Roque Barcia entre crear y criar. Dice Barcia que sólo el artista crea, que sólo el artista puede sentir un algo vago de lo que sintió la inteligencia creadora en el momento de crear el universo; pero el científico que logra producir un virus y darle vida, realiza una creación, lo crea de la nada. Por lo tanto, parece que ya no es cierto el apotegma de que de la nada, nada puede salir. Hace pocos meses investigadores ingleses lograron en una probeta la conjunción de un espermatozoide con un óvulo y empezó a producirse el feto. No se atrevieron a seguir en su experimento y lo mataron. La Santa Sede protestó por tamaña herejía. La bioquímica es una ciencia que nos dará grandes sorpresas en los próximos lustros.

Pero he aquí que hemos avanzado en la biología, en la física, en las matemáticas, en la química, en la bioquímica, en las ciencias que llama Dilthey, el filósofo alemán, las ciencias de la naturaleza, y Carlos Kautsky, alemán también, de ideología marxista, ciencias de la materia; mas ¿no han avanzado de modo paralelo las ciencias sociales, la ciencia política, la económica, la sociología, la antropología? Por supuesto que han avanzado; pero no con el ritmo formidable de las ciencias de la materia. Entre las ciencias de la materia y las ciencias que podríamos llamar humanas, en el sentido de que la preocupación esencial es el hombre, ha habido una carrera enteramente desigual.

"La Física" de Aristóteles, por ejemplo, es arqueología científica; digamos en cambio que "La Política" de Aristóteles, obra de divulgación que daba el estagirita en el Liceo, todavía está en pie. "La Política" de Aristóteles tiene ideas y principios útiles para el hombre contemporáneo y a veces ante su lectura es necesario detenerse a meditar lo que dice el sabio griego.

Grandes avances científicos, asombrosos avances científicos. ¿Y el avance de la ciencia, y el avance de la técnica, el hecho de haber alcanzado velocidades no imaginadas por las generaciones pretéritas, en el avión, por ejemplo, el hecho de los adelantos técnicos, han contribuido a hacer mejor al hombre, han contribuido a hacer más

feliz al hombre, han contribuido a hacer más libre al hombre? John Stuart Mill, el economista y filósofo inglés de mediados del pasado siglo, escribió: "Después de dos milenios de cristianismo, el hombre no ha mejorado". ¿Somos mejores los hombres de hoy, somos en términos generales más virtuosos, más generosos, más desinteresados, que los hombres de hace un siglo, de hace dos siglos, de hace cuatro siglos? ¿Es posible responder afirmativamente a las anteriores interrogaciones?

¿Somos más felices hoy que ayer? ¿Somos más felices que nuestros padres, que nuestros abuelos? ¿Somos más felices porque vivimos en una gran ciudad como México, Chicago, Nueva York, Londres o París, que como vivieron las generaciones del siglo XVII? ¿Se desarrolla mejor el hombre con el tránsito aplastante, con la gasolina cuyos vapores mefíticos envenenan el aire? ¿Somos más felices con la vida agitada de las grandes urbes que aquellos que vivieron en otros tiempos en ciudades pequeñas? Dejémosnos de subterfugios, la respuesta es tajantemente negativa.

¿Somos más libres, son más libres —pondré ejemplos interesantísimos— son más libres los norteamericanos de 1969 que los norteamericanos de 1869, después de la guerra de secesión? "La libertad —escribió Cervantes— es el mayor don que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre, por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida". Volvamos a los norteamericanos, el país capitalista más poderoso de los siglos, el país capitalista en donde el sistema ha cuajado en plenitud. ¿Son los norteamericanos más libres hoy que hace un siglo? El filósofo germano-norteamericano Marcuse sostiene que el norteamericano es un hombre enajenado, que no goza de libertad, que es esclavo de la máquina, de su automóvil; que la mujer es esclava de los utensilios modernos: la estufa, el refrigerador, la lavadora, la aspiradora, los instrumentos para cortar papas, la licuadora, todo ello para ganar tiempo; pero como me decía hace algunos años Juan Ramón Jiménez, una tarde en la ciudad de Washington, "las amas de casa tardan más en limpiar tanto instrumento que si no los usaran".

En general, los hombres de las grandes naciones industriales y de los países efectivamente en proceso de desarrollo, ¿no estamos enajenados a través de la propaganda masiva? ¿Los diarios, los semanarios, la radio, la televisión, no nos dicen lo que debemos tener, no nos dicen lo que debemos beber? ¿No se nos dice que bebamos coca cola? ¿Y no se nos dice a través de esta propaganda masiva, lo que debemos comer, cuáles son las latas mejores, cuáles contienen mayores elementos nutritivos, cuáles son las legumbres que contienen más vitaminas? ¿No se nos dice lo que debemos pensar?

¿A nuestros vecinos del Norte no se les dice que son los mejores hombres del mundo? ¿No se dice allá con convicción profunda, siempre que viene al caso, "America first"? En conclusión hay que negar que los grandes adelantos científicos, que los grandes progresos de la técnica, hayan hecho mejor al hombre.

En México, hace un siglo, hacía poco había triunfado la República, gobernaba el país Benito Juárez y estaba vigente la constitución de 1857. Insistiendo en nuestro tema, ¿somos los mexicanos—digámoslo si somos honrados— más libres hoy que hace un siglo? Dejo unos puntos suspensivos. . .

Pero he aquí que ante este mundo contradictorio, en plena crisis humana, se ha estado revelando la juventud. Ha habido manifestaciones de rebeldía en París, en Alemania, en Italia, en varios países de la América Latina como Brasil, Uruguay, Argentina, Perú y México. También ha habido manifestaciones de rebeldía de jóvenes en Canadá y aun en los Estados Unidos. ¿Por qué? ¿No tienen razón? ¿Son algaradas callejeras de jovencuelos impetuosos, desorientados e irreflexivos? ¿Qué ejemplo, qué camino, qué normas de convivencia humana elevada les hemos enseñado, les hemos indicado los viejos y los adultos? Examinemos la cuestión durante la última década del siglo XIX y durante el presente siglo.

Inglaterra era la mayor potencia industrial. Alemania en los tres últimos decenios del siglo XIX avanzó rápidamente en su desarrollo industrial y avanzó más en la primera decena del siglo presente. Entonces empezó a luchar contra Inglaterra por el dominio de los mercados y por el predominio financiero mundial. Un pretexto cualquiera trajo la Primera Guerra Internacional de 1914-1918, en realidad y en el fondo por la lucha de intereses económicos entre las dos potencias precitadas, y centenares de miles de alemanes, ingleses y franceses fueron a pelear y morir en las trincheras creyendo que morían por un ideal sagrado, la defensa de su patria; no sabían que eran autómatas movidos por los hilos invisibles de las pugnas entre banqueros, comerciantes e industriales sin ideales superiores, sin patria y sin Dios. Su majestad el dinero. Esto era todo.

¿Y cuál fue el saldo? Cinco millones de muertos, de mutilados, de viudas y huérfanos. Se dijo que se luchaba por la democracia en contra del militarismo alemán. Después, la democracia a menudo ha estado en entredicho.

Años más tarde Mussolini en Italia con su dictadura férrea; la crisis que comenzó en octubre de 1929; millones de desocupados en las grandes potencias y también en los países de la periferia; miseria y hambre. Sin embargo se quemaron plantíos de algodón para que no bajaran los precios más todavía; se echaron al mar centenares de miles de quintales de café para que no bajaran los

precios más todavía; y había bocas hambrientas y espaldas inapropiadamente cubiertas en los crueles inviernos de los grandes países industriales. ¿Y eso es lo que puede ofrecerse como algo ejemplar a la juventud?

Y cuando todavía el mundo no se reparaba de las heridas de la crisis de 1929 y años siguientes, la Segunda Guerra Mundial, más devastadora, más sembradora de ruinas y desolación: 28, 30, 40 millones de muertos. ¿Por qué se luchaba? ¡Ah, por la civilización, por la democracia, por la libertad! Mientras tanto, el hombre contemporáneo sumergido en la más profunda crisis de todos los tiempos, crisis vertical y horizontal, moral e ideológica. Crisis total. Las cámaras letales de Hitler en que murieron asesinados 6 millones de judíos; y en las postrimerías de la guerra: Hiroshima y Nagasaki, con sacrificio de miles de vidas inocentes; la guerra fría y Vietnam; la lucha en el cercano Oriente; en la América Latina la rebelión contra Arbenz en Guatemala y la gloriosa victoria de Foster Dulles; la invasión de Bahía de Cochinos planeada por la Agencia Central de Inteligencia; en 1965 Santo Domingo, la invasión, los marinos; y los acorazados que rodearon la isla para defender las vidas de los norteamericanos. Los norteamericanos salieron unos cuantos días después; mas ahí se quedaron unos cuantos meses sus protectores que ya no tenían que proteger a sus conciudadanos; las dictaduras castrenses cada vez en mayor número en nuestros países, dictaduras asesinas de la libertad del hombre: Brasil, Argentina, Paraguay, Perú y hasta el pequeño Panamá. ¿Y todo eso es lo que podemos los viejos y los adultos ofrecer como ejemplos y senderos futuros a la juventud? Parece que ello no es posible, y que la juventud, aun cuando no sepa bien los caminos a seguir, aun cuando no tenga ideas claras del presente, en el fondo son justificadas sus rebeldías.

¿Pero, qué es lo que está pasando en nuestro planeta? Lo que está pasando —ya lo dijimos antes— es que el mundo se halla sumergido en la crisis más honda en la historia del hombre. Crisis total; desigualdad entre los países; países ricos y países pobres; países pobres que ya no quieren seguir siendo pobres; países ricos que lo son gracias a los países pobres, a los que han explotado por decenios y decenios. Dentro de cada país, ricos y pobres y los pobres ya no quieren ser pobres y los ricos son ricos muchas veces por la pobreza de los pobres. El hombre se halla como perdido en un laberinto sin encontrar la salida. Hay una ola de cieno que todo lo invade y corrompe. El hombre ha perdido la verticalidad interior y no encuentra su centro de gravedad: cultivo del erotismo, homosexualidad en los países más adelantados del globo. Algo parecido ocurrió en la Roma de la decadencia. Ahora hay que agregar la drogadicción. ¿Cuál es el camino? Hablamos en la conferencia pa-

sada de la influencia que tendrá la segunda revolución industrial que ya está iniciándose. Indudablemente esa segunda revolución industrial influirá, como dijimos, en las relaciones sociales y ¿qué influencia tendrá en cuanto al mejoramiento de la persona humana? Se ha olvidado que lo humano es el problema esencial; eso lo vengo diciendo hace más de un cuarto de siglo. El hombre se ha olvidado del hombre; el arte, la ciencia, la técnica, no deben hacer su víctima propiciatoria al hombre, deben subordinarse al interés del hombre, servir al hombre para que el hombre se supere y nazca de él, el superhombre; no dentro del pensamiento nietzschiano, sino en cuanto al desarrollo armónico del hombre con la naturaleza y de todos los hombres entre sí; en cuanto a que el hombre deje de ser lobo del hombre y se convierta en amigo fraternal del hombre; pero los caminos parecen cerrados, parece que en los próximos años no podrán realizarse cambios substantivos: 20 años, 30 años, 40 años. De aquí que se puede con buenas razones ser pesimista a la corta; pero hay que ser optimista a la larga, no hay ejemplo de una sociedad que se haya suicidado en el curso de los siglos. Hay que tener fe en el destino superior del hombre y que de todas las esperanzas muertas esperemos que nazca una nueva esperanza que ilumine las sendas por donde la humanidad, superándose a sí misma, logre conquistar para todos una vida mejor.

LA POLITICA ECONOMICA Y LA DEMOCRACIA EN LA EDUCACION

Por *Julio LARREA*

VIVIMOS atenaceados por demandas populares. Aunque la declaración político-constitucional es en la mayor parte de países la misma, con diferencias accidentales de redacción, en casi todos los países latinoamericanos, con respecto a que la educación es "obligatoria, laica y gratuita", la altura y la vastedad horizontal en que cada uno de esos tres términos es vivido, difiere de país a país.

Las campañas de "alfabetización" trataron de crear un ilusionismo de colorido incontestablemente demagógico. Tratar de reemplazar una escuela eficiente primaria de seis grados con el simple y brevísimo menester intrascendente del alfabeto enseñado en unas pocas semanas. Ni aun así se logró tener "ciudadanos". Y ni con el voto obligatorio y las sanciones puestas en el caso de la omisión de éste. Las campañas de "alfabetización" han caído en un descrédito absoluto en todas partes. Y el Proyecto Principal de la UNESCO para la América Latina, el de erradicar en diez años el analfabetismo en esta región, a partir de la Conferencia de Ministros de Educación reunida en Lima en 1956, demostró la incompetencia de ese Organismo Internacional para desarrollar labores regionales debidamente planeadas y financiadas. Nunca se pensó en la alfabetización funcional. Jamás se recordó que el semialfabetismo es un mal tan grave como el del analfabetismo. Se puso de lado que la escuela que enseña a leer, contar y escribir cayó ya en descrédito desde hace varios decenios anteriores a la Conferencia de Lima. El semialfabeto ensoberbecido y politiquero, que se eleva a la posición de diputado o senador o de ministro de Estado, o que reemplaza inescrupulosamente al profesional de cualquier campo, es un flagelo económico y social de efectos degradantes para el espíritu de los pueblos. Y la demagogia espoleó al depuesto gobierno argentino al establecimiento de un bachillerato "acelerado" en dieciocho meses, así como a la reducción de los estudios de las escuelas de comercio nocturnas, de seis años a cuatro, sin perjuicio de volver más frondosos y enciclopédicos los programas en relación con los de las

escuelas diurnas que conceden el mismo título. El acceso a la universidad es automático con estos títulos obtenidos aceleradamente. Y desde luego, la universidad argentina tendrá que considerar si admite indistintamente cualquier título de la enseñanza media para ingresar en cualquier facultad o escuela universitarias.

En contraste con la muy alta alfabetización, en los Estados Unidos el voto no es obligatorio. Hay libertad, incluso, para no votar. Y desde luego, el partido triunfante no imparte persecuciones para los votantes que han perdido en las elecciones. ¿Cómo puede garantizarse la democracia de fundamentación humana y cultural y económica si el caudillo de un partido vencedor en las elecciones persigue implacablemente a quienes no han votado por él, dictando para ello leyes de "prescindibilidad" por las cuales quedan desprovistos de los más elementales derechos constitucionales y humanos? Si la república es la cosa de todos tienen que ser garantizadas todas las tendencias políticas con la sola limitación de la moral y de la real seguridad del Estado, no la seguridad de un grupo. Por todas partes los habitantes piden escuelas y también el mejoramiento de las que existen, así como la fundación de escuelas de más alto nivel instructivo y educativo. No faltan los gobiernos progresistas que testimonian su afán de corresponder al clamor de las grandes masas preteridas. Pero en la mayor parte de los países por lo menos la mitad de la población escolar deja de concurrir a la escuela, a veces a poco trecho de la inscripción o matrícula. En los países en donde las técnicas de la educación de adulto han sido perfeccionadas y el concepto educativo es más comprensivo, se estima que el alfabeto no es el todo y que la educación tiene que enseñar a vivir, a entender a los otros, a simpatizar con el que tiene puntos de vista diferentes. Una educación para volver la vida más productiva, para enseñar a tener una recreación sana al pueblo, para mejorar las técnicas del trabajo de todos los días, para resolver los problemas concretos que afectan la vida escolar restringiendo su campo de visión y de acción, es de suma importancia en nuestros días. Lo que quiere decir que los emprendimientos, tareas y objetivos de la población semialfabeta son de extraordinaria importancia en el mundo actual. Nadie ignora hoy que el alfabeto no tiene un valor abstracto sino funcional. Hay que saber para qué se lee y entender bien lo que se lee. Por desuso, mucha gente vuelve al analfabetismo más pronto o más tarde. No bastan los llamados medios de comunicación de masas para detener la carrera de regreso al analfabetismo cuando se piensa que la letra debe identificarse con la vida. El cuerpo semialfabeta de cada país, ése en el cual el pueblo so-

berano no aparece sino en formas fugaces, con intuiciones y atisbos, es asunto serio de nuestro tiempo. Son semialfabetos los que apenas saben dibujar el nombre propio, los que votan para elegir presidente sin estar asistidos de una conciencia plena. Pero también es semialfabeto el que no tiene apetencias para leer, por motivados y sugestivos que sean los asuntos que trate de desmenujar por medio de la lectura del libro o de los libros más indicados. Quedarse simplemente en la periferia de la letra impresa y no penetrar en su médula es alinearse en el semialfabetismo. Creer ingenuamente en las informaciones contradictorias que le proporcionan por vía mercantilista y sensacionalista los periódicos. No plantearse interrogantes sobre nada. No procurarse una autoformación jamás terminada. Bastarse con un título obtenido casi por obsequio. Desempeñar funciones para las que no se cuenta con preparación mental, emocional y volitiva. Asaltar posiciones por el simple afán de tener un sueldo. O hacer crear cargos inútiles en el presupuesto del Estado. Vivir a espaldas del pensamiento más representativo no solamente del propio país sino del mundo. Optar por convencionalismos. Simplificar todo por pereza o por odio. Manejar unos cuantos estribillos como método de comunicación con los superiores "jerárquicos". Todo esto es el semialfabetismo.

Suele recalcarse demasiado en la importancia del porcentaje de alfabetizados para tratar de encontrar en ello el grado de cultura de un país. Semejante procedimiento equivocado conduce a errores lamentables. En primer lugar, no hay estadísticas todavía exactas. Unas cifras son manejadas para el consumo interno y otras para la exportación especialmente hacia los Organismos Internacionales. Sobre todo hay que ver detrás de la "alfabetización" qué tipo de hombre es el que se ha obtenido formar. Qué tipo de hombre para la convivencia internacional porque a esta hora ningún país puede jactarse de vivir en el aislamiento y de convertir en una fuente económica la ignorancia sobre la región cultural en donde está el país propio y lo que representa estrictamente el país en el mundo. Si en un país dado, hoy, los periódicos publican que en 1986 se volverá a tener el *per cápita* de hace dos años, ¿de qué sirve el hablar del alto porcentaje de alfabetización?

Todavía no han sido estudiadas, en diferentes niveles, las realidades y las posibilidades de los semialfabetos. Tampoco el grado de saber, los hábitos, las actitudes y los productos del trabajo de los semialfabetos de las ciudades y de los campos. En las condiciones objetivas de los semialfabetos puede verse la obra de la escuela, el efecto de la herencia individual y social y una serie infinita de problemas económicos. Ni los países en apariencia más desarrolla-

dos son en rigor más cultos. Es bien sabido que la conquista de puestos no obedece al mayor saber, a la mayor clarividencia y a la mayor voluntad y eficacia para la acción. Nadie que se encuentre despierto ignora que la indefinición, la inocuidad, el mimetismo, el acomodo, la adulación, el silencio cómplice, la simulación, la fachada, la máscara, valen más que el talento, el desinterés y la capacidad operativa.

La obligatoriedad de la educación primaria es todavía letra muerta. No por la falta de los padres tanto, sino por las deficiencias de la organización social dentro de la cual es la educación concebida y realizada en función de privilegios de clases poderosas y de grupos nuevos que se acoplan a ellas. Para pasar de una educación de castas a una de masas hace falta fundamentalmente un nuevo concepto del Estado en el sentido de democratizar la enseñanza volviendo universal la escuela primaria.

El laicismo sufre en estos momentos trabas de toda especie. Hace falta volver a la tolerancia por la cual surgieron a la vida cívica los grandes movimientos educativos del mundo.

La democracia debe ser considerada por dentro y por fuera. Mientras la sociedad esté basada en los privilegios de una minoría y los beneficios y privilegios y prerrogativas sean alcanzados a expensas de la explotación de unos hombres por otros; mientras haya naciones ricas y pueblos pobres, explotados por aquéllas; mientras haya potencias que constriñan y absorban países coloniales o semi-coloniales impotentes para decidir libremente sobre sus destinos, no se podrá hablar de democracia integral, de democracia considerada vertical y horizontalmente. La democracia tiene que ser pluridimensional en contra de los llamados gobiernos verticalistas que tratan de poner la maquinaria del Estado en manos de un solo hombre con poderes absolutos como para que diga como Luis XIV, "el Estado soy yo".

Vista desde dentro, la democracia es, sobre todo, esto: el poder político que es más sujeto de deber que de derecho, al revés de los regímenes totalitarios. La libertad aumenta en grados y en iniciativas hacia abajo en la democracia: beneficia por tanto más al hombre de la calle, al hombre común, al hombre del campo y al maestro rural. Los regímenes en los cuales el ejecutivo fabrica decretos y leyes para hacerlos aprobar con suma urgencia, sin discusión y sin cambiar ni una coma, son regímenes opuestos a los objetivos y finalidades de la educación tanto en sentido nacional como internacional.

*La fenomenología económica
frente a la educación*

¿QUÉ lugar, en un orden de prioridades trazado de acuerdo con un basamento científico, ocupa la educación del pueblo frente a los otros servicios públicos? En regímenes de fuerza, de ostentación y de exhibicionismo, la educación viene siempre después de todos los capítulos del presupuesto nacional. Y aunque aparentemente ocupe un lugar de importancia por el porcentaje, no hay que perder de vista que la educación se extiende desde la pre-escolar hasta la universidad, desde la escuela rural hasta la muy populosa de la ciudad, desde la escuela de tipo común hasta la de riguroso carácter investigativo y experimental, desde la escuela para niños y adolescentes retardados y con problemas de conducta hasta los sobresalientemente dotados, desde la formación que conduce a los títulos o diplomas hasta la que se empina sobre base sólida hacia una formación post-universitaria que es la que da verdadero sentido y valor a la universidad contemporánea, no por el mantenimiento de camarillas cerradas y hasta hostiles para la letra impresa, sino por la apertura de atmósferas solícitas para los hombres de veras sabios, para los que son capaces de hablar en primera persona, con criterio cargado de conceptos nuevos y con experiencias arraigadas por las luchas nobles. En los regímenes impopulares, al renunciar total o gradualmente al ejercicio de los métodos del planeamiento científico y de la organización técnica y al eliminar del todo o en parte la discusión esclarecedora y la dirección del pueblo por medio de la convicción, se está propendiendo a destruir el ambiente humano que es indispensable para la educación. No hay entonces derecho real para el reclamo fundado en principios jurídicos y pedagógicos. No hay sitio para la crítica de la experiencia y para la demanda de la corrección y del mejoramiento. Se suprime el diálogo efectivo entre gobernantes y gobernados, el diálogo entre el campo y la ciudad, el diálogo entre los que proponen soluciones y los que tienen luces experienciales para previsiones urgentes. Un ex-Presidente latinoamericano elegido por cinco veces, caso bien conocido por todos en nuestro Continente y en el mundo, dijo siempre "dadme un balcón y seré Presidente". A los pocos meses de iniciado su gobierno en cada vez renunció al deber de cumplir las disposiciones constitucionales y legales y habló de la insuficiencia de las leyes. Derrocado por sí mismo, porque el primer enemigo suyo fue él mismo, su violencia desatada, su demagogia, su contradicción de todos los días y hasta de un minuto a otro, la invención de problemas donde no existían y la vuelta de espaldas a los problemas auténticos, la

entrega enloquecida de favores para sus partidarios y la persecución patológica para los opositores reales o supuestos, derrocado por sí mismo dijo siempre que los votos le habían elevado y que las botas le habían echado abajo. Pero la verdad fue la realidad de su incapacidad para gobernar.

La obra educativa es una misión de luces y una cruzada espiritual que rinde a largo plazo. Pese al pragmatismo, norteamericanos de pensar hondo como Hutchings, sostuvieron siempre que los bienes de la educación no pueden ser de efecto notorio a cortísimo plazo. Vale la pena recordar esto porque hay latinoamericanos que, al seguir ciega y superficialmente a los Estados Unidos, dicen en notas escritas, que la escuela debe ser concebida como una empresa privada y de carácter financiero.

Pero el presupuesto no es el que por sí solo forma maestros de la más alta calidad, pueblos de la más elevada conciencia nacional y universal y, por tanto, países de muy hondos sentimientos e ideales populares. El maestro en su estatura humana más significativa, no es al fin y al cabo el sueldo que gana. Por este metro unilateral de estimación del valor se cometerían errores muy lamentables, sobre todo en la vida internacional. Recordemos que las posiciones con la llamada titularidad y con dedicación exclusiva, en las universidades, están en manos de ineptos de origen sectario y uniformados por una misma mentalidad mostrenca, salvo raras excepciones. Hay países muy pobres que tienen maestros insignes.

Comienza a admitirse en América Latina que la universidad debe ser al mismo tiempo un alto centro para la cultura, así como para la ciencia y la técnica. No son raras las universidades que cuentan hoy con altas escuelas técnicas. En otros países, la educación técnica superior se realiza fuera de la universidad propiamente dicha. El problema del lugar no es el fundamental, sino el del contenido, el de los métodos de investigación y de trabajo, y el de la calidad profesoral y de los medios de observación y experimentación. Solamente la ceguera política, esporádica, puede dar cátedras universitarias para que aprendan en ellas quienes jamás investigaron nada ni publicaron nada de valor. La Universidad Rural del Brasil, el Instituto Politécnico de México, la Universidad Técnica de Valparaíso, la Universidad Politécnica del Ecuador, son valiosas demostraciones de la iniciativa técnica de la enseñanza superior.

En las escuelas técnicas hace falta mejorar todas las formas ricas de la artesanía, a fin de producir obras de arte y artefactos en gran escala. En este campo se necesita introducir técnicas nuevas que, sin perjuicio de fomentar la capacidad creadora de las manos,

aceleren el trabajo y ensanchen la economía nacional. Los telares, por ejemplo, están recibiendo el influjo alentador de la técnica nueva, como ocurre en varios centros de renombre de México y el Ecuador. La organización de exposiciones internacionales, dentro y fuera de América Latina, cumpliría objetivos estimulativos notables.

¿Existe eficiencia en el manejo y fiscalización de la administración? Son frecuentes los casos en que la administración cuesta proporcionalmente más que el servicio mismo: ése es uno de los lados fatales y hasta desintegrantes del burocratismo. Ninguna reforma se resuelve con el cambio de rótulo o de etiquetas. Constantermente, los altos empleos se crean, más que con el empeño de mejorar y orientar la administración, con el objeto de dar un sueldo alto a algún individuo perteneciente a un partido político o de una camarilla profesional. Los países latinoamericanos que han sufrido las consecuencias de la inmigración muy masiva, tan masiva como para triplicar o cuadruplicar la población, cuentan con problemas graves de identificación frente a la concepción de una imagen concreta de hombre nacional deseable. Porque llegaron individuos con las manos vacías, sin saber leer ni escribir ni su idioma de origen ni el español, individuos que no valían siquiera como trabajadores medianamente calificados. Este hecho unido al de la ansiedad provocada por la falta de identificación nacional y universal de los nativos, en alto porcentaje, trajo como consecuencia el abandono del esfuerzo cultural ya que la cultura no puede concebirse sino como un esfuerzo denodado para la constitución del ser, esfuerzo en el cual hay que apreciar a todos los precursores y a todos los representativos de todas las épocas. En los eminentes inmigrantes existió precisamente la presencia convincente del esfuerzo de identificación con el ser nacional y la aportación vigorosa para imprimirle dinamismo a ese ser, y dotarle de formas creadoras.

A los capitales latinoamericanos, en los países menos desarrollados les sobra rutina y les falta espíritu de inventiva y de iniciativa valiente. Por eso se espera demasiado del milagro de los capitales extranjeros. En orden de importancia, los incentivos para el desarrollo económico serían éstos: defensa del capital humano por medio de la elevación del nivel de vida y la profundización y ensanchamiento del espíritu cooperativo en todas sus formas y escalas económicas.

¿Hay movilidad geográfica vocacional y social? Relativamente, sí. Hay mucha gente, en todas partes, que trata febrilmente de ganar más dinero. No importa que las ocupaciones no correspondan exactamente a las aptitudes y que queden muchas veces muy por debajo de éstas. Los trabajos, las tareas, las profesiones, las ocupa-

ciones, los oficios son buscados bajo tremendas presiones de conveniencia familiar e individual de signo económico y hasta de codicia financiera y no de obediencia al reclamo de las capacidades especiales. El paso de una ocupación a otra es violento en muchos casos. Y el individuo altamente calificado surge con suma dificultad, diríamos en forma heroica, ya que la voz de orden de la conveniencia calculadora y acomodaticia es la improvisación en los más diferentes e incommunicados campos. El caso del individuo "sábelotodo", del "hombre-orquesta", del charlatán, del embaucador, prolifera en todas las realidades ocupacionales, especialmente en la administración pública. Es que la lealtad para la vocación supone desinterés.

La administración eficiente inicia ya, en los países mejor organizados, sus pasos firmes orientados hacia metas bien definidas. Se evita la pseudo-reforma y se tiende a cambios controlados con la investigación y la experimentación científica. No se cambia, por cambiar, nada. Se pone de lado la politización excesiva. Comienzan a penetrar en las oficinas de los ministerios de educación los rayos saludables de la técnica. No tanto porque existan alguna vez ministros con una apreciable preparación técnica marchan las cosas bien sino por la presencia de equipos perfectamente compenetrados del deber de una acción alta y solidaria. El Ministerio de Educación del Brasil tiene el Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos, fundado por Lourenço Filho, para esclarecer en términos técnicos y estadísticos los problemas de la educación nacional.

No cabe duda que la educación de un pueblo depende en gran parte de los fondos públicos y privados que se dediquen a ella. Pero es indispensable acertar en la distribución de los recursos, en su periódico acrecentamiento en relación con la curva demográfica y con los resultados de la experiencia.

Se pierde de vista a dónde se trata de llegar con tantos textos escolares inútiles usados únicamente para la rendición de exámenes y la obtención de calificaciones.

Hay un gran déficit, en la América Latina, en la construcción de edificios escolares. Y los antiguos y hasta los recientes vienen estrechos ante las exigencias creadas por el desarrollo demográfico. El Estado no da otra respuesta que la de permitir la proliferación de escuelas privadas que no reúnen condiciones pedagógicas de primer rango en el personal docente y también acude al arrendamiento de casas inadecuadas que son convertidas en pésimos edificios escolares. La incomodidad afecta seriamente el aprovechamiento en el aprendizaje. Los funcionarios no ven otro camino que el de amontonar más y más alumnos en las aulas, especialmente en la enseñanza media, salvo raras excepciones.

Educación nueva y economía

UNA de las formas extensamente difundida de la educación en el mundo, la escuela activa, no ha terminado su ciclo ni lo terminará jamás si se tiene en cuenta su fundamentación principista. Y hay países en donde no se enseñó sino a recitar, en las Facultades de Filosofía y Letras, en forma mecánica y desastrosa, pésimos apuntes de clase en donde se podía comprobar que ni siquiera los manuales en mayor boga eran entendidos por los profesores no obstante haber sido declarados propietarios de las cátedras. La propiedad provenía de círculos cerrados, sin importancia ni siquiera local, que les habían obsequiado las cátedras con sólo el cambio de un régimen político o el mantenimiento vitalicio de uno de muy viejo raigambre. En estas situaciones deformantes, cabe decir que ni siquiera se ha iniciado el aprendizaje activo en la universidad. Marcha a la cabeza un país de la América del Sur que es editor en su Capital Federal pero que no ha tenido escuela experimental alguna. Conozco la situación desgraciada institucional por mi propia experiencia. Principio primero de la educación nueva es el de la *actividad*, de acuerdo con la cual se enseña por lo que se es capaz de hacer y no de recitar en forma memorística. Es por medio de la *actividad* que el profesor habla con los alumnos y no habla a los alumnos. Gracias a la *actividad* los alumnos manejan directamente por lo menos de cinco a diez libros representativos, sin descuidar los más valiosos de la América Latina. Tomar nuestra región cultural como un simple recipiente de preceptos y conceptos está en contra de la actividad fecunda. La *actividad* es sobre todo psicológica y espiritual. Consiste en observar sistemáticamente los hechos y en impartir críticas de valor y formular proyectos asequibles, desde el saber teórico hasta la práctica docente gradualmente extendida hasta la plenaria que cubre la toma de responsabilidad en uno o más cursos, mediante práctica remunerada y realizada en establecimientos de enseñanza media de variada tipología. Es por la acción que el alumno toma conciencia de sus aciertos y de sus errores y cómo puede autoevaluar su propio trabajo periódicamente, desde la jornada diaria hasta la semanal y la bimensual o trimestral. Principio cardinal siguiente es el de la *libertad*. El mundo cultural y el educativo han pasado por una experiencia secular para admitir y auspiciar el trabajo fundado en la iniciativa libre, sin perjuicio del seguimiento disciplinado de un plan. La educación es una ciencia social y una ciencia también, por consiguiente, política y económica. Mientras más concurra la iniciativa libre, será mayor el progreso y más profundo el nivel de conciencia sobre las cosas y las situa-

ciones y los hechos. Todavía se vive hoy en países en donde la docencia universitaria sobre todo no es sino una burocracia en la época medieval del dogmatismo más horrendo. Y principio siguiente de la educación nueva es el de la *naturalidad*. No hay actividad que no se funde en el aprovechamiento del impulso biológico y psicológico para aprender. Toda coacción destruye al ser humano en cuanto tal. Hasta las investigaciones del aprendizaje de los animales abona en favor de este principio dinámico. Y consecuente principio es la *individualidad* que encuentra su mayor sentido y significado en conexión permanente con la *socialización*. La clase existe como una comunidad multipolar en la que el alumno y el profesor y el objeto a ser enseñado y aprendido dentro de situaciones naturales y sociales, es un todo inseparable y funcional. De la comprensión y realización de este todo y de la organicidad de las partes en el todo, surgen formas directas e indirectas de la vida económica inteligente y responsable.

Es la vida de la escuela activa la que ha permitido en los países que la han vivido sinceramente, el tener noticias ciertas y útiles los unos respecto de los otros. Antes se vivía en un campo en el que no había sino repetidores. De ninguna manera, formadores de nuestro mundo.

También penetró la escuela activa hacia el área rural y es por ello que la escuela nueva trata de llegar a la reforestación del lugar o de la comarca en donde fueron talados los bosques naturales despiadadamente.

La escuela mexicana, sin una doctrina *a priori*, tuvo supremas coincidencias con la educación nueva.

El futuro implica siempre visión y previsión. Vivir en trance de futuro es vivir plenamente el presente y concebir la vida como un cambio constante, en marcha incesante. La Historia Latinoamericana ha sido sobre todo una historia biográfica: la historia de los grandes hombres en cuyo fondo el pueblo ha tenido un papel secundario. La lucha de hoy es la marcha del pueblo y ella significa la resolución de los problemas económicos y por ende, sociales. Educación y economía tienen un interinflujo vital.

Lo que aparece ya donde los movimientos sociales han sido profundos y donde la educación ha encontrado una atmósfera fructífera es realmente una marcha dirigida de las masas por sus mejores hombres.

LA SOCIEDAD ECONOMICA MODERNA*

Por *Francisco NOYOLA VAZQUEZ*

VAMOS a tratar ahora las formas que tenían los movimientos internacionales de capital en esta última etapa del desarrollo capitalista en los países subdesarrollados. Me refiero sobre todo a las nuevas formas que han tomado los movimientos internacionales de capital después de la II Guerra Mundial. Entre estas nuevas formas se encuentran las inversiones mixtas, en que hay una participación mayoritaria de inversiones nacionales. Esta es una forma de inversión mixta que para muchos está exenta de las fallas tradicionales de las inversiones que habían hecho los países imperialistas en las economías subdesarrolladas, porque ni están dirigidas fundamentalmente a actividades de exportación, sino a actividades para el consumo interno, ni tienen un control total de la inversión y por consiguiente de los beneficios, ni se dedican a actividades extractivas, sino a actividades de tipo industrial. Pero aun con todas esas características no se escapa de los rasgos generales que le habíamos atribuido a las inversiones de las empresas monopólicas. Vamos a poner un ejemplo tal como se da en la realidad en algunos de nuestros países: en México, que es uno de los países donde se ha desarrollado más esta forma de inversión mixta, se crea una empresa que produce material eléctrico incluso bienes de consumo duraderos como refrigeradores, lavadoras, etc., y cierto tipo de bienes de capital ligeros como pequeños motores eléctricos, transformadores, etc. Esa empresa es á poseída nominalmente por una mayoría de inversionistas nacionales; digamos que tiene por ley obligatoriamente un 51% de inversión de capital nacional y un 49% de capital extranjero. Es una empresa que no produce para la exportación, sino que produce para el mercado interno, que no se dedica simplemente a la extracción de materias primas. Es decir, aparentemente no tiene ninguna de las características que le hemos atribuido y que tienen las inversiones tradicionales del capital imperialista en los países subdesarrollados. Esta empresa y cualquiera otra semejante, tiene una serie de rasgos que la identifican con el

* Del curso de divulgación (Principios de Economía) dictado por su autor en La Habana.

fenómeno general de las inversiones monopólicas imperialistas. En primer lugar, el hecho de que haya una inversión mayoritaria de capital nacional no quiere decir que el control —ni en los aspectos administrativos ni en los aspectos técnicos, ni de mercado, ni de abastecimiento de equipos— esté determinado por esa mayoría de capital nacional, porque el 51% de capitalistas nacionales son inversionistas no especializados en esa rama. Es una forma de inversión como cualquier otra. En cambio, el 49% extranjero es de una sola empresa que es especializada en esa rama.

Es decir, si un grupo de empresarios cubanos con mayoría de capital constituyen una empresa mixta con la General Electric, o la Westinghouse o en la industria química con la Dupont, el control técnico, el control de las materias primas básicas, el control del equipo, el conocimiento de los mercados y de las técnicas administrativas, el control del personal especializado que realmente determina la orientación general y la operación de la empresa y el plan de inversiones de la empresa está proporcionado por la empresa extranjera. Entonces el control real no está en manos de quien tiene la mayoría de las acciones. En estos casos simplemente una empresa de este tipo se constituye en una especie de subsidiaria de una gran empresa monopólica extranjera con una serie de ventajas porque a cambio de aparecer como empresa nacional, disfruta de protección arancelaria, de exenciones fiscales, tiene que hacer una inversión menor para un determinado volumen de operaciones.

Es decir, es una forma de establecer subsidiarias de grandes empresas monopólicas, dándole una cierta participación al capital nacional y desde el punto de vista político trae consigo incluso un peligro más grave, en cuanto a las posibilidades de desarrollo capitalista nacional propio, porque identifica a los sectores que podrían ser la base para un desarrollo económico nacional, autónomo, con los intereses del capital monopólico extranjero.

De modo que esa solución de las empresas mixtas no es una solución. No es una nueva forma que supere las características anteriores del desarrollo imperialista, es una forma de comprar y de identificar a un sector de la burguesía nacional con el capital monopólico imperialista. De hecho ésta es una forma de inversión que tiene muchas ventajas para las empresas extranjeras, y constituyen un freno al desarrollo propio de las empresas nacionales.

Otra forma de inversiones extranjeras de gran significación en el período siguiente a la terminación de la II Guerra Mundial es el de inversiones de organismos oficiales de crédito, como el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, de carácter internacio-

nal u organismos de un solo gobierno como el Banco de Exportaciones e Importaciones de gobierno norteamericano.

Esta otra forma de inversiones podría decirse que tienen una serie de ventajas sobre las inversiones tradicionales del capital imperialista. Entre las diferencias de carácter formal está el hecho de que no le dan la propiedad al inversionista. En primer lugar que el inversionista no es un capitalista privado, en segundo lugar que la propiedad de la inversión no es del inversionista, que sólo es un prestamista, es un acreedor al que se le reintegrará el valor de la inversión más un interés, y el hecho de que el interés sea relativamente bajo.

Desde este punto de vista se puede decir que estas inversiones representan unas ciertas ventajas sobre las inversiones extranjeras directas de las grandes empresas monopólicas.

Si estas inversiones se hubieran orientado como se suponía a fines de la II Guerra Mundial, hubieran servido para canalizar parte de los excedentes económicos de los países más industrializados para el desarrollo general de los países subdesarrollados, mediante un organismo internacional controlado por todos los países, en que se tuvieran en cuenta los intereses de los países subdesarrollados y de los países industriales. No cabe duda que tal organismo habría constituido una forma eficaz de cooperación internacional para aumentar el excedente económico de los países subdesarrollados, de aumentar los recursos que pueden destinar a la ampliación de su capacidad productiva.

Si ese hubiera sido realmente el funcionamiento de los organismos internacionales de crédito, habrían cumplido una función muy importante en el desarrollo de los países subdesarrollados.

En el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento están representados cerca de 60 países y en los primeros años de su fundación casi todos los países miembros de las Naciones Unidas eran miembros de este Banco Internacional. Cuba fue miembro del mismo desde que se fundó hasta hace poco. ¿Quiere esto decir que todos esos países están igualmente representados en las decisiones que norman la política de inversiones del Banco o en el uso de los recursos del Banco? No, en absoluto. El Banco se concibió desde el principio en muchos aspectos de su funcionamiento como un Banco privado; es decir, era un Banco cuya finalidad no era hacer utilidades, pero en cuanto a su operación y su estructura interna y en cuanto a las decisiones sobre la política general y sobre las inversiones, los intereses de todos los países no están igualmente representados porque, como era de preverse, si iba a ser un organismo en el cual los países que tienen excedentes económicos

sobrantes para inversión iban a tener una aportación más grande que los países subdesarrollados, por consiguiente la contribución de EE. UU., Inglaterra, Canadá, etc., es más grande que la de los países subdesarrollados. EE. UU., aportó inicialmente como un tercio del capital del banco que era del orden de nueve mil millones de pesos. Eso fue interpretado desde el principio en el sentido de que los países que hicieran las mayores contribuciones de capital tendrían un peso relativamente mayor en el Consejo de Dirección del Banco. Pero además, por su composición en los niveles ejecutivos, el Banco resultó ser desde el principio, ya no siquiera una expresión del Departamento de Estado Norteamericano, sino una expresión de los sectores bancarios privados de Wall Street. Y éste es el tipo de orientación que ha regido la política del Banco. El Banco de Reconstrucción y Fomento no es un organismo internacional, sino la más grande de toda la estructura bancaria de Wall Street con la apariencia de un organismo internacional, con todo lo que eso significa y con todo lo que eso representa para los países miembros, porque eso impone ciertas obligaciones de los gobiernos de los países miembros con el Banco.

Vamos a ver cómo se diferencia la política del Banco Internacional de la política de las empresas monopólicas privadas o de los Bancos privados de los países imperialistas.

En primer lugar los préstamos son de gobierno a gobierno, o se suponía que eran de gobierno a gobierno, pero en realidad el Banco puede prestar a organismos privados si el gobierno del país que va a recibir la inversión le da el aval, y es así una forma cada vez más característica de los préstamos del Banco.

En segundo lugar ¿Hacia qué tipo de actividades han estado destinadas las inversiones del Banco Internacional? Se han orientado sobre todo a inversiones de capital social básico que son importantes en los países subdesarrollados, inversiones por ejemplo en energía eléctrica. Pero incluso en eso la política del Banco ha sido la de hacer inversiones en la industria eléctrica que tiendan a favorecer directa o indirectamente a las empresas privadas de energía eléctrica o al sector privado en su conjunto. Incluso hay varios casos en la América Latina, en donde los préstamos a las grandes empresas estatales de electricidad han estado condicionados y muchas veces acompañados de préstamos a las empresas privadas de energía eléctrica. Más aún, el Banco ha hecho uno de los postulados fundamentales de su política que no va a competir con la empresa privada, sino que le va a crear condiciones favorables y entendiendo casi siempre por empresa privada los intereses de las grandes empresas privadas extranjeras en los países.

Es decir, que desde este punto de vista tampoco ha servido a los intereses del desarrollo como lo ven los países, sino como los ve el Banco.

Otro de los rasgos importantes de la política del Banco es que nunca ha prestado para el petróleo. Es decir, las grandes empresas petroleras del mundo no necesitan de préstamos. En realidad el único caso que hay en la historia de la Standard Oil de New Jersey en que haya recibido un crédito, fue en Cuba cuando el gobierno de Batista le prestó para la refinería de Regla.

Las empresas nacionalizadas de petróleo sí necesitarían préstamos, porque tienen recursos relativamente insuficientes. Pero la política del Banco es no dar crédito para las industrias petroleras y mucho menos para las nacionalizadas.

Por todas estas características la política del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento no ha servido para fomentar el desarrollo de los países subdesarrollados, como se suponía cuando se le creó que iba a ser su propósito, sino para fomentar aquellos sectores de la economía de los países subdesarrollados que son más útiles o más beneficiosos para las empresas monopólicas. De modo que el Banco Internacional sólo ha venido a ser otro instrumento adicional del capital monopólico imperialista. Luego esta forma de inversiones indirectas extranjeras tampoco han resultado ser —dentro del tipo de instituciones que se han concebido y que han estado actuando durante los últimos quince años— una solución al problema de los países subdesarrollados.

Con todos estos antecedentes puede verse que, precisamente porque el desarrollo capitalista de los países ya industrializados tiene las características que tiene hoy, se ven frenados e imposibilitados los países. Tienen por consiguiente, que encontrar otras formas distintas para aumentar su excedente económico y para utilizar racionalmente sus recursos. Esto lleva a la necesidad de un cierto grado de intervención y de un cierto grado de planificación por parte del Estado en la actividad económica.

De hecho el capitalismo puro, sin intervención, no existe ya en ningún país del mundo, ni en los países industriales ni en los subdesarrollados.

Nos habíamos referido en otra oportunidad a una de esas atribuciones que la economía liberal clásica le daba al Estado: la participación en la política del comercio exterior. Vimos cómo el libre-cambismo inglés en realidad respondía a las exigencias de los empresarios industriales ingleses en la primera mitad del siglo XIX, que el libre cambio que se postulaba como algo bueno para cualquier país y para cualquier momento, era en realidad algo bueno

para las industrias inglesas en aquella época de su desarrollo; que respondía a una necesidad histórica del desarrollo del capitalismo inglés, como el proteccionismo en Alemania, Japón, EE. UU. en la segunda mitad del siglo XIX respondía a una necesidad histórica del capitalismo en esos otros países. Por eso la polémica entre protección y libre cambio no era una polémica puramente de ideas, de concepciones abstractas sobre qué forma es mejor para regular el comercio internacional, qué forma es mejor para que se desarrolle la industria, qué forma es mejor para que los consumidores paguen precios más bajos o para que se utilicen mejor los recursos productivos, sino era una polémica de intereses entre la clase capitalista del país que estaba más adelantado y la de otros países que querían alcanzarlo.

Esto nos lleva a analizar en términos más amplios cuál es la concepción política del capitalismo industrial, cuál es la concepción política que corresponde a las ideas de los economistas liberales clásicos, qué ideas tenían ellos del Estado, del papel que debe desempeñar el Estado en la economía y por qué ellos eran contrarios a ciertas formas de intervención.

Para los economistas clásicos y fundamentalmente para Adam Smith el móvil de lucro, el móvil de ganancia de miles de productores y de miles de consumidores que representan las distintas unidades productivas y de consumo en la sociedad, el móvil de ganancia, el móvil egoísta de obtener el lucro máximo o de obtener el beneficio máximo tanto por parte del productor que quiere hacer la ganancia más alta como por parte del consumidor que quiere comprar lo más barato posible o consumir la mayor cantidad posible con un desembolso dado, se combinan en la sociedad siempre que no haya interferencias en forma tal que consigan el beneficio social máximo. Esa es la idea fundamental de los economistas clásicos sobre la libertad económica y por consiguiente el papel del Estado en esa concepción es el de actuar como un regulador nada más. Se le ha llamado a esa concepción la concepción del Estado Gendarme, donde el papel del Estado es el de una especie de agente de policía o de agente de tránsito cuya función consiste simplemente en la de evitar que se transgredan o violen las leyes normales de la competencia, las leyes del comercio, la competencia leal entre los distintos productores. Esta es la concepción tradicional del liberalismo económico. Esa concepción responde también a la forma que tenía el capitalismo industrial de competencia e iba contra las formas de intervención estatal que había antes del desarrollo del capitalismo industrial, las formas de intervención que eran supervivencia de la época feudal o que eran manifestaciones

del capitalismo mercantil en la época en que el capitalismo mercantil fue aliado de las grandes monarquías absolutas. Por ejemplo, en esa época hubo formas de intervención como los grandes monopolios reales del comercio exterior, como la Casa de Contratación de Sevilla, como las compañías con carta real en Inglaterra y en Holanda. Había por ejemplo, las trabas de tipo gremial que venían de las viejas corporaciones artesanales del principio del capitalismo de las ciudades de la Edad Media; habían las disposiciones que eran resabios todavía del feudalismo en cuanto a la utilización de la tierra, pagos en especie, en cuanto a imposibilidad de moverse a la población campesina, que eran formas de intervención estatal que venían antes del capitalismo, que era lo que quedaba del poder feudal. Contra todas estas formas de intervención del Estado estaban los economistas clásicos, los economistas liberales de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX; ellos querían el libre cambio, la abolición de los monopolios, la abolición de todas las restricciones a la libertad de trabajo, la abolición de todas las restricciones al uso y a la compra-venta de la tierra; de todas las restricciones al comercio en una determinada actividad, a la entrada de una determinada industria, a la inversión a una determinada rama. Entonces veían al Estado en realidad como el mecanismo que servía para asegurar la Ley, el orden, el buen funcionamiento de la vida económica.

Cuando el desarrollo capitalista llevó a la creación de monopolios, cuando el capitalismo de competencia se transformó en capitalismo de monopolio, la función del Estado cambió y empezó a haber fuerzas que lo hacían cambiar en un sentido o en otro. En primer lugar, en algunos países el desarrollo capitalista fue ayudado directamente por la acción estatal: los casos más importantes son el caso de Alemania y el caso del Japón y el caso de los Estados Unidos, hasta cierto punto, en cuanto se siguió una política proteccionista en materia de comercio exterior y desde ese punto de vista el Estado estaba ayudando al desarrollo capitalista. Pero en el caso de Alemania y en el caso del Japón hubo una ayuda mucho más decidida por parte del Estado al desarrollo capitalista. En el Japón el Estado mismo inició el desarrollo capitalista, rompiendo los privilegios de los señores feudales estableció las condiciones para que funcionara el capitalismo y de hecho se hizo él mismo capitalista en muchos aspectos, y además todo el programa de enseñanza técnica, al enviar en grandes cantidades japoneses a estudiar técnicas industriales, ingeniería, etc., a los países de Occidente, era una cosa hecha oficialmente, era una intervención directa del Estado en el desarrollo capitalista. En Alemania, dos de

las industrias fundamentales en el desarrollo industrial, la industria mecánica y la industria química, se desarrollaron en muy buena medida como consecuencia del desarrollo de la industria de armamentos. Pero incluso en los países en donde había habido un desarrollo capitalista privado más autónomo y más de acuerdo con las concepciones de los economistas clásicos, el desarrollo del capital de monopolio llevó a dos formas de intervención estatal: una, la intervención directa de los monopolios en forma creciente en el gobierno y otra, la reacción natural que esto provocó en grandes sectores de la población y que llevó en forma de intervención estatal que ya no son el viejo estado liberal, el viejo estado gendarme, sino formas de intervención del Estado en la vida económica para regular la actividad de los monopolios. En Estados Unidos, donde el desarrollo de los monopolios empezó a hacerse sentir más en la economía desde fines del siglo XIX, hay una tradición larga de lucha de varios sectores sociales (los campesinos, los granjeros del Medio Oeste, los obreros y ciertos núcleos intelectuales) para regular la actividad de los monopolios. Y entonces comenzó a haber lo que se llama legislación anti-trust. Esa legislación ha seguido en los EE. UU. donde fue particularmente intensa en las últimas décadas del siglo XIX, volvió a serlo un poco antes de la Primera Guerra Mundial, volvió a serlo durante la época de 1930, y se fue haciendo un poco más radical cada vez, pero en definitiva nunca afectó fundamentalmente la fuerza de los monopolios, porque a cada Ley anti-trust los monopolios encontraron la forma de darle la vuelta. Tan intervencionista se ha hecho la política norteamericana en materia de controles de la actividad industrial y de la actividad comercial, que no se puede decir que el Estado norteamericano sea el estado liberal clásico. En esa misma medida los monopolios le han ido dando la vuelta a esa legislación y son mucho más fuertes hoy económica y políticamente que nunca antes. De modo que con una legislación que dista mucho de la forma tradicional del estado liberal con un grado muy grande de intervención estatal, hay también un grado de participación de los monopolios en la vida económica mucho más grande que nunca y un grado de participación de los monopolios en la vida política también mucho más grande que nunca. Esto en lo que se refiere al caso de EE. UU. y a la legislación de tipo antimonopólico.

Pero no sólo ha habido intervención en cuanto a la regulación de los monopolios —y ha habido intervención de los monopolios en cuanto a la orientación de la política económica de los países— sino que ha habido otra serie de factores que han hecho que el Estado tenga un grado creciente de intervención en la vida económica en los países capitalistas desarrollados.

El factor más importante que ha habido en ese sentido es el hecho de que las crisis capitalistas que existieron ya desde la primera época del capitalismo industrial, en la época del capital monopolístico imperialista, se han ido haciendo más agudas y más intensas cuando menos hasta la época de 1930. Esto obligó a otra forma de intervención estatal. Hasta la época de la gran crisis 1929-33, los economistas capitalistas no consideraban que no postulaba la ocupación plena como uno de los objetivos fundamentales de la economía. No era un objetivo de acción del Estado. Pero después de la crisis de 1933 y cuando el problema de la desocupación se hizo más agudo que nunca en todos los países capitalistas, se vio que se necesitaba una nueva forma de acción del Estado para asegurar la ocupación plena. Se intentaron muchos procedimientos; en realidad el procedimiento que resultó más eficaz de todos fue el que siguió Alemania, de ampliar los gastos en armamentos y aumentar el tamaño del ejército. Por eso fue el primer país que resolvió el problema de la desocupación en la década de los treinta. Ahora, eso tenía una secuencia lógica que no podía quedar ahí, y que tenía que conducir fatalmente a lo que condujo, y el mundo está todavía pagando el precio de esa forma de acabar con el problema de la desocupación. Pero en realidad eso significa que el Estado tuvo que entrar a competir con la iniciativa privada en una serie de cosas, tuvo que modificar su acción puramente neutral y puramente de gendarme para asegurar la utilización plena de los recursos productivos, sobre todo de la fuerza de trabajo; y de hecho la razón que explica que las crisis ocurridas en la economía mundial después de la II Guerra Mundial no hayan sido tan intensas como la crisis de 1929-30 o como alguna de las crisis anteriores, se debe precisamente a que hay una forma de intervención estatal, que desgraciadamente también es el aumento de los gastos militares. No es que el sistema capitalista haya resuelto el problema de las crisis, porque de hecho han habido tres depresiones en la economía norteamericana y en la economía mundial después de 1945: hubo una en el 1948 o en 1949, otra en 1953-54 y otra a fines de 1957 y principios de 1958 y parece que ahora viene otra, y cada vez más agudas. Sin embargo, la más aguda no ha sido tan aguda como la gran crisis de 1930, pero eso se debe a que ya la intervención del Estado en la economía de los grandes países —sobre todo Estados Unidos— ya no es igual que en 1930 y ya se trata de un estado distinto, con un grado de intervención mucho mayor y con una serie de mecanismos de intervención que son contrarios a los postulados de la libertad total para los productores y los consumidores. Es decir, hemos dicho que la forma principal de interven-

ción es la intervención en cuanto al nivel de gastos totales y el peso enorme de los gastos militares que es lo que sostiene el funcionamiento de la economía norteamericana, pero no es sólo eso, aun una serie de formas accesorias de intervención. Existe, por ejemplo, el caso de la agricultura: la agricultura norteamericana es á tan lejos hoy de la economía clásica de Adam Smith como lo estaba la economía agrícola del feudalismo. No tiene nada que ver con la economía clásica. Los precios no se fijan por la oferta y la demanda, las cantidades cosechadas no se fijan por el libre juego de las fuerzas del mercado, los volúmenes de producción y el uso de los recursos no tiene nada que ver con el libre juego de las fuerzas del mercado. Los precios agrícolas se fijan como resultado de presiones políticas y por decisiones de tipo administrativo. El caso del precio del azúcar es un ejemplo. El mercado norteamericano del azúcar es lo más lejano que puede haber del esquema ideal de un mercado libre, porque es un mercado en el que los volúmenes de producción están determinados por leyes del Congreso, en el que los precios están determinados por leyes, en que la participación de los diversos abastecedores está determinada por leyes y eso se refiere no sólo a los abastecedores internos sino a los abastecedores externos. Allí por un mecanismo legal y administrativo se dice que los productores de remolacha deben producir tanto, que los productores de caña de Louisiana y de Florida deben producir tanto, y que Hawaii y Puerto Rico deben producir tanto, y que se deben comprar tanto a Filipinas, tanto a Cuba, tanto a la República Dominicana, etc. Eso se fija por decreto y luego por una disposición administrativa también que fija el precio.

Seguramente que si Adam Smith supiera cómo funciona la oferta y la demanda en el caso del mercado del azúcar diría que eso no es exactamente lo que él tenía en mente cuando hablaba del libre juego de las fuerzas del mercado.

Y eso mismo se aplica a los precios de todos los demás productos agrícolas y a la determinación de los volúmenes de producción de todos los demás productos agrícolas. De modo que esto demuestra que en el estado capitalista más desarrollado, en el máximo defensor del sistema de libre empresa, el libre juego de las fuerzas del mercado y la no participación estatal no existe. Es decir, que hay un altísimo grado de intervención estatal.

Todo esto demuestra que el Estado ha dejado de tener en la vida económica el carácter que los economistas clásicos le asignaron. Eso ocurre en los países industriales más desarrollados y eso ha venido ocurriendo en forma creciente desde hace un siglo.

En los países subdesarrollados, en todos, hay ciertas formas de intervención estatal. Lo mismo hay intervención estatal en Nica-

ragua, que en España, que en Arabia Saudita, que en Filipinas, etc. Y aquí la justificación de la intervención estatal es en buena medida la forma de acelerar el desarrollo económico. Es decir que en todos estos países se reconoce que la libre empresa sola es insuficiente.

Ya habíamos visto cómo el capitalismo en su etapa monopolista frena el desarrollo —incluso el desarrollo capitalista— en los países subdesarrollados. Ahora vemos que hay un cierto reconocimiento de eso en los gobiernos de todos los países.

Ahora hay que definir qué forma debe tener la intervención estatal para acelerar el desarrollo económico en los países subdesarrollados, y del porqué de esta necesidad de intervención y empezar a analizar el concepto de planificación.

Para entender qué tipo de intervención va a tener el Estado hay que pensar primero en cuál tipo de Estado existe. Es preciso analizar qué estructura tiene el Estado para saber qué influencia puede tener en la vida económica.

El Estado es en realidad la expresión de los grupos sociales dominantes. Eso ha sido el Estado en todas las épocas del desarrollo de la Humanidad. El Estado esclavista era el Estado de los dueños de esclavos, lo mismo fueran los imperios clásicos, —los imperios de la antigüedad—, el imperio egipcio, el asirio, el caldeo, que fuera la democracia griega que era una democracia de dueños de esclavos, que el imperio romano. El Estado en esa época era la expresión de los propietarios de esclavos y de los que controlaban las fuerzas productivas mediante la institución de la esclavitud.

El Estado feudal, que es un Estado anárquico y mucho más desorganizado —muchas veces casi no se puede hablar del Estado, sino que cada señor feudal es caso independiente—, es la forma política de dominación de los señores feudales, del sector social que controla en el régimen feudal de producción —a través del dominio de la tierra— las fuerzas productivas y que se apropia del excedente económico de la parte de la población dominada.

El Estado en el régimen capitalista es la expresión de las fuerzas sociales dominantes. Durante los siglos del capitalismo mercantil, y aun desde antes (el Estado en las ciudades burguesas de la Edad Media), el poder político residía en la burguesía comercial y artesanal. Eso era en las repúblicas italianas de la Edad Media y del Renacimiento, eso era en las ciudades hanseáticas. El Estado absolutista, la monarquía absoluta de la época del capitalismo mercantil, era un Estado que reflejaba la alianza entre el capitalismo mercantil en su etapa ascendente con el sector dominante del poder feudal, representado por el rey. Era una asociación de lo más fuerte

del feudalismo con el capitalismo mercantil ascendente; era una alianza de dos clases. Cuando el capitalismo triunfa finalmente en el orden económico y en el orden social y triunfa finalmente en el orden político, el Estado capitalista es fundamentalmente el Estado que representa los intereses de la burguesía industrial. Eso ha sido el Estado en los países industriales desarrollados. En los países en donde no ha triunfado plenamente el sistema capitalista, el Estado no es solamente la expresión del capitalismo industrial. En los países donde no hay todavía ni siquiera capitalismo industrial, no puede ser el Estado la expresión de una clase que no existe.

El Estado en cualquier país industrial desarrollado hoy es fundamentalmente la expresión de los grandes monopolios. El gobierno norteamericano es en muy buena medida, hasta en términos personales, la expresión de las grandes empresas monopólicas, es el organismo de poder de esas grandes empresas. El Estado alemán y el Estado inglés son lo mismo, y así sucede con todos los países desarrollados.

Pero en los países subdesarrollados el Estado es la expresión de una combinación de clases: de los grupos sociales dominantes, y estos grupos sociales dominantes son en buena medida las supervisiones feudales, es decir, los latifundistas y los órganos de fuerza que han creado los latifundistas, es decir, los ejércitos profesionales.

La forma de capitalismo más desarrollada que hay en los países subdesarrollados ya hemos dicho que es el capitalismo mercantil, sobre todo en el comercio exterior, los grandes comerciantes importadores y en algunos hay un núcleo más o menos importante de capitalismo industrial nacional en vías de desarrollo, que está más o menos frenado por el imperialismo que por las fuerzas precapitalistas internas. El imperialismo tiene alguna participación directa y desde luego una indirecta muy grande, decisiva, en la organización política de todos los países subdesarrollados.

Entonces, la intervención estatal que puede haber en la economía de un país subdesarrollado está determinada fundamentalmente por el tipo de Estado que haya en esos países, por la organización política y por la representación que haya en el poder político de los distintos grupos sociales.

Por consiguiente, las formas de intervención en la economía que pueda tener el Estado están determinadas por lo que a los grupos dominantes les interese en materia de desarrollo económico.

Por lo tanto, no puede ser de la misma naturaleza ni tener el mismo alcance la intervención en la economía de un Estado como el Estado franquista español o el Estado trujillista, que en un gobierno más democrático como el de la India no puede ser en Amé-

rica Latina igual en Venezuela que en Paraguay, no puede ser igual el tipo y la forma de intervención económica de un Estado como el de Brasil o el de México, donde hay una burguesía industrial más o menos desarrollada, que en un país como en Honduras, donde no existe prácticamente burguesía industrial.

Es decir, las formas de intervención estatal para acelerar el desarrollo económico no son iguales. No son iguales en la medida en que los Estados no son idénticos, porque ni los objetivos ni los métodos, ni la fuerza para poner en vigor esos métodos es la misma en cada Estado. Luego, si el objetivo fundamental del desarrollo económico es hacer un máximo el excedente económico y utilizarlo en la forma más adecuada para mejorar el nivel de vida de la gran mayoría de la población, entonces sólo un Estado en el que realmente la gran mayoría de la población esté en el control y le dé orientación a ese Estado, las posibilidades de intervención estatal para lograr esos objetivos se pueden lograr. En cualquier otro caso las posibilidades y la forma de intervención estatal están limitadas, primero, por lo que los grupos dominantes quieren conseguir; segundo, por lo que pueden llegar a conseguir en función de los obstáculos que ellos mismos crean al desarrollo económico, y en tercer lugar, por el tipo de obstáculo que el imperialismo impone al desarrollo económico. Por consiguiente, de aquí se deduce que sólo un Estado de carácter popular en el que la fuerza dominante principal no sean las fuerzas que representan resabios precapitalistas, obstáculos al desarrollo como los latifundistas o instrumentos de ellos, como los ejércitos tradicionales, u obstáculos a una forma del desarrollo del capitalista industrial como los grandes comerciantes importadores que son aliados del imperialismo. Sólo en un Estado de esta forma se dan las condiciones para una intervención que permita romper los frenos al desarrollo que están dados por la existencia de formas precapitalistas de producción y de utilización de los recursos y los obstáculos que impone el imperialismo. En realidad, se ve que en conjunto en la América Latina hay unos países que están más dotados para una intervención estatal adecuada en el desarrollo que otros y desde el punto de vista político el que está mejor dotado de todos en este momento, es precisamente Cuba, porque sólo en Cuba se cumplen estas condiciones.

Una vez aceptada la necesidad de ciertas condiciones de carácter político para que la intervención sea más eficaz, hay que definir qué forma de intervención es la que va a suplir las deficiencias que ha tenido el desarrollo hasta hoy, y eso lleva a analizar la necesidad de la planificación, porque no se trata entonces de cualquier tipo de intervención. Hemos visto que la intervención estatal

sirve en unos casos o para luchar en alguna forma contra los monopolios, como la legislación anti-trust norteamericana, o para asegurar la fuerza de los monopolios, o para asegurar el desarrollo de la industria nacional mediante la protección arancelaria, o para asegurar el mantenimiento de la ocupación plena, o para asegurar un determinado objetivo que el libre juego de las fuerzas del mercado no va a lograr.

Entonces, aquí en primer lugar hay que definir para qué se necesita una cierta forma de acción del Estado en la economía. La respuesta es que la finalidad principal para la cual se requiere la intervención del Estado es para acelerar la producción, y para asegurar además la independencia económica nacional frente al imperialismo.

Esos son fundamentalmente los objetivos del desarrollo económico, entendiéndolo por desarrollo económico la mejora del nivel de vida de la población, la creación de condiciones materiales para la mejora del nivel de la población y la independencia económica.

Ese tipo de intervención no puede ser una sola medida, tiene que ser un conjunto de medidas en toda la economía y eso significa que esas medidas tienen que coordinar, tienen que sistematizarse y eso lleva a la necesidad de la planificación.

¿Qué quiere decir planificación? Planificación quiere decir la elaboración de planes, es decir el señalamiento de objetivos a cumplir y el señalamiento de métodos, de instrumentos, de formas, para cumplir esos objetivos. Este es el proceso de planificación; señalar metas y señalar medios.

Por consiguiente, la intervención para acelerar el desarrollo económico tiene que ser una intervención planificada, no puede ser un conjunto de medidas anárquicas de acción del Estado en la economía, tiene que ser una cosa sistematizada con una finalidad determinada.

TRAGEDIA Y REVOLUCION EN ANDRE MALRAUX

Por Manuel S. GARRIDO

CASI se podría asegurar que MALRAUX conoció en detalle los escritos de Marx y Engels sobre el tema tragedia y revolución; sobre la *tragedia* como género artístico y la *revolución* vista desde el punto de vista de su derrota (escritos, por lo demás, no sistemáticos, dispersos generalmente en cartas y notas, en obras sobre otros temas, básicamente). Pero, me parece que MALRAUX, en particular en su novela *La Condición Humana*, cuida el tratamiento de la cuestión como si estuviera considerando precisamente los reparos que Marx y Engels llevaron a cabo en su tiempo acerca de la "tragedia" *Franz von Sickingen* de Lasalle, a mediados del siglo pasado.

En efecto, Marx, si bien aprueba en Lasalle la idea de hacer del conflicto revolucionario el eje de la tragedia moderna, le critica, sin embargo, el hecho de no haber puesto en acción los elementos históricos reales —de clase—, en particular a las fuerzas revolucionarias, que constituyen el factor imprescindible (obviamente) de la revolución, y, consecuentemente, del conflicto revolucionario, sea en su victoria, en su derrota, o en su destino trágico. Lasalle, al perder de vista el fundamento histórico de la revolución, desvanece el conflicto trágico de la misma (en su obra), al punto que sólo se percibe como una cuestión abstracta; pierde su carácter concreto histórico y se establece, en cambio, como un conflicto provocado por causas *subjetivas*, encarnadas en la *voluntad* de los personajes, y no por causas históricas *objetivas* que han cerrado el paso a la victoria de la revolución.

Marx y Engels critican a Lasalle el haber sustituido *la imposibilidad histórica concreta* que cierra la salida victoriosa de la revolución por una *imposibilidad abstracta*, al margen del tiempo y de las clases en pugna, hecho que significó en la obra de Lasalle la pérdida del sentido trágico de la lucha social que se desarrolla en la misma. Está claro que si el *conflicto revolucionario* reside en la lucha de *clases*, en la *tragedia revolucionaria* estos elementos no pueden estar ausentes. Más aún: la tragedia revolucionaria sólo

tiene sentido como tal en tanto la imposibilidad que se opone a la victoria revolucionaria es de orden histórico concreto, no meramente psicológico. Si prevalece este último sentido podrá subsistir el conflicto; mas no su esencia trágica.

MALRAUX, por su parte, *parece* (es una hipótesis) considerar pormenorizadamente a Marx y Engels y sus reflexiones sobre la tragedia revolucionaria. En efecto, *La Condición Humana* casi no admite reparos, por ejemplo, en relación con la ausencia en ella de los elementos históricos objetivos, de clase, en la acción. Incluso, siendo el héroe de naturaleza colectiva (la clase revolucionaria, su vanguardia política), MALRAUX va a situar los problemas y las dificultades que se oponen con éxito a la victoria de la revolución en Shangai en un plano que está más allá de la simple voluntad de los personajes; esto es, en las consideraciones de los fenómenos objetivos: las condiciones políticas reales del momento de la acción de los revolucionarios y sus adversarios; la correlación de fuerzas de clases que predomina; la correlación entre la *necesidad* de radicalizar la revolución y las *dificultades* prácticas concretas, históricas, objetivas que la impiden.

Hay estudiosos que sugieren, en cierto modo, una negación de la presencia de un conflicto de naturaleza trágica en la novela de MALRAUX. Lucien Goldmann, por ejemplo, si bien a veces suele advertir en *La Condición Humana* pormenores de índole trágica en la acción, no se refiere a ella (la tragedia) como una totalidad, como un conflicto que tiene por tema central —en toda la obra— el desarrollo de una tragedia revolucionaria, en términos, aun, cercanos a los de Marx y Engels sobre la materia.

No obstante que MALRAUX establece con claridad el conflicto de clases en la intriga novelesca (por un lado las fuerzas democráticas y revolucionarias aliadas en el Kuomintang; por otro las fuerzas imperialistas y burguesas internas, personificadas en Farrell, director de un consorcio industrial en Shangai) Goldmann no advierte aquí la *contradicción principal*, sino en *determinadas divergencias tácticas* entre el grupo revolucionario de Shangai y la dirección Central del partido y la Internacional comunista. Está claro que por situar acá, en estas últimas, la clave del conflicto (que deja de ser de clase, histórico) Goldmann no advierte en la novela el planteamiento de una tragedia revolucionaria.

Convendría ya hacer un paralelo: si Marx y Engels subrayaron en Lasalle la *ausencia* de un verdadero conflicto trágico en su obra por la ausencia en ella de los elementos históricos de clases (antagónicas) en la acción; aquí, en MALRAUX, se critica a Goldmann en vista de que no obstante la *presencia* de aquellos elementos en

La Condición Humana traslada el conflicto principal al secundario, desvirtuando así el reconocimiento de la índole trágica que asume la lucha social en la novela de MALRAUX.

Ciertamente, hay un momento en que MALRAUX pone de manifiesto con fuerza las divergencias que se plantean al interior de las fuerzas revolucionarias: entre los revolucionarios de Shangai (que desconfían de sus fuerzas aliadas nacionalistas al mando de Chang Kai-Shek; por lo demás, una desconfianza basada en factores reales, ya que todo nacionalismo es, en última instancia, de carácter burgués) y los dirigentes centrales del partido y de la Internacional, respecto de cómo enfrentar la necesidad de *radicalizar la revolución y no el nacionalismo* una vez conseguida la victoria. Como se puede observar: una divergencia táctica. No una contradicción histórica, de clase. Una contradicción, si se quiere, subjetiva de los revolucionarios, no objetiva.

Este hecho es lo que, a mi juicio, pierde a Goldmann; lo mismo que lo conduce a afirmar que "*La Condición Humana es la novela de las relaciones entre la comunidad de los revolucionarios de Shangai... y el conjunto de la acción revolucionaria, en el interior de la cual, la táctica de la Internacional comunista hace inevitables su derrota y su muerte*".

Está claro que para Goldmann el conflicto de clases es secundario, y que lo que conduce a la derrota a la revolución en Shangai en la novela de MALRAUX es la táctica de la Internacional. No advierte que aquélla no se ha tomado caprichosamente, por razones subjetivas de los dirigentes, sino en virtud de las condiciones histórico-concretas prevalecientes, como destaca MALRAUX a través de sus personajes Vologuin y Kyo en la Tercera y Cuarta parte. Goldmann disocia la decisión política de su condicionamiento histórico real. Aquélla queda así reducida a un mero componente psicológico, abstracto, de la acción. En consecuencia, radicando aquí la causa de la muerte de la revolución en Shangai —y no en sus elementos y causas históricas reales, de clases— no hay, pues, lugar para observar el desarrollo novelesco del tema de una tragedia revolucionaria en la obra que comentamos. Esto según Goldmann, que tiene razón al no apreciar lo trágico revolucionario en tanto se explica la conducta de los protagonistas de la acción a base de sus motivaciones subjetivas, fuera de su contexto histórico-social en el que tiene desarrollo.

Sin embargo, más allá de las apreciaciones que pueden realizarse en ese sentido, aparece en *La Condición Humana* el conflicto de fondo, una vez que Chang Kai Shek —en virtud de la consideración de los intereses de las clases en juego— ejecuta una alianza

política con la gran burguesía de Shangai, traicionando a sus aliados revolucionarios del Kuomintang.

En efecto, la gran burguesía y el imperialismo francés se juegan por lograr que Chang rompa con sus aliados revolucionarios. En tanto que la Internacional comunista y la dirección Central del partido, advirtiendo (véase la Tercera Parte) que Chang Kai Shek tiene el poder en sus manos, a los generales del Ejército, las armas, a los hombres ("200 mil hombres contra 20 mil") y el abastecimiento de la ciudad y de los combatientes, plantean ganar tiempo dentro de la alianza, convencidos de que la revolución, por su naturaleza, se hará socialista, a su debido tiempo ("hay que dejarla obrar. Se trata de hacerla parir. Y no de hacerla abortar... Una sola consigna comunista AHORA conduciría a la unión inmediata de todos los generales contra nosotros").

Es decir, la acción revolucionaria general —más allá de la voluntad de los héroes del grupo particular de Shangai— tiene en cuenta las limitaciones objetivas del conjunto de la lucha. Sin embargo, el grupo de Shangai, discrepando de la dirección, se lanza contra Chang Kai Shek. Como era de esperarse, éste vence y los revolucionarios son aniquilados.

Evidentemente el conflicto de clase: el principal, en cierto modo, ya estaba prefigurado en el seno mismo del Kuomintang, que cobijaba a los revolucionarios y a las fuerzas nacionalistas de Chang. Conflicto que, en la práctica, a medida que se acerca el triunfo del Kuomintang, se agudiza. En efecto, como acota Goldmann acertadamente: unidos en la lucha contra el enemigo común, se acercaba la hora de definir la perspectiva de la futura China (nacionalista o revolucionaria socialista), hecho que la derrota del enemigo común hizo pasar, de pronto, al primer plano.

Ante esta coyuntura, el enemigo derrotado —vista la posible perspectiva socialista— actuó como clase para atraer a Chang y romper la alianza del Kuomintang. Es el papel que cumple Farrel en la novela de MALRAUX. La burguesía nacionalista asumió entonces su irrenunciable papel de clase contra la revolución misma. Ésta, en cambio, no tenía fuerza para triunfar por sí misma. Es decir, se pierde no por la adopción de una táctica equivocada (aquí no intervino la voluntad), sino básicamente porque prevalecían condiciones históricas reales, objetivas, que operaban desfavorablemente contra la revolución; condiciones que estaban más allá del control por la voluntad de los revolucionarios mismos. Al punto que, aun cuando actúan guiados por ella, son igualmente derrotados. He aquí la verdadera tragedia de la revolución en la novela de MALRAUX.

MALRAUX, a mi juicio, tiende a desarrollar en su novela la idea clásica del marxismo sobre la tragedia revolucionaria, considerando, incluso, casi en forma pormenorizada, la superación de los defectos que sobre esta materia Marx y Engels observaron en la obra de Lasalle en el siglo pasado, poco más de cincuenta años antes de MALRAUX.

En *La Condición Humana* están presentes los dos polos del conflicto subrayado por Engels: por un lado la necesidad histórica de la revolución (lo que habla de su vitalidad y esencialidad, que la hacen irrenunciable); por el otro está la imposibilidad —también histórica— que impide su victoria en un momento determinado.

Subraya Sánchez Vázquez:

La tragedia de la revolución comienza cuando se tiende necesariamente, por razones históricas, de clase, a realizar fines que, históricamente, no pueden ser realizados.

Todo está presente en la obra de MALRAUX que estamos comentando. De tal manera que, como indica el mismo Goldmann:

La Condición Humana no es sólo el relato de los sucesos de Shangai; es también, y, ante todo, la *realización* extraordinaria de la comunidad revolucionaria en la derrota de los militantes y en la supervivencia de ellos en la lucha revolucionaria que se *prosigue después de su muerte*.

En efecto, si en el verdadero conflicto trágico la conciliación es imposible (los revolucionarios de Shangai llevan hasta el límite superior esta cuestión al rechazar la táctica de la Internacional) y no cabe otra solución que la lucha irreconciliable, a muerte, el héroe trágico se autosacrifica; hecho que, más que un sacrificio, constituye —como observó Goldmann en la novela de MALRAUX— la afirmación victoriosa de sus fines universales. Esto es propio de la tragedia.

Está claro que MALRAUX no fue un militante revolucionario, ni aun marxista. Sin embargo, en *La Condición Humana*, representa la conciencia preclara del intelectual burgués que asume con honradez suma —ideológica y práctica— su responsabilidad humana esencial ante los grandes y decisivos acontecimientos del mundo de nuestro tiempo. No se enoja con la revolución proletaria. Al contrario, es capaz de percibirla y reconocerla como acto humano auténtico, de salvación del hombre, aunque la intuye *prácticamente* imposible. Esta idea recorre toda *La Condición Humana*, superando —consciente o inconscientemente— todos o casi todos los defectos que Marx y Engels observaron en la obra de Lasalle.

Así, pues, lo haya querido o no, MALRAUX escribe una novela —no obstante su condición de hombre burgués— cuyo tema es la tragedia revolucionaria, desarrollada aproximadamente con los elementos básicos con que la concibieron los clásicos del marxismo.

Aventura del Pensamiento

SIGNIFICADO DE LA LIBERTAD

Por *Risieri FRONDIZI*

LIBERTAD es palabra de uso frecuente. Todos pretenden defenderla y dictadores y tiranos la invocan constantemente para encubrir sus atropellos. Saben que esta palabra tiene una fuerte carga emotiva y les conviene cobijarse bajo su prestigio. Nadie quiere estar contra la libertad, especialmente si se la escribe con mayúscula o se la pronuncia con voz engolada.

La mayoría de los "defensores" de la libertad jamás se han detenido a examinar su significado. Se visten con esa palabra como las señoras de la alta burguesía, con pieles que no saben a qué especie animal pertenecen.

Es aconsejable examinar el significado de este término para saber qué se defiende en caso de ser su partidario. No basta la adhesión fervorosa porque nada se venera tanto como lo inexistente. La realidad es prosaica. Pero quien no mantiene los pies sobre ella está destinado a sufrir fuertes caídas.

*Modos equivocados de
entender la libertad*

LA tendencia predominante es hablar de la libertad como si fuera un sustantivo, un ente abstracto. Esta propensión a convertir adjetivos y procesos en sustantivos abstractos no se reduce al caso de la libertad: se hace lo mismo con el amor, la muerte, la amistad, la vida, la enfermedad, etcétera. Se habla de ellas como si fueran realidades efectivas o ideas platónicas que habitan en un mundo supracelste.

Hay que desenmascarar las palabras tanto como a los hipócritas. Por lo general, los farsantes se escudan detrás de las "grandes palabras", que son murallas de cartón mantenidas en pie porque nadie se atreve a tocarlas. Pero en filosofía no hay nada intocable y es un acto de honestidad examinar críticamente aun las propias convicciones y supuestos.

Si bien la libertad que se cercena es concreta y se halla unida a un derecho que se impide ejercer, se asume su defensa en términos

abstractos. Y así se cae en la retórica hueca. Quizá no haya ningún otro término que agite más a los hombres o haya originado mayores torrentes de retórica verbal o escrita. En nombre de la libertad se han cometido crímenes de todo orden o se la ha suprimido de hecho so pretexto de defenderla.

Tan pronto intentamos esclarecer su significado, advertimos que se habla de la libertad en muchos sentidos y en distintos planos. La falta de conciencia de los distintos significados que tiene la palabra "libertad" y la diversidad de niveles en que se la usa, ha originado discusiones estériles. La primera tarea deberá consistir en esclarecer su significado y tener conciencia de qué se habla y en qué sentido. De lo contrario, la vaguedad y la confusión nos acompañarán como neblina espesa que impide una visión adecuada. Más aún, será necesario poner mucho cuidado en el modo como se formulen las preguntas sobre la libertad, pues a veces la manera en que se plantea el problema implica un anticipo de contestación o, al menos, limita el repertorio de respuestas.

La fórmula tradicional es: ¿existe la libertad? Este modo ofrece dos inconvenientes: uno se refiere al término "existencia" y el otro a "libertad". Ambas cuestiones están íntimamente relacionadas.

Es evidente que al preguntarse si *existe* la libertad no esperamos que ella tenga una existencia similar a los objetos físicos. Quien pregunta si realmente existió el dinosaurio sabe que la palabra "existencia" tiene aquí un sentido distinto, pues la libertad no puede tener existencia espacial por no ser un objeto físico.

Sin entrar en los complejos problemas referentes al significado del término "existencia", que rebasan el ámbito del análisis semántico e ingresan de lleno en la metafísica, resulta patente que el tipo de existencia de los objetos que denotan los sustantivos —"manzana" por ejemplo— es distinto al de ciertas cualidades substantivadas, como "dulzura".

Pudiera ocurrir que "libertad" fuera un término como "dulzura", esto es, adjetivo por naturaleza, convertido en sustantivo por una tendencia del hombre a substantivar los adjetivos y los verbos. En el caso de "dulzura" no hay duda que se trata de un adjetivo que ha sido substantivado. No existe la dulzura por sí misma; es una cualidad de ciertas sustancias que percibimos por medio del gusto. No tiene existencia independiente como ocurre con la manzana.

Un fenómeno similar se advierte en muchos otros términos que se refieren a cualidades o procesos; al convertirse en sustantivos dieron origen a muchas bellas metáforas, aunque a mala filosofía. Términos como virtud, belleza, verdad, justicia. Al interrogarnos sobre la existencia de los entes a que se refieren tales palabras se produce una contradicción interna. Como hemos preguntado sobre

la existencia del sustantivo, nos sentimos decepcionados cuando nos ofrecen, como prueba de su existencia, el adjetivo o verbo correspondiente. Preguntamos si existe la belleza y nos exhiben un cuadro bello y si se trata de la virtud nos señalan un acto virtuoso.

Los objetos designados por sustantivos tienen una existencia distinta a los que denotan los adjetivos. La existencia de la manzana se nos revela en el tipo de trato que le damos: podemos ponerla en el bolsillo, cortarla en dos, comerla o golpear con ella la cabeza de quien no cree en su existencia. La dulzura, en cambio, carece de existencia independiente y no podemos hacer lo que hacemos con la manzana. En lo referente a la existencia, no se debe confundir un objeto con su cualidad.

Algo parecido ocurre con los actos y procesos. El amor, por ejemplo, tiene un tipo de existencia distinto al de quienes se enamoran. Es algo que les sucede a los enamorados. Podemos estrechar la mano de Julieta pero no palpar su amor, pues no es espacial, aunque sí lo son sus exteriorizaciones. El amor, el odio, la amistad, la voluntad, la imaginación, etc., son sustantivos derivados de procesos psicológicos concretos y aluden a las cualidades comunes de ellos. Lo mismo puede afirmarse de los sustantivos derivados de otros procesos, sean químicos, físicos o meteorológicos. No rechazamos, desde luego, el uso de esos sustantivos abstractos, sino que indicamos la necesidad de tener conciencia de que son abstracciones y no realidades. Si no se repara en este hecho, se corre el riesgo de caer en falsas confusiones y problemas interminables.

El tipo de existencia depende de la naturaleza del objeto. Resulta infundado esperar que una cualidad o proceso pueda tener la misma clase de existencia de los objetos físicos o de las personas, y que pretendamos ver la muerte o comprar dos kilos de ternura.

¿Qué tipo de existencia tiene la libertad? ¿Es un ente, un proceso o una cualidad? 'Libertad' es un sustantivo que no representa ningún ente, sino la cualidad de un ser humano o institución, —'Juan es libre'— o de un acto —'la decisión de Juan es libre'.

No hay que caer en la falsa creencia de que si existe la palabra debe necesariamente existir el ente correspondiente. Hay palabras que no denotan nada aunque llenan de satisfacción a quienes las pronuncian; otras son vagas o ambiguas. Es parte de la tarea filosófica aclarar el significado de los términos.

Quien pregunta si el hombre es libre, evita algunos errores del primer planteamiento del problema. No se trata ahora de *la* libertad en abstracto, sino de una cualidad —*libre*— acerca de un ente concreto, el hombre.

Mas, ¿es el hombre un ente concreto? No; no lo es, sino todo lo contrario. Quienes realmente existen son los hombres, en plural,

en carne y hueso, Juan, Pedro y Antonio, con nombre y apellido. Como lo señaló Berkeley y muchos lo reiteraron después, *el* hombre es un ente extraño pues carece de sexo, edad, nacionalidad y de todas las demás características de los seres humanos que realmente existimos. No se soluciona el problema afirmando que nos referimos al hombre en general, pues "el hombre en general" tiene cualidades opuestas —es a un mismo tiempo varón y mujer, o carece de sexo.

Si el hombre "en general" puede tener al mismo tiempo cualidades contrarias y aun incompatibles, como ser viejo y joven, es evidente que podrá ser también libre y no libre. Y eso es lo que de hecho ocurre. Es evidente que dejando de lado sutilezas podemos llamar 'libre' a muchas personas, mientras que a otras no podemos calificarlas del mismo modo, no importa cuánto bajemos los criterios de evaluación. Preguntar por la libertad del hombre en general carece, por lo tanto, de sentido, pues pueden ser verdaderas las dos respuestas contradictorias, ya que se refieren a sujetos distintos.

No es esa la única dificultad. Cuando preguntamos si el hombre es libre no resulta claro de quién estamos hablando. ¿Nos referimos solamente a los adultos o comprendemos también a los niños? ¿Incluimos a los anormales, a los dementes? Es necesario insistir para que se descubra que ignoramos a quién nos referimos cuando hablamos de *el* hombre. Al precisar el contenido del término hombre, descubrimos que la respuesta puede ser afirmativa o negativa según el caso: hombre adulto o niño, persona normal o demente, culta o salvaje.

Las dificultades se deben a que la pregunta carece de precisión sobre el sujeto. La determinación es necesaria pero no suficiente, pues también debemos especificar a qué tipo de actividad se refiere la pregunta. Es evidente que al realizar ciertos actos no somos libres: dormir o cumplir con cualquier otro menester rutinario.

Quizá no se trate de saber si somos siempre libres, sino si podemos realizar algo libremente.

Antes de abandonar este tipo equivocado de formulación del problema y pasar a otro que corrige algunas de sus deficiencias, cabe indicar una dificultad que presenta la pregunta: ¿se trata de una libertad actual o potencial? Es evidente que al nacer no somos libres, sino que existe la posibilidad que lo seamos en el futuro. Quizá todos los hombres o tan sólo algunos nazcan con la capacidad de liberarse de las ataduras biológicas que nos esclavizan durante la infancia y a veces en la edad adulta. El proceso

de liberación de la propia biología es largo y penoso, y el biológico no es el único factor que nos esclaviza.

Mucho se ha progresado cuando se pasa de la *libertad* como ente independiente a *libre*, que es un adjetivo o cualidad de una acción, persona o institución. Pero 'libre' también es un término ambiguo. Tiene dos acepciones: libre *de* y libre *para*. Es lo que se denomina libertad negativa y positiva.

Esta distinción se encuentra ya en Hobbes, Nietzsche, etc., pero adquiere gran importancia en varios autores contemporáneos, entre ellos Erich Fromm.

Para muchos, libertad es ausencia de coerción, esto es, libertad negativa. La coerción puede ser externa o interna; algunas veces somos esclavos de nuestros apetitos y pasiones. Pero la libertad negativa debe complementarse con la libertad positiva, que le da significado y jerarquía.

Si bien la distinción esclarece el panorama, no es suficiente. Si una persona afirma que es libre, en su acepción negativa, no sabemos de qué se siente liberada. Puede querer decir que se ha liberado de la prisión, de una deuda, del padre autoritario, de una obligación, molestia, tendencia o vicio. Si agregara la preposición *de* y dijera 'estoy libre *de*', se advertiría que el pensamiento se halla trunco, que falta algo para que la oración tenga sentido.

Generalmente, el contexto suple esta deficiencia; puede ser físico —vemos a la persona salir de la cárcel— o psicológico —sabemos los padecimientos que tuvo con un padre autoritario o el vicio que lo atormentaba. El contexto puede ser también el estado político del país. Cuando una persona da vivas a la libertad en un régimen dictatorial, todos saben de qué quiere liberarse, incluyendo el policía que lo lleva preso.

No siempre se tiene conciencia del contexto. Muchas expresiones sobre la libertad de una persona, institución o país no denotan de qué se es libre. Hay casos frecuentes en que el propio sujeto no sabe si habla de la libertad positiva o negativa, y, en este último caso, de qué coerción se trata.

La ambigüedad del término sobre el tipo de coerción permite que dos personas, grupos políticos o países en actitud antitética, puedan afirmar que son los auténticos defensores de la libertad. Ello ocurre porque unos piensan en una restricción y otros en otra. Quien defiende la libre empresa, por ejemplo, cree que la actividad económica debe estar libre *de* las interferencias del Estado. Quienes se oponen, no niegan la libertad, sino creen que el Estado debe controlar la producción, distribución, precio, etc., de los productos

para liberar a los consumidores *de* la expoliación de los grandes monopolios.

No pocas guerras han existido en que ambos bandos sostenían de buena fe que peleaban por la libertad. La guerra civil de los Estados Unidos es un ejemplo claro. El Norte peleaba por la libertad de los esclavos y el Sur por la de cada Estado de decidir por sí mismo.

Por otra parte, las palabras no tienen únicamente un significado descriptivo; a él se agrega el emotivo, que expresa sentimientos y actitudes. Lo advertimos en el caso de 'libertad', 'justicia', 'democracia', etcétera. La confusión se debe a que el sentido, descriptivo y el emotivo no están separados sino íntimamente unidos y el peso de uno y otro varía con el contexto y la persona que usa la palabra. 'Nazi', por ejemplo, no es término que tan sólo describa a una persona. Por otra parte, puede cambiar la carga emotiva sin que varíe el significado descriptivo o puede ocurrir lo opuesto. Cualquiera sea el caso, no se debe olvidar que la palabra 'libertad' y todos sus derivados tienen una fuerte carga emotiva que empaña su significado descriptivo.

Al pasar de la primera a la segunda formulación eliminamos el carácter de ente sustantivo de la libertad y lo reducimos a lo que realmente es: un adjetivo. Quedó, sin embargo, la vaguedad en el sujeto. Para eliminarla hay que substituir al hombre en general por un hombre concreto. El existencialismo ha insistido muy especialmente en la necesidad de formular la pregunta en primera persona: ¿soy yo libre?

Nuevas formas de concebir la libertad

EL sujeto está aquí claramente determinado. Se refiere a un hombre concreto que conocemos bien de cerca. No puede engañarnos y nada nos esconde. ¿Soy o no soy libre? El inconveniente radica justamente en la exigencia de una respuesta tajante: sí o no.

Antes señalamos que el modo como se formula la pregunta condiciona o limita las posibilidades de la respuesta. Esto resulta patente si analizamos la pregunta ¿soy yo libre? Las únicas respuestas posibles son la afirmativa o la negativa. Podría ocurrir que la respuesta oscilara entre estos dos extremos, que soy y no soy libre, según el tipo de actividad a que se refiera la pregunta y la circunstancia o situación en que me halle. Es evidente que los procesos fisiológicos —la circulación de la sangre, por ejemplo— están determinados, que una persona no es libre cuando duerme, está ebria o padece una enfermedad mental. Hay otros momentos, en cambio,

en que su actividad no parece determinada, aunque sí pudiera estar condicionada por factores culturales: cuando escribe un poema o pinta un cuadro. Advierto también grandes diferencias a medida que avanzo en la vida. Cuando era niño mi actividad estaba determinada o fuertemente condicionada por factores que eliminé en la edad adulta. La educación es un proceso creciente de liberación del hombre concreto. Quizá se podría afirmar lo mismo de la humanidad, que se ha liberado lenta y penosamente de muchas ataduras y prejuicios.

No es suficiente señalar que la libertad sea una cualidad; habrá que averiguar de qué tipo de cualidad se trata. Las hay, como par-impar, que se poseen plenamente o se carece totalmente de ellas. Un número no puede ser más o menos impar; o es impar o no lo es. Otras cualidades, en cambio, como el peso, la altura o la belleza, jamás se poseen plenamente. Se es más o menos alto, grueso o bello; no hay hombre que carezca totalmente de peso o de altura o que se haya convertido en el gordo absoluto. No importa cuán gordo sea; siempre puede aumentar un gramo. Lo mismo sucede con la altura, la belleza y tantas otras cualidades.

Algo similar parece ocurrir con la libertad. El esclavo retiene una porción de libertad, para hablar en el lenguaje tradicional, y no hay hombre absolutamente libre. Su libertad está limitada por una cantidad de factores de órdenes muy diversos que cambian con las circunstancias. El problema se refiere, pues, a los límites de la libertad, pero no a los límites de una libertad en general, sino a las restricciones en cada caso. Por no ser un objeto sino una determinada forma de ejercer una actividad, la libertad tiene límites flexibles que se expanden o reducen según los factores externos e internos que obran sobre la actividad del sujeto.

Esto significa que la libertad no es una cualidad permanente que acompañe al hombre en todos sus actos. Tenemos cualidades como el sexo, la altura, etc., que nos acompañan dondequiera que vayamos. Hay otras que aumentan, disminuyen o pueden desaparecer, como la salud, la prudencia o el amor. La libertad pertenece a este tipo de cualidad humana. El esclavo puede liberarse y el hombre libre claudicar; entre uno y otro extremo fluctúa la libertad de cada uno de nosotros. Lo que es cualidad permanente del hombre es un mínimo de libertad potencial.

Por las razones indicadas preferimos formular la pregunta del siguiente modo: ¿qué puedo hacer? Así el sujeto está claramente identificado: se trata de la propia persona en cada caso. Como mi hacer es concreto, la pregunta no se refiere a una actividad en general, sino a los límites de mi capacidad en cada situación. Por otra

parte, la pregunta admite una gama muy amplia de respuestas posibles que van desde la nada hasta el todo, sin necesidad de quedar encerrada entre esos dos posibles extremos, como ocurría con la anterior. ¿Qué puedo hacer? supone determinar lugar y tiempo: cuándo y dónde.

Si interfiere algún factor extraño a mi decisión y no puedo hacer lo que decida, no seré libre. La coerción física, la prohibición policial, la amenaza, se interponen con frecuencia y me impiden hacer lo que he decidido hacer. En tales casos no soy libre. Lo soy cuando puedo hacer lo que *decido* hacer.

¿Qué factores cercenan mi libertad de acción? Los más evidentes son externos. La fuerza física es el común. Un "matón" o un policía pueden impedirme físicamente entrar en mi propia casa. A partir de esa forma primitiva y brutal, existe una gama muy sutil de impedimentos al ejercicio de mis decisiones: la coerción psicológica, la amenaza vaga o directa, la presión de amigos y familiares, el halago. La libre acción del hombre está limitada constantemente por factores ajenos a su decisión que le impiden realizar lo que decida. Muy lejos nos conduciría el análisis de las diversas formas de coerción política —cuando no policial— y también de orden económico, social. Por el momento, baste indicar con claridad que somos libres cuando *hacemos* lo que hemos *decidido hacer*.

Pero, ¿somos libres de tomar tales decisiones? Quizá no haya necesidad de hacer sentir la coerción en el nivel de la acción —donde resulta más patente y repudiable— sino que se ejerza en el plano profundo de la decisión. En tal caso no somos libres cuando hacemos lo decidido, porque no hubo libre decisión. La coerción psicológica se ejerce también en el plano de la decisión. La propaganda comercial y política nos presiona en los países "más adelantados" con formas tan sutiles como deshonestas. Vance Packard en *Formas ocultas de la propaganda*, señala con claridad ejemplos de este tipo.

Sin embargo, no se debe creer que los únicos factores que interfieren o limitan nuestras libres decisiones sean de orden externo. Al enemigo lo llevamos dentro. La biología pone barreras a nuestra voluntad; la empuja, la presiona y a veces la hace claudicar. La personalidad humana es muy compleja y "en la mesa de las deliberaciones" se sientan factores muy influyentes. Muchas veces, cuando deliberamos, hay un anticipo de decisión. O por medio de la deliberación racionalizamos nuestros deseos de origen irracional. Sartre insistió mucho en el papel secundario de la deliberación.

¿Cuáles son los factores que limitan mi libre decisión? Si comenzamos por los más patentes debemos señalar en primer término los de orden físico. Decidí quedarme a estudiar esta noche, pero hace tanto calor que prefiero ir a un cine con aire acondicionado. Lo mismo ocurre en el plano biológico: el cansancio o el hambre, por ejemplo. Decidí estudiar hasta la madrugada pero me siento tan cansado que rectifico mi decisión. El alcohol y ciertas drogas no me impiden realizar lo que había decidido, sino que sencillamente tuercen mi propósito.

Del plano biológico debemos pasar al psicológico si queremos descubrir otros factores que influyen sobre mi "libre" decisión. Estos pueden ser de tipo individual o social. Mi compleja estructura psicológica condiciona mis decisiones, cuando no las determina. Lo mismo ocurre con el medio en que vivo o el tipo de comunidad en que fui criado y educado, que va desde la familia hasta la época histórica en que nací.

Dijimos al principio que éramos libres cuando hacíamos lo que decidíamos, sin que ningún factor extraño interfiriera nuestra acción. Vimos en seguida que tales factores pueden dejar que obremos como decidamos, pero también pueden intervenir en un plano más profundo: en la decisión misma. Por lo tanto, somos libres cuando hacemos lo decidido y decidimos lo que deseamos.

En este esfuerzo por liberarnos de las interferencias extrañas que pueden limitar nuestra libre acción o decisión, hemos llegado al tercer plano, donde parece que podemos refugiarnos en busca de la ansiada libertad. Vana ilusión. Los mismos factores capaces de torcer nuestras decisiones influyen sobre nuestros deseos. Podemos decidir según deseamos, pero no deseamos libremente, sino que fuerzas extrañas nos "ayudan" a tener determinados deseos. Las fuerzas son de orden físico, bioquímico, psicológico, socio-cultural.

Es evidente que si tengo hambre o sed desearé comer o beber. Esto me hará tomar ciertas decisiones que no había contemplado antes y aun cometer acciones que repudio en "situaciones normales", como robar. Es lo que le ocurre al drogadicto cuyos deseos por la droga son tan vehementes que dominan su voluntad y lo llevan a realizar actos repudiables.

En un plano más profundo hay que agregar los factores subconscientes. Una experiencia traumática de la infancia condiciona y a veces determina ciertos deseos que, a su vez, empujan nuestras decisiones en dirección específica. En muchos casos, la lucha entre deseos y decisiones se libra en el plano subconsciente sin que nos percatemos de ello. Lo que parece una decisión libre, inspirada en

los propios deseos. puede ser el resultado de factores extraños que presionan y tuercen las decisiones.

Parecería haber gran diferencia entre mis decisiones y deseos: yo "tomo" las decisiones mientras que "tengo" deseos. Así, por ejemplo, si no ingiero agua durante varias horas, se suscita en mí un deseo que se intensifica a medida que transcurre el tiempo y que puede llegar a dominarme por completo. Mi voluntad quizá le oponga una barrera en el primer momento, pero cede pasado cierto límite. No hay duda que tal deseo se origina en un sencillo desequilibrio bioquímico. Se advierte que la libertad no puede consistir en decidir lo que deseamos porque en muchos casos el deseo se halla ya determinado por factores bioquímicos y psicológicos.

¿Quiere decir esto que estamos condenados a no ser libres? La pregunta supone una conclusión apresurada y un posible error lógico. Que ocurra algunas veces no significa que siempre deba ocurrir. Justamente el conocimiento de que ello sucede es lo que nos permite liberarnos de esa malévola influencia. Cuando no teníamos la menor sospecha que detrás de la deliberación consciente se hallaban unos hilos invisibles que movían el aparente rigor lógico de la decisión, descubrimos que estamos realmente presos en ellos y que racionalizamos nuestros deseos subconscientes. El conocimiento de su existencia nos permite eliminarlos o disminuir su influencia. Una vez más, el conocimiento, en este caso del mecanismo psicológico, incrementa nuestra libertad.

El hallazgo de un factor que la limita se convierte así en una contribución efectiva. Ella no puede descansar en la ignorancia de los elementos que configuran nuestra conducta. Sólo quien conoce los factores que limitan nuestra libertad puede llegar a superarlos. Bacon afirma en el *Novum Organum* que se domina a la naturaleza obedeciéndola y para obedecerla hay que conocerla. De ahí que el conocimiento en general, y la ciencia en particular, hayan contribuido a la liberación del hombre. Resulta paradójico que, en algunos casos, ayudaron a la liberación justamente las doctrinas que niegan la libertad. La ayuda consistió en disipar ilusiones y llamar la atención sobre factores antes dejados de lado.

Es evidente, por ejemplo, que el psicoanálisis significó un aporte valioso al problema de la libertad. La despojó de muchas ilusiones al mostrar, especialmente en casos patológicos, los hilos ocultos que mueven nuestras decisiones y deseos. Sin embargo, cayó en el error de falsa generalización. Que unos deseos estén atados a ciertas perturbaciones y traumas no significa que todos lo estén. La misma posibilidad de la cura implica que se puede eliminar o dis-

minuir la influencia de esos factores que limitan o perturban nuestra personalidad.

Lo afirmado acerca del psicoanálisis se aplica igualmente a la teoría de Skinner, al supuesto determinismo económico de algunos marxistas y a cualquiera otra forma unilateral de explicar el complejo fenómeno de la conducta humana. Se parte de una posición unilateral que generalmente no se halla en los creadores de la doctrina, sino en sus discípulos, y se pretende reducir la complejidad de la vida a un solo factor. El espíritu unilateral distorsiona la imagen y reduce los complejos a unidades simples. No hay que forzar la realidad para que encaje dentro de nuestros estrechos esquemas, sino inspeccionarla con cuidado y en forma crítica antes de forjar el esquema interpretativo.

A su vez, debe rechazarse igualmente la concepción de la libertad que la asimila al azar. En oposición a la doctrina extrema determinista, se ha sostenido sin fundamento que la libertad no está regulada por ninguna ley, principio, causa o razón; que "puede ocurrir cualquier cosa." Pero no es así; jamás ocurre "cualquier cosa". Decimos que un fenómeno se produce al azar no porque carezca de causa, sino porque la ignoramos o no comprendemos el sentido de la ley que rige esa clase de fenómenos. Quien arroja una moneda al aire para decidir una situación incierta, lo hace por ignorancia de las posibilidades que existen, de los hechos que sustentan esas posibilidades o por falta de responsabilidad para tomar una decisión fundada.

Otra concepción equivocada hace equivaler la libertad a la arbitrariedad o capricho. La diferencia de esta actitud con la anterior estriba en que el azar no está referido a ningún sujeto —se produce el hecho "porque sí"— mientras que aquí hay un sujeto tan "libre" que decide arbitrariamente. Una decisión o acto es arbitrario si no se ajusta a ningún principio o norma. Pero que no se ajuste a una norma no significa que no tenga una causa o motivo; el acto tiene alguna razón de ser. Con ánimo de evadir al determinismo, la concepción de la libertad arbitraria —"hago lo que se me antoja"— elude los principios morales, que son motivos justificados de acción, para caer en una causalidad incierta que escapa a su control. En efecto, si hacemos algo sin motivos valederos, las causas o razones que produjeron nuestra decisión serán infundadas. O dicho en otros términos, si la razón no nos guía, lo hará algún elemento irracional: impulsos, pasiones, prejuicios, etcétera. No es que falte una causa, sino que se substituye una razón o motivo legítimo, claro y conocido, por un impulso ciego, oscuro e irracional. Y se cae en la ilusión que de este modo se es más libre porque la causa es desconocida, difusa o descansa en un estrato oscuro de nuestro ser.

La arbitrariedad es un regreso a la infancia; no supone libertad, sino todo lo contrario. Característica de madurez intelectual y moral es actuar, decidir y querer con fundamento, basado en hechos pertinentes y motivos valederos. Saber qué se quiere y por qué. La supuesta libertad arbitraria es, por lo tanto, su negación pues se apoya en fuerzas oscuras y ciegas que, al desconocerse, eluden una decisión valedera. Es como echarse al agua en un día de lluvia para no mojarse.

En una zona próxima a la arbitrariedad está la llamada "libertad de indiferencia" en la que "tanto da esto como aquello" y que, de nuevo, con ánimo de esquivar causas y motivos fundados cae en un burdo determinismo oscuro e incontrolado. Al tener que decidir o actuar irremediamente, la indiferencia se quiebra por el azar, el capricho o la arbitrariedad. Las causas no faltan, aunque los motivos sean injustificados. El sujeto pierde así el control de sus decisiones.

Las situaciones socioculturales y la libertad

SI ser más libre significa estar determinado por ciertas causas y motivos y no por otros, y si esas causas son identificables lo mismo que sus opuestas, nuestro esfuerzo consistirá en substituir los motivos que la restringen por los que la amplían. No se trata de causas generales, sino específicas en cada situación.

Si bien mi conducta o decisión tiene ineludiblemente una causa o motivo, puedo oponer un principio moral a mis inclinaciones biológicas o el deber a la conveniencia. En otras palabras, el conocimiento del mecanismo psicológico de la acción, decisión y deseo, permite ampliar nuestra libertad, no liberándonos de las causas, sino substituyéndolas por otras más favorables.

Es error común concentrar la atención del problema de la libertad en el sujeto individual y en su esfuerzo, menospreciando o dejando de lado la situación en que se encuentre. Pero el hombre es un ser social, como ya lo indicó Aristóteles; más aún, es un ser situacional. El concepto de situación es más amplio y más rico que el de sociedad. Si el hombre es un ser en situación donde quiera que vaya, ésta influirá en su libertad, tanto en los actos como en la decisión y el deseo.

Es obvio que ciertas situaciones restringen y otras favorecen la libertad. Lo importante es saber cuáles son unas y otras.

Veamos algunos casos referidos a los planos físico, político, economicosocial, cultural.

El calor excesivo, por ejemplo, disminuye la libertad porque obliga al sujeto a vivir obsesionado por la temperatura y dedicar buena parte de sus energías a combatirla. Las otras opciones de mayor jerarquía quedan arrinconadas o postergadas frente a este factor físico esclavizante.

Si pasamos del aspecto físico al político, el caso es muy patente en los regímenes policiales y totalitarios que imponen una sola alternativa. De ahí que se sienta la necesidad de liberarse de esa opresión. En cuanto a la libertad positiva, esos regímenes desalientan la capacidad crítica y el espíritu creador, inseparables del ejercicio de la libertad.

La injusticia social tiene el mismo efecto. Una persona mal nutrida, enferma, ignorante, que viva en la miseria, tiene limitadas sus posibilidades de acción, actividades, ideales y esfuerzo creador.

Hay un aspecto políticoeducativo que es menester no perder de vista. La obra de Orwell, *1984*, los lavados de cerebro, las teorías de Skinner sobre el condicionamiento social, la endocrización y otras ideas y realidades, deben mantenernos alerta.

Mientras el estado policial disminuye el ejercicio de la libertad, a veces brutalmente, estas otras formas son más sutiles por dirigirse a la decisión y al deseo que orienta la acción. Frenan la libertad en el nivel mental y el sujeto se siente menos constreñido que en el estado policial, aunque de hecho la restricción sea mayor.

El aspecto cultural de la situación puede alentar o restringir la libertad. Si el nivel de cultura es elevado, decrecen las restricciones y se estimula el ejercicio de la libertad creadora. La ciencia, el arte, la filosofía, lo mismo que la libertad política, precisan un nivel cultural mínimo para prosperar. El hombre inculto no ve las posibilidades que enfrenta y decide sin contemplar la gama que se le ofrece. Mientras que el estado policial elimina las posibilidades contrarias al régimen, la ignorancia las oculta y es como si no existieran. Por otra parte, la actividad creadora —cualquiera sea su campo— necesita apoyarse en un medio que la favorezca. El genio creador es un pico dentro de una cordillera.

Hemos tratado estos aspectos constitutivos de una situación como si fuesen separables, pero no es así. Están interrelacionados y el todo es una unidad orgánica compleja. Al cambiar un factor repercute en la totalidad.

Teóricamente se puede comenzar por cualquier cosa o si se desea incrementar la libertad, pero de hecho hay siempre uno preferible. En la América latina lo político-social es la clave de toda modificación profunda de la situación actual. Una transformación a fondo de esas estructuras originaría consecuencias en el orden

económico, educativo, cultural y puede erradicar la pobreza, ignorancia, enfermedad, hambre y miseria. Es evidente que el desarrollo económico o la eliminación de la ignorancia traen también aparejadas mejoras en los otros niveles, pero la mejora económica, por sí misma, no asegura mayor libertad. Puede producirse un gran auge económico que beneficie exclusivamente a una minoría y la mayoría continuar en la miseria. Este no es un caso hipotético; la historia nos ofrece muchos ejemplos. En cambio, una reforma políticosocial a fondo tiene más posibilidad de reparar las injusticias y aumentar la libertad efectiva de la mayoría del pueblo. Por eso constituye el núcleo de la transformación de fondo y las fuerzas progresistas deben adjudicarle prioridad, sin que ello implique olvidar la acción directa en educación, salud pública, etcétera, áreas que no hay que dejar libradas a un mejoramiento automático como consecuencia del cambio político.

El tiempo histórico forma también parte de la situación. Como la libertad permanente y abstracta carece de existencia, cualquier defensa de sus modos concretos debe tomar en cuenta su desarrollo histórico. Por ejemplo, hace más de un siglo había que proteger la libertad de expresión del individuo de la censura y la opresión del Estado. Hoy ocurre lo contrario: el Estado tiene la obligación de proteger al individuo de la distorsión de la verdad que hacen las multimillonarias empresas de noticias. El peligro se acrecienta con la posibilidad de transmisión vía satélite por T. V. a todo el mundo. Si ella se centraliza en manos del gran capital, llegará a los oídos de millones de personas de todo el planeta lo que ha pasado por el filtro de una censura que no se muestra como tal. Y la mente de millones de personas quedará condicionada por una propaganda interesada en mantener los privilegios.

En otras palabras, el sentido de la libertad y sus enemigos reales varía con el tiempo y de un lugar a otro. Es un error transferir los esquemas de una época a otra. Con el correr del tiempo, una forma de libertad que correspondía defender en su momento engendra enemigos más sutiles a formas más significativas. Hay que estar atento a los cambios socioculturales para no defender, por tradición, fórmulas que el proceso histórico vació de contenido.*

* Un examen más amplio del problema de la libertad se encuentra en nuestra obra, actualmente en prensa, *Introducción a los problemas fundamentales del hombre* (Breviario, Fondo de Cultura Económica), de donde se ha tomado buena parte del material de este artículo.

LA ESTETICA DE OCTAVIO PAZ: EL CONFLICTO DEL EROTISMO CON LA HISTORIA

Por Néstor García CANCLINI

DOS escritores que están entre los más admirados en América Latina son quizá también los más discutidos: Borges y Octavio Paz. Lo curioso es que el elogio y la polémica son practicados a menudo por los mismos críticos y por razones semejantes: se les reconoce haber renovado y enriquecido inigualablemente nuestra literatura, a la vez que se les objeta su concepción ideológica sobre la tarea literaria. Ambos han logrado una fuerte influencia sobre la cultura latinoamericana, pero la repercusión de las ideas estéticas parece ir siendo mayor en el caso de Paz. Pensamos que se debe al carácter experimental, incesantemente renovado, de su obra poética, crítica y ensayística —Borges es ya un clásico—, y a que su visión idealista e irracional del arte es compartida por un buen número de escritores destacados: Carlos Fuentes, Ernesto Sábato, Mario Vargas Llosa, entre otros.

El problema central en estas polémicas es el de la inserción de la creación literaria en la historia social. Este problema —un aspecto de uno de los conflictos básicos del pensamiento contemporáneo: el antagonismo entre individuo y sociedad— aparece en la poesía de Paz en su forma extrema: la tensión entre la experiencia quizá más inefable del individuo (el erotismo) y la más vasta de la historia (su sentido cósmico). Para analizarlo queremos hacer discutir entre sí a dos textos de Paz: *Libertad bajo palabra* y *Blanco*. El primero es un poema en prosa que abre el libro del mismo nombre. Este volumen apareció en 1949, fue ampliado en 1960 y reeditado en 1968 con unos cuarenta poemas menos y algunas correcciones. Las tres ediciones, que reúnen la obra de Paz desde su comienzo hasta 1957, son encabezados por *Libertad bajo palabra*, a modo de prefacio, como para que nadie dude de lo que su contenido declara: que es el manifiesto bajo el que coloca su poesía.

Blanco, fechado en 1966, es el poema estructuralmente más complejo de Paz, y aparece como la culminación de una serie de experimentos que realizó los últimos años en el límite de la actividad

poética: en sus relaciones con la plástica, con la música, con la filosofía, en un campo incierto donde la división en géneros se desvanece y la poesía replantea de un modo radical su propia posibilidad. En rigor, tanto *Libertad bajo palabra* como *Blanco* son textos donde la poesía se mira a sí misma y piensa su sentido como lenguaje. Sin embargo, ambos pueden ser diferenciados como ejemplos de las dos estéticas adversas que habitaron hasta aquí la obra de Paz: en la primera, el lenguaje es hablado como Palabra; en la segunda, es propuesto como escritura. *Libertad bajo palabra* es el discurso de un sujeto, el poeta, que al crear el lenguaje inventa la realidad que designa; la actividad de la conciencia es una actividad sintética, que da la coherencia de su única mirada a todo lo que nombra. En *Blanco*, por el contrario, no hay sujeto creador, y en vez de síntesis hay una dispersión del lenguaje sobre las páginas; la tipografía y la encuadernación subrayan, como dijo Paz, "no tanto la presencia del texto como la del espacio que lo sostiene: aquello que hace posible la escritura y la lectura, aquello en que terminan toda escritura y lectura".

La soledad omnipotente

LA poesía de *Libertad bajo palabra* se realiza fuera del espacio, "donde terminan las fronteras", donde "los caminos se borran". El poeta actúa más allá del territorio establecido por el hombre. Su situación es descrita como la de Dios ante la nada y su tarea es la de inaugurar la realidad. Los verbos lo revelan: "Invento la víspera, la noche, el día siguiente", "pueblo la noche de estrellas, de palabras, de la respiración de un agua remota que me espera donde comienza el alba". Por lo demás, advertimos la reiteración de la idea dentro de la misma frase: el primer párrafo del texto emplea la imagen de "las fronteras" para señalar el límite del área de actividad habitual del hombre, pero necesita reforzarla con una aparente redundancia: "donde terminan las fronteras". Al concluir el mismo párrafo encontramos la metáfora del "alba" para sugerir, en oposición a la finitud del hombre común, el surgimiento trascendente de la creación poética; pero esa metáfora, que por sí sola da idea de algo que nace, es subrayada por el verbo: "donde comienza el alba". Sólo Dios, o el poeta que lo reemplaza, ven más allá del horizonte humano, no sólo la frontera sino donde ésta termina, no sólo el alba sino donde comienza.

El segundo párrafo consta de dos oraciones. La primera comienza con el verbo "invento", la segunda con "sostengo". El pasaje de un verbo a otro indica ya la fragilidad de lo creado por el poeta. "Un mundo penosamente soñado" dura poco tiempo, necesita ser

sostenido por el que lo inventó, sus objetos "desfallecen y vacilan frente a la luz que disgrega". El poeta engendró en su imaginación un universo, pero la luz de la realidad, la presencia del otro mundo, el que existe para los demás hombres, conspira contra este sueño. No es posible recluirse mucho tiempo en la ilusión si alrededor están "la sierra árida, el caserío de adobe, la minuciosa realidad de un charco y un pirú estólido". Pero como el poeta no quiere renunciar a su teatro ficticio, siente esta otra escena como un mundo enemigo: "unos niños idiotas que me apedrean", "un pueblo rencoroso que me señala". Ya no soy yo que me dirijo hacia ellos para inventarlos, para darles forma; apedrear y señalar son los actos con los cuales ellos se dirigen a mí, afirman su presencia independiente de mi palabra y mi mirada.

El conflicto entre lo real y lo imaginario se plantea por la aparición de los otros hombres. Hasta aquí el poeta sólo nombraba la naturaleza —las estrellas, "la respiración de un agua remota", el árbol, la nube o la roca— y cada palabra que pronunciaba era un "presentimiento de dicha". Cuando surge la terca evidencia de los demás, la integración ideal con la naturaleza se quiebra. Entonces la palabra del creador ensaya una última astucia para preservar su omnipotencia: incorporar la desdicha de los otros a su lenguaje, subordinarlos a él: "Invento la quemadura y el aullido, la masturbación en las letrinas, las visiones en el muladar, la prisión, el piojo y el chancro, la pelea por la sopa, la delación, los animales viscosos, los contactos innobles, los interrogatorios nocturnos, el examen de conciencia, el juez, la víctima, el testigo". Una enumeración lo suficientemente vasta como para que nada quede excluido de su poder. Al nombrar las cosas, el poeta se apodera de ellas; si logra nombrarlas a todas, su imperio quedará intacto.

Pero su intento tiene una debilidad: únicamente busca *enumerar* "lo horrible", lo que destruye la armonía universal; pero no se interesa por jerarquizarlo, por distinguir entre lo desagradable natural —los animales viscosos— y el mal producido por el hombre —los interrogatorios nocturnos—, no diferencia "la pelea por la sopa" de la "delación" que la sigue inmediatamente en la lista, atribuye a una misma persona ser "el juez, la víctima, el testigo". Las comas que separan esas imágenes en realidad las igualan, y ese lenguaje acumulativo proporciona al que lo habla una omnipotencia tan enorme como su soledad. Porque si él es juez, víctima y testigo, "¿a quién apelar ahora y con qué argucias destruir al que te acusa?"... "Inútil tocar a puertas condenadas. No hay puertas, hay espejos". El mundo concebido como un inmenso espejo, como la exhibición de uno mismo, es un mundo clausurado sobre la propia intimidad. "No hay puertas": nada conduce más allá de nuestro yo. Todo acto es un modo

de mirarse. Esta es la lucidez última del poeta-deidad, todas sus invenciones llevan al descubrimiento de que son lo mismo "la soledad de la conciencia y la conciencia de la soledad" . . . "Todo desemboca en esta eternidad que no desemboca". El orgullo del yo absoluto es saberse eterno; su drama es que la eternidad se agota en sí misma, en la monotonía de sus repeticiones interminables. La eternidad es lo opuesto a la historia, a la posibilidad de cambiar, y de cambiar con los otros. Sin historia no hay pasado ni porvenir —"arden sin fulgor ni esperanza"—; sólo existe el presente puro, el tiempo de la conciencia, incesantemente afirmándose a sí misma, "sol sin párpados".

Pero al llegar aquí el poeta descubre que él también es creado, que hay una dependencia mutua entre él y el otro: "invento" . . . "la mente que me concibe, la mano que me dibuja, el ojo que me descubre. Invento al amigo que me inventa, mi semejante; y a la mujer, mi contrario". Reconoce dos formas de alteridad: el amigo y la mujer. Pero los diferencia: la relación con el amigo se da en una lucha recíproca: yo lo invento a él, al mismo tiempo que él me inventa; ninguno instaura la realidad ajena sin que el otro, simultáneamente, establezca la propia. A la mujer, en cambio, la describe con metáforas pétreas, inmóviles, sometida a los actos de posesión masculina: "torre que corono de banderas, muralla que escalan mis espumas, ciudad devastada que renace lentamente bajo la dominación de mis ojos". La mujer torre y muralla, lugar de refugio que está permanentemente ahí y no exige nada, ciudad que protege de la naturaleza; el hombre la corona, la escala, la devasta, la hace renacer con la fuerza de su mirada.

Por último, todo lo que el poeta inventa lo crea por la Palabra. Pero si merece la mayúscula es porque sólo ella es autónoma, más soberana que el mismo yo: es "la libertad que *se* inventa y me inventa cada día". Hay una afirmación soberbia de la capacidad creadora del poeta, y a la vez una subordinación del yo al "se", hay un subjetivismo dependiente de un objetivismo del lenguaje. Pero el objeto fundador es espiritual: la Palabra y no la escritura. Es cierto que la Palabra tiene una materialidad sonora pero eso no contradice el idealismo de un pensamiento centrado en la percepción visual.

La conquista del abismo

Blanco es un poema plástico. Presentado en su versión original sobre una sola página desplegable, en dos colores y con tres tipos de letra, se ofrecía como un ordenamiento literario de las palabras y a la vez como una distribución de los colores y las formas de la

escritura sobre el papel. De la primera edición, conserva en las posteriores la diagramación en tres columnas: la central comienza y termina el poema, las laterales son más breves y se insertan en las interrupciones de la columna central. Esta constituye por sí un poema autónomo, que consta de seis partes: un prólogo, una conclusión, y entre ambos cuatro partes que se distinguen por cuatro colores o "estados" —amarillo, rojo, verde y azul—. Las columnas izquierda y derecha componen un poema erótico: la primera se divide en cuatro secciones, que corresponden a cada uno de los elementos tradicionales: fuego, agua, tierra y aire; la segunda constituye otro poema, contrapunto del anterior y formado por cuatro variaciones sobre la sensación, la percepción, la imaginación y el entendimiento. Este es el esquema:

	prólogo	
	amarillo	
fuego		sensación
	rojo	
agua		percepción
	verde	
tierra		imaginación
	azul	
aire		entendimiento
	conclusión	

Cada una de las columnas puede leerse por separado, cada sección de cada columna funciona también en forma autónoma, y asimismo es posible unir en la lectura la columna izquierda con la derecha; por último, puede leerse todo el poema en conjunto, siguiendo la dirección ordinaria arriba-abajo, izquierda-derecha. De este modo, habría veintidós lecturas posibles, que conformarían otros tantos poemas. Y existiría aun la posibilidad de que el lector realizara otras combinaciones más arbitrarias, como por ejemplo: fuego-entendimiento, tierra-percepción, etc.

Nos reduciremos a leer verticalmente la columna central, y luego en forma conjunta, también vertical, las columnas laterales. Sólo para identificar fácilmente cada grupo poético, los designaremos con las palabras que los representan en la diagramación anterior; de ningún modo pretendemos que esas palabras solitarias simbolizen toda la riqueza de cada conjunto.

El prólogo describe el momento de gestación del lenguaje, y califica a "la palabra" —con minúscula— con dos parejas de contrarios: grávida-nula, inocente-promiscua. De un extremo al otro, la palabra

que va a surgir puede serlo todo; antes de que tenga "nombre" y "habla", es apenas una posibilidad imprecisa, "el comienzo" de algo. Puede ser fuente de vida y muerte; porque ignora su carácter, el poeta la describe con una imagen aterrorizada y contradictoria: "la enterrada con los ojos abiertos".

Amarillo continúa el relato de esta experiencia comparándola con el descenso al pozo de una mina mediante una escalera de mano que cuelga pegada a la "penumbra" de la pared, "entre las confusiones taciturnas". En esta sección el conflicto del poeta entre la creación y la muerte del lenguaje se expresa dando una imagen o un concepto positivos, y negándolos o irrealizándolos inmediatamente con un adjetivo u otra imagen: "El lenguaje deshabitado", "Un girasol / Ya luz carbonizada", "un vaso / De sombra", "la palma de una mano / Ficticia", "Flor / Ni vista ni pensada", "Cáliz de consonantes y vocales / Incendiadas".

Rajo insiste en la dificultad para hacer surgir el lenguaje, pero emplea ya imágenes de fluidez: "oleaje", "río". Estas metáforas afirmativas siguen siendo negadas pues se habla de "Río seco", de "manantial amordazado". El fluir detenido es el "Río de historias", un "Río de sangre", alusiones a la revolución mexicana desvirtuada, que el poeta vive como una decepción: "Castillos de arena, naipes rotos / ... En el pecho de México caído". El manantial fue amordazado por una "conjuración anónima / De los huesos": es difícil saber si estos huesos simbolizan a los muertos o se refieren a la conjuración anónima del pasado, de lo muerto de la historia. De todos modos el poeta logra ir nombrando su dificultad para escribir la poesía, y con eso va haciéndola; comienza a saber que "El lenguaje / Es una expiación, / Propiciación / Al que no habla"; descubre que hablar no es sólo expresar la propia subjetividad; no hay subjetividad propia, es siempre social y los otros se expresan por la escritura del poeta. No obstante, las palabras siguen siendo un riesgo y una fuente de culpabilidad: "Hablar / Mientras los otros trabajan / Es pulir huesos". Sigue pensando la poesía como opuesta al trabajo, en vez de verla como otro modo de producción de lo humano por la mediación de lo imaginario; como si el trabajo creador no incluyera también la dimensión imaginaria. Escribir poesía le parece "pulir huesos"; una tarea exquisita dedicada a algo muerto.

La sección siguiente —verde— tiene dos momentos: primero, describe la opresión y la agresividad del mundo sobre el hombre. En la tierra "hay púas invisibles, hay espinas / En los ojos". Se habla de una adversidad anónima, aún más vasta que la opresión social: "No tiene cuerpo ni cara ni alma"; el hombre no puede escapar a su dominio —"está en todas partes"— y se la describe de

un modo semejante a la opresión que impedía el surgimiento de la palabra poética: "aplasta", "se obstina".

El segundo momento presenta, primero, la rebelión de la naturaleza ante esa opresión: "Se levantan los arenales"... "Mugén los árboles encadenados". Luego, como un eco de la protesta natural, brota la rebeldía humana: "Te golpeo cielo / Tierra te golpeo". La reacción del poeta es violenta, plena de imágenes fálicas: junto con los golpes, trata de abrir la tierra con su canto, de "flauta y tambor, centella y trueno". La tierra, primero tierra-madre, fuente de la actividad del hombre, pasa a ser ahora tierra-mujer, y, al ser fecundada, goza con la actividad creadora del hombre, encuentra satisfacción para su "sed": "Tienes la boca llena de agua". Ya no está seca, sino plena, hasta desbordarse: "Tu cuerpo chorrea cielo". Hay un desplazamiento significativo al pasar de la sección anterior a ésta: cuando se habla de la historia, se la compara con un río (masculino), y para indicar su detención se lo califica de seco y amordazado; cuando el hombre resuelve actuar, aquello sobre lo que actúa no es el río sino la tierra (femenina), busca una alteridad pasiva para ejercer su violencia, para atribuirse íntegramente el mérito de la actividad. Antes, la tierra era "un lenguaje calcinado", muerto; mediante la acción del hombre adquiere la vida, la riqueza y la violencia que éste le da: "Tu panza tiembla / Tus semillas estallan". Y en seguida agrega: "Verdea la palabra". La unión del hombre-historia con la mujer-tierra produce la renovación del lenguaje, que es como un anuncio de la creatividad recuperada del mundo.

La tierra maternal hace posible la liberación del hombre. El hombre libera al mundo y a sí mismo por la realización violenta de su desco. Esa realización tiene dos paradigmas: el acto sexual y la gestación del lenguaje. El surgimiento de la palabra lleva el mundo a la claridad; al poder nombrar las cosas, la realidad se ilumina: "Del amarillo al rojo al verde / Peregrinación hacia las claridades". Pero el lenguaje descubre que no basta nombrar lo real para fijarlo; las cosas siguen existiendo como un torbellino, negando con sus mutaciones y movimientos la pretensión de atraparlas en conceptos. Ni bien llega al mundo, "La palabra se asoma a remolinos", los sentidos del hombre comienzan a girar trastornados; en vez de los objetos, "los reflejos, los pensamientos veo / Las precipitaciones de la música". Para nombrar las cosas, para operar con ellas, necesitamos signos que las representen; esos signos —afirma el poeta— deben seguir la rotación del mundo, deben ordenarse como un "archipiélago". Por eso, el poema se escribe descentrado, o con múltiples centros, dispersos sobre la página, dis-

ponible a moverse entre diversas lecturas, a ser un doble de la fugacidad del mundo. Sería inútil que el poeta pretendiera establecer en su escritura el orden permanente de lo real. "Entre los bosques impalpables", sus palabras apenas serán como "Las esculturas rápidas del viento".

Un paso más y el poeta siente el vértigo que produce esa inestabilidad. Lo envuelve "El resplandor de lo vacío", unión de dos imágenes que dan cuenta a la vez de la incertidumbre de lo indefinidamente abierto y de la fascinación que le causa. "Mis pasos / Se disuelven / En un espacio que se desvanece / En pensamientos que no pienso". Lo abarca algo mayor que él mismo, que su propio pensar. Descubre "En el centro / Del mundo del cuerpo del espíritu / La grieta": por allí huyen todas sus certezas, el frágil orgullo que había conseguido al afirmarse en su rebelión y en su poder de fecundar y decir. "En el molino de las desapariciones" vacila reiteradamente entre "no" y "sí", convirtiéndolo en una especie de ritual; entre afirmaciones y negaciones, experimenta la insignificancia de las palabras: "son Aire, son nada / Son / Este insecto / Revoloteando entre las líneas / De la página / Inacabada". Un girar interminable, un revolotear que sugiere la libertad de la circulación, su carácter gratuito, pero también su imposibilidad de instalarse, su lejanía, su sentido inasible. La actividad poética encuentra el modo de hablar sobre el fluir inapresable del mundo en el movimiento de su propia creatividad, al generar un lenguaje que vaya siempre más allá de lo real y de sí mismo. La rotación de las cosas halla su figura en el revoloteo de las palabras sobre la página, y las palabras encuentran la figura para describir ese movimiento en la distancia y la fugacidad de la mujer: "Tus pasos en el cuarto vecino".

Todo el poema está organizado en el vaivén de tres relaciones homólogas: la del hombre con el mundo, la del hombre con el lenguaje, la del hombre con la mujer. Cada una es imagen de las otras y permite comprenderlas mejor. Respecto del mundo el hombre se manifiesta como el ser que posee, respecto del lenguaje como el que produce significaciones, respecto de la mujer como el que fecunda, el que crea vida. Y esta concepción del hombre como el ser que posee, significa y crea puede verse, no sólo distribuida en las distintas relaciones, sino presente en cada una de ellas. Digamos, por último, que en las tres late la tensión entre lo real y lo irreal, eje de la parte final del poema. "Si el mundo es real / La palabra es irreal / Si es real la palabra / El mundo / Es la grieta el resplandor el molino". Si pudiera verse a sí mismo, el mundo sería la coincidencia perfecta con su realidad; la

palabra resultaría entonces irreal: pensada como espíritu, no forma parte de la materialidad mundana. Sin embargo, para el poeta que la pronuncia, la palabra es real; pero sigue pensándola, dualistamente, ajena al mundo, ya que su aparición produce en él una *grieta* (la hendidura por la que el ser es visto y deja de coincidir con sí mismo), un *resplandor* (la realidad del mundo llevada a la luz por la palabra que la nombra), un *remolino* (el desorden de un mundo que perdió la coherencia de lo que existe sólo por sí).

El poeta termina sugiriendo que la incertidumbre entre la realidad o irrealidad del mundo aflige al hombre cuando busca aferrar lo real, someterlo a la vista, el órgano intelectual por excelencia. Si queremos atrapar las cosas en la mirada, en el concepto y en el lenguaje, todo se "evapora", se "desvanece": "Irrealidad de lo mirado / La transparencia es todo lo que queda". Los ojos vuelven irreales las cosas; justo en el momento en que pensaban poseerlas las pierden. La evocación distante, imaginaria, les da una "realidad" más verdadera. Surge entonces ese otro lenguaje de lo otro, de lo lejano, la poesía que dice con símbolos lo inapresable. Todo lo que poseemos se escapa. Si el poema quiere representar el universo debe asumir la forma de esa fugacidad, abandonarse al vacío del mundo al mismo tiempo que lo ocupa con su escritura, luchar con él como un cuerpo se abandona al otro al cerrar los ojos y amarlo:

El mundo
 Haz de tus imágenes
 Anegadas con la música
 Tu cuerpo
 Derramado en mi cuerpo
 Visto
 Desvanecido
 Da realidad a la mirada.

Lo fascinante y lo prohibido

Las columnas izquierda y derecha tienen menor densidad discursiva que la central pero interesan por la riqueza con que describen la relación entre el hombre y la mujer siguiendo el simbolismo de los cuatro elementos. El poeta no ve a la mujer, sino su sombra en el fuego; tampoco ve el fuego, sino su sombra en el muro. Y la mujer es inaprehensible como la llama, y además es la "llama rodeada de leones": lo intocable y custodiado. La inasibilidad de la mujer representa la dificultad del hombre al aprehender el mun-

do. La mujer surge y desaparece, inestable como la llama, que "Te desata y te anuda". El hombre lucha por alcanzarla, por poseerla, mientras ella ríe "desnuda" —ofreciéndose—, pero en una fiesta a la que no se puede llegar: "en los jardines de la llama". Por eso, en la columna que desde la derecha le responde, el hombre sólo puede ser "sensaciones". Luego de que la introducción central dijera la dificultad para acceder al lenguaje, los poemas laterales presentan la dificultad para llegar al mundo. En esta experiencia originaria, el mundo aparece a través de dos cadenas simbólicas, la de lo fascinante —los juegos de las sombras, del fuego, de la desnudez, de la mujer— y la de lo prohibido —el muro, el fuego, la mujer, los leones.

La segunda sección relata la llegada del hombre al cuerpo de la mujer. Al principio, la ve como una realización de su mirada y un acto de narcisismo: "me miro en lo que miro / es mi creación esto que veo / como entrar por mis ojos / la percepción es concepción". Después, a diferencia de lo que ocurría en *Libertad bajo palabra*, percibe en ella a un otro tan sustancial como él, incluso "un ojo más límpido" y siente que "soy la creación de lo que veo". Pero es el hombre quien se lo concede. Esta lucha de miradas, el reconocimiento recíproco en el acto sexual, son expresados por el símbolo quizás más polisémico de los cuatro elementos: el agua. Emplea los principales significados tradicionales para describir a la mujer: habla de su carácter plural y apasionado —"torrente", "oleaje", "los ríos de tu cuerpo"—; el hombre encuentra en el cuerpo de ella la posibilidad de verse de muchas maneras —"país de espejos"—, de encontrar la mirada pura —"un ojo más límpido". El poeta desilusionado de la historia estancada ("el río seco" y el "manantial amordazado" de que acaba de hablar en la columna central), reencuentra la fluidez y la vitalidad en su amada; incapaz de ver ya la realidad, porque se le vuelve "penumbra" cuando resiste su acción y porque su mirada intelectual lo ciega al nuevo movimiento, se refugia en la intimidad sexual e idealiza a la mujer atribuyéndole la pasión torrencial y la visión límpida que él ha perdido.

La lucha recomienza en la tercera sección. La mujer "se desata, se esparce", "brilla se multiplica se niega / renace se escapa se persigue". Los contrarios, resueltos antes en la unidad sexual, se juxtaponen nuevamente: "real irreal quieto vibrante". Hasta que por fin la acción fecundadora del hombre —"mis manos de lluvia"—, ejercida sobre la fertilidad de la mujer —"sobre tus pechos verdes"— recuperan la coherencia de lo real. En la posesión de la amada —simbolizada precisamente por la tierra— el hombre encuentra la figura

de su conquista del universo: la "mujer tendida" está "hecha a la imagen del mundo". No obstante, dentro de este esquema posesivo, la mujer aparece al final con un papel "activo", el de concebir el mundo con su imaginación: "El mundo haz de tus imágenes".

La mujer imagina, concibe el mundo; no actúa en él. Y lo "concibe" cuando el hombre la posee. No tiene iniciativa propia, ni capacidad de instaurar lo real a partir de sí misma. Esta convicción, predominante en todo el poema, se desarrolla en la parte final. La mujer es el ser que carece de consistencia propia, que vive cayendo: "caes de tu cuerpo a tu sombra", "de tu sombra a tu nombre", de "tu nombre a tu cuerpo", hasta que finalmente "caes en tu comienzo". Entregada a ella misma, no alcanza a sostenerse, carece de identidad: "te precipitas en tus semejanzas". Pero el verso pegado a éste, en el poema paralelo, afirma: "yo soy tu lejanía". La mujer, que vive aléjandose de sí, cayéndose, perdiéndose, por fin encuentra en el hombre, no meramente una alteridad, una reciprocidad, sino el otro que le da el ser, la permanencia de su huella: "derramada en mi cuerpo / yo soy la estela de tus erosiones". La tierra-mujer existe porque el sol-hombre la mira: "temblor de tierra de tu grupa/testigos los testículos solares". El hombre-testigo, el que está al final del proceso para certificarlo, está también al comienzo, generándolo, como el pensamiento suscita el lenguaje: "falo el pensar y vulva la palabra".

En los últimos versos, el hombre admite la necesidad mutua que lo vincula a la mujer: ella, sola, se desvanece, dura apenas el momento del amor: "tu cuerpo son los cuerpos del instante"; pero también la permanencia del hombre solitario es una permanencia abstracta, como la del pensamiento: "pensamiento sin cuerpo el cuerpo imaginario". Conclusión: la mujer es cuerpo y el hombre espíritu, la mujer es palabra y el hombre pensamiento, la mujer es el ser "en blanco", la página sobre la que el hombre escribe su obra.

Instantes sin historia

¿SE pueden absolutamente *Libertad bajo palabra* y *Blanco*? Así parecen indicarlo las diferencias de estructura interna y sus relaciones con el resto de la obra. *Libertad bajo palabra* está escrito en una prosa continuada, de transparente coherencia, y está colocado como prólogo del libro que reúne los poemas compuestos por Paz de 1935 a 1957: tiene unidad interna y sirve para señalar la unidad de una producción de veintidós años. *Blanco* presenta, en cambio, una

estructura discontinua; como Paz pensó que esta fragmentación podía desconcertar al lector, precedió el poema con una explicación, no dedicada a demostrar la unidad del conjunto sino a subrayar "la posibilidad de varias lecturas".

Sin embargo, para llevar hasta el final la confrontación de estos dos poemas, creemos necesario distinguir en *Blanco* el texto del discurso, y demostrar el desacuerdo entre ambos. El texto aparece como una dispersión de palabras y frases sin un sujeto, sin un núcleo central que organice el conjunto. No hay una Palabra ordenadora como en *Libertad*, sino una escritura que se derrama sobre el blanco del papel, que procura ocuparlo, cubrirlo. Las palabras sueltas, o agrupadas en versos breves, no llegan a configurar un desarrollo necesario; son como instantes aislados, caóticamente dispuestos. Las relaciones entre ellos son múltiples, la lectura puede ir en muchas direcciones, puede cambiar de rumbo imprevisiblemente, y a veces, dentro de una misma unidad poemática, romperse, ofrecer el ritmo de una respiración ansiosa, compulsiva o distraída. Al permitir la elección entre varias lecturas, el poema no aparece *hecho*, sino *para hacerse*; es una obra abierta a la iniciativa creadora del lector. Y, antes que eso, una exposición sobre las posibilidades combinatorias de un sistema, un sistema con un sentido indeterminado —porque no se mueve en una única dirección— y un sistema anónimo —puesto que no fue escrito desde un lugar.

Si el texto presenta esta estructura dislocada y un sentido incierto, el discurso muestra más bien el esfuerzo por superar la dispersión. No hay un sujeto absoluto, como en *Libertad bajo palabra*, pero sí un yo que lucha por definirse y comprender su lugar en el universo. Descubre que ese lugar es móvil, inestable, que no puede situarse por referencia a una imagen del mundo, porque esa imagen ya no existe. Pero comienza a identificar los ejes de tensión entre los que oscila: la relación entre lo real y lo irreal, su lucha con la mujer, con el mundo y con el lenguaje. Comprende que todas esas relaciones debe reinventarlas constantemente, que la subversión de las formas y la creación de otras es el estilo del mundo y debe ser el de su poema.

El ritmo del texto muestra ansiedad y dispersión; el ritmo del discurso narra el combate contra ellas. Como el poeta no puede triunfar definitivamente, busca salidas mágicas: las reiteraciones, que configuran una especie de práctica ritual, y la fusión instantánea con el todo por medio del erotismo. Es aquí donde abandona la humanidad de la escritura y regresa a la función mítica de la Palabra: las reiteraciones rituales buscan imponer a lo real

un orden compulsivo, arbitrariamente resuelto por el poeta; la celebración mística de la amada trata de absolutizar instantes que, por su excepcional intensidad, "sacan" del tiempo y dan la ilusión de acceder a lo eterno. Estas "regresiones" a recursos del pensamiento mítico son protestas contra la ausencia de un sentido absoluto, expresan el descontento por vivir en un tiempo relativo a otros tiempos, por ser un hombre relativo a otros hombres. Mediante el encuentro erótico busca recuperar la eternidad —todos los otros tiempos— en el presente; mediante la identificación de la mujer con la Tierra logra dos ilusiones: atribuir a la mujer la pasividad de la tierra, y, a la vez, reducir a la unidad abaricable de un cuerpo la vastedad del planeta.

Concluimos así que el sentido más profundo de *Libertad bajo palabra* converge con el de *Blanco*. En el primero, un sujeto solitario, que se quería autónomo y omnipotente, exasperaba hasta la desesperación su lucidez, su conciencia posesiva del mundo y el dolor de saber que nunca lo sometería totalmente. En *Blanco*, la afirmación del yo no es tan inmediata —reconoce la dispersión de lo real y la dificultad de abarcarlo— pero su pretensión absoluta es idéntica: ante la imposibilidad de una apropiación infinita, en vez de admitir su limitación y atravesar la mediación social necesaria para constituir su subjetividad, suprime mágicamente toda mediación y asume de un golpe su yo y su dominio sobre el mundo por medio de ritos y actos místicos. A la lucidez consternada de *Libertad bajo palabra* ("Sequía, campo arrasado por un sol sin párpados"), *Blanco* opone la búsqueda de una "inocencia" pre-lúcida, de la inconciencia del misticismo erótico.

Pero esta crítica de la absolutización del instante en la poética de Paz plantea un problema más general: ¿puede la poesía ser historia? ¿No es la historia lo propio del relato, de la novela? ¿No le estamos exigiendo a la poesía que renuncie a lo que es?

La poesía es el lenguaje de lo originario, el modo en que el hombre dice lo naciente. Pero este origen no debe ser considerado como el origen mítico, el acontecimiento fundador y paradigmático, que posee en sí todos los elementos que la historia va meramente a desplegar. Los acontecimientos encuentran su sentido en el trayecto de la historia. Lo original no es el instante aislado, la experiencia inmotivada que determinaría mágicamente, desde la nada, el contenido de un proceso. Ninguna experiencia es *absolutamente* fundadora, porque es siempre el resultado de una historia, es original en tanto en ella se *asume*, de un modo radical, el pasado. Tampoco hay experiencias absolutamente inaugurales respecto del futuro: el sentido que el acontecimiento fundador propone se va modificando, enri-

queciendo, en el transcurso de los hechos que lo suceden. La poesía puede ser el lenguaje de los instantes originales si se considera que esos instantes enlazan el pasado que los produjo con el futuro hacia el cual van. La poesía es el lenguaje de la historia, no porque narre un proceso, sino porque —al cantar el instante revolucionario— da testimonio también del mundo que deja atrás y que lo hizo posible, de la toma de conciencia que permitió el salto, y del nuevo tiempo que abre. La poesía que se agota en la celebración del instante se aleja del tiempo real de los hombres, es la evasión mística de las conciencias solitarias.

Quizá *uno* de los sentidos de la poesía y del abrazo erótico sea luchar contra el tiempo, contra la finitud del tiempo, es decir, contra la muerte. No creemos que éste sea el sentido último del erotismo y la poesía, como supone Paz en varios textos, pero sí parece que los hombres necesitamos la realización imaginaria del lenguaje y la afirmación suprema del acto sexual para contra-decir la negatividad del tiempo que todo lo consume y lo destruye. No obstante, sabemos que esta rebelión contra la muerte será liberadora si no es la afirmación exclusiva de un yo que busca salvarse solo, ni su renuncia mística ante la evidencia de que todo es fugitivo. La salvación será ilusoria mientras sea únicamente individual y se busque fugándose del tiempo: durará lo que dura la imaginación que la concibe y el cuerpo que la sustenta. Salvarse es una tarea del sujeto colectivo, el hombre que en el abrazo espera también la afirmación de la mujer, y la mujer que espera la del hombre, el poeta que nombra su angustia personal ante la muerte con todos los demás hombres que tratan de vencerla en los otros lenguajes de la historia. La poesía de Paz, todas las poesías del instante, representan los desgarramientos individuales propios de una época que aún no logró reunir los lenguajes personales con las tareas colectivas.

Tanto la desolación de *Libertad* como la exaltada pasión de *Blanco* son modos de expresar el desencanto final de la autoafirmación individualista. El primer poema tiene la fuerza del grito solitario; el segundo, la sutileza de un discurso que mediante su forma —la explosión del texto sobre la página— “incluye” en la obra la diversidad del mundo y de los otros. La obra de Octavio Paz plantea dramáticamente los límites de la función social del artista si quiere encontrar el sentido del mundo solo, si se niega a juntar con los otros hombres estas dos experiencias básicas que son el erotismo y la historia. Las contradicciones entre estas dos formas extremas de lo individual y lo colectivo no pueden resolverse mediante una búsqueda metafísica; necesitamos una poesía consagrada, más que a la eternidad de la Palabra, a escribir el trabajo de la historia.

POLITICA Y ESTETICA: EL TEATRO EPICO

Por *Francis DONAHUE*

A DIFERENCIA del teatro del absurdo, el que enfoca las distintas facetas de la irremediable condición metafísica humana, el teatro épico, otro intento de renovación teatral que se pone en boga con posterioridad a 1949, se ocupa de la remediable existencia social del hombre.

Este teatro didáctico, mayormente la creación de un genial dramaturgo-director y teórico teatral, el alemán Bertolt Brecht (1898-1956), divierte a la vez que alecciona. Cuenta con una estética dramática de configuración marxista que fija las directrices para la confección de piezas que presentan a la humanidad desde la perspectiva de una relación amo-criado, propia de toda sociedad anterior a la socialista.

Al poner al descubierto la injusticia y brutalidad como características de las sociedades comerciales o capitalistas, las obras épicas aspiran a inducir al auditorio —idealmente preconditionado a presenciar las escenas con objetividad, sin identificarse emocionalmente con los personajes— a sentir indignación frente a dichas características. Al auditorio, lo impulsan a terminar por relacionar la situación en escena con su propia situación actual, de la que toma plena conciencia, merced a las obras, quedándose convencido de la necesidad de cambiar radicalmente dicha situación y, por tanto, el ordenamiento social mismo.

Las piezas épicas deparan modelos de situaciones humanas, las que, colocadas por lo regular en tiempos pasados, destacan temas supraindividuales que guardan el valor de parábolas dramáticas. Influyen al público en virtud de su implicación de que "tua res agitur"; se trata de tus propios asuntos.

Negación de la Tradición Aristotélica

EN contraste con el teatro "dramático" de tradición aristotélica, el que sustenta la ilusión de que la acción escénica está transcurriendo nuevamente ante el auditorio, dando a entender que las pasiones y actitudes de los personajes constituyen expresiones inmutables de la

"naturaleza humana", incapaces de transformación o superación por fuerza humana, el teatro "épico", en cambio, admite que la acción escénica no ocurre en el mundo sino en el teatro. Sostiene que dicha acción tiende a facilitar que el auditorio adquiera una mayor lucidez intelectual, descubriendo nuevas "verdades" sobre la historia social, así como sobre las leyes imperfectas y provisionales que, en distintas épocas, han regido la vida del hombre en sus relaciones con otros hombres. Aspira a fomentar una actitud que ha de contribuir al esfuerzo de transformación social.

Se definen las épocas pretéritas en términos relativos, a fin de mostrar que las estructuras sociales eran distintas, y que cada una era de condición transitoria, implicando así que las estructuras sociales de actualidad también vienen a ser mutables y superables.

Para los dramaturgos adscritos a los postulados del teatro épico, no existe la susodicha "naturaleza humana", puesto que el hombre es un ser mutable. Por consiguiente, los personajes se han de desenvolver conforme a la dinámica de un determinado momento histórico, cuando las personas históricas interpretadas por éstos, vivían de acuerdo con la estructura social imperante, resultado ésta de los condicionamientos económicos de la comunidad.

La "naturaleza humana" viene sustituida por una confluencia de circunstancias sociales que han amoldado a los personajes. Los estados psicológicos individuales de éstos (o de la gente de la época representada), lejos de ser esencias inmutables, dimanán de las fuerzas sociales. Y como van transformándose éstas con el tiempo, pueden ir metamorfoseándose los estados psicológicos individuales ya que, según la fe inquebrantable en la inexorabilidad del progreso social que sustentan los dramaturgos épicos, la evolución dialéctica de las sociedades no responde a la "naturaleza humana", tampoco al "destino", sino a las decisiones y acciones mismas de la colectividad de los hombres.

Dimensión Política

ESTA línea de pensamiento no es más que la traslación a la dramaturgia de la interpretación materialista de la historia, según la cual la gran aventura del hombre, en su camino hacia la libertad y la plenitud económica, sigue un proceso dialéctico mediante el cual la sociedad va evolucionando desde la comunidad colectivista sin clases hasta la comunidad clasista ejemplificada por la esclavitud (amo-esclavo), el feudalismo (señor-siervo), y, ahora, el capitalismo (patrón-obrero). Las fuerzas materiales de producción (técnica, instrumentos) y las resultantes relaciones económicas (los sistemas pre-

valecientes de la propiedad, el intercambio y la distribución), juntas, sirven para crear la superestructura social, la que incluye las leyes, las artes, las religiones, las filosofías y ciencias, así como las relaciones interpersonales. La sociedad se desenvuelve debido a grandes cambios en su base económica, cambios causados por intereses opuestos en relación con las fuerzas productivas, o sea, la lucha de clases. Estos conflictos conducen a cambios en la estructura social.

Ahora bien, si la codicia, junto con la explotación y brutalidad del hombre para con el hombre —características que afloran en las piezas épicas— no son más que la superestructura social arraigada en los sistemas irracionalmente fosilizadas de propiedad, una reestructuración racional de la sociedad sobre otros supuestos permitirá que se imponga en las relaciones humanas la bondad connatural al hombre. Dicha reestructuración, según la teoría marxista, ha de ser la próxima e ineludible etapa de la evolución histórica; con la desaparición de la explotación del hombre por el hombre y con la anulación de clases, se abrirá paso la sociedad socialista-comunista, asegurando la victoria del obrero sobre el patrón-capitalista, es decir, del proletariado sobre la burguesía.

Y es con el fin de ayudar a acelerar dicha victoria, a través de la iluminación de públicos teatrales, tanto proletarios como burgueses, que Bertolt Brecht y un reducido número de colegas épicos se dedican a trabajar en el teatro, un componente de la superestructura social. Redactan obras que, en el cuadro de un teatro burgués, exigen implícitamente una transformación radical de la base económica de la sociedad burguesa: la destrucción del mundo capitalista.

El teatro épico, materialista por su vertiente filosófica y anti-aristo:élico por su vertiente estética, se afana por exponer episodios de la experiencia del hombre en sus relaciones con otros hombres a lo largo de la historia, de lo cual ha de desprenderse una comprensión clarividente de distintas manifestaciones de la lucha sin tregua entre los opresores y los oprimidos.

Dimensión Estética

ESTA nueva estética dramática tiene sus cimientos en la Alemania de los años veinte cuando a Bertolt Brecht se suma el insigne director alemán Erwin Piscator (1898-1966) quien, al comentar sobre la finalidad del teatro, declara:

No ha de ocuparse del hombre en su relación consigo mismo, ni tampoco con Dios, sino con la sociedad, ¡eso sí!

Piscator, influido por el estilo expresionista que distinguen a las piezas *Gas I* (1918) y *Gas II* (1920) del alemán George Kaiser, procede a utilizar varias técnicas en desuso para fortalecer el impacto de los mensajes sociopolíticos que agitan en pro de cambios radicales. Entre tales técnicas, las que contribuyen a suministrar autenticidad e inmediatez, figuran las fotografías, los altoparlantes, el coro, la canción y la intervención de un Narrador, quien comenta las escenas ya representadas, así como las por venir.

En la confección del nuevo estilo pueden rastrearse elementos procedentes del drama "Noh" japonés y del teatro folclórico de Baviera, el que conoce bien Brecht, así como técnicas interpretativas del teatro utilizado de los chinos, cuyas representaciones llegan a impresionar a Brecht. Conviene agregar que éste se sirve también de aportes de otros dos comediógrafos alemanes: Georg Buchner (1813-1837) quien se atreve a componer obras didácticas que no se atienen al molde aristotélico, y Frank Wedekind (1864-1918) quien, en sus piezas, contrapone elementos fantásticos con otros ultrarrealistas.

Con inusitada maestría teatral, Brecht logra hacer cuajar todos estos elementos y técnicas en su nuevo estilo dramático, al que le confieren él y Piscator el apelativo de "épico" por estimar que los espectadores modernos deben asimilar los conceptos marxistas de la misma manera que los griegos de la Antigüedad, reunidos en centros palaciegos, escuchaban a los poetas que contaban las epopeyas de héroes míticos o nacionales.

La obra épica, por tanto, ha de encerrar el carácter de un relato histórico narrado que, aunque está dramatizado, no ha de provocar la catarsis, o sea, la compasión y el terror, metas éstas del teatro "dramático" o aristotélico, sino emociones de utilidad social como el odio de los opresores, la inconformidad con la injusticia, y el afán de revolucionar la sociedad.

Representa la catarsis la supuesta purga de algún elemento o cualidad que entraña el espectador, impidiéndole a éste el acomodarse a la realidad, y tal acomodación, conforme a la creencia clásica, viene a ser una necesidad ineludible para todo hombre. Brecht, en cambio, rechaza la acomodación, anhelando una reestructuración de la realidad, obligación imprescindible del hombre moderno según el dogma marxista.

Bien que las piezas épicas no encierran soluciones marxistas, Brecht estima que sectores del público teatral, relacionando las implicaciones sociales de la pieza con su propia existencia, han de experimentar indignación para con su sociedad, optando por la alternativa socialista.

Al proseguir su negación de la estética aristotélica del teatro, la que para Brecht representa la última fase del ilusionista teatro burgués, el teórico alemán, por los años 1922-1956, va esbozando y retocando su estética épica, la que, merced a su orientación dialéctica frente a todo aspecto de la vida, incluso el drama, va evolucionándose. Aparecen sus postulados teóricos en "Notas Explicativas" que prologan varias piezas suyas, así como en ensayos e instrucciones para actores del nuevo estilo, y sobre todo en *El pequeño organon para el teatro* (1948), el que constituye una especie de preceptiva apodíctica del teatro épico.

Con las siguientes ideas rectoras, Brecht contrasta su estética con la de Aristóteles:

<i>Teatro Dramático</i> (Aristotélico)	<i>Teatro Epico</i> (Brechtiano)
Enfasis en la trama	Enfasis en la narración
Envuelve al espectador en una acción escénica	Hace del espectador un observador
Le hace experimentar sentimientos	Le obliga a adoptar decisiones
El espectador es introducido en algo	Se halla frente a algo
Las sensaciones se conservan como tales	Las sensaciones llevan a una toma de conciencia
El espectador en medio de la acción: simpatiza	El espectador está frente a la acción: estudia
El hombre como algo conocido de antemano	El hombre como objeto de investigación
El hombre inmutable	El hombre mutable
El hombre como algo fijo	El hombre como proceso
El pensar determina el ser	El ser social determina el pensar
Vivencia	Imagen del mundo
Sugestión	Argumento
Sentimiento	Razón
Tensión desde el comienzo	Tensión en el curso del desarrollo

Cada escena para la siguiente	Cada escena para sí
Acción creciente	Montaje
Sucedir lineal	Sucedir en curvas
Determinación del curso por evolución	Por saltos

A fin de concretar aún más la distinción entre los dos teatros, Brecht vaticina las siguientes reacciones:

Declara el espectador del teatro dramático (aristotélico):

Sí, he experimentado la misma sensación. Así soy yo. Todo eso es natural; siempre será así. Me conmueve el sufrimiento de ese ser humano, porque para él no hay otro remedio. Este es arte de gran significación; lleva el sello de lo inevitable. Lloro con los que lloran en escena, y me río con los que se ríen.

Afirma el espectador del teatro épico:

No habría pensado que fuera así... Así no debe ser. Esto es de lo más sorprendente, apenas creíble. No puede continuar. Me conmueve el sufrimiento de ese ser humano, porque sí habría habido un remedio. Este es arte de gran significación; no hay nada inevitable. Me río de los que lloran en escena, y lloro por lo que se ríen.

El "Distanciamiento"

Al llevar a la práctica su estética marxista, el dramaturgo épico se esfuerza por alcanzar una finalidad original y primordial en su pieza: el "distanciamiento" del espectador de cualquier empatía o identificación emocional con la trama o con los actores, a fin de estimular a éste a meditar de manera racional sobre el significado de la acción escénica. Esta representa aspectos de la experiencia histórica, la cual queda determinada por las estructuras sociales de cierta época (la Italia renacentista, la Alemania de la Guerra de Treinta Años), cuando se encuentran en vía evolutiva las leyes sociales marxistas conforme al proceso dialéctico, dando por resultado una mayor comprensión de dichas estructuras y leyes, así como una posible aplicación de éstas a la situación social en que se halla actualmente el espectador mismo.

Gracias a este "distanciamiento" se aniquila intencionadamente la suspensión de incredulidad consubstancial con las obras tradicio-

nales o aristotélicas. Cuando ciertas situaciones y actitudes sociales quedan enfocadas desde una óptica insólita, resulta "enajenado" el mundo social, frente al cual el espectador, mediante la sorpresa o el asombro, llega a comprender mejor las manifestaciones del antagonismo clasista que caracteriza el desenvolvimiento materialista de la historia, así como las contradicciones existentes en las estructuras sociales de actualidad.

Al terminar una obra (*La excepción y la regla*, 1930), Brecht pone en boca de un personaje la siguiente advertencia:

Han visto lo familiar,
Lo que siempre sucede.
Pero les rogamos:
Lo que no es extraño,
¡considérenlo desconcertante!
Lo que es ordinario,
¡considérenlo inexplicable!
Lo que es lo normal,
¡que les asombre!
Lo que parece ser la regla,
¡reconózcanlo como un abuso!
Y donde han reconocido abusos,
¡Desháganlos!

En la obra épica se logra el "distanciamiento" por medio de la composición y estructura de la trama, por la interpretación de la misma, y por la puesta en escena y los accesorios escénicos.

En el orden de los elementos que integran la pieza, se adjudica el primer lugar a la trama. No obstante, el dramaturgo se niega a componer una pieza estructurada según los cánones de la praxis tradicional. Falta la división consuetudinaria en un principio o planteamiento, seguido de un medio o nudo donde se presenta la situación-conflicto, la cual queda clausurada por un desenlace donde se desenreda dicha situación-conflicto. Bien que las tramas épicas se sitúan a una distancia de la actualidad, se refieren a nuestro tiempo mediante el "distanciamiento".

La trama no se desenvuelve de una manera íntegra y secuencial, puesto que no se intenta simular episodios tomados de la vida misma, sino que se proyecta una serie de escenas desarticuladas. Cada escena constituye una entidad independiente de la totalidad de la obra, y el ritmo del espectáculo resulta ser espasmódico en vez de continuado. A intervalos queda interrumpido el progreso de la acción dramática por una escena que enfoca los sucesos desde un punto de vista distinto. En *La ópera de la perra gorda* (1928), el protagonista brecht-

tiano va meditando sobre la organización de su pandilla de pordioseros. Durante su monólogo, al fondo del escenario desciende un cartel explicativo que reza "Más Vale Dar que Recibir", a la vez que se van poniendo patentes las intenciones de enriquecimiento personal que impulsan al protagonista.

La trama, al no ocuparse principalmente de personajes individuales "qua" personajes sino de la acción recíproca entre ellos, encierra un valor parabólico: el protagonista de la pieza brechtiana *La vida de Galileo* (segunda y definitiva revisión de 1954), representa todos los científicos que se han sometido a la autoridad política, con fines desastrosos, incluso los científicos del siglo XX; otra protagonista brechtiana, la de *Madre Coraje y sus hijos* (1941), resulta ser ejemplo parabólico de toda la "gente humilde" que deja de comprender que al sacar su malograda ganancia en tiempos de guerra, que son culpables de acelerar la muerte de sus propios hijos, víctimas de la guerra, junto con la destrucción de su patria, como testimonia el caso de la "gente humilde" de Alemania que se prestaba a los propósitos siniestros de Adolf Hitler.

Con el fin de mostrar la utilidad de la parábola para el espectador moderno, el dramaturgo épico a menudo destaca la moraleja marxista por medio de canciones, comentarios o soliloquios. A veces subraya dicha moraleja al contradecir la acción escénica, o descubre la falsedad de los sentimientos que se expresan en la pieza. En *La decisión* (1930) Brecht nos presenta a cuatro activistas políticos que justifican su acto de liquidar a un joven colega que había faltado a las inflexibles reglas de disciplina que exige el Partido:

Resulta terrible el matar.
 Pero no sólo a otros,
 sino a nosotros mismos
 hemos de matar,
 si hace falta.
 Ya que este mundo,
 este mundo devastador,
 sólo se puede cambiar
 por violencia. . .
 Con nuestra voluntad
 inquebrantable de
 transformar al mundo,
 justificamos la decisión
 que tomamos.

Queda clausurada otra pieza brechtiana (*El círculo de tiza caucasiano*, 1954) con estas palabras del Narrador:

Escuchad el veredicto de los ancianos:
Que las cosas pertenezcan a aquellos
que mejor las usen.

Por ello:

Que los niños, a las mujeres maternas,
Para que crezcan y se desarrollen,
Que los coches, a los buenos conductores
para que sea mejor el viaje,
Y que el campo, a aquellos que lo riegan,
para que florezcan los frutos.

Así se recalca la dimensión moral de esta ficción doctrinal: las cosas deben pertenecer a los que mejor uso hagan de ellas.

Además de la singularidad de su trama, la que se distingue por sus dimensiones parabólicas y morales, el teatro épico exige una interpretación distinta a la que se emplea en las obras tradicionales o aristotélicas. Falta la delineación psicológica, ya que los personajes resultan ser más típicos que individualizados. Se hace hincapié en cómo se comportan para con los demás en escena.

En rigor, el intérprete, en vez de sumirse en el papel, mantiene una distancia "crítica" respecto de dicho papel. A diferencia de las exigencias del Sistema de (Konstantin) Stanislavky, el que requiere que el actor se envuelva en el personaje, el intérprete épico está entrenado para narrar crítica y no dramáticamente la historia, relatándola, por así decirlo, desde su propia interioridad como si ya hubiera sucedido y no como si estuviera sucediendo en el momento de la representación. De esta manera se mantienen distintos el personaje que se interpreta y el actor que lo interpreta. Este aprovecha su derecho a comentar sobre el papel (personaje) que está representando. Brecht parangona al intérprete con el testigo ocular de un accidente. Al guardar su propia identidad, el testigo "demuestra" lo que hizo la víctima del accidente: su manera de andar, el hecho de que atravesó la calle sin observar cuidadosamente la marcha del tránsito. De igual manera, el actor, reteniendo su propia identidad, ha de "demostrar" lo que ha hecho ya el personaje —el personaje que dicho actor está interpretando.

Los actores épicos se sirven constantemente de una técnica interpretativa "sui generis", que se conoce por el "gestus". Este consta no sólo del gesto o ademán, sino también de la entonación de voz, la expresión de cara y el comportamiento de un personaje para con otro, creando así una multiplicidad de signos exteriores que definen la relación social existente entre los dos. El "gestus" viene a ser una reacción plástica frente a una situación social, y a dicha reacción se le puede atribuir una actitud fundamental como la desesperanza,

la resignación, la codicia, el desafío o la sumisión. Como ejemplo del "gestus" en la época anterior a la del teatro épico, Brecht cita al cómico de descendencia inglesa Charles Chaplin (1889-), quien, en sus películas, proyecta, por sus expresiones, gestos y comportamiento, una actitud ante su situación social: la desafiante del hombre insignificante frente a la opresión espiritual de una sociedad excesivamente industrializada.

Constituye, pues, el "gestus" una actitud arquetípica del personaje, expresada en una situación típica: el complejo de inferioridad (sumisión) que descubre un tutor maltrecho que se inclina servilmente en presencia de su maestro; o la resignación de una madre al morirse un hijo en tiempo de guerra.

Cuanto más acertadamente se precisan tales actitudes arquetípicas (o "gestussen"), tanto más se prestan como modelos didácticos que sirven a iluminar el entendimiento social del espectador.

Amén de la trama y de la interpretación, resalta una tercera dimensión del "distanciamiento": la puesta en escena y los accesorios técnicos, los que, en reunión, aportan su complemento del efecto distanciador.

Los decorados no se hacen ostensibles, ya que no son simbólicos, ni abstractos, ni realistas. Con sólo unos cuantos objetos se evoca la sugestión del local donde ha de transcurrir la acción. Suelen cambiarse los decorados a la vista del público mientras algún actor se dirige a éste, por ejemplo, monologando o cantando un canto. Para indicar los cambios de lugar y de tiempo, el dramaturgo épico emplea numerosas plataformas y rampas cruzando el escenario, en las que incluso pueden aparecer proyecciones cinematográficas o carteles explicativos de la escena siguiente a la que transcurre en este momento, a fin de eliminar el elemento de suspenso.

Dichos carteles, además de servir una función narrativa, a veces describen el "gestus" que se ha de interpretar, como en *Madre Coraje y sus hijos*:

Primavera de 1624, Dalarna, Suecia. El rey Gustavus Adolphus, va reclutando para la campaña en Polonia. La abastecedora, Anna Fierling, conocida por "Madre Coraje", pierde a un hijo.

El perder a un hijo en tal situación, constituye el "gestus" de la escena que ha de presenciar el público.

En las obras épicas resulta uniformemente blanca la iluminación, sin matices de color que pudieran sugerir la ilusión de realidad.

Se mezclan situaciones crueles con chistes, y con interrupciones de la acción, para dar paso a una canción discordante, la que comenta sobre la acción, contradiciendo a veces lo que sucede en el

escenario y obligándole al espectador a decidir por cuenta propia. En *Madre Coraje y sus hijos* se ve a la protagonista en su relación económica con la sociedad aun en tiempo de guerra, la que, según la interpretación marxista, es el resultado del sistema pre-capitalista empeñado en enriquecer a una minoría de amos (burgueses) a expensas del sufrimiento de una mayoría (proletarios). Interrumpe la acción una canción que entona:

¡Ay de quien desdeña el consejo de los sabios! Quien anda en el agua, acabará ahogado...

Toma de Conciencia

EN resumidas cuentas, la trama, junto con la interpretación, la puesta en escena y los accesorios técnicos, vienen a ser los elementos constitutivos del efecto distanciador, piedra angular del teatro épico, el que, al hermanar la estética y la política, enfoca situaciones sociales de distintas épocas a fin de convencerle al espectador de la necesidad de una toma de conciencia tendiente a exigir y apoyar una transformación radical de las estructuras sociales de actualidad.

EL APRENDIZAJE DE MARTI REVOLUCIONARIO: UNA APROXIMACION PSICO-HISTORICA

Por John M. KIRK

EN recientes números de *Cuadernos Americanos* han aparecido dos artículos del Dr. José L. Mas, en los cuales pretende demostrar la influencia ejercida sobre José Martí por el Romanticismo Social francés, y específicamente por el filósofo y escritor, Félicité Robert de Lamennais.¹ Basándose en una referencia hecha por Martí al filósofo francés (en realidad no hay más de tres en las *Obras completas* de José Martí), el Dr. Mas ofrece lo que considera "prueba fehaciente" de este profundo interés por parte del gran escritor-revolucionario cubano.

Nuestro propósito al escribir este ensayo es ofrecer una explicación un poco más concreta —o, por lo menos, más probable— de los orígenes del pensamiento martiano. Dicho de otra manera, en vez de concentrarnos en posibles influencias filosóficas sobre el pensamiento de José Martí, queremos volver a lo fundamental, destacando unos incidentes verdaderamente traumáticos de la vida del joven Martí que, por su propia admisión —y cuyo efecto es muy visible en su obra literaria—, resultaron ser decisivos en el desarrollo de su pensamiento. De este modo esperamos presentar a Martí como un hombre profundamente condicionado por el momento histórico en que vivía, y por sus circunstancias familiares; en fin, un Martí más humano, a quien el lector moderno podrá a la vez admirar y comprender.

Por supuesto esta actitud nuestra no excluye la posibilidad de tales influencias filosóficas como la que ha planteado el Dr. Mas.

¹ Basándose en su tesis doctoral escrita en la Universidad de California en Los Angeles y titulada "Perspectiva ideológica de José Martí en sus crónicas sobre los Estados Unidos", José L. Mas ha publicado recientemente en *Cuadernos Americanos* dos artículos: "José Martí y el Romanticismo Social (F. R. Lamennais: una posible influencia en el joven José Martí)," vol. CXCIII, no. 2 (marzo-abril de 1974), págs. 160-181, y luego "En torno a la ideología de José Martí (su identificación con F. R. Lamennais y el Romanticismo Social)," vol. CXCIX, no. 2 (marzo-abril de 1975), págs. 82-114.

Es simplemente que, para verdaderamente comprender el carácter de Martí, y el esencial pensamiento martiano, parece haber una explicación mucho más concreta que la ofrecida por tales hipótesis filosóficas. Por consiguiente, existe una serie de acontecimientos extraordinarios durante la adolescencia de Martí, los cuales ofrecen una explicación, más aceptable a nuestro ver, del desarrollo tanto de la personalidad como de las ideas de Martí. En suma creemos que las experiencias formativas aquí estudiadas son más responsables de su cosmovisión humanística, su *weltanschauung* si se quiere, que cualquier supuesta influencia filosófica.

Además ya parece que se han escrito numerosos estudios acreditados, todos los cuales ofrecen una excelente perspectiva de conjunto en cuanto a las posibles influencias filosóficas sobre la cosmovisión de Martí.² Y, casi sin excepción, todos estos estudios llegan a las mismas conclusiones: que, a pesar de cierto parecido con una variedad de tendencias filosóficas (entre las cuales las más frecuentemente citadas son el estoicismo, el misticismo, el platonismo, el trascendentalismo, el espiritualismo y el krausismo), en su esencia la obra de Martí ha sido poco influida por tales doctrinas. Por consiguiente la opinión de Antonio Martínez Bello puede aceptarse como resumen de la opinión de la mayoría de los críticos reconocidos:

Idealismo, graussismo, emersonianismo o trascendentalismo, senequismo, estoicismo, spencerismo, teosofismo, idealismo y muchos "ismos" filosóficos más, son tal vez fácil y parcialmente localizables en su obra multánime. Pero fue a todas las doctrinas filosóficas, precisamente, como medio mejor de no pertenecer a ninguna, como él mismo dijera. Las abarcó amorosa y omnicomprendivamente, para tomar de ellas las esencias propicias a su propia aspiración ideatoria. . .³

Así que, dadas las muchas dificultades inherentes en cualquier esfuerzo por demostrar la afiliación filosófica de Martí, y al mismo tiempo las notables experiencias poco comunes del joven Martí, lo

² Véanse, por ejemplo, las obras siguientes: Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba* (La Habana: Editorial Trópico, 1938); la "Introducción" de Manuel Isidro Méndez a su edición del *Ideario* de Martí (La Habana: Editorial Cultural, 1930); Raoul Alpizar Poyo, *Ideario, filosófico de José Martí* (La Habana: Imp. Ojeda, 1944); Antonio Martínez Bello, *Ideas sociales y económicas de José Martí* (La Habana: La Verónica, 1940); Andrés Iduarte, "Ideas religiosas, morales, filosóficas de Martí", *La Nueva Democracia* (Nueva York), vol. XXV, no. 2 (febrero de 1944), págs. 3-7, 26-32; Manuel Pedro González e Ivan A. Schulman, *José Martí, Esquema ideológico* (México: Editorial Cultura, 1961).

³ Antonio Martínez Bello, *op. cit.*, p. 28.

más sensato parece ser examinar dichos incidentes. Por eso, si pudiera probarse que estas experiencias excepcionales influyeron en la carrera revolucionaria de Martí, y determinaron hasta cierto punto su aparente obsesión por liberar a su patria, no sería difícil aceptar que son estos incidentes —y no las supuestas influencias filosóficas— lo que constituye la clave para comprender al Martí revolucionario.

Como es bien sabido, José Julián Martí y Pérez nació en La Habana el 28 de enero de 1853, hijo de dos peninsulares de origen humilde, Mariano Martí y Leonor Pérez. Cuando nació Martí su padre llevaba pocos años en la Colonia —había llegado a Cuba unos años antes como sargento del ejército español. En total tuvieron ocho hijos, de los cuales el primogénito (y el único varón) era José. Respecto a las relaciones de Martí con sus hermanas no hay mucho que decir, puesto que en general tenía poco de común con ellas. (Esto puede medirse por las escasas cartas —de su inmenso epistolario— que les mandó después de salir del hogar paterno).

En general se puede describir al Martí adolescente como un chico bastante solitario: sus padres tenían pocos parientes en Cuba, apenas jugaba con sus hermanas y, a pesar de usar frecuentemente el tema de la amistad en su poesía, Martí no parece haber tenido muchos amigos. La interpretación corriente de Martí, entonces, es la de Ezequiel Martínez Estrada: "Martí era afable en el trato aun con personas que se le presentaban por primera vez, y era accesible a la afectuosidad hasta el límite en que podía comenzar la intimidad. Allí se encerraba en sí mismo y un poco más adentro resultaba impenetrable".⁴

En cambio, de importancia excepcional en la formación del carácter de Martí fue la influencia (mejor dicho la reacción a dicha influencia) ejercida en él por sus padres, y particularmente por don Mariano. Las relaciones entre Martí y su madre parecen haber sido muy profundas, y sus cartas a doña Leonor, especialmente las escritas después de ser encarcelado Martí, dejan al lector la impresión de lo afligida que estaba su madre. En resumen, parece haber sido una mujer muy tierna y cariñosa que, a pesar de no estar de acuerdo —o quizás de no comprender— con los fines nobles por los cuales luchaba su hijo, padeció muchísimo durante las experiencias funestas que éste tuvo en el presidio de San Lázaro. Martí mismo, al escribir a su amigo mexicano Manuel Mercado en marzo de 1878, retrató bien estos aspectos del carácter de su madre:

⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Martí revolucionario* (La Habana: Casa de las Américas, 1967), p. 20.

Mi madre tiene grandezas, y se las estimo, y la amo —U. lo sabe— hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba (XX, 45).⁵

Pero a pesar de este amor bastante obvio que Martí sentía para con su madre, el factor psicológico clave de su niñez parece haber sido la relación con su padre. En realidad, no resulta demasiado extremo afirmar que durante esta etapa de la vida de Martí, su carácter en gran parte se desarrolló a causa de su rechazo de lo que representaba don Mariano. La profesión de su padre era la de las armas, porque había venido a Cuba como soldado de carrera, y durante la mayor parte de su vida sirvió en varias fuerzas de pacificación de la Isla. Era, por natural, una persona rigurosa y bastante severa, descrita bien por Jorge Mañach como "un hombre de ademán brusco y de aire mandón",⁶ cuyo carácter reservado parece haber estado en total contradicción con la impresión que tenemos de la personalidad de su hijo.

La formación militar de Mariano Martí, además de su carencia de educación formal, obviamente determinaron su actitud algo brusca, puesto que no conocía ninguna otra vida aparte de la del cuartel. Por lo tanto, la descripción de don Mariano por parte de Pedro N. González Veranes ilustra bien su actitud bastante severa: "su carácter era fuerte, despótico y rústico en extremo; era un tramsunto del *pater familia* [sic] romano en lo moral y en lo material; cumplidor celoso de sus deberes hogareños y mantenedor sempiterno de su omnimoda autoridad entre los suyos".⁷ Con el pasar de los años este ambiente austero y poco inspirador alejó al niño sensible y precoz del seno de su familia.

En realidad, parece que el joven Martí, obviamente muy diferente de su padre, no experimentó el proceso normal de la niñez llamado "introyección",⁸ puesto que de ninguna manera imitó, ni se

⁵ Esta cita, como todas las de Martí encontradas en este ensayo, proviene de la edición de sus *Obras Completas* por la Editorial Nacional de Cuba (La Habana, 1963-66). Desde ahora se dará en el texto el número del tomo y de las páginas.

⁶ Jorge Mañach, *Martí el apóstol* (Madrid: Espasa-Calpe, 1968), p. 14.

⁷ Pedro N. González Veranes, *¿Quién fue el progenitor espiritual de Martí?* (La Habana: Editorial Luz-Hilo, 1942), p. 11.

⁸ Introyección se define como "an unconscious mechanism by which the external world and its objects may be incorporated into the individual. Thus the child identifies with loved objects its parents for instance, by identifying with them, introjecting their qualities into its own mental life". *Encyclopedia of Psychiatry for General Practitioners*, editada por Dennis Leigh, C. M. B. Pare y John Marks (Vaudreuil, Québec: Hoffman La

identificó con, los atributos del carácter de su padre. Esta actitud algo brusca de su padre era totalmente inaceptable por el joven Martí. Además, al notar el puesto oficial de don Mariano, además de su aprobación incondicional de la política española en Cuba —y de las injusticias manifiestas cometidas en nombre de la Corona— posiblemente Martí haya identificado el criterio a la vez intransigente e inflexiblemente autoritario de su padre con el de la política oficial española. Por consiguiente, es de creer que Martí, al asociar la actitud de su padre con la conducta de las fuerzas españolas (y continuamente alejándose de su padre), haya sido un revolucionario potencial mucho antes de lo que generalmente se cree.

Cuando tenía solamente nueve años, Martí fue con su padre al pueblo de Hanábana (provincia de Oriente) donde don Mariano había sido nombrado funcionario secundario. Fue durante esta estancia en Hanábana que le sucedió a José Martí una experiencia que se suele presentar como responsable de haberle despertado la conciencia social. La miserable condición de los esclavos negros, además de las muchas crueldades por parte de los dueños de las plantaciones, le impresionaron mucho al joven Martí, quien ya estaba tomando conciencia de las muchas injusticias cometidas para defender la explotación española de Cuba. En sus *Fragmentos*, escritos muchos años más tarde, Martí recuerda la impresión que le causaron sus experiencias en aquel pueblo:

¿Y los negros? ¿Quién que ha visto azotar a un amigo y no se considera para siempre un deudor? Yo lo vi, lo vi cuando era niño, y todavía no se me ha apagado en las mejillas la vergüenza (XXII, 189).

En otro nivel importante, la estancia de Martí en Hanábana también aumentó la grieta entre él y su padre puesto que don Mariano, a pesar de su puesto oficial en el distrito, se negó a intervenir contra tales actos de crueldad, actitud que su hijo no podría nunca aceptar ni aun comprender.

Mientras tanto, doña Leonor, queriendo que José tuviera una buena educación, logró persuadir a su marido que lo dejara regresar a La Habana y, poco después de su vuelta, lo inscribió en la escuela de San Anacleto, donde fue un alumno excepcional. Irónicamente, su buen éxito escolar lo alejó aún más de su padre, quien insistió en que Martí abandonara sus estudios para colocarse en un puesto bien remunerado: la educación tan anhelada por Martí era considerada

Roche, 1972), p. 230. Véase también el estudio de Ephraim Rosen e Ian Gregory, *Abnormal Psychology* (Philadelphia: W. B. Saunders Company, 1966), p. 72.

por su padre como algo completamente innecesario. Para don Mariano la cultura, la conciencia política y el reflexionar sobre la vida colonial de Cuba tenían poco que ver con la lucha por la existencia diaria, y por eso quería que su hijo se concentrara en buscar un empleo.⁹ Afortunadamente doña Leonor convenció a su marido de las ventajas de una buena educación, y así en marzo de 1865, Martí ingresó a la "Escuela Superior Municipal de Varones", cuyo director era Rafael María Mendive. En ese momento empezó una nueva y sumamente importante etapa en la vida de José Martí.

En su estudio *Young Man Luther*, Erik Erikson explica los detalles de la crisis de identidad que suele acompañar la adolescencia: "it occurs in that period of the life cycle when each youth must forge for himself some central perspective and direction, some working unity out of the effective remnants of his childhood and the hopes of his anticipated adulthood".¹⁰ No resulta difícil imaginar el confuso estado de ánimo del joven Martí al empezar sus estudios en el colegio de Mendive: ya tenía unas ideas algo vagas sobre la injusticia de la dominación española que le parecía cada vez más inmoral, y también seguía alejándose de su padre. Años más tarde Martí confesó a Manuel Mercado —como también lo hizo en 1880 a su hermana Amelia (XX, 287) y a su compañero Fermín Valdés Domínguez (XX, 321)— que, cuando joven, además de haber rechazado totalmente las ideas políticas de don Mariano, tampoco había comprendido a su padre: "No puede U. imaginar cómo he aprendido en la vida a venerar y amar al noble anciano a quien no amé bastante mientras no supe entenderlo" (XX, 102).

Martí tuvo una suerte muy grande al encontrar a Mendive en este período tan difícil de su vida. Dada la falta de comprensión por parte de su familia, y sin duda alguna considerándose muy "diferente" de su padre, Martí aceptó con agradecimiento el cariño de Mendive, porque vio en el maestro un espíritu semejante al suyo.

⁹ Antonio Martínez Bello ha sugerido que estas ideas de don Mariano se debían en gran parte a la situación no sólo de la familia Martí, sino también de la Isla entera: "La incondicionalidad del padre al Gobierno español, ¿acaso no tendría raíz en la angustiada necesidad de unos mendrugos para la familia? [...] Sobre todo, la indiferencia del padre a que el hijo adquiriese cultura y sus desvíos ante las primacías poéticas y literarias del adolescente, ¿no registrarían entraña causal en la necesidad que aquella familia tenía de que las actividades de todos sus miembros se orientasen hacia la dolorosa búsqueda del pan, cada vez menos accesible?" Antonio Martínez Bello, *La adolescencia de Martí (Notas para un ensayo de interpretación psicológica)* (La Habana: P. Fernández y Cía., 1944), p. 14.

¹⁰ Erik H. Erikson, *Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and History* (New York: W. W. Norton and Company, 1958), p. 14.

Por otra parte, puesto que ya se habían agotado las posibilidades de un proceso normal de identificación con su padre, Martí se volvió hacia Mendive de buena gana, aceptándolo como un "substituto paterno". Pero no sólo aceptó totalmente los atributos morales de Mendive, sino que también se interesó en las ideas literarias y políticas del maestro.

No puede haber ninguna duda en cuanto al papel de padre que Mendive desempeñó para con el joven Martí. Pagó el costo de sus estudios en el Instituto de Segunda Enseñanza, haciendo publicar unos sueltos muy elogiosos cuando el joven ganó un premio de matemáticas. Por su parte, Martí era un devoto admirador del maestro, algo que se puede deducir de su contestación (en 1868) a una carta crítica de don Rafael:

Yo no sé que un padre generoso tenga que recordar a un hijo que le adora, sus deberes: Por eso me asombró tanto su recado, cuando a cada instante daría por Vd. mi vida que es de Vd. y sólo de Vd. y otras mil si las tuviera (XX, 245).

Un año más tarde, Martí ofreció prueba aún más convincente de su devoción a Mendive al comparar al maestro con su propio padre. En realidad, Martí no pudo menos que comparar la actitud severa y algo brusca de su padre con la naturaleza efusiva y cariñosa de Mendive. Don Rafael seguía animándolo a formular una cosmovisión del mundo y de la vida, mientras que su padre siempre lo empujaba a trabajar:

Trabajo ahora de seis de la mañana a 8 de la noche y gano 4 onzas y media que entrego a mi padre. Este me hace sufrir cada día más, y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a Vd. con toda la franqueza ruda que Vd. me conoce que sólo la esperanza de volver a verle me ha impedido matarme (XX, 246).

De este modo Rafael María Mendive se convirtió en su padre espiritual, costeándole su educación, fortaleciendo su conciencia moral, y ayudándole a aumentar la confianza en sí mismo. Martí pasó largas horas en casa de Mendive, leyendo sus libros y participando activamente en las famosas tertulias del maestro. Por consiguiente a nuestro parecer resulta muy normal que el joven precoz, al contemplar el españolismo intransigente de su propio hogar, se sumergiese de buena gana en el embriagador ambiente del cubanismo revolucionario que encontraba en casa de Mendive.

Luego en 1868 cuando estalló la primera importante rebelión cubana —el Grito de Yara— encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, las tertulias en casa del maestro adquirieron un tono cada

vez más político. Al recordar estas sesiones en 1891, Martí contó cómo un rebelde cubano, "José de Armas y Céspedes, huyendo de la policía, estaba escondido en el cuarto mismo de Rafael Mendive" (V, 251). También escribió Martí sobre el fervor patriótico sentido por los contertulianos, narrando cómo él mismo "seguía, de codos en el piano, la marcha de Céspedes en la manigua" (V, 251).

En breve, la lucha contra España se convirtió en una cruzada santa para Mendive, mientras que Mariano Martí seguía defendiendo la causa española. Mendive interpretó la supresión de todas las ideas progresistas en Cuba como un esfuerzo criminal por proteger la brutal explotación de la Isla por parte de la Corona, y logró convencer a José Martí de la validez de sus teorías. Así pues, el joven Martí decidió rechazar firmemente las ideas de su padre, prefiriendo seguir el camino que le había abierto Mendive. Ésta es una decisión que no nos sorprende, dadas las circunstancias familiares de Martí por una parte, y a su incapacidad de sancionar todo aquello que no estuviera de acuerdo con su alto código de moralidad personal, por la otra. Por lo tanto su adhesión a la causa, obviamente justa, apoyada por Mendive —su padre espiritual—, nos parece una cosa completamente natural.

De ninguna manera debiera subestimarse la influencia de Mendive en Martí, porque después de una vida familiar poco inspiradora (En efecto, Martí se refiere a "las amargas memorias de mi casa" (XX, 32), aunque la de Mendive le parecía "una casa que era toda de ángeles" (V, 251), Martí aceptó con profundo agradecimiento el apoyo y la protección de su padre espiritual. Fue en esta época cuando se unieron los sentimientos de un vago descontento despertado al ver azotados a los esclavos en Hanábana, su aversión a la aprobación incondicional por parte de su padre de las muchas injusticias al parecer necesarias para continuar la vida colonial, y por último su creciente indignación frente al ambiente opresivo de La Habana en esa época. Bajo la tutela de Rafael María Mendive, Martí se hizo separatista y revolucionario y, como bien ha notado Pánfilo D. Camacho: "de un padre espiritual como Mendive no podía salir nada distinto a lo que salió: un poeta y un revolucionario".¹¹

Animado por Mendive, José Martí aprendió tres lecciones sumamente importantes: la habilidad de escribir poesía hermosa pero esencialmente sencilla; la de infundir a sus compatriotas la creencia en la necesaria independencia política de Cuba; y también la de predicar, sin tregua, detalles de una sociedad nueva, humanitaria y necesariamente desinteresada, que habría de establecerse en Cuba

¹¹ Pánfilo D. Camacho, "Martí: una vida en perenne angustia," *Archivo José Martí*, IV, no. 2 (ene.-jul. de 1948), p. 136.

después de obtener esta independencia política tan anhelada. Por otra parte, Martí no se desvió nunca de este riguroso código moral, aun cuando la aplicación de sus ideas dio por resultado el encarcelamiento y la deportación del joven. Agradecido a Mendive por su instrucción, además de su cariño, Martí le escribió el día mismo de su deportación a España en enero de 1871:

De aquí a dos horas embarco desterrado para España. Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a Vd. lo debo y de Vd. y sólo de Vd. es cuanto bueno y cariñoso tengo [...]. Muchísimos abrazos a Mario, y de Vd. toda el alma de su hijo y discípulo

Martí (XX, 274).

Los dos años anteriores a esta carta de Martí constituyen una etapa de enorme importancia en cuanto al desarrollo de su pensamiento, porque durante esta época llegó a comprender no sólo los problemas principales de su país, sino también las soluciones que podrían aplicarse a estos problemas en la patria liberada. La influencia de Mendive seguía tan fuerte como antes en 1869 cuando en enero de ese año (y con la ayuda de Fermín Valdés Domínguez, otro alumno de Mendive) Martí publicó una revista *El Diablo Cojuelo*, y luego —en otro asunto costeadado por el maestro— publicó otro periódico, *La Patria Libre*. Ambas revistas se centraron en el tema del patriotismo, aunque en su drama *Abdala* (publicado en *La Patria Libre*) también se puede ver la intención por parte de Martí de presentar su propia lucha interior, puesto que *Abdala* también tiene que decidir entre sus deberes familiares y sus obligaciones patrióticas.

En resumen, se puede descubrir al Martí de 1869 como un adolescente en busca de una ideología. Ya era consciente de que Cuba necesitaba una solución bastante radical a los muchos problemas, a las obvias injusticias de la vida colonial, porque ya había afirmado categóricamente en *El Diablo Cojuelo*: "A ser yo orador [...] no sentaría por base de mi política eso que los franceses llamarían afrentosa *hésitation*. O Yara o Madrid" (I, 32). Pero a pesar de esta aparente convicción de Martí, el lector de sus primerizas obras, al compararlas con su literatura escrita después de su estadía en San Lázaro, se da cuenta de que su obra anterior, aunque haya llegado a conclusiones semejantes a las de su obra post-presidio, carece de los métodos de razonamiento que después se encuentran en la obra de Martí. Era como si antes de su encarcelamiento hubiera aceptado las ideas separatistas de Mendive sin comprender los cambios que habrían de introducirse en la patria liberada. En enero

de 1869, Martí era un revolucionario teórico, un joven que buscaba una explicación definitiva y una serie de reformas con las cuales apoyar sus deseos separatistas.

Poco después de la publicación de *El Diablo Cojuelo* sucedió otro incidente que cambió de rumbo la vida de Martí. En esta época —y a pesar de los esfuerzos del general Dulce por introducir una serie de reformas moderadas desde su llegada a la Isla el 4 de enero de 1869— el cuerpo político dominante de la Isla eran los paramilitares voluntarios, quienes excedían a los miembros del ejército español por 33,500 a 7,000.¹² Los voluntarios atacaron a Dulce por su falta de firmeza para con los cubanos, persiguiéndolo hasta que no le quedó al capitán-general más alternativa que suspender todas las libertades recién introducidas —menos de un mes después de su introducción.

Luego, durante la representación nocturna del 22 de enero en el Teatro Villanueva, al gritar un actor un slogan patriótico, entró un grupo de soldados, atacando a los asistentes y arrestando a muchos de los espectadores. No asistieron a la función ni Martí ni Mendive, pero los sentimientos separatistas del maestro eran bien conocidos en La Habana. Además, dado el aumento del espíritu revolucionario en la capital, los peninsulares muy obviamente necesitaban un ejemplo para mostrarles a los cubanos que tal conducta rebelde no sería tolerada: Rafael María Mendive fue detenido.

Ahora la devoción de Martí por el maestro fue sometida a prueba porque, a gran riesgo personal, obtuvo permiso para visitar a Mendive en la cárcel, donde en total estuvo don Rafael por unos cinco meses. Luego, después de la deportación del maestro, Martí y su compañero Valdés Domínguez, al descubrir que un antiguo alumno de Mendive se había juntado con los odiados voluntarios, le escribieron un recado criticando su completa indiferencia a la memoria del maestro. Sin embargo, al fin decidieron no mandar la carta.

Poco después los dos amigos tuvieron que sufrir una experiencia tan humillante como la de Mendive, y otra vez el sistema de justicia español presentó unas pruebas claramente ridículas para demostrar la intención, por parte de los dos jóvenes, de cometer sedición: esta vez se trataba de un grupo de voluntarios que, sospechándose ser el objeto de risa oída en casa de los Valdés Domínguez, asaltó la casa donde, después de registrarla, descubrió la carta antes mencionada. Así que, tomado preso el 21 de octubre de 1869, Martí fue acusado de traición, una acusación basada totalmente en el contenido de dicha carta, y el 7 de marzo del año siguiente fue condenado a un período de seis años en el presidio político de San Lázaro. Una

¹² Hugh Thomas, *Cuba, or the Pursuit of Freedom* (London: Eyre and Spottiswoode, 1971), p. 249.

nueva etapa, de suma importancia en cuanto a la formación de la ideología sociopolítica de José Martí, había empezado.

Las experiencias de Martí en el presidio complementaron dramáticamente las lecciones que antes había aprendido en la escuela de Mendive: de cubano descontento, Martí se convirtió en un revolucionario convencido, preparado a ofrecerse generosamente para ayudar a la patria. En efecto, sus diez y ocho meses de cautiverio le quitaron un filtro de inseguridad que hasta entonces había experimentado, puesto que ya Martí se sentía convencido de las teorías de Mendive, y aun las había desarrollado para que se adaptaran a su propia conciencia política. Por consiguiente, para el Martí que salió de la cárcel en 1871, la *única* manera de establecer una estructura socio-política justa era mediante la independencia total de Cuba: el tono algo inseguro de *La Patria Libre* (en que Martí había decidido no defender públicamente la abolición de la esclavitud, ni la rebelión de Céspedes (I, 32)) había sido reemplazado visiblemente por la convicción revolucionaria de *El presidio político en Cuba*, la siguiente obra de Martí, publicada en enero de 1871.

Hasta este punto hemos delineado la devoción del joven Martí para con su maestro y padre espiritual, Rafael María Mendive, quien —no cabe duda alguna— lo inició en su carrera revolucionaria. Ahora es necesario subrayar lo que parece ser la otra experiencia formativa fundamental en Martí: su estadía en San Lázaro. En realidad su año y medio en la cárcel y en el presidio político constituyó la línea divisoria entre su temprana identificación con las teorías separatistas, y su decisión siguiente de luchar activamente por la liberación de su patria. Su encarcelamiento —que, como Ezequiel Martínez Estrada ha demostrado, representa el "modelador supremo de su personalidad",¹³— no sólo le mostró a Martí la necesidad de una liberación radical de la patria, sino que también le convenció de que él mismo debiera aceptar la responsabilidad de llevar a cabo tal proyecto:

Seis meses de sus diecisiete años los pasó Martí picando piedras, bajo el sol tropical, con una cadena al pie; bárbaro castigo que para siempre le dejó huellas físicas y morales: un sarcocele del que nunca curó, dos cicatrices en los tobillos y una convicción política.¹⁴

Fue durante esta época que Martí obtuvo —por primera vez— una amplia visión de conjunto de los muchos problemas de Cuba: en efecto se dio cuenta de que la Isla entera era un inmenso presidio político, puesto que las muchas crueldades e injusticias que ha-

¹³ Ezequiel Martínez Estrada, *op. cit.*, p. 75.

¹⁴ Andrés Iduarte, *Martí escritor* (México: Ediciones Cuadernos Americanos, 1944), p. 23.

bía visto durante su cautiverio sólo constituían un microcosmos de la falta de libertades esenciales encontradas en toda Cuba. Sin duda alguna fue entonces que Martí decidió ofrecerse como víctima —si fuera necesario— sobre lo que interpretó como el "ara" de la patria. Y, para recordarse siempre de esta vocación importantísima, llevó un anillo, fabricado de un eslabón de la cadena que había llevado durante sus días en San Lázaro como "No. 113", en el cual tenía grabada la palabra "CUBA".

Por consiguiente, si —como el testimonio de Martí demuestra— es posible pretender que el interés profundamente emocional del joven en su patria se origina como resultado de su devoción a Rafael María Mendive, es posible probar, al estudiar su obra literaria escrita poco después de su cautiverio, exactamente hasta qué punto se había desarrollado el pensamiento de Martí. En total permaneció encarcelado por algo más de diez y ocho meses. Después, débil y enfermo, su sentencia (de seis años) fue conmutada por la del destierro y por eso, el 15 de enero de 1871, el joven (porque todavía no había cumplido diez y ocho años) fue deportado a España.

Si se comparan las obras anteriores de Martí con las escritas inmediatamente después de sus experiencias en la cárcel, es posible notar algunos desarrollos muy significativos. Por supuesto aún se halla el mismo deseo de introducir muchas reformas necesarias en Cuba y de asegurar una serie de libertades básicas, pero ahora el tono de la obra de Martí es muy diferente. La siguiente obra de Martí, *El presidio político en Cuba*, demuestra hasta qué punto había quedado impresionado por la cárcel, al narrar Martí detalles de sus experiencias allí —unas experiencias tan brutales que afirma: "si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios" (I, 45).

Ya ha sido reemplazada la naturaleza mesurada y artificialmente rebelde de *Abdala* por un tono sumamente moral de indignación justificada. Ahora Martí predica, explicándoles a los españoles la opresión sofocante impuesta sobre los cubanos por la madre patria, que continúa explotando la Isla de una manera inmoral. Además, aprovechándose de su presencia en el seno del "enemigo", (Martí cursó estudios en las Universidades de Madrid y de Zaragoza durante su destierro), al presentar a sus lectores un retrato muy inquietante de la vida del presidio, los desafió a que explicaran sus intereses egoístas en la economía de Cuba:

¿Por qué firmáis con vuestro asentimiento el exterminio de la raza que más os ha sufrido, que más se os ha humillado, que más os ha esperado, que más sumisa ha sido hasta que la desesperación o la

desconfianza en las promesas ha hecho que sacuda la cerviz? ¿Por qué sois injustos y tan crueles? (I, 50).

Pero para Martí, mucho más importante que las condiciones de trabajo deplorables, y la absoluta falta de compasión de los guardias hacia los prisioneros, era el simple hecho de que casi todos (incluso Martí mismo) habían sido encarcelados por razones obviamente injustas. Su sufrimiento, pues, era aún más deplorable, puesto que no habían hecho absolutamente nada que mereciera tal castigo. Por otra parte el joven Martí, indignado, ya había aprendido mediante sus propias experiencias que el gobierno español estaba dispuesto a tomar cualquier medida que considerara necesaria para suprimir toda sospecha de desacuerdo. "Aquel presidio", escribió Martí, "era el presidio de Cuba, la institución del Gobierno" (I, 61) —claramente un gobierno que tendría que ser cambiado.

Otra manera de apreciar cómo había sido condicionado el pensamiento de Martí por sus experiencias en el presidio es considerar la manera en que ahora presenta el sentimiento del patriotismo. En sus reportajes para *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre*, tal amor patriótico consistía en gran parte en un fervor algo melodramático, acompañado de un deseo de alcanzar renombre personal.¹⁵ En suma, antes de ser encarcelado la interpretación que tenía Martí del concepto de la patria —aunque, claro está, completamente sincera— era superficial y a veces algo inmadura: fue un amorío con el patriotismo el que experimentó Martí —la "boda" oficial resultó después de su cautiverio.

Un estudio de la obra y de las cartas de Martí después de sus experiencias en San Lázaro da la impresión de que salió del presidio con la firme intención de llevar la justicia y la libertad a Cuba. En ese momento no sabía exactamente cómo lo iba a realizar, pero sí sabía que la liberación efectiva de Cuba constituiría el propósito central de su vida. Por consiguiente el vocabulario que ahora emplea para hablar acerca del patriotismo es muy distinto del anterior: ya cuando habla de la patria no emplea las ideas de "fama" o de "gloria", prefiriendo en cambio usar los términos "deber", "sacrificio" y aun "martirio".

En efecto se necesita poca imaginación para interpretar al Martí

¹⁵ El Martí de 1869 se parece bastante a su protagonista del drama *Abdala* quien, al oír que lo han elegido jefe del ejército piensa sobre todo en su gloria personal:

¡Por fin mi frente se orlará de gloria;
Seré quien libre a mi angustiada patria,
Y quien le arranque al opresor el pueblo
Que empieza a destrozarse ante sus garras! (XVIII, 15).

de 1869 en el carácter de Abdala, ansioso de ayudar a la patria, pero también deseoso de alcanzar renombre sempiterno, hasta cierto punto un estereotipo romántico, preparado para morir dramáticamente por su patria. Sin embargo, el Martí de 1871, recién salido de San Lázaro, es completamente diferente, como se puede apreciar por un apunte suyo hecho en un cuaderno privado en 1871. Ya le importa poco su deseo de renombre y gloria, y ahora se inquieta por las obligaciones que tiene no sólo para con sus compatriotas sino también con la humanidad en general —el adolescente romántico se ha convertido en un adulto generoso y cariñoso. Sus propósitos ahora son esencialmente muy simples:

Cristiano, pura y simplemente cristiano —observancia rígida de la moral—, mejoramiento mío, ansia por el mejoramiento de todos, vida por el bien, mi sangre por la sangre de los demás, —he aquí la única religión, igual en todos los climas, igual en todas las sociedades, igual e innata en todos los corazones (XXI, 18).

Esta intención de "Martí evangelista" —que no se había visto nunca antes— aparece de una manera muy notable en casi toda su obra escrita después de su estadía en el presidio político. Martí sigue revelando la inmoralidad y la injusticia básicas de la dominación de Cuba por parte de los españoles, pero ya no está contento (como, por ejemplo, lo estaba en *El Diablo Cojuelo*) con simplemente presentar una relación de tal dominio. Más bien, ahora fustiga al pueblo español por su falta de interés en los sufrimientos de Cuba, por su falta de espíritu cristiano o humanitario. Además condena la actitud del gobierno español (que pretende estar protegiendo su "integridad nacional" en Cuba), al presentar a los españoles una descripción de las condiciones de vida en el presidio político: "Ahí tenéis la integridad nacional; ahí tenéis el gobierno que habéis aprobado, que habéis sancionado, que habéis unánimemente aplaudido" (I, 63).

A causa, pues, de estas diferencias muy notables entre la obra anterior y la inmediatamente posterior al encarcelamiento de Martí, parece bastante claro que el año y medio que pasó en cautiverio lo convirtió en revolucionario, convencido ya de que la patria sería el eje central de su vida. Demostrando una capacidad asombrosa de desinterés personal, Martí se dedicó entonces a lo que interpretó como la necesidad inmediata de su patria —la independencia política de la misma. Para el Martí que salió de San Lázaro todo tenía que subordinarse a este objetivo, incluso sus deseos más personales. Y en este propósito, como bien ha mostrado Manuel Pedro González, su dedicación fue total:

Al ideal de libertar a su patria se consagró desde entonces su actividad y su genio. Este pueblo se le convirtió en obsesión y en su ara lo inmoló todo: fortuna, bienestar, familia, gloria literaria y, por último, la vida.¹⁶

De esta manera nació el Martí revolucionario.

En este ensayo hemos subrayado dos de las experiencias que más contribuyeron a la formación del carácter de José Martí. Hay semejanzas de tono y de ideas muy notables en *toda* la obra martiana post-presidio, lo cual sugiere la necesidad de estudiar este período primerizo. Al comentar estas semejanzas, Julio Le Riverend —reafirmando la opinión de su colega Manuel Isidro Méndez— acierta bien al decir que "el Maestro aparece formado cabalmente el año 1870".¹⁷

Por esta razón nos parece que se puede llegar a un verdadero conocimiento del pensamiento martiano mediante un estudio de la obra temprana literaria de Martí, y por una aplicación muy básica de las normas del desarrollo psicológico infantil. En este respecto la búsqueda de posibles influencias filosóficas sí es interesante, aunque parece bastante obvio que ya en 1871 se había formado el carácter de Martí, y más por experiencias personales que por lecturas filosóficas.

Así que, dada la falta de comprensión mutua entre el joven Martí y su familia, se volvió hacia su padre espiritual Rafael María Mendive, cuyas ideas sobre la lastimosa situación de la patria y del pueblo cubano impresionaron mucho a Martí. Luego sucedieron sus experiencias traumáticas en el presidio, donde descubrió por sí mismo la validez de las lecciones de Mendive. El resultado de ambas experiencias fue la asimilación por Martí de una serie de valores morales que en su esencia se mantuvieron inalterados durante la vida post-presidio de Martí —de ahí la excepcional homogeneidad de su obra.

En conclusión es interesante ver la opinión de Martí mismo en cuanto a su orientación revolucionaria. Con su claridad característica Martí explicó al general Máximo Gómez los detalles fundamentales de su carrera de rebelde. Todo era muy sencillo, afirmaba Martí: "de mí, tal vez nadie le dé razón, Rafael Mendive fue mi padre: de la escuela fui a la cárcel y a un presidio, y a un destierro, y a otro" (X, 263). De esta manera, pues, terminó el aprendizaje revolucionario de José Martí.

¹⁶ Manuel Pedro González, *Indagaciones martianas* (La Habana: Universidad Central de las Villas, 1961), p. 57.

¹⁷ Julio Le Riverend, "Teoría martiana del partido político," *Vida y pensamiento de Martí: Homenaje de la ciudad de La Habana en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942*. (La Habana: Colección cubana y americana, 1942), vol. II, p. 88.

HACIA UNA "PLANETARIZACION" DE LA HISTORIA¹

Por Gregorio WEINBERG

LA historia, la de todos los países y continentes, desde Herodoto hasta Toynbee, fue siempre algo más tendencioso que una historia sólo etnocéntrica; fue, invariablemente, *parcial, minoritaria y excluyente*.

Parcial, porque se escribió en detrimento de la de otros pueblos. Ya Aben Jaldun señalaba la parcialidad "hacia un credo o una manera de pensar" como la primera de las causas de error que se cometen al escribir historia.

Minoritaria, porque la historia la hicieron siempre pequeños grupos sociales y algunas culturas privilegiadas trataron de imponerla; es decir, que la concepción de la historia sirvió y sigue sirviendo como instrumento de dominación y sojuzgamiento, o en el menos malo de los casos contribuye a enturbiar una adecuada comprensión de los procesos.

Excluyente, porque gran parte del mundo fue desterrado de la historia, y esto no sólo desde el punto de vista geográfico o político, sino desde muchos otros ángulos, como veremos en seguida.

GRAN parte de las filosofías de la historia explícita o implícitamente admitidas sacan del foco de reflexión grandes extensiones territoriales, enormes grupos humanos y una cantidad de actores sumamente importantes. En realidad aquí no queremos plantearnos los numerosos problemas teóricos, sean éstos de carácter epistemológico o metodológico, que la cuestión suscita. Limitamos nuestra atención a subrayar apenas *algunos de los muchos factores que, a nuestro juicio, conspiran contra una efectiva universalidad de las concepciones históricas*, sin dejarnos tentar por replanteos de cuestiones que tanto

¹ Texto abreviado, y ligeramente corregido, de la ponencia presentada al 30 Congreso Internacional de Ciencias Humanas en Asia y Africa del Norte (Coloquio II: Filosofía e Independencia), realizado en México entre el 3 y el 8 de agosto de 1976.

importan como la determinación del sujeto o de los sujetos de la historia, como así tampoco las de la explicación histórica.

"Los pueblos que inventaron la historia, inventaron los pueblos fuera de la historia", dice Leopoldo Zea. Al etnocentrismo aquí tan eficazmente señalado por el pensador mexicano, añadamos que la historia siempre fue hecha por los países colonialistas a expensas de los pueblos colonizados, y fue urbana (en detrimento de la campesina), o masculina (en menoscabo de la femenina), etc.

Los pueblos fuera de la historia fueron inventados, y justificada su marginalidad, desde los griegos hasta por las más ambiciosas filosofías de la historia elaboradas en el siglo xx. Podemos así recorrer todas las grandes síntesis a partir de las culturas preclásicas, las clásicas (incluyendo entre éstas, por supuesto, las del lejano Oriente), hasta nuestros días y comprobaremos que todas ellas tienen este mismo signo: los hacedores de la historia (o de los mitos) están, simultáneamente, marginando a gran parte del resto de la población. Para mejor ilustrar lo que estamos tratando de expresar, apelaremos a Hegel. Este filósofo sostenía que América *no está* en la historia, *América es naturaleza*, esto es, que para Hegel América aún no se había incorporado a la historia y en cierto modo tenía razón, pero sólo en determinado sentido. En tanto América fue dependiente careció de historia; América había sido descubierta, conquistada, colonizada, y por tanto en gran parte arrasada su historia, como ocurriría después en la gran mayoría de los pueblos de Asia y África. Estos pueblos fueron despojados no sólo de sus tierras, sino también de su historia, de sus tradiciones, de sus dioses, de sus mitos, de sus lenguajes, en una palabra, de sus culturas. Por consiguiente, esta afirmación de Hegel, debidamente relativizada en el sentido por nosotros expuesto, tiene importancia en tanto sus afirmaciones probablemente faciliten el entendimiento y la elaboración de nuevos métodos con los cuales el hombre quizás pueda reiniciar el proceso histórico, sacando a gran parte de los pueblos —que como decía Hegel están en la naturaleza—, incorporándolos a la historia como protagonistas de la misma.

Esta historia excluyente que hemos estado señalando puede ser entendida desde muchos otros ángulos. En la práctica, en Occidente, hasta la llamada Revolución Industrial, la historia fue urbana; esta historia de ciudades, excluía por tanto al 80 o 90% de la población de la participación del quehacer histórico y por consiguiente de la preocupación de los historiadores. Durante las últimas décadas puede advertirse una reacción en este sentido positiva, cuando se incorpora paulatina y tímidamente la historia campesina a la historia universal, pero todavía como algo secundario, marginal, algo no esencial para la comprensión del sentido de los procesos. Hasta ahora, por tanto,

no se ha repensado la historia como conjunto, como totalidad que permita entender la riqueza, la compleja riqueza de todos estos procesos. Volvemos a corroborar lo afirmado por Zea, acerca de que "los pueblos que inventaron la historia inventaron los pueblos fuera de la historia", cuando marginaron de sus preocupaciones, de su horizonte mental, a verdaderos continentes, a una parte importante y sustantiva, que era nada menos que la mayoría de la población del mundo.

Desde un ángulo distinto ahora, el de la historia social, podemos afirmar también que la historia ha sido minoritaria y excluyente, en el sentido de que hasta hace pocas décadas tampoco estaban incorporados al núcleo central de sus intereses y preocupaciones algunos sectores importantes del quehacer y de la actividad social. Por ejemplo, desde el punto de vista de la interpretación marxista, que le atribuye un papel protagónico al proletariado (o al campesinado en alguna de sus variantes) al que hasta hace un siglo casi no se tomaba en cuenta. Así pues la historia social ha hecho una formidable contribución a la comprensión de los grandes procesos, y a desplazar de paso, en forma paulatina, la importancia otrora atribuida a los nombres propios —monarcas, héroes o próceres—, o acontecimientos singulares —batallas o hazañas— para dar lugar a una dimensión del proceso histórico que se ha mostrado mucho más eficaz para su inteligibilidad y más adecuada para su entendimiento.

Y veamos ahora, desde un ángulo un tanto inesperado si se quiere, qué razón tiene nuestra inicial proposición. La historia ha sido masculina —salvo rarísimas excepciones, y éstas deben ser referidas sólo a la historia de nombres propios que antes señalamos— porque la mujer ha sido poco menos que excluida de la historia. Y nadie puede negar la importancia de la mujer desde Eva hasta nuestros días, y dicho sea esto sin pretender hacer demagogia feminista.

La historia siempre fue etnocéntrica y su supuesta universalidad no ha sido otra cosa que una falsa extrapolación de sus supuestos. Esto lo confirman no sólo los historiadores sino también gran parte de los mitos elaborados para explicar el lugar "privilegiado" que pretende atribuirse cada una de esas culturas. Y esta triste prerrogativa no es patrimonio exclusivo de la cultura europea, como se supone con ligereza, ya que con rasgos y tendencias idénticos aparece, en numerosas manifestaciones del Lejano y Cercano Oriente, desde épocas remotas.

A los pueblos sojuzgados —y el fenómeno tampoco es nuevo, pues reaparece periódicamente desde hace milenios, aunque en los últimos siglos con intensidad renovada y efectos más dramáticos quizás— se les arrebataron sus tierras, sus tradiciones, sus dioses y sus historias,

los que fueron sustituidos, bien que mal, por otras historias impuestas por sobre el desarraigo de esos mismos pueblos. Muchos ejemplos desgraciadamente podrían citarse al respecto, desde los imperialistas egipcios hasta los conquistadores del Nuevo Mundo. Durante la pasada centuria y primeras décadas de ésta, a muchos países afroasiáticos, sean anglófonos o francófonos, se les endilgó la historia de las potencias hegemónicas. La educación, dicho sea de paso, se impartía sólo a grupos minoritarios, con el confesado propósito de constituir minorías de súbditos fieles a esas mismas potencias coloniales, y, como es lógico, los contenidos de dicha enseñanza correspondían a otra realidad, harto ajena a la del medio, impuesta o sobrepuesta, a éste. Así se enseñaba historia medieval inglesa, y la gesta de sus "caballeros", o los departamentos de la Francia metropolitana —por riguroso y ridículo orden alfabético—, con descripción prolija de sus castillos, con olvido total del entorno; por tanto nada más artificioso (en el sentido que encubre y desfigura lo que es natural) y falso. Además, muchas veces para imponer dicho criterio, que sí era ajeno, exótico, se llegó al desarraigo pleno y al exterminio total de las auténticas tradiciones lugareñas. Estos pueblos sometidos debieron alcanzar su liberación política, incorporarse al quehacer internacional, para poder recuperar sólo entonces su propia historia, luego de un difícil proceso de búsqueda de su propia identidad, para de este modo aspirar a integrarse al proceso de 'planetarización' que estamos señalando.

Y las elaboraciones etnocéntricas alcanzaron quizá el colmo de su parcialidad e inmovilismo ya en la antigua China, donde las más ambiciosas construcciones históricas llegaron a pretender reducir todos los testimonios a aquello que reflejaba un espejo, o sea que en este caso se admitía únicamente el carácter conservador de la tradición. Esta faceta subraya el aspecto estático de los procesos y los peligros de todo movimiento que implique cambio; en suma, aspiraba confinar la imagen histórica al frío marco que encuadra el espejo, sin advertir el riesgo que implican la distorsión y el empañamiento.

Muchos siglos después, y en el otro extremo del mundo, el fisiócrata Dupont de Nemours, al citar un olvidado y olvidable poeta contemporáneo suyo, señalaba, agudamente, que no debe confundirse el horizonte con los límites del mundo ("Crear que todo está descubierto es un profundo error. / Es tomar el horizonte por los límites del mundo.") Y por supuesto, añadimos nosotros, dicho horizonte puede ser tanto físico como mental.

Mas, si como hemos visto, las historias, en su gran mayoría, siempre fueron tendenciosamente provincianas (y en última instan-

cia todo orgulloso etnocentrismo no es otra cosa que un estrecho provincianismo), otras se han pretendido construir con protagonistas réprobos y elegidos, partidarios y herejes, todo ello enmascarado muchas veces detrás de teorías pretensiosamente 'sofisticadas'.

MODIFIQUEMOS ahora el plano del análisis y busquemos otra perspectiva. Una de las grandes conquistas del mundo actual que posibilitan la efectiva "planetarización" de la historia es la eliminación de los fatalismos; de todos los fatalismos, sean éstos raciales, geográficos, culturales, etc. Aunque algunos rezagados o interesados siguen defendiéndolos, y no siempre con renovados ni más sutiles argumentos, prácticamente las ciencias sociales han conseguido suprimir, con razones a nuestro juicio tan irrefutables como eficaces, la posibilidad de seguir justificando aquellos fatalismos que pretenden negar a determinados pueblos o a ciertos grupos su legítimo derecho de alcanzar sus propias vías de acceso a la cultura, a la ciencia, a la técnica, o a mejores condiciones de vida. Una "planetarización" ideal, como la que estamos postulando teóricamente aquí, no debe verse entorpecida por esos obstáculos que hasta ahora habían clausurado en la práctica todos los caminos; debe superarlos. Más aún: debe ayudar a abrir las compuertas del porvenir.

Para hacerse una idea más acabada del proceso histórico, y de las inéditas exigencias que le estamos planteando como respuesta a las nuevas condiciones del mundo contemporáneo, debe señalarse otro elemento: el destiempo histórico, la asincronía, que es un hecho, una realidad, pero nunca una traba insalvable ni menos una fatalidad. Se torna fatalidad si admitimos, equivocadamente a nuestro juicio, que todas las culturas deben recorrer a igual ritmo los mismos caminos, pero en cambio puede servir de acicate y desafío si la entendemos como corresponde. ¿No podrían convertirse los actuales desniveles comprobados en fuentes de energía? Los procesos históricos no se mueven en un mismo plano temporal, hay en ellos, y entre ellos, profundos desajustes y destiempos. Destiempos que muchas veces, inadvertida o intencionalmente, olvidan los historiadores, con lo cual se confunden las categorías de análisis. lo que en ciertas circunstancias permite justificar como 'naturales' ciertos retrasos o adelantos.

EL ensanchamiento del tiempo histórico de un proceso que, hasta hace poco más de un siglo, estaba reducido a cinco mil años apenas, nos lleva hoy a admitir otro que tiene, por lo menos, qui-

nientos mil años; y todos esos años recuperados hay que 'llenarlos', hay que entenderlos, y todo esto mal puede lograrse con sólo apelar a los recursos de la historia clásica, cargada de hechos singulares, sino que ese mismo ensanchamiento, esa profundización, están clamando también por nuevas categorías; de análisis, a su vez históricamente condicionadas. Si al ensanchamiento sumamos la aceleración, se advertirá rápidamente la imperiosa necesidad y urgencia de un replanteo cualitativo, que no puede conseguirse con sólo agregarle datos, hechos, nombres, civilizaciones, por numerosos que sean, sino repensar y evaluar todo de nuevo, de raíz, con un signo dinámico y generoso.

Por consiguiente, la "planetarización" de la historia reclama una efectiva *universalización* y *enriquecimiento* de las categorías de análisis, que supere su actual carácter *parcial*, *excluyente* y *minoritario*; y asuma, además, los diferentes *tiempos* y la esencial dignidad de cada cultura. Plantéase así un desafío: lograr una historia verdaderamente a escala del hombre.

Presencia del Pasado

LA EPICA INKAIKA

(FRAGMENTO)

Por Mario FLORIAN

"Una cosa se debe notar entre otras muchas, que las cosas que aquí van notadas por fábulas, como lo son, ellos las tienen por tan verdades como nosotros las de la fe..."

Pedro Sarmiento de Gamboa

LA Poesía Épica, narración de grandes acciones y sucesos llevados a efecto por héroes divinos, semidivinos y humanos en el mundo exterior u objetivo, lo mismo que la Poesía Semilírica, que es la expresión del subjetivismo colectivo (la una y la otra, lirismo de los pueblos), aparecieron al mismo tiempo. Ellas, de acuerdo con la teoría hegeliana de los géneros poéticos, preceden a la Poesía Lírica y al Teatro.

La Poesía Épica y la Poesía Semilírica Qheswas nacieron juntas. ¡Adyacente al canto religioso, surgió el canto de guerra y de victoria! El grupo humano, en aquel tiempo, sabía "dialogar" con sus dioses tutelares, y sabía, también, cantar sus triunfos bélicos. El primer cantor épico y el primer cantor semilírico qheswas, poetas anteriores al tiempo del Inkario, fueron hombres dedicados al culto religioso y se llamaron *willkas* u "hombres sagrados" (magos, sortilegos, adivinos y hechiceros que hacían las veces de sacerdotes, profetas y predicadores). Los *willkas*, con el correr del tiempo, fueron reemplazados en el ejercicio del canto por los *sacerdotes-hamaut'as* o religiosos sabios. Tanto los *willkas* como los *sacerdotes-hamaut'as* eran cantores míticos. A los *sacerdotes-hamaut'as* sucedieron, más tarde, cuando la sociedad se había pulido y culturado, los *hamaut'as* propiamente dichos. No los *kamasqa hamaut'as* (sabios, filósofos, astrólogos y ordenadores, como indica Guaman Poma de Aiala) sino los *hamaut'as letrados* o *jarawiqkuna*, que eran "gramáticos y poetas", inventores de cantos, poesías y narraciones,

y los *hamaut'as historiadores o analistas* —kipukamayuqkuna—, que eran contadores y recitadores de historias.

Jarawiqs y kipukamayuqs, pues, más que sacerdotes (humus) y qellqa-kamayuqs, por efecto de su grande y excepcional memoria, auxiliada por la "memoria artificial" de "kipus históricos" y pinturas hieráticas, eran quienes conservaban las tradiciones, las noticias del origen de los dioses, las famas de creaciones cosmogónicas, el repaso de la fundación del Inkario, las fábulas históricas y las puramente imaginarias, los ritos y ceremonias, los hechos invencibles de los Inkas, las máximas, las costumbres, la crónica de los reinados importantes, los conceptos filosóficos, los linajes reales, las leyes, las oraciones dirigidas a los dioses, los oráculos, los apólogos, etc., en la forma de cantos narrativos en verso llamados *jarawis* o *jayllis*, los que recitaban, públicamente, en las grandes ocasiones, a la corte y al pueblo. Estos cantos orales cantados, al ser transmitidos, de progeie en progeie, formaron la Tradición Poética Oral Cuzqueña.

(Los sacerdotes o humus, por su parte, alrededor del siglo xv D.C., lograron superar a los antiguos qellqa-kamayuqs —pintores de qellqas o dibujos ideográficos—, con la invención de una escritura policroma de palabras —no de letras o de sílabas—, en forma de signos cuadrados o rectangulares, que se ordenaban, armoniosamente, en la superficie de tablas, unkus o túnicas reales, qeros o vasos de madera, phuyñus o cántaros ceremoniales y tukapus o fajas de los unkus, y cuya lectura se hacía en sentido vertical u horizontal, de izquierda a derecha. A través de este lenguaje dibujado, los sacerdotes, según piensa Thomas Barthel, se comunicaban con los dioses: Los humus escribían a las divinidades mensajes mágicos, y, posiblemente, plegarias de naturaleza semilírica y no épica. Fue Victoria de la Jara la primera científica peruana que reveló esta escritura pre-alfabética nativa. Desde 1962 hasta 1970, ella ha reconocido 294 signos de palabras inkaikas, además de 303 signos de escritura Parakas: "Evolución de la Escritura Peruana y los Vocabularios Quechuas Antiguos", Lima, 1964; y diversos artículos en los diarios de Lima. La investigación fascinante de Victoria de la Jara ha sido y continúa siendo profundizada por científicos europeos, entre los que se destaca el criptógrafo alemán Thomas Barthel, quien hizo interesantes revelaciones al XXXIX Congreso Internacional de Americanistas de Lima, celebrado en 1970).

La Poesía Epica, creada por los hamaut'as letrados, pero dirigida y aprobada por el propio Inka, hacía gran impacto en el sentimiento y en la imaginación del pueblo. Establecía en éste un clima de seguridad moral. Alejaba de su vista el horror cósmico y

lo hacía ser cuerpo y sombra de la naturaleza. El pueblo qheswa, por obra y gracia de la Poesía Epica, sentía tener raíces como un árbol: raíces de dioses, héroes, Inkas y victorias. Educaba y moralizaba el canto. Por eso, la Poesía Epica, de índole narrativa, era como un espejo mágico que copiaba el ser y el acontecer del pueblo cuzco. Y era, también, como una voz del cielo que repetía, machaconamente, que la humanidad había salido de las propias manos del Hacedor del Mundo, Illa Teqsi Wiraqocha Pachayachachiq, que los Inkas y el Inkario tenían un origen solar y divino, que la Nación Cuzqueña estaba llamada a cumplir un destino grande y trascendente, y que las guerras de conquista de los Inkas eran justas y necesarias porque tenían por objeto civilizar a los "pueblos bárbaros" inmediatos.

Los pocos cantos épicos que han llegado hasta nosotros, en traducción castellana, fueron tomados de boca de inkas y pallas, sacerdotes y funcionarios, hamaut'as y kipukamayuqs, jefes de ayllus reales y kurakas sobrevivientes a la caída del Imperio del Tawantinsuyu, por cronistas españoles y mestizos como Juan de Betanzos, Pedro Cieza de León, Pedro Sarmiento de Gamboa, Garcilaso Inka de la Vega, Bernabé Cobo, Miguel Cabello Valboa, etc., y, también de la fuente de la Tradición Oral Cuzqueña (Informaciones Particulares a los Cronistas, y Declaraciones Oficiales al Gobernador Cristóbal Vaca de Castro —1542-1544— y al Virrey Francisco de Toledo —1570-1572—). Otros cantos fueron tomados directamente de los "kipus históricos": El Padre Blas Valera, historiador mestizo, quien había aprendido la ciencia de los kipukomayuqs inkaikos, sacó de los memoriales de kipus cuzqueños un bello canto sagrado compuesto en runa simi. Y otros cantos, líricos y épicos, por último, fueron recogidos de labios de informantes peruanos de pura raza o tomados de los "kipus históricos", en su lengua original—runa simi, chinchay simi— por escritores naturales de la tierra como los indios Joan de Santacruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua y Phelipe Guaman Poma de Aiala, así como por "el cronista español de la liturgia india", Cristóbal de Molina, El Cuzqueño. Algunos de estos cantos épicos son explicaciones teogónico-cosmogónicas. Otros, son relatos histórico-legendarios. Y otros, son historia legendaria de los Inkas.

Ciclos u horizontes épicos

Los primeros cantos y relatos épicos, íntimamente unidos al culto religioso, a la música y a la danza (que son, si bien se miran, *Cantos o Relatos Cíclicos*), explican la honda conmoción producida

en la conciencia religiosa de las sociedades primitivas por las "fuerzas naturales y los fenómenos que ellas producen", el horror que causa la muerte de seres queridos como padres, jefes y sacerdotes —cuyos cadáveres, más tarde, se convierten en dioses familiares—, los milagros que obran ídolos, wak'as y hechiceros, el deslumbramiento que se siente por los hombres superiores y sus hazañas bélicas —caudillos que, después de muertos, son adorados como héroes legendarios o semidivinos—, la ansiedad trascendente por conocer las causas y los fundamentos de las cosas —inquietud que, con el correr del tiempo, se traduce en una abundante creación de dioses (Teogonía) y en una explicación fabulosa del origen del Universo (Cosmogonía)—, y la fatalidad irremediable de pedir favores a los dioses o de calmar sus iras con ofrendas. Dichos cantos o relatos, en verso o en prosa, forman el *Primer Ciclo u Horizonte Epico*. Los cantos se inspiran más en el mundo exterior u objetivo que en el mundo interior del hombre. Y son, como ya dijimos, invenciones de cantores míticos —willkas y sacerdotes-hamaut'as—, las que se producen en un tiempo anterior al del tiempo de la Historia Inkaika. Estos géneros poéticos, conservados por la memoria popular, constituyen la "*Epica Anunciadora de la Historia*", como observó el historiador Raúl Porras Barrenechea. Prototipo: El Jarawi o Canto Grande de la Creación del Mundo o Teqsimuyu Pacha por Illa Teqsi Wirakocha Pachayachachiq.

Más tarde, se origina un *Nuevo Horizonte Epico* —o *Segundo Ciclo de Cantos Epicos y de Leyendas y Cuentos en Prosa*—, horizonte que es fruto literario del nacimiento del Inkario y de sus pasos iniciales. Componen este Ciclo cantos narrativos histórico-legendarios, aureolados de misterio y maravilla, que proclaman el origen solar y divino de los Inkas y del Inkario, con el fin de que sea aceptado como un dogma por el pueblo. (En efecto, la Tradición Poética Oral Oficial Cuzqueña logró, con el tiempo, hacer carne en la credulidad infantil del pueblo la "verdad" indiscutida del origen heliaco de los Inkas). Tales géneros poéticos, inspirados siempre en el mundo exterior, forman la *Epica Iniciadora de la Historia*. Sus creadores son los hamaut'as poetas o jarawiqkuna. Esta Poesía Epica parece haber durado hasta el reinado del Inka Lloq'e Yupanki, de la Dinastía de los Urin Qosqos. Prototipo: El Jarawi o Canto Grande de los Hermanos Ayar o de Paqarin-tampu.

A última hora, la Poesía Epica alcanza más esplendor y madurez. Es la Epica propia de un *Tercer Ciclo u Horizonte* que comprende cantos histórico-narrativos que tienen por tema las hazañas (reales) de los Inkas y las grandezas de algunos reinados. Estos cantos, inspirados en la historia guerrera de los Inkas, integran el

Periodo Clásico de la Epica Oficial. Tal Ciclo nace en tiempo de Mayta Qhapaq, el primer Inka belicoso, quien celebró sus victorias sobre los Allq'a-wiksas y Khulunchimas del Cuzco con fiestas, danzas y cantares, y "muchos sacrificios que ofreció a su padre, el Sol, en el templo de Coricancha" —dice Cobo—; crece con Qhapaq Yupanki, último rey de los Urin, el primer conquistador cuzqueño de importancia, soberano que, después de la conquista del Qontisuyu, solemnizó su victoria, en el Cuzco, con fiestas, ritos, cánticos y bailes; se afirma con los primeros reyes Hanaq Qosqos; frutece y esplende con el Emperador Pachakuti Inka Yupanki (héroe de la más grande gesta realizada por la Nación Cuzco —la derrota de los Chankas— y forjador del Imperio del Tawantinsuyu); prosigue, siempre vital, a lo largo de los reinados de Thupaq Yupanki y Wayna Qhapaq; y languidece y acaba en tiempo de los Inkas de la Resistencia a la Invasión Española o Inkas de Willkapampa, Manko Inka Yupanki y Thupaq Amaru I. Este Ciclo u Horizonte Epico enaltece e idealiza las guerras y conquistas imperiales del Cuzco. Es el *Ciclo de la Epopeya propiamente dicha*, la cual, al narrar grandes acciones y heroísmos, glorificaba el ideal guerrero del Inkario, o, por mejor decir, el ideal guerrero de la clase imperialista dirigente. Es el Ciclo, en fin, que más que los Ciclos anteriores, logra fundir en una realidad rítmica verbal —la Epopeya—, la realidad del hecho histórico y la ficción alada de la poesía.

Creadores de este *Tercer Ciclo u Horizonte Epico* son los jarawiqkuna y kipukamayukuna (intelectuales de origen noble, inventores literarios, conservadores y sustentadores de la Tradición Oral Oficial Poética Cuzqueña, de intención didáctica y moralizante, "crónicas vivas" y rapsodas oficiales que ejercían su menester docente en la Corte, en el Yachay-wasi o Casa del Saber, en el Poqoy-kancha o Archivo de Kipus Históricos y Museo de Pinturas del Inkario, y en cada Provincia o Curacazgo). Entre un jarawiq y un kipukamayuk no había gran diferencia. Muchas veces un hamaut'a poeta (o inventor de cantos) era, al mismo tiempo, un hamaut'a secretario de kipus (o recitador oficial de cantos), declamación que hacía, como hemos dicho, con el favor mnemotécnico de sus "kipus históricos o retóricos", como les llama el historiador Porrás Barrenechea, o "ideográficos más completos", como les nombra el erudito Carlos Radicati di Primeglio ("Introducción al Estudio de los Quipus": "Documenta", Revista de la Sociedad Peruana de Historia, Año II, No. 1, Lima, 1949-1950; y "La Seriación Como Posible Clave Para Descifrar los Quipus": "Documenta", No. 4, Lima, 1965), instrumentos que servían para aumentar el alcance de la memoria del rapsoda en el momento de dar razón de

"las hazañas y hechos tan grandes de los Incas" y "de otras cosas que hobiesen pasado de muchos años atrás" (Cieza de León). Estos "kipus históricos" eran diferentes de los kipus numerativos o estadísticos, en cuyos nudos y cuerdas los contadores o Ilaq'akamayukuna entendían los guarismos, como ya lo hizo notar Cieza antes que nadie. Los cantos o epopeyas del *Tercer Ciclo u Horizonte Épico* forman la "Historia Inkaika". Son la Historia Imperial Cuzqueña. Pero una Historia transfigurada o re-creada por la fantasía de los poetas hamaut'as. Y una Historia así se llama Epica. Prototipo: El Jarawi o Canto Grande de la Victoria del Príncipe Kusi Inka Yupanki Sobre los Chankas, vale decir, de la Victoria de la Liga Inka-Qheswa Sobre la Confederación Chanka.

Creación y destrucción

EN acabando de morir un Inka, los mejores rapsodas de la corte —jarawiukuna y kipukamayukuna— historiaban las hazañas y virtudes personales del difunto y las excelencias de su gobierno, en la forma de cantos narrativos en versos métricos —jarawis o jayllis—, creaciones orales que tenían que ser examinadas por el Consejo del Estado, el Willka-humu y el Inka sucesor. Aprobado el canto épico por estos, los kipukamayukuna lo aprendían de memoria y lo "registraban" y ordenaban en las cuentas y nudos de sus kipus. Igual cosa hacían los hamaut'as poetas al término de las grandes victorias militares de los reyes: narraban las victorias en forma de cantos épicos. Y recitaban, más tarde, los cantos, con ocasión de solemnidades magnas, como la muerte del monarca, el nacimiento o el bautismo del príncipe heredero, la coronación del nuevo Inka, los desfiles y paradas del ejército, las fiestas del "triumfo del vencimiento de los enemigos", el qhapaq-raymi, el inti-raymi, el warachikuy, etc., en lugares como el templo de Qorikancha, las plazas de Intipampa o del Sol, de Auqaypata y Kusipata, las calles, el aranwa, y otros espacios, frente a las estatuas de dioses y wak'as favorables como Illa Teqsi Wiraqocha Pachayachachiq, el Sol, P'unchay, Killa, Choq'e-illa y Wanakawri, de las momias o mallkis de los Inkas del pasado, del Inka presente, del wayqe o ídolo que era el hermano o la segunda persona del monarca, de la Qoya, de la Corte, de la Nobleza, del Sacerdocio y del pueblo (situado a prudencial distancia del espectáculo), entre un marco de músicas marciales, de vítores, de plegarias, de sacrificios a los dioses, de danzas, de representaciones de batallas, del entusiasmo popular y de exclamaciones de "gracias y loores al Sol".

La aristocracia guerrera del Cuzco supo de dos clases de Cantares Epicos: "Cantares de hechos pasados" (al decir del Licenciado Hernando de Santillán: "Relación del Origen, Descendencia, Política y Gobierno de los Incas", 1563) y Cantares de hechos presentes, los que tenían por motivo los triunfos militares. Estos —himnos o loas triunfales de batallas— se manifestaban unidos a representaciones coreográficas de la lucha que acababa de llegar a su término, en las que el protagonista —el Inka— era el vencedor. Había un rito bélico invariable: Si el Inka "sale con victoria, hace su triunfo" (Santacruz Pachacuti).

Los jarawiqkuna, además, componían cantares cortos en el mismo campo de pelea: antes de que comience la lid, en pleno hervor de la batalla, y después de la victoria. Cuando la hueste cuzqueña alcanzaba el triunfo, los poetas, haciendo el papel de corifeos, antes y después del reparto de "dádivas por premios militares", principiaban a cantar jayllis breves de victoria que eran, al instante, coreados por la masa delirante de auqa-runas o soldados. De modo igual, cantando a coros, volvía la hueste triunfadora al Cuzco, comandada por el Inka o su representante militar, donde era recibida con pétalos de flores, arcos de triunfo y jayllis sonoros que cantaban los jayllikuqs o jóvenes cantadores de jayllis. Y toda la población del Cuzco, cantando a coros, recibía al Inka triunfador, quien, en sus andas de oro, llegaba trayendo, como signos de victoria, a los capitanes enemigos vencidos amarrados como fieras y muchos despojos de dioses extranjeros y tesoros. Era, pues, natural que los Cuzcos cantaran jayllis. El himno guerrero ponía espuelas en el sentimiento patriótico del pueblo. Hablaba a la conciencia colectiva de que el supremo valor humano era el de la guerra.

El género del canto que narra grandes acciones y heroísmos memorables —Fastos Hablantes del Inkario—, por la intensidad de su cultivo y por el vigor y aliento de su fuerza expresiva, era el principal de los géneros poéticos y literarios del Cuzco. La Epica fue la gran poesía del Inkario. Otras especies literarias (Poesía Semilírica, Poesía Lírica, Prosa) nunca alcanzaron la grandeza del Canto Histórico.

Ha sido un daño irreparable para la Historia del Perú y de América que la Poesía Oral Cantada del Cuzco, tan rica y tan copiosa, haya desaparecido. Quedan apenas algunas versiones castellanas de cantares épicos y uno que otro vestigio que se entrevén en las Crónicas. El caudal de esta Tradición Oral Poética Cantada ha sufrido hasta seis heridas mortales a través del tiempo:

1a.—El deterioro de la Poesía Epica a causa del explicable olvido de muchos cantos del pasado por los rapsodas oficiales inkaikos.

2a.—El velo de silencio que puso la Dinastía de los Hanaq Qosqos, Inkas victoriosos, sobre el reinado de los Urin Qosqos, Inkas vencidos, desde el tiempo de Inka Roq'a, Dinastía de los Hanaq Qosqos que, sin embargo, dejó al descubierto, viva, la historia tradicional de Manko Qhapaq, quien era el padre común de ambos linajes.

3a.—Hamaut'as poetas y kipukamayuqs historiadores, conservadores de los Fastos Oficiales, borraron de los "kipus históricos" y de las pinturas hieráticas, la historia de aquellos Inkas, príncipes co-reinantes y varones grandes que, por lo nefasto de sus hechos, no eran dignos de recordación eterna, atendiendo órdenes expresas de soberanos reinantes.

4a.—La destrucción de la Poesía Epica por los generales de Atau Wallpa, Chalkuchimay y Kiskis, vencedores de Inka Waskhar, quienes, en el Cuzco, dando cumplimiento a las consignas de su rey, "mataron a todos los quipucamayos que pudieron haber a las manos y les quemaron los quipos, diciendo que de nuevo habían de comenzar (nuevo mundo) de Ticcicpac Inga, que así le llamaban a Ataovalpa Inga" ("Declaración de los Quipucamayos del Cuzco a Vaca de Castro"), con la idea de borrar la Tradición Imperial Cuzqueña y de que la Historia empiece con Atau Wallpa, awki ambicioso que pretendía coronarse en el templo de Qorikancha con el altisonante nombre de Teqsi Qhapaq ("Señor del Mundo" —para Sarmiento— o "Fundador de un Nuevo Imperio" —para la historiadora Elizabeth della Santa—) y dar origen a una Nueva Dinastía Imperial.

5a.—La pérdida de narraciones épicas en verso (ora cuzqueñas, ora de las Naciones Integrantes del Imperio del Tawantinsuyu) a causa de la Invasión Española y a la posterior quema de los últimos memoriales de "kipus históricos" por autoridades civiles, militares y religiosas coloniales, principalmente, por los fanáticos clérigos quechuistas "extirpadores de idolatrías" (dirigidos por el Concilio Provincial de Lima), como los Padres Francisco de Avila ("Tratado y Relación de los Errores, Falsos Dioses y Otras Supersticiones en que vivían antiguamente los Indios de la Provincia de Huarochirí, Mama y Chaclla", 1608), Pablo José de Arriaga ("Extirpación de la Idolatría en el Perú", 1621), Fernando de Avendaño ("Sermones de los Misterios de Nuestra Santa Fe Católica en Lengua Castellana y en la General del Inca", 1649), y otros.

6a.—El olvido de los cantares épicos como consecuencia de la muerte natural de los últimos hamaut'as y kipukamayuqs del Cuzco, de las ciudades de provincias y de las montañas de Willkapampa.

Otros cantos épicos populares

ADemás de los cantos épicos del Cuzco, existieron, desde antiguo, otros cantos tan ejemplares como los cuzqueños en diversas Naciones de la Sierra y de la Costa. Tal género de cantos —no oficializados por el Cuzco— tuvo dos manifestaciones:

1a.—Una poesía propia de los Reinos Incorporados al Imperio del Tawantinsuyu por los Inkas, compuesta en antiguas y diversas lenguas (llamadas wawa simi —bocas o lenguas de niños— por los hamaut'as cuzqueños) como la pukina, la kauki, la kulli, la sek, la muchik, etc., y en diferentes dialectos qheswas como el chin-chay-simi, el wanka y otros.

2a.—Otra poesía que, a pesar de estar compuesta en runa simi o en la lengua del Cuzco, no era pública ni oficial, pero era amorosamente conservada, en secreto, por los poetas de provincias y la memoria colectiva de los pueblos. Porque cada Nación o Provincia, desde tiempos inmemoriales, tenía sus propias narraciones en prosa (mitos, leyendas, cuentos) y sus propios cantares, épicos y líricos, en verso. Al efecto, el escritor antindigenista y violador de las tumbas de los Inkas, Juan Polo de Ondegardo, escribe: "Cada provincia tiene sus registros (kipus) de las victorias, guerras y castigos de su tierra" ("Informaciones Acerca de la Religión y Gobierno de los Incas", 1561-1570); y el famoso extirpador de los cultos indígenas, Pablo José de Arriaga, informa: "Los curacas tenían cuidado de saber las tradiciones y fábulas de sus antepasados y contallas y enseñalas a los demás". Tal suerte de Poesía Epica o Historia Provincial o Regional fue rechazada siempre por la celosa Tradición Oficial Cuzqueña. Ha llegado hasta nosotros, sin embargo, la nombradía de dioses y héroes mitológicos como Kon o Kun, Pachakamaq (el Creador del Universo, Illa Teqsi Wiraqocha Pachayachachiq, llamado Pachakamaq en los últimos tiempos), Vichama y Kuniraya Wiraqocha (dioses propios de los valles y serranías de Lima); Naylamp (rey fabuloso de Lambayeque); y Thonapa o Tawapaka (dios de los Qollas, hijo desobediente o sacerdote fabuloso de Illa Teqsi Wiraqocha Pachayachachiq, quien llegó a ejercer, tardíamente, el ministerio de su padre). Y han llegado, también, hasta nosotros los resplandores de bellas fábulas genesiáticas como las de Tumbes y Quitumbe (oriundas de las costas del Ecuador y Tumbes) y la de las Guacamayas (propia de los Kañaris de Tumipampa).

Existieron, de igual modo, cantos de glorificación y loa de grandes héroes nacionales, principalmente de caudillos chankas como los waris legendarios Uska Willka y Hanq'o Willka, los históricos

Thumay Warak'a y Astu Warak'a, jefes de la famosa expedición militar al Cuzco, vencidos y muertos por el príncipe cuzqueño Kusi Inka Yupanki, y el ex-rey Hanq'o Wallu, "tan mentado por su gran valor", quien, cuando actuaba como general al servicio de Pachakuti Inka Yupanki, en protesta por la sujeción cuzqueña, llevó a cabo la hazaña de huir —con su hueste, su ídolo y parte de su pueblo chanka— desde "Guaraztambo, entrada de Guailas", hasta las selvas de los Antis (Cabello Valboa). Y hubieron cantos laudatorios de héroes y grandes hechos qollas: En honor, por ejemplo, del viejo Zapana o Sapan, señor de Hatun-Qollao y conquistador de los K'anas, y del igualmente viejo señor de Chucuito, Qhari: Caudillos cuyas gestas heroicas conmemoraban largos cantos en verso ("usan de una manera de romances o cantares, con los cuales les queda memoria de sus acaecimientos, sin se les olvidar, aunque carecen de letras", indica Cieza); y, más tarde, en alabanza de los nuevos héroes históricos Zapana y Qhari, sinchis de las mismas Naciones de sus pasados homónimos y contemporáneos del Inka Wiraqocha Inka, quienes libraron entre sí la célebre batalla de Pauqarqolla, donde Qhari obtuvo la victoria y Zapana murió en la contienda; y, finalmente, en celebración del sinchi Chuchiq Qhapaq, señor de Hatun-qolla, quien fue vencido, tras heroica resistencia, por Pachakuti Inka Yupanki. Es posible que, más adelante, el pueblo qolla también haya cantado el heroísmo de los hijos del sinchi Chuchiq Qhapaq, pues, éstos, siendo todavía jóvenes, se rebelaron contra el poder central cuzqueño, aunque sin éxito.

La Epica Provinciana no sólo tuvo héroes sino, asimismo, heroínas. Fueron heroínas, por ejemplo, las belicosas mujeres "amazonas" de la Nación K'ana, las que supieron defender su tierra patria "hasta lo último de potencia" de la invasión del feroz primer señor Zapana o Sapan, de Hatun-Qollao, y dejaron de pelear sólo cuando fueron "presas y muertas" por el enemigo invasor (Cieza).

Chankas y Qollas, además, tuvieron, desde antiguo, narraciones mítico-cosmogónicas genesiáticas, mantenidas, a través de las generaciones, por la tradición oral. Los Chankas creían, según averiguó Cieza, que sus primeros padres o waris habían salido de la Laguna de Choqll-qocha, dirigidos por unos guerreros epónimos conquistadores llamados Warak'a y Waskho. Y los Qollas, al decir de sus relatos fabulosos sobre el origen de sus progenitores, juzgaban haber nacido de fuentes, peñas y lagunas.

Dentro del mundo qheswa, por otra parte, el pueblo recordaba, subrepticamente, muchas narraciones relativas a héroes caídos en desgracia del oficialismo inkaiko, cuyos nombres y sucesos no fueron "guardados" en los "kipus históricos" del Poqoy-kancha o

fueron "borrados" de los memoriales en un tiempo posterior a la época en que vivieron dichos héroes. Vetos históricos de esta laya sufrieron, según parece, el sinchi de la tribu de los Ayamarkas, Thuqay Qhapaq, antiguo señor del Cuzco y héroe de la resistencia a la dominación inkaika; el príncipe heredero Qespi Yupanki (Urin Qosqo), hijo de Qhapaq Yupanki, asesinado por conspiradores Hanaq Qosqos; el igualmente príncipe heredero Phaway Wallpa Mayta (Hanaq Qosqo), hijo de Yawar Waqaq, muerto por el ayllu de los Wayllakanes; y, sobre todo, los famosos generales conquistadores del Chinchaysuyu, Qhapaq Yupanki y Wayna Yupanki, hermanos de Pachakuti Inka Yupanki, mandados asesinar por éste en Rimaq-tampu, cuando se acercaban al Cuzco, debido a que el Inka se hallaba celoso de sus riquezas y victorias militares.

Silencio idéntico cayó, sin duda alguna, sobre la parte principal del reinado del Inka Wiraqocha Inka —silencio o pesada losa de vergüenza—, a causa de su afrentosa huida del Cuzco al peñol de Saqsa-Awana en el momento mismo que el ejército chanka se acercaba a la Ciudad Sagrada, en vez de salir a combatirlo. De modo igual, cayó silencio unánime en los reinados (o co-reinados) breves del cobarde Inka Urqo y del suave Inka Amaru Yupanki. Pero la narración más oculta y porfiada fue, seguramente, la inspirada en las hazañas del general Ullantay, señor "tampu" belicoso del ayllu Anta-sayaq, quien, con los Antis, se levantó contra el Cuzco, y su "historia real —como escribió José María Arguedas—, por lo maravillosa, fue convertida, después, en leyenda", esto es, en cantar histórico por los poetas o contadores de historias "tampus". Este cantar, nacido y sazonado en el Valle del Río Willka-mayu, como se sabe, sobrevivió al tiempo de los Inkas y a la época de los Virreyes, y sólo se ha extinguido, como relato oral popular, en las primeras décadas del siglo xx (Léase: "Ollantaytampu y Ollantay, Una Nueva Versión del Drama", de Alfredo Yépez Miranda: "Revista del Instituto y Museo Arqueológico". No. 12; Cuzco, 1948).

AMAUTA: SU PROYECCION Y SU CIRCUNSTANCIA

Por Luis Alberto SANCHEZ

PARA explicarse mejor lo que significó la aparición de *Amauta* en septiembre de 1926, es indispensable referirse a las circunstancias que rodearon su proceso y los de *Colónida* y *Mercurio Peruano*. Sin una referencia a ellos, por breve que sea, la interpretación pertinente será no sólo incompleta, sino que puede ser errónea.

Las revistas mencionadas cubren el lapso de tiempo que va de 1916 a 1930: de esos catorce años, once corresponden a la dictadura de Augusto B. Leguía; durante él se realizan las campañas por la jornada de ocho horas, la reforma universitaria, el albaño de la llamada "Patria Nueva"; la jornada del 23 de mayo de 1923; la fundación del APRA en 1924 y del partido Socialista Peruano en 1928, y otros sucesos sociopolíticos. La fundación del Partido Comunista y el Aprista Peruano son posteriores a la muerte de Mariátegui.

COLÓNIDA, encabezada por Abraham Valdelomar, se inauguró en enero de 1916. Fue una típica rebelión estético-social. Sin embargo rindió homenaje a connotados valores de generaciones anteriores, especialmente a González Prada, a Palma, a Chocano, a Javier Prado y a Eguren. Atacó a Ventura García Calderón y, en él, a la generación arielista. No obstante, no habrá nada contra Riva Agüero, de quien Valdelomar fue secretario en 1915 y a quien dedicó *La Mariscala*.

Mariátegui no formó parte integrante de *Colónida*. Fue un colaborador asiduo, mas no un redactor. Según nuestro recuerdo y el testimonio escrito de Alfredo González Prada, el contorno de Mariátegui lo constituían específicamente César Falcón y Leónidas Yaroví. El acercamiento con Valdelomar se realiza en las páginas de *La Prensa* y sobre todo a través de *Diálogos Máximos*. En 1916 Mariátegui participaría en la aventura de *El Tiempo*, de donde pasó a fletar *La Razón*, con César Falcón y Humberto Del Aguila.

Con todo, mirado desde la distancia, se esfuman ciertos detalles y queda sólo el conjunto: dentro de él es positiva la inserción de Mariátegui en el movimiento *Colónida*. Al no haber sido incluido en *Las Voces Múltiples* (1916) se ratifica el carácter "amistoso" que unió a sus autores: Abril, Bellido, Garland, A. González Prada, More, Ulloa, del Valle, Valdelomar. La no-inclusión de Mariátegui, Gibson, Spelucín, Rodríguez, etc., confirma el carácter cerrado, absolutamente amistoso de *Las Voces Múltiples*.

Los últimos años del segundo bienio de José Pardo (1915-1919) anunciaban ya transformaciones políticas y sociales. Corresponden a la liquidación de la Primera Guerra Mundial.

La revolución rusa triunfa en junio de 1917 con Kerenski y culmina en octubre con Lenin. Al año siguiente surge, en Argentina, la Reforma Universitaria y un poderoso movimiento obrero-sindical, que encuentra amplio eco en el Perú.

Los últimos meses del año 17 y los primeros del 18 se caracterizaron por la agudización de los problemas sociales en América Latina y los políticos en el Perú. Se habían fundado el diario *El Perú*, que dirigía Luis Fernán Cisneros, hasta poco antes redactor principal de *La Prensa*, donde colaboraban Valdelomar, Mariátegui, A. González Prada y Yerovi. Este último había sido asesinado en febrero del 17; poco después caía también asesinado en Palcaro, Rafael Grau, hijo del héroe de Angamos. Un grupo de militares agredió a Mariátegui, a raíz de un artículo de éste en *Nuestra época*. La campaña de *El Tiempo* contra el civilismo y contra Pardo era implacable. Salió *Don Lunes* semanario satírico-político. En esa coyuntura frente al avance del anarcosindicalismo y los primeros vagidos de un socialismo criollo, un grupo de conservadores de avanzada, casi todos afiliados al Partido Nacional Democrático ("futurismo" lo apodó Cisneros), que fundó Riva Agüero años atrás, resolvió organizar una revista destinada a examinar los problemas nacionales desde un ángulo conservador-reformista. Víctor Andrés Belaúnde, profesor de filosofía y diplomático, reunió a "la protervia", como él denominaba a sus amigos, y lanzó el *Mercurio Peruano* (1918), tercero de su nombre. El título era ya una definición. Se remontaba a 1791, es decir, al *Mercurio Peruano* de Baquijano, Rodríguez de Mendoza, Egaña, Unanue, el padre Cisneros, Ruiz.

En este mismo *Mercurio Peruano* se rendirían sendos homenajes a González Prada (1918), Palma (1919), Valdelomar (1919), Eguen (1942), Francisco García Calderón (1953): su director-fundador, ya en 1928, escribiría un libro entero, *La realidad nacional*,

para responder a los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui.

LA dictadura de Leguía al comenzar chocó con *La Razón* de Mariátegui, quien partió a Europa comisionado para hacer propaganda al Perú a cargo del Consulado del Perú en Génova, según documento que ha exhibido Guillermo Rouillón en su reciente libro sobre el director de *Amauta*, revista que concluyó cuatro meses después de la muerte de éste. Mariátegui regresó de Europa a principios de 1923. Haya de la Torre lo invitó a incorporarse al profesorado de la Universidad Popular González Prada de la que él, Haya, era rector. Mariátegui aceptó y también formó parte del cuadro de redactores de *Claridad*, revista órgano de la U. P. G. P. En las *Obras completas* de Mariátegui se ha insertado un resumen del curso que dictó sobre historia social de Europa en la U. P. G. P.

En octubre de 1923, Haya fue desterrado por Leguía: encomendó a Mariátegui la dirección de *Claridad* que fue clausurada en 1924. Este mismo año Mariátegui sufre la amputación de su pierna sana. En 1925, en asociación con su hermano Julio, inauguró la Editorial Minerva en la calle de Sagástegui. El mismo día de tal inauguración Chocano mató a Edwin Elmore Letts, poco después de haber visitado a Mariátegui, quien lo había invitado a la ceremonia inaugural (oct. 1925). Citamos el hecho por dos razones:

- 1o. porque demuestra el espíritu comprensivo y respetuoso de las jerarquías intelectuales que hasta allí animaban a Mariátegui;
- 2o. porque la presencia de Chocano en ese momento era un reto: estaba en plena polémica contra José Vasconcelos y los liberales peruanos, defendiendo el principio maquiavélico y leninista de las "dictaduras organizadoras". Era el defensor de un sistema grato a la extrema derecha y después a la extrema izquierda: ambivalencia plena.

CON tales antecedentes y en semejantes circunstancias se comprenden sin dificultad la posición de Mariátegui y de la entonces anunciada *Amauta*.

Mariátegui había publicado *La escena contemporánea* (1926), su primer libro, con sus artículos en *Variedades*. La Editorial Minerva lanzaría títulos de Panait Istrati, Mariano Ibérico, José María Eguren, Ernesto Reyna, Waldo Frank y, claro está, Mariátegui. El segundo libro de éste, con parte de sus colaboraciones en *Mun-*

dial, de donde ya era redactor, constituiría el memorable volumen de los *Siete ensayos*...

AMAUTA publicó 32 números, entre septiembre de 1926 y septiembre de 1930. Los tres últimos números (30, 31 y 32) aparecerían con posterioridad al fallecimiento de su fundador quien dirigió la revista sólo hasta el número 29 inclusive. *Amauta* sufrió una interrupción: entre junio y diciembre de 1927. El suspenso tuvo como pretexto el alegado complot comunista que denunció el gobierno británico, a base de los documentos descubiertos en Arco's House, lugar de residencia del Consulado ruso en Londres. La policía limeña allanó un local del Rímac y también el de la Confederación de Trabajadores de la calle de El Tigre y apresó a estudiantes, intelectuales y obreros acusándolos de "complotadores comunistas". Desterró a un número de ellos y libertó a otros. Mariátegui fue detenido en el Hospital Militar y su revista clausurada: en enero de 1928 reanudaba su publicación.

Es interesante anotar que la ofensiva de Leguía en esa oportunidad coincidió con las medidas coercitivas que los representantes del Perú en América Central realizaron contra Haya de la Torre, entonces en azarosa jira de conferencias por esa región (junio-diciembre 1927), la cual concluiría con la decisión del gobernador norteamericano de la Zona del Canal de impedir su desembarco en Panamá, deportándolo a Bremen, Alemania. La sincronía de ambos procesos es saltante: conviene tenerlo presente.

Amauta desde su prospecto se define como una revista plural. No creemos fácil establecer lazos ideológicos en lo político y social entre Mariátegui, Eguren, César Vallejo, Bustamante y Ballivián, Luis Valcárcel, Uriel García, M. Ibérico Rodríguez, Dora Mayer, Alejandro Peralta, José Díez Canseco, Ernesto Reyna, Jorge Basadre, C. Oquendo de Amat, Armando Bazán, Nazario Chávez Aliaga, Luciano Castillo, César A. Rodríguez, y, por otra parte, Haya de la Torre, Magda Portal, Serafín del Mar, Carlos Manuel Cox, Manuel Seoane, Julián Petrovic, Luis E. Heysen, Alcides Spelucín, Antenor Orrego, Nicanor de la Fuente. Todos colaboraban con notoria asiduidad en *Amauta*. Como también artistas plásticos de la talla de Sabogal, Carmen Saco y Camilo Blas.

ENTRÉ los votos en contra que, expresa o implícitamente, emitió *Amauta* podemos contar uno contra la Universidad civilista y contra el Rector Manzanilla, contra el imperialismo yanqui, contra la dictadura donde fuese, contra el centralismo limeño, contra la ar-

golla civilista. Expresiones favorables: a la revolución rusa, al Kuo Ming Tang, tibiamente a la Reforma Universitaria, fervorosamente por el indigenismo tanto social como estético y, por el momento, más por el estético que por el social. De paso: la polémica acerca del indigenismo literario que se suscitó entre Mariátegui y nosotros, que éramos colaboradores de *Amauta*, no tuvo a ésta como teatro, sino a la revista *Mundial*.

A *Mundial*, a la que con la aceptación de Andrés Avelino Aramburu, nos cupo el honor y el placer de llevar a José Carlos, así como fueron Ricardo Vegas García y Fausto Posada quienes lo introdujeron en *Variedades*.

Citamos el caso no como una obligación con Mariátegui; sino como un motivo de orgullo para nosotros: no renunciamos a tal honor.

La variedad de temas y tonos de las colaboraciones en *Amauta* escapan al estrecho criterio de los bonzosseudorrevolucionarios de hoy. Mariátegui demuestra en *Amauta*, por sobre cualquier otro criterio, su fe inquebrantable en el hombre libre, en el hombre consciente (no concientizado, no fanatizado). Puso en práctica estos principios cuando, después de su ruptura con Haya y con el *APRA* (sólo en el número 17, de septiembre de 1928) se negó a publicar en *Amauta* el grotesco y barato panfleto de Julio Antonio Mella: *¿Qué es el ARPA?*, lo que sólo se hizo en los números 31 y 32 posteriores a la muerte de Mariátegui y dirigidos ya por Eudocio Ravínez y Ricardo Martínez de la Torre, muy distantes del ecumenismo de Mariátegui.

Consciente de que *Amauta* no podía penetrar en las masas, a causa del alto nivel de su colaboración, de *Amauta* emerge, como Eva de la costilla de Adán, la revista obrera *Labor* dedicada, todavía con excesiva selección, a los organismos obreros. De *Amauta* surge el movimiento para invitar a Waldo Frank, quien en esos momentos (1929) representaba una tentativa revolucionaria, una definición de lo que entonces era mucho menos confuso y abstracto que hoy: una izquierda definida y coherente. Para traer a Frank se organizó un Comité mixto, con cuotas que no se cumplieron, a lo cual se refiere una carta que nos dirigió Mariátegui en oct. 1929 y que está en exhibición en la Sala *ad hoc* de la Biblioteca Nacional de Lima (sep.-oct. 1976). Con ese motivo, Mariátegui sufrió detención de pocos días. Desde el punto de la política nacional, *Amauta* fue prudente. Interesaba durar y expresarse. Cualquier deslíz ocasionaría inútiles resquebrajamientos y el posible cese de la revista. A su turno, Leguía, político astuto, comprendió que aquella propaganda sin hombres y organismo de acción coadyuvante care-

cería de eficacia factual: la vigiló, no la suspendió sino esporádicamente.

La *Defensa del marxismo* que Mariátegui publicó contra el libro de Henry de Mann *Más allá del marxismo*, es un elemento probatorio de la profunda inquietud social de su autor, así como de su exasperada aunque no bien razonada adhesión a la Tercera Internacional ya en manos de Stalin. Mariátegui en *La escena contemporánea* atacó duramente al fascismo por antiliberal más que por otra causa: y subrayó la actuación de Trotski casi tanto como la de Lenin: apenas alude a Stalin. Era lógico: nuestra generación asistió, de lejos pero con pasión, al proceso de la Revolución Rusa y sus proyecciones; y fuimos todos o casi todos, admiradores de Lenin, Trotski, Bujarin, Zinoviev, Lunatcharsky, Alexandra Kollontay, Rosa Luxemburgo, Karl Lietnet, Bebel, Chiang Kay Shek, Roy. La burocracia no figuraba en nuestra perspectiva de la Revolución. Mariátegui no defendió la burocracia stalinista sino los propósitos de justicia social de la Revolución Rusa, dentro del contexto de su realidad política, o sea el marxismo aplicado en ese momento en Rusia antes que la filosofía misma del materialismo dialéctico, cuyo dinamismo choca con cualquier propósito de congelarlo.

De ahí que, cuando se lleva a cabo el Segundo Congreso Antimperialista de Francfort, totalmente organizado por los cuadros comunistas de Alemania, y en el que Eudocio Ravínez intempestivamente voltea las espaldas al APRA, a que pertenecía y halaga al equipo de *Amauta*, Mariátegui, limitado físicamente para comprobar ciertas maniobras, secunda las conclusiones de dicho congreso, pero sin resolverse a confesarse comunista. Es entonces cuando proyecta el Partido Socialista del Perú, cuyas formulaciones rechazó el Congreso Sindical de Montevideo de 1929.

Para entonces, Mariátegui se había agravado terriblemente de sus males. La carta que nos dirigió el 26 de marzo de 1930 (también exhibida en la Biblioteca Nacional) demuestra que aquella pugna había convocado y comprometido todas sus energías, sin que, a pesar de ello, rompiese su inquebrantable conciencia de intelectual libre, de escritor con conciencia de su papel, de "hombre de todas las horas" como Gracián definió a la "caña pensante" de que habla Pascal.

DESDE el punto de vista literario, *Amauta* circula en una hora llena de promesas y de cambios en América. Dos poderosas corrientes convergían sobre el Perú: la de México y la de Buenos Aires.

El equipo de *Vida literaria* de esta última ciudad, con Samuel Glusberg (Enrique Espinosa) a la cabeza, mantenía cordiales relaciones con Mariátegui, y, a través de aquél, Leopoldo Lugones, a quien había perdonado su invocación a la "hora de la espada". En esos días se imponían los nombres novedosos de Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges, Ricardo Güiraldes, Leopoldo Marechal. Era la hora de *Don Segundo Sombra*, *No todo es vigilia la de los ojos abiertos* *Fervor de Buenos Aires*.

De México llegaban *Ulises*, *Contemporáneos*, revistas de vanguardia, y las obras de Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia y Mariano Azuela. Era el momento de *Caballería Roja* de Bebel, y de *Cemento* de Gladfor y de *la derrota de Fadeiev*, así como la de los vagabundos de Panait Istrati, embelesado al comienzo por Rusia, y luego desengañado de ella. Existía en Mariátegui, y, por tanto, en *Amauta*, auténtica vocación por la literatura en su más honda y humana acepción, y sobre todo por lo que significase renovación temática y formal. Del danunzianismo de 1916 y el fervor por Azorín y Araquistain de 1917 a la lectura devota de los marxistas y novelistas italianos (Asturaro, Gramsci, Fiora, BotemPELLI, Ungaretti) de 1920-24, a la expresión semiproletaria de rusos y balcánicos de 1924-28 existen sin duda distancias y dificultades que Mariátegui salvaba con su insaciable curiosidad intelectual y su sentido esteticista tan poderoso como su propósito de ser un revolucionario absoluto.

Amauta, dentro de las limitaciones de su vanguardismo literario, más poderoso que su aliento social, abrió sus puertas a todos sin la vergonzante unilateralidad de los colonos y sacristanes que después han pretendido usurpar el puesto de metropolitanos y párrocos. Nosotros tuvimos un ruidoso y prolongado debate con Mariátegui (enero-marzo 1927), recogido en un tomito reciente por Manuel Aquézo y la editorial "Mosca Azul", de ello salió robustecida una amistad que es asunto de sentimiento, no comprometido por la diferencia de posición ideológica o simplemente intelectual. Aparentemente, sólo quedó una enemistad y una exclusión en *Amauta*, aparte de los representantes del antiguo civilismo: Haya y el APRA. Sin embargo, desde 1923 hasta 1928 siguieron una ruta común. La ruptura de septiembre de 1928 lo revela. Sólo se rompe lo que estaba unido, y sólo se hace *balance* de un negocio común. Aún después de ese número, y hasta septiembre de 1929 *Amauta* siguió publicando documentos apristas y negándose a reproducir el infeliz exabrupto del valeroso Mella.

Cuando Mariátegui murió y ya *Amauta* era una pavesa, un grupo de los profundadores de *Amauta* presidido por Enrique Bustamante

y Ballivián organizó un homenaje en el Teatro Municipal. Los epígonos, uno de ellos fundador efectivo del Partido Comunista Peruano, negó el concurso de la ya cautiva *Amauta* para el homenaje a su fundador. El díscolo carácter criollo quería convertir en lanzallamas la hoguera votiva que fue aquel hombrecillo débil, pálido, inmovilizado y sin embargo dinámico, cuyas intenciones se proyectan en el horizonte de la patria como rayos precursores de una llamarada que ardió nutriéndose de su propio fuego, pese a las tercas limitaciones que desde entonces han tratado de imponerle aprovechadores disfrazados de devotos, calumniantes oficiando de veraces, sectarios con humos de universalidad.

Que el cincuentenario de *Amauta* nos ayude a revisar los problemas, los hechos y las intenciones de aquel tiempo a la luz re-creada de principios, fines y circunstancias, de lo que se trata de hacer y de lo que se ha logrado al cabo. Lección de perspicacia y templanza, de inteligencia y sensibilidad: ejercicio difícil; el único capaz de justificar el agobiante privilegio de la inteligencia.

UNA FUENTE VENEZOLANA DE JOSE MARTI

Por *Cintio VITIER*

El Gran Semí

EL escrito fundamental de Martí sobre "nuestra América", así titulado, termina con una imagen preñada de significaciones y resonancias, cuya emoción específica, además de la que se deriva de ser el coronamiento de un texto de tal magnitud, está ligada a los símbolos que encierra. Explicitar todo su sentido nos llevará un tiempo insospechado, pero ya es hora de empezar a leer a Martí con sistematización hermenéutica y rastreando, en lo posible, las fuentes de que se ha nutrido para trans-figurarlas, es decir, darles nueva figura de trascendente eficacia política.

Veamos una vez más ese final, que ha venido a convertirse como en el grito de guerra de la Revolución Latinoamericana; pero veámoslo esta vez para tratar de des-velar los sentidos que en él se sintetizan:

¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, *regó el Gran Semí*, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, *la semilla de la América nueva!*"

¿Quién es este Gran Semí, heraldo de tan gigantesca esperanza? "Nuestra América" se publicó en *El Partido Liberal*, de México, el 30 de enero de 1891, y puede decirse que representa la culminación de todo el pensamiento americanista martiano. Más de seis años antes, Martí finaliza otro artículo también memorable, "Maestros ambulantes" (*La América*, Nueva York, mayo de 1884) con una exclamación que echa viva luz sobre el enigma del Gran Semí del final de "Nuestra América":

¹ O. C. T. 6, p. 23. Los subrayados, salvo indicación en contrario, son míos.

¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!²

La imagen del Gran Semí procede, sin duda, por su condición de energía sembradora de una humanidad nueva, de la figuración mítica del Padre Amalivaca. Buscando las posibles fuentes de información sobre este asunto en la obra del propio Martí, encontramos que, a propósito de la contribución de Aristides Rojas al libro que en homenaje al Centenario de Andrés Bello editó en 1881 Fausto Teodoro de Aldrey, después de unas líneas de gran admiración y simpatía por Rojas, escribe: "En este tributo a Bello, de un lado pone al sabio Viracocha, y de otro al creador Amalivaca. . ."³ En efecto, localizado dicho trabajo en el segundo tomo de los *Estudios históricos* de Rojas, constatamos la referencia en el siguiente pasaje, ilustrador de los "contrastes" y "semejanzas" entre los dos extremos de la América del Sur, "cuna y tumba del Sabio":

Allá en las regiones míticas de Viracocha, de Manco-Cápac y del hombre primitivo de América, naciendo de las brumas del Titicaca: acá el mito de los Tamanacos, *Amalivaca* y su mujer reconociendo la pampa americana, después de la bajada de las aguas diluvianas, y arrojando tras sí los frutos de la palma Moriche, de los cuales brotan los nuevos pobladores del mundo, los que fundaron la civilización venezolana. . .⁴

De este modo, engolosinados por la pista y siguiendo la flecha indicadora del propio Martí, nos dirigimos hacia el conjunto de la

² T. 8, p. 291-292. La "palma moriche" se describe así: "Palma de América intertropical, del gén. *Mauritia*, con tronco liso, recto, de unos 80 cm. de diámetro y gran elevación; fruto en baya aovada, algo mayor que un huevo de gallina. Del tronco se saca un licor azucarado potable y una fécula alimenticia, y de la corteza se hacen cuerdas." (*Salvat*, 1968).

³ T. 7, p. 217.

⁴ "Cuna y tumba". En el Centenario de Andrés Bello, 29 de Noviembre de 1881. En: *Estudios históricos*, de Aristides Rojas. Segunda Serie. Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1927, p. 95. Ciñéndose a la interpretación naturalista, a todas luces insuficiente en este caso (de las semillas en cuestión no brotan otras palmas, sino hombres nuevos), añade Rojas: "bello mito para indicar la fertilidad y la riqueza de las praderas y bosques al Este de los Andes." (*Ibid*). Esta misma tendencia a ver en las divinidades americanas meros símbolos de las fuerzas naturales hizo que Sor Juana Inés de la Cruz identificara a América con el Dios de las Semillas en su auto *El divino Narciso* (1690).

obra de Aristides Rojas, que nos reservaba numerosas sorpresas, y en cuyos *Estudios indígenas* encontramos, mejor y más ampliamente contada, la historia del Padre Amalivaca que está en el fondo de la imagen martiana del Gran Semí. Dicha historia, a su vez, la extracta Rojas del *Saggio di storia americana* (Roma, 1780-84) del abate Filippo Salvatore Gilii en la siguiente forma:

Debemos la tradición de los Tamanacos sobre la formación del mundo, después del diluvio, a un célebre misionero italiano, el padre Gilii, que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que *Amalivaca, el padre de los Tamanacos, es decir, el Creador del género humano*, llegó, en cierto día, sobre una canoa, en los momentos de la grande inundación que se llama la *edad de las aguas*,⁵ cuando las olas del Océano chocaban en el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada. Cuando les preguntó el misionero a los Tamanacos, cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los indios le contestaron al instante, que todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los españoles Cuchivero; que desde allí, *ambos comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de ésta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra.*⁶

Es evidente que esa acción demiúrgica de la pareja sobreviviente se debió, según los tamanacos, a consejo o inspiración del Padre Amalivaca, de cuya mítica memoria estaban llenas esas regiones, ya en las rocas pintadas con jeroglíficos que se atribuían también al Grande Espíritu, o en la piedra que los indios le mostraron a Humboldt en las llanuras de Maita, "la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca*." Por otra parte, originalmente, observa Rojas, "no fue Amalivaca una creación mítica sino un hombre histórico, el primer civilizador de Venezuela, cuyo nombre se ha conservado en la memoria de millares de gene-

⁵ Subrayado en el original.

⁶ "Los jeroglíficos venezolanos". En: *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, de Aristides Rojas. Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1941, p. 35-36. La primera edición de este libro, la que seguramente leyó Martí, se hizo en Caracas en 1878. El estudio citado aparece también en *Obras escogidas* de Aristides Rojas, París, Garnier Hermanos, 1907.

⁷ *Estudios indígenas*, ed. cit., p. 36.

raciones",⁸ y a este propósito cita largamente la opinión de Humboldt en *Viajes al Orinoco* sobre la significación de dicho personaje y sus semejanzas con Manco-Cápac, Bochica y muy especialmente Quetzalcóatl:

Estas nociones de un gran cataclismo, dice Humboldt, estos dos entes libertados sobre la cima de una montaña, *que llevan tra: si los frutos de la palma moriche, para salvar de nuevo el mundo*; esta divinidad nacional, *Amalivaca*,⁹ que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes a la naturaleza y obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención. Cuanto se nos refiere en el día, de los Tamanacos y tribus que hablan lenguas análogas a la tamanaca, lo tienen sin duda de otros pueblos que han habitado estas mismas regiones antes que ellos. El nombre de Amalivaca está extendido sobre un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve a encontrarse como designando al *Padre de los Hombres*¹⁰ (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones caribes, cuyo idioma no se parece al tamanaco más que el alemán y el griego, al persa y [al] sánscrito. *Amalivaca*¹¹ no es primitivamente el *Grande Espíritu*¹² y el *Viejo del Cielo*,¹³ este ser invisible, cuyo culto nace del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan necesariamente al sentimiento de la unidad, sino más bien, un personaje de los tiempos heroicos, un hombre que viniendo de lejos, ha vivido en la tierra de los tamanacos y caribes, grabando rasgos simbólicos sobre las rocas; y desapareciendo para irse más allá del océano a países que había habitado antiguamente. El antropomorfismo de la divinidad tiene dos principios diametralmente opuestos; pero esta oposición no resulta precisamente de sus diferentes grados de ilustración, sino de las disposiciones de los pueblos inclinados, unos, a lo místico, y otros, dominados por los sentidos y las impresiones exteriores. Amalivaca fue un extranjero como Manco-Cápac, Bochica y Quetzalcohuatl (sic), estos hombres extraordinarios que, en la parte alpina o civilizada de América, sobre las llanuras del Perú, Cundinamarca y Anáhuac, organizaron la sociedad civil, arreglaron el orden de los sacrificios y fundaron las congregaciones religiosas. El mexicano Quetzalcohuatl, cuyos descendientes creía reconocer Montezuma (sic) en los compañeros de Cortés, ofrece una semejanza más con

⁸ *Ob. cit.*, p. 37.

⁹ Cursiva en el original.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

Amalivaca, que es el personaje mitológico de la América bárbara, o de las llanuras de la zona tórrida. Avanzando en edad, el gran sacerdote de Tula dejó el país de Anáhuac, que había llenado de milagros para volver a un país desconocido, llamado Talpallan. Cuando el fraile Bernardino llegó a México, se le hicieron exactamente las mismas preguntas que doscientos años antes se habían hecho al misionero Gilii en los bosques del Orinoco, y se quiso saber si venía de la otra orilla,¹⁴ de los países a donde se había retirado Quetzalcohuatl.¹⁵

Este sustancioso pasaje de Humboldt, citado por Rojas, destaca por lo pronto dos informaciones de mucho interés desde el punto de vista martiano. Una es el hecho de que Amalivaca "obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones". En efecto, según el testimonio del Padre Gilii extractado por Rojas, "Amalivaca tuvo dos hijas que tuvieron un decidido gusto por los viajes; y la tradición refiere, en sentido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarles en sus deseos de viajar y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos".¹⁶ Este aspecto del mito debió impresionar profundamente a Martí, una de cuyas preocupaciones centrales, muy vigorosamente expresada en "Nuestra América", fue el desarraigo, la emigración cultural a que han sido propensos nuestros pueblos por la viciosa conformación colonialista que está en sus orígenes. Siglos antes de la conquista, ya aquella legendaria "divinidad nacional", quienquiera que fuese, señalaba a los indígenas el camino de la fidelidad a lo propio, de la autoctonía, que es para Martí el camino fundamental de América, sintetizado idealmente en una sentencia que, como tantas suyas, debe entenderse proyectada hacia el futuro: "El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico".¹⁷ Inmediatamente puntualiza, en tática polémica con Sarmiento, que "no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza",¹⁸ como en otro sitio aclara, a propósito de la voz "barbarie", "que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea".¹⁹ Todo lo cual nos explica por qué, a la hora de escoger un símbolo representativo de "nuestra América", prefiere el Gran Semí evocador de

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Ob. cit.*, p. 37-39.

¹⁶ *Ob. cit.*, p. 36.

¹⁷ "Nuestra América". T. 6, p. 17.

¹⁸ *Ibid.* T. 6, p. 17.

¹⁹ "Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos" (*La América*, Nueva York, junio de 1884). T. 8, p. 442.

Amalivaca, que es, como observa certeramente Humboldt, "el personaje mitológico de *la América bárbara*", en contraste con Manco-Cápac, Bochica y Quetzalcóatl, representativos de "la parte alpina o civilizada de América, sobre las llanuras del Perú, Cundinamarca y Anáhuac".

Ahora bien: ¿por qué suponer que Martí recibió tantos datos inspiradores a través de Aristides Rojas, y no directamente del llamado segundo descubridor de América, de quien habló siempre con veneración y cariño, y de cuya cabeza dijo que era "inefable y gloriosa"?²⁰ Antes de ir a Caracas, donde conoció a Rojas (aunque tal vez conocía ya sus escritos), Martí da muestras de estar familiarizado con la obra de Humboldt ("que supone que los Toltecas invasores vienen de los hunos", dice, por ejemplo, en sus apuntes habaneros de 1879).²¹ Y en sus Cuadernos de Apuntes, desgraciadamente sin fecha segura, aparecen varias notas que indican la lectura directa de Humboldt, cuya *Histoire de la Géographie du Nouveau Monde* cita en el cuaderno 13,²² así como en el 18 *L'Examen Critique de l'Histoire de la Géographie*, del que dice: "Reunió allí H. todo lo que se sabía entonces sobre la historia de la Atlántida".²³

No es difícil, por otra parte, hallar afinidades o contactos entre el pensamiento cosmológico de Humboldt y el filosófico de Martí. Por ejemplo, Martí subraya en un apunte el propósito fundamental de Humboldt: "Pero sabéis —dice en carta a Lalande— que mi objeto principal es la Física del mundo; la composición del globo, el análisis del aire, la fisiología de los animales y de las plantas, *las relaciones generales, finalmente, que ligan los seres organizados a la naturaleza inanimada*".²⁴ Sabemos que las relaciones entre la historia humana y la naturaleza, especialmente en América, fue sin duda uno de los temas dominantes en Martí, quien ya en sus apuntes del 79, quizás para los debates del Liceo de Guanabacoa, observa que "así copian naciones e individuos la selva confusa en su nacimiento, el arroyo tranquilo en su curso, el llano en sus edades de paz, el torrente en sus horas de inquietud, la montaña en sus horas de revolución".²⁵

La formación misma de la idea del Grande Espíritu de los indígenas, "cuyo culto —precisa Humboldt en el largo pasaje antes citado— *nace de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad*", la vislumbra

²⁰ A propósito del retrato de Humboldt por Schreyer. T. 19, p. 316.

²¹ T. 19, p. 442.

²² T. 21, p. 337.

²³ T. 21, p. 377.

²⁴ T. 21, p. 329.

²⁵ T. 19, p. 442.

Martí en dichos apuntes como resultado del "espíritu analógico, de maravillosos efectos",²⁶ que en el hombre culto ayuda a entender tanto el monismo de Platón como las Mónadas de Leibnitz ("uno soñó demasiado, y otro materializó demasiado")²⁷ y conduce a una de sus fórmulas constantes, ley fundamental, a su juicio, del espíritu humano: "Todo, ascendiendo, se generaliza. Todo, descendiendo, se hace múltiple. Reducir, concretar, es ascender. (...) La concreción es la divinidad"²⁸ (es decir, el Grande Espíritu como "sentimiento de la unidad" a partir de "la fuerza de la naturaleza", según la interpretación de Humboldt).

No obstante la admiración, el conocimiento indudable y los contactos señalados, la veintena de referencias a Humboldt dispersas en toda su obra resultan en su mayoría anecdóticas y ocasionales. Arístides Rojas en cambio —apasionado evocador y divulgador de Humboldt— fue amigo personal de Martí, espiritualmente asociado a la empresa de la *Revista Venezolana*, además de personalidad en extremo interesante, polifacética y muy influyente en la cultura venezolana de su tiempo. No parece aventurado suponer que los datos citados, y los que más adelante precisaremos (recopilados de Humboldt, pero también del padre Gili, de Schomburk, de Oviedo y Baños, o debidos a la propia observación de Rojas, y siempre tocados por él de una honda emoción americana) llegaran a Martí a través de los brillantes y amenos ensayos del autor de *Estudios indígenas y Humboldtianas*. Para apoyar nuestra hipótesis, acerquémonos a la obra de este caraqueño ilustre y a la opinión que de él tuvo Martí.

Aristides Rojas

CUANDO Martí, con sus impetuosos 28 años, llega a Caracas en enero de 1881, ya Arístides Rojas gozaba de un sólido prestigio científico, aromado de imaginación y poesía. Nacido en 1826, médico desde 1852, después de ensayarse en artículos de prensa y florilegios de escritores venezolanos, se dedicó a redactar estudios y Memorias sobre geología y sismología. Entre 1857 y 1864 viaja por Europa y Norteamérica. "Estando en París —escribe Pedro Díaz Seijas— muere Humboldt, a quien Rojas admiraba con devoción extraordinaria. Desde entonces hace una como promesa de conocer todos los sitios ya visitados por el maestro. Y en páginas llenas de

²⁶ T. 19, p. 441.

²⁷ T. 19, p. 442.

²⁸ T. 19, pp. 441-442.

recuerdos y de una fina evocación, quiere tener presente a todo trance la memoria del sabio germano".²⁹ Antes de la llegada de Martí a Caracas ya había publicado, además de algunos textos didácticos, los siguientes libros: *El elemento vasco en la historia de Venezuela* (1874), *Un libro en prosa. Miscelánea de literatura, ciencia e historia* (1876), *Orígenes venezolanos: la península de los caracas* (1876) y *Estudios indígenas. Contribuciones a la historia antigua de Venezuela* (1878), sin contar la serie de *Humboldtianas* publicadas en *La Opinión Nacional* y sólo recogidas en libro en 1942.³⁰

De este conjunto de libros, el que mejor retrata su personalidad es el titulado *Un libro en prosa*, cuya primera sección "Ciencia y poesía", se inicia con "La gota de agua", página que se ha considerado antológica, inspirada en las *Fantasías científicas* de Henri de Parville "uno de los poetas de la ciencia moderna", según anotó el propio Rojas.³¹ Hermanando ciencia y poesía, observa Díaz Seijas, "fue el creador de un nuevo género en la literatura nacional, al escribir hermosas páginas que en el fondo tenían una fuerte base científica".³² De estas páginas, preferimos las deslumbrantemente tituladas "El rayo azul en la naturaleza y en la historia", de las que cita Martí en un apunte: "La mariposa azul es la vestal del aire", y añade: "Busca las flores azules",³³ acarreado siempre datos para uno de sus temas filosóficos centrales (que lo fue también de Rojas): el tema de la analogía.

Un óleo de Arturo Michelena nos muestra a Rojas, lupa en mano, con su noble porte de sabio artista, en el delicioso estudio lleno de plantas, cerámicas, bronce y cuadros que Martí debió conocer íntimamente durante su estancia en Caracas.³⁴ Otro de A. Herrera Toro nos lo evoca como un encantador bohemio de las ciencias, descan-

²⁹ Pedro Díaz Seijas: *Historia y antología de la literatura venezolana*. 2da. ed. Caracas, Jaime Villegas Editor, 1955, p. 298.

³⁰ En el segundo número de la *Revista Venezolana* (15 de julio de 1881), Guillermo Tell Villegas (en cuyo colegio Martí dio clases de oratoria) publica una "Carta a Eduardo Blanco" en la que lo felicita por su *Venezuela heroica* (libro comentado por Martí en el primer número) y pasa revista a los principales intelectuales venezolanos de la época. Al referirse a Aristides Rojas, habla de sus "veinte y cuatro humboldtianas, dignas del nombre que llevan". Según se desprende del artículo "Las Humboldtianas", de Angel M. Alamo (Caracas, 12 de octubre de 1880), dichos trabajos se estaban publicando todavía ese año en *La Opinión Nacional*. El artículo de Alamo figura como prólogo a la compilación de *Humboldtianas* realizada por Eduardo Röhl (Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1942, 2 t.), en la que sólo aparecen 20.

³¹ *Obras escogidas*, ed. cit., p. 13.

³² Pedro Díaz Seijas, *ob. cit.*, p. 299.

³³ T. 21, p. 212.

³⁴ Está reproducido en el segundo tomo de *Estudios históricos*, ed. cit.

sando feliz entre sus orquídeas tropicales,³⁵ "trofeo de sus aventuras de naturalista" —apunta Mariano Picón-Salas, quien lo describe así: "Espíritu de curiosidad universal, esmerado coleccionista de todas las cosas que pueden coleccionarse, la inquietud de Don Aristides en lugar de dirigirse como la de la mayor parte de sus contemporáneos hacia la Filosofía, el Derecho o las letras clásicas, tiende a las Ciencias Naturales, la Geología y la Historia".³⁶ De este último aspecto, proclive en él a los sucesos más o menos legendarios, constituye un ejemplo "El estandarte de Pizarro", minucioso estudio lleno de erudición histórica y emoción americana, de aquel "gonfalon de Pizarro" que —al decir concentrado y elocuentísimo de Martí en su discurso de 1893— Bolívar (aunque en realidad por la mano de Sucre) "desclavó del Cuzco".³⁷

Quizás esta frase sea el último eco de las lecturas que hiciera Martí de Aristides Rojas. Volviendo a los meses en que ambos se conocieron, veamos los testimonios del cubano. Se halla el primero en los "Propósitos" del número inicial de la *Revista Venezolana*, cuando, refiriéndose a los que han prometido acompañarlo en su empresa, pone en primer lugar a Aristides Rojas, a quien dice que ve venir "con la América a cuestas".³⁸ Se trata, evidentemente, más que del autor de *Un libro en prosa*, del investigador de *La península de los caracas*, *Estudios indígenas*, *Humboldtianas* y, especialmente, *Ensayo de un Diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela* (1881), que ya en ese mismo número comenta y anuncia Martí como suplemento del segundo, en nota que reproducimos íntegra para que se vea el juicio que le mereció su colaborador y amigo:

Aristides Rojas agota cuanto toca. Sale ahora al encuentro del etimólogo de España Roque Barcia, en quien las malaventuras políticas y quehaceres republicanos no merman la profunda ciencia de cosas arianas, ni la ingénita dote para hallar la causa lejana de voces y sucesos: —y vence con suave modo y fuerte razón a Roque Barcia. Tala y devasta por la mies enemiga: demuestra, con riqueza de datos fastuosa, que no son las palabras de Indias tan deslustradas como Barcia en su *Diccionario Etimológico* las presenta. Elige, como campeón leal y seguro de su fuerza, la arena enemiga para librar combate. Y vuelve de ella alzada la visera, sin herida el corcel, enastada la lanza.

³⁵ Reproducido en *Obras escogidas*, ed. cit.

³⁶ Mariano Picón-Salas: *Literatura venezolana*. 2da. ed. Caracas, Las Novedades, 1945, p. 127.

³⁷ T. 8, p. 241. "El estandarte de Pizarro" se reeditó como folleto aparte en 1892.

³⁸ T. 7, p. 199.

Y ¡qué ciencia le ha sido necesaria para la liza! ¡Qué saber de cosas geográficas, y físicas, y literarias, y vulgares! ¡Qué andarse, como por casa propia, entre el pic-huun, el libro de los mayas, y el quippu, el libro quechua! ¡Qué tomar la palabra en su huevo, y jugarle con ella y desfibrarla, y reincorporarla, y mostrarla al que la lee absorto en toda su hermosura y poderío! El sabe de lo suyo y de lo ajeno: explica y desmenuza el vocablo de los chaimas como el de los aztecas, y el de los tupíes como el de los muiscas, y el de los guaraníes como el de los cumanagotos. Si de cosas de México habla, manéjelas como pudieran don Francisco Pimentel, que mereció lauros de Francia, y Orozco y Berra, a quien toda loa es debida por su extremada ciencia mexicana. Y si de cosas de Cuba escribe Rojas, en nada le aventaja don Esteban Pichardo, el etnólogo insigne que midió a palmos la tierra siboney, y supo profundamente de bajareques y bohíos. Y de palabras y costumbres quechuas, tanto sabe como un quipucamáye. Van en Rojas unidas, con muy rara presteza, la idea y su ejecución: ni en idear se le saca delantera, ni en ejecutar se le gana hora. No bien llega a sus manos la abultada obra de Barcia, busca con anhelo cuanto en ella hace relación a esta tierra de América, por cuya gloria, gracia ingenua y valer desconocido vive, y cuyo genio posee; duélele hallar la verdad desfigurada, y las lenguas de los buenos indios empequeñecidas; —y ganoso a un tiempo de abrir, con mano segura, vía que en silencio venía hollando, —y de pagar tributo digno de él, a quien en tan sabrosa lengua ha honrado al gran poeta de México, —compara los vocablos que Barcia trae errados con ellos mismos, tales como los rescataba de publicación temprana en su *Ensayo de un Diccionario de vocablos indígenas*, extraordinaria obra, a juzgar por la enseña —y la pone reverentemente en manos del generoso y discreto Guerra y Orbe,³⁹ que ha de darse de fijo con deleite a la lectura del gustosísimo regalo. Y he aquí, cómo Rojas, calladamente y sin ayuda, toma a pecho y alza triunfante en hombros, la tarea para la cual ha buscado, con tan desafortunado empeño, la Academia de la Lengua colaboradores. A honor marcado tiene la *Revista* la publicación de esta muy rica muestra filológica, que, para que sea adición a su segundo número del 15 venidero, pasa de las manos de su laureado autor, a quien el caballero don Fausto Teodoro de Aldrey regala la obra impresa, a las nuestras, que estrechan las del discreto filólogo en alabanza del mérito y en reconocimiento del presente.⁴⁰

³⁹ En la introducción, Rojas dedica su *Ensayo filológico-histórico* "al eminente literato don Aureliano Fernández Guerra y Orbe". *Obras escogidas*, ed. cit., p. 739.

⁴⁰ T. 7, pp. 200-201. De gran interés resulta en efecto dicho *Ensayo de Diccionario* de Rojas, recogido en sus *Obras escogidas*, ed. cit., con la

Al dorso de la portada del segundo y último número de la *Revista Venezolana*, estampó Martí la siguiente "Nota", complementaria de la anterior:

Engalanada aparece hoy la *Revista Venezolana*. La han favorecido con un valiosísimo regalo los señores Arístides Rojas y Fausto Teodoro de Aldrey: es de tal valía la obra que ofrecemos hoy, reproducción muy aumentada y pulida del trabajo que vio la luz ha poco en *La Opinión Nacional*, que ella sola, entre gentes pensadoras y benévolas, bastaría para acreditar la empresa a que se uniese.

Apenas empiezan los pueblos de América a dar paz a sus angustias, y a descansar de su indispensable trabajo revolucionario, más ocasionado a la explosión vehemente de los afectos personales, que a los trabajos detenidos de investigación y examen, —se dan sin demora, con generosa prisa y singular acierto, a la creación de grandes obras: ésta es una.—No sabe qué hacer la *Revista Venezolana* para agradecer el honor que recibe de una manera digna de él. El trabajo es trascendental; y abre vías nuevas: la edición es elegante y esmerada, y publica el mérito de las prensas que la han dado a luz. Con haber merecido este obsequio se siente compensado de las amarguras que una empresa de este género y alcance había de producir, el obligado y reconocido Director de la *Revista Venezolana*.⁴¹

Ya de regreso en Nueva York, comentando el libro editado por Fausto Teodoro de Aldrey en homenaje al Centenario de Andrés Bello (artículo fechado el 23 de diciembre de 1881), dice Martí que halla en él "nombres famosos" y "ancianos fuertes", citando en seguida a Arístides Rojas, "en quien el hábito de mirar los insectillos que manchan las rosas de su patio, o devoran las hojas de sus ricos libros" [mínima, instantánea semblanza del peculiar don Arístides] "no han hurtado a los ojos la fuerza de ver águilas".⁴²

siguiente nota: "Mucho, muchísimo tenía adelantado este trabajo cuando le sorprendió la muerte y como su postrer disposición fue que se quemasen todos sus escritos por el temor de que no se entendiese la escritura, publicamos las tres primeras letras del diccionario", que son las mismas de la primera edición (Rojas murió en 1894). Especialmente interesante es el estudio de las voces *caribe* y *canibal*, en que se opone a la connotación de antropófagos que quiso darles Torquemada, considerando que significaban sólo "el valor, la fuerza y la superioridad del espíritu en una de las principales razas del nuevo mundo. Esta es, por otra parte, la opinión de Humboldt." *Obras escogidas*, ed. cit., pp. 776-779. Este tema ha sido desarrollado en nuestros días por Roberto Fernández Retamar en su ensayo "Calibán" (*Casa de las Américas*, no. 68, 1971, pp. 124-151).

⁴¹ T. 7, p. 207.

⁴² T. 7, p. 215.

Más adelante, al glosar el tributo de Rojas a Bello, redondeando por el lado del estilo el elogio comenzado en la *Revista Venezolana*, escribe:

Tras el homenaje de don Antonio Leocadio Guzmán pone el suyo que parece haz de micse doradas, Aristides Rojas. Corren los ojos contentos por sobre esas páginas dramáticas y abundosas. Diferenciase Rojas de los poetas en que la poesía se le escapa del ritmo. Lo que vuela, lo que palpita, lo que ilumina, está en su estilo. Encadena, porque enseña. No se nota en Aristides Rojas la labor del esfuerzo, el encarnizamiento de la idea que lucha por darse molde propio; desbórdase su lenguaje, y rueda fácil, ameno, coloreado. Ve de una vez muchas cosas y de una vez las dice. Si copia el mar azul, su estilo, como playa normanda, resplandece; si evoca caballeros vencidos, que van por sendas lóbregas sobre rocín cansado, el yelmo roto, la mano flaca, el rostro enjuto, la evocación parece cuadro, y no página. Ve lo que hace ver. Despierta, echa a andar, empuja, enaltece, despeña a sus personajes; toma a éste, deja a aquél; los aparea. Presenta los sucesos como en ramas. Tiene los caracteres de la naturaleza que pinta. Luego de haberlo leído, queda la impresión de un paseo brillante. En este tributo a Bello, de un lado pone al sabio Viracocha, y de otro al creador Amalivaca; allá acumula las hazañas de San Martín, acá las de Bolívar; realiza a Caracas, que meció la cuna y engalanó la fantasía del poeta, y a Chile, que le dio premio y sepulcro. Con inquietud febril y animado desorden, pone en junto, al nacer el ilustre caraqueño, el mundo que se derrumba y el mundo que alborea; ve bullir a los caballeros hazañosos de la independencia; los canta y los consagra; estudia a Bello en el destierro triste, engendrador de fuerzas; acompáñale amante cuando dueño de ciencias y maestro de letras, va, camino de la gloria, a la apartada Chile. Se va como por sobre alas, leyendo ese valioso tributo.⁴³

En una crónica del mismo año sobre las "lecturas" que se realizaban en Nueva York (*La Opinión Nacional*, 10. de octubre de 1881) exclama: "Bien que las pudieran hacer en Caracas. . . Un día leería Jugo sobre Maracaibo —y otro Rojas sobre razas indias, y otro Escobar sobre poetas de plantilla de caña y lira de oro".⁴⁴ Se le siente ya rondado por la nostalgia de su círculo de amigos caraqueños. Un año después, en carta a Diego Jugo Ramírez de 23 de mayo del 82, se despide así: "Le digo aquí adiós, para poder saludar,

⁴³ T. 7, pp. 216-217.

⁴⁴ T. 9, p. 47.

antes de que salga el correo, a Aristides Rojas";⁴⁵ y al mes siguiente, el 28 de junio, doliéndose de haber perdido la "amada tribuna" de *La Opinión Nacional*, termina: "No está lejos Caracas, ni yo he de desamarla nunca. Con cinco justos se hubiera salvado una ciudad sagrada: —y en esa ciudad sagrada hay más de cinco justos. Usted es uno— y lo lleva en memoria y corazón su amigo agradecido"; y añade: "Abraze a Aristides". "¿Cómo no iba a abrazar, y a escribirle cartas que se han extraviado, a uno de los "justos" más sabios de Caracas, que tan generosamente lo ayudó a prestigiar su *Revista Venezolana*, que le facilitó la suma con que pudo abandonar intempestivamente, salvando el honor, la "ciudad sagrada";⁴⁶ y de quien obtuvo tantos datos preciosos para su concepción de América?

Cuando apuntamos esto último no nos referimos, por ejemplo, a la anotación de Martí sobre el caso de "la rica efigie de la Soledad que posee San Francisco", llegada a las costas de Naiguatá por modo supuestamente milagroso y que Rojas explica científicamente como efecto de la corriente equinoccial y los vientos alisios, que favorecieron la dirección de los barcos españoles hacia las Antillas y Venezuela, camino oceánico por donde, a su juicio, "pasaron las generaciones de los tpos. primitivos de América". A Martí le interesaban estos datos para un estudio en proyecto sobre *Los milagros en América*,⁴⁷ título que nos recuerda otra vertiente de la obra de Rojas que pertenece al llamado "tradicionalismo", de la que son ejemplos sus *Leyendas históricas de Venezuela* (1890-1891), a propósito de las cuales observa Picón-Salas: "No pretende emular el estilo ni el ingenio volteriano de Ricardo Palma que en el Perú había creado el género. Acaso más fiel, menos invencionero y más simple, don Aristides logra una preciosa reconstrucción de nuestra Colonia —de la Caracas de los siglos XVII y XVIII— y traza la biografía de los principales personajes que pueblan los dramáticos episodios de la Independencia".⁴⁸

Tampoco nos referimos ahora a los trabajos de sismología publicados, según Díaz Seijas, en *La Opinión Nacional* y en *Vargasias*,

⁴⁵ T. 7, p. 271.

⁴⁶ T. 7, p. 273.

⁴⁷ "Se quiso obligar a Martí, por la amenaza y por el halago, a que se rindiera a la política del engreído mandatario, y la respuesta del cubano altivo fue pedir una pequeña suma, en préstamo, al sabio Aristides Rojas, con la que cubrió su pasaje, y al día siguiente embarcaba para New York." Sotero Figueroa: "Inmortal! 19 de Mayo del año 1895", en el vol. VIII de las *Obras* de Martí editadas por Gonzalo de Quesada y Aróstegui, La Habana, Rambla y Bouza, 1909, p. 61.

⁴⁸ Todo el apunte aludido aparece en el Cuaderno 7 (1881). T. 21, p. 195.

⁴⁹ *Literatura venezolana*, ed. cit., p. 128.

aunque quizás a ellos alude Martí en el Cuaderno 13, lleno de asuntos americanos y especialmente venezolanos, cuando, entre dos referencias específicas a *La Vargasia* (sic), escribe, sin decir de quién:

Familiarizado con los movimientos interiores y cóleras majestuosas de la tierra; crecido en el comercio íntimo con los grandes ejes volcánicos, que, como sierpes huecas, penetran por el Continente; —hay en su prosa algo de esa grandeza y majestad de la naturaleza que ama y penetra, —de los mares que ha visto secar —de las montañas que ha visto levantarse —del fuego que ha visto hervir. Para él, la tierra se conmueve como si la llevase sobre los hombros algún inmenso Atlante; —y como hombre encadenado que pugnara por echar abajo con sus palmas recias los muros que lo cierran — así ve al fuego preso empujar hacia arriba las sabanas, rebosar ríos, y regarse por valles y por mares.⁵⁰

Inmediatamente acota: "Foco volcánico", y después se pregunta, a propósito de "recuerdos cubanos hallados en la *Vargasia*": "¿Diría algo de indios cubanos Arístides Rojas el 30 de marzo, cuando habló sobre un collar, ídolos de piedra y cobre, y varias hachas, de indios de Venezuela y las Antillas?"⁵¹ En cuanto al párrafo citado, cabe recordar que una de las Memorias de Rojas sobre sismología mereció recogerse en los Anales de la Academia de Ciencias del Instituto de Francia⁵² y que años después —siempre en tránsito de la Geografía a la Historia— "agotó", como diría Martí, en una de sus *Humboldtianas*, todo lo concerniente al terremoto del 26 de marzo de 1812 en Caracas. Dado el enorme sitio que el tema del volcán y el sismo tiene en la simbología y concepción americanas de Martí, no es aventurado afirmar que este aspecto de la obra de Rojas debió nutrirlo con multitud de datos, hechos y sugerencias. Pero los contactos que ahora más nos interesa precisar son los que se refieren a "La península de los caracas" y "La bella frase en las lenguas americanas", trabajos reunidos con otros de no menor interés en los *Estudios indígenas* de Rojas.

Guaicaipuro, Parímaconi, Tamanaco

EN uno de los fragmentos manuscritos que nos dejó Martí, se lee esta síntesis de su toma de partido indigenista y radicalmente anti-colonialista:

⁵⁰ T. 21, p. 328.

⁵¹ *Idem.*

⁵² Rojas fue incorporado a la Academia de Ciencias Físicas y Naturales de La Habana desde 1867.

Con Guaicapuro, Paramaconi, con Anacaona, con Hatucy hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron, ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron.⁵³

Las historias de Guaicapuro y de Paramaconi, junto con las de Sorocaima, Tamanaco y Guaricurian están contadas de mano maestra por Rojas,⁵⁴ quien a su vez las extrae de la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* de José Oviedo y Baños, a quien Martí nombra en el Cuaderno 7 cuando anota: "'Historia de Caracas', en 2 tomos imp. y uno manuscrito llama Vergara a la obra de Oviedo de Baños (sic). (D. José)".⁵⁵ Ya las leyera originalmente en Rojas o en Oviedo, es evidente que dichas historias impresionaron vivamente a Martí, porque en su artículo "Autores americanos aborígenes" (*La América*, Nueva York, abril de 1884), en uno de sus arranques más profundos y elocuentes, exclama:

¡Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni (sic), y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas!⁵⁶

Esta exclamación está precedida de una pregunta y una sentencia no menos significativas: "¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira".⁵⁷ En "La península de los caracas" —donde se cuentan las historias aludidas—, haciendo buena la certera observación de Mariano Picón-Salas: "Un poco por el camino de la Geografía —que es uno de los más seguros caminos— Don Aristides Rojas desemboca en la Historia. . .",⁵⁸ —escribe nuestro autor:

Hay historias que guardan los montes, los valles, los precipicios: hay sucesos que no se relatan porque los cuentan las montañas y los ríos. Sobre las lomas desiertas hay huellas que dejaron ejércitos rivales; esas huellas no son jeroglíficos mudos, sino signos topográficos. La

⁵³ T. 22, p. 27.

⁵⁴ "La península de los Caracas". En: *Estudios indígenas*, ed. cit., p. 46-53.

⁵⁵ T. 21, p. 199.

⁵⁶ T. 8, p. 336.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ *Literatura venezolana*, ed. cit., p. 127.

roca desplomada de la altura, estallando en su caída, es el eco de las pasadas carnicerías. El árbol secular es la cronología que se trasmite al calor del sol y al benéfico rocío de la noche. Naiguatá no es pico, es atalaya; Terepaima no es cuesta escabrosa, sino escala de cadáveres; Guaire no es río, es onda que maldice; Caruao no es pueblo, sino la primera página de una historia inmortal: allí se consumó el sacrificio de las primeras víctimas de la codicia castellana en la península de los caracas. El Tuy no lleva sus aguas sobre el césped de Flora, sino sobre los osarios de las pasadas generaciones: sus vegas están abonadas con carne humana. Por donde quiera está la memoria del hombre adunada a la roca, al árbol, a la montaña. Sobre las cimas de Los Teques resalta una figura de los tiempos heroicos: es la sombra de Guaicapuro que desaparece entre los torbellinos del incendio. Los precipicios de Carayaca cuentan la historia de dos púgiles, y sobre las lomas de los Taramainas, falanges de espectros, sin orejas, sin narices, sin brazos, van y vienen como fuegos fatuos. Referían los mariches a sus hijos que, cuando en las noches tempestuosas ladran los perros de sus pueblos, aparecía de súbito sobre la más elevada cima del valle, un hombre decapitado que tenía en una de sus manos, y pendiente de hermosa cabellera, su cabeza deforme, y que en la cuenca de sus ojos había dos carbunclos inflamados que, moviéndose en todas direcciones, lanzaban sierpes de fuego: era la sombra de Tamanaco, llevando su propia cabeza guillotizada por el perro de Garci Gonzalo de Silva.⁵⁹

¿No es la declaración de Martí —“El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira”—, síntesis y quintaesencia de la americanísima argumentación histórico-telúrica de Rojas? Su condición de fuente inmediata se hace por lo demás indubitable cuando confrontamos la historia de Tamanaco contada por Rojas y el poema que al heroico cacique de los mariches dedicó Martí. Ya aquí se comprueban, no sólo trasmisión muy puntual de datos frescos, sino también expresiones literales. Dice, en efecto, Rojas, después de relatar el apresamiento de Tamanaco en la batalla de Guaire y “el deseo brutal” de los españoles de enfrentarlo a un perro de presa, ofreciéndole el perdón “si, en la lucha con el animal, sale victorioso”:

Formado *el circo de cañas y maderas*, colocan los castellanos a Tamanaco, armado de su macana, *en el centro*, y, a una señal dada, lanzan el deforme perro que furioso acomete al cacique. Este descarga *el golpe, pero en vago*, y el animal sin dar tiempo a su contendor

⁵⁹ *Estudios indígenas*, ed. cit., pp. 43-44.

para levantar por segunda vez la macana, se abalanza sobre la víctima, la echa por tierra y la degüella en seguida con sus garras y sus colmillos.⁶⁰

Teniendo en cuenta, no sólo el contenido del relato, sino también las expresiones subrayadas en ambos textos, veamos el poema de Martí:

Tamanaco, de plumas coronado
 Está *en mitad* del rústico vallado.
 Tras *cañas* y *maderas*,
 En forma de hombres se levantan fieras
 Con cabeza y con pecho y pies de hierro.
 Las cañas rompen: salta al *circo* un perro,
 Del hombre de las plumas la macana
 Hace en el aire hueco herida vana;
 El brazo, desprendido
 Al *golpe inútil*, cuélgale tendido:
 Crujen tras de las cercas inseguras
 De sabroso placer las armaduras:
 En la sangre del indio derribado
 El hondo hocico el perro ha sepultado:
 Y aún resuena en la tierra americana
 El *golpe vago* de la infiel macana;
 Y en el cuerpo del indio aún muerde el perro.⁶¹

Además de la concentrada tensión poemática a que están sometidos aquí los elementos de la historia de Tamanaco —enriquecidos con la imagen de los hombres "de hierro", vueltos meras armaduras,

⁶⁰ *Ob. cit.*, p. 51. Comentando este episodio de 1573, Rojas escribe: "¿Cómo calificar este hecho? ¿Resucitar los horrores del Circo Romano en la plenitud del Cristianismo, a los quince siglos de haber derribado la Cruz los ídolos del Capitolio! Afortunadamente *en la Historia, la ley de las compensaciones sostiene el equilibrio*, y la verdad moral resplandece como el sol. Hacía cinco años que cerca de estos mismos lugares, Guaicaipuro había resucitado la época heroica de Grecia, y moría como Leónidas con sus espartanos en las Termópilas de los Teques, en nombre de la patria, de la familia y del honor." (*Ob. cit.*, pp. 51-52). En "La bella frase en las lenguas americanas" apunta: "Los nahuas llamaron a Dios, *Huracán*, que significa *El Corazón de la Mar, El Corazón del Cielo y de la Tierra. Huracán es la fuerza, el poder creador restableciendo el equilibrio perdido en la naturaleza material.*" (*Ob. cit.*, p. 83). Las líneas subrayadas en ambos pasajes —leyes de compensación y de equilibrio en la historia y en el cosmos— se relacionan estrechamente con ideas fundamentales de Martí.

⁶¹ T. 17, p. 237.

y puestos como en dramática acción a partir de "Las cañas rompen. . ."—, surge en los tres últimos versos, apoyada en el reiterado "aún", la intención simbólica que torna "el golpe vago" de la macana (expresión visiblemente derivada del texto de Rojas) en imagen resumidora de la frustración indígena, y el perro de presa que sigue mordiendo aún el cuerpo del indio, en símbolo de toda la opresión y crueldad colonialista, más allá del hecho anecdótico, incluso hasta nuestros días, como si fueran escenas detenidas, que se repiten infinitamente "en la tierra americana". Este ejemplo nos permite comprender lo que Martí suele hacer con sus fuentes: reducir las a lo esencial y cargarlas de un sentido simbólico o visionario que las proyecta con un nuevo dinamismo de significaciones. Es decir, sencillamente, lo que hace el poeta con los datos de la realidad: re-crearlos, transfigurarlos, descubrirles la sustancia simbólica que los convierte en palabras de un nuevo lenguaje. Resulta, por eso, muy natural que lo atrajera tanto el lenguaje mítico y poético de los indígenas, lleno de conjeturas espirituales, de resumidoras metáforas y de intuiciones pre-científicas.

Metáforas indígenas

TAL es el caso de una serie de imágenes estudiadas por Aristides Rojas en su ensayo "La bella frase en las lenguas americanas" y que se agolpan en el siguiente párrafo final del artículo de Martí "El hombre antiguo de América y sus artes primitivas" (*La América*, abril de 1884):

Aquellos eran los pueblos que llamaban a la Vía Láctea el camino de las almas; para quienes el Universo estaba lleno del Grande Espíritu, en cuyo seno se encerraba toda luz, del arco iris coronado como de un penacho, rodeado, como de colosales faisanes, de los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas. . .⁹²

Ya vimos la idea del Grande Espíritu, según lo concibieron los indígenas, en la interpretación de Humboldt y de Martí. Ahora lo encontramos "*del arco iris coronado como de un penacho*". En el citado ensayo escribe Rojas:

Los caribes de las Antillas llaman al arco iris *alamoulon* o *youlouca*, que quiere decir *penacho de Dios*: Es una idea muy original de los caribes la de representar en el arco de los siete colores de la luz

⁹² T. 8, p. 335.

el penacho de Dios, como un modelo del penacho de sus caciques, formado por una diadema de vistosas plumas. El símbolo de la mitología griega que representa a la mensajera de Juno transformada en arco iris, no tiene la espontaneidad de la metáfora caribe.⁶³

Por otra parte, Martí en "Autores americanos aborígenes" dice: "La inteligencia americana es un penacho indígena",⁶⁴ frase que no puede tener un sentido meramente pictórico, impresionista, sino que sin duda alude al penacho arco-iris en cuanto metáfora indígena de la inteligencia que preside a la naturaleza, desprendiéndose como última consecuencia de ella,⁶⁵ en todo lo cual juega un papel decisivo "el espíritu analógico". (El simbolismo analógico de los colores fue tema familiar a Rojas, desde *El lenguaje de las flores y el de las frutas con emblema de las piedras preciosas y los colores*, de 1854, en colaboración con Abigaíl Lozano y José A. Maitín, hasta "El rayo azul en la naturaleza y en la historia".)

Volviendo al pasaje citado de Martí, el Grande Espíritu aparece también allí "rodeado, como de colosales faisanes, de *los cometas orgullosos*, que paseaban por entre *el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas...*" Cada una de las expresiones subrayadas corresponde a un dato preciso suministrado por Rojas en su estudio, a saber:

- a) *Los cometas orgullosos, el espíritu de las estrellas*: "Según Schomburk, los arecuís en la Guayana Inglesa, llaman al cometa *wataimá*, y los wepinanos, *capishi*, nombres que significan, *el espíritu de las estrellas*. Hermosa frase para significar el polvo cósmico, la génesis celeste en su primera evolución giratoria! Los mácusies, en la misma región del Orinoco, llaman al cometa *copeeseima*, que quiere decir *nube orgullosa*; y también *wocinopsa*, que equivale a *un sol castigando las luces que lo siguen*." Y añade Rojas: "Esto es admirable en pueblos tan incultos y distantes del contacto de la

⁶³ *Estudios indígenas*, ed. cit., p. 85. Ante esta metáfora indígena, vienen naturalmente a la memoria los famosos versos de Heredia al Niágara, poeta y poema que Martí amó tanto: "Abrió el Señor su mano omnipotente; / Cubrió tu faz de nubes agitadas, / Dio su voz a tus aguas despeñadas, / Y ornó con su arco tu terrible frente."

⁶⁴ T. 8, p. 336.

⁶⁵ En el contexto de la cita habla Martí de la necesidad de alimentarse "de ese ferviente *espíritu de la naturaleza* en que se nace"; y añade: "Sólo cuando son directas, prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena." Lo que subraya, por lo tanto, *no es lo racial, sino lo autóctono*, lo que nace de la propia naturaleza, "crecido y avivado por el [espíritu] de los hombres *de toda raza* que de ella surgen y en ella se sepultan." T. 8, p. 336.

civilización. Mientras para las naciones civilizadas los cometas fueron, en pasadas épocas, signos de mal augurio, el indio salvaje del Orinoco no vio en ellos sino una ley de la atracción, *la nube orgullosa*, el polvo cósmico como representante del *espíritu de las estrellas*."⁶⁰

- b) El *sol dormido*: "En algunos idiomas americanos, según Humboldt, la Luna se conoce con el nombre de Sol de noche. Los indios del Canadá dicen, *Nipia Kisathwa*, que equivale a *Sol que duerme*."⁶¹
- c) *La montaña inmóvil*: "A Sirio, el más bello de los soles del firmamento, lo llamaron los quechuas, *Urkku-K'killay*, que significa *La montaña de hierro, La montaña inmóvil*. Con esto querían decir, que Sirio era, según sus estudios astronómicos, el centro del Universo."⁶²

Sustituidas las metáforas por los nombres comunes, habría que leer así el pasaje de Martí últimamente citado: los cometas paseaban por entre la Luna y Sirio el polvo cósmico. Pero es evidente que Martí prefiere, como homenaje a la raigal inteligencia e imaginación americanas, su propio lenguaje metafórico, al que inclusive colabora con esos "colosales faisanes" que no encontramos en el texto de Rojas y que, si acaso no fueron de hecho figuración indígena de los cometas, merecerían serlo. Lo impresionante, en efecto, no son las citas o las alusiones, sino la *identificación* de Martí con aquel lenguaje, con aquellos hombres, con aquellos pueblos "que llamaban a la Vía Láctea el camino de las almas", expresión que también se explica en el ensayo de Rojas, de este modo:

Pero ni la ficción griega que supone la Vía Láctea formada de la leche de Juno derramada por la boca de Júpiter; ni el *Río celeste* de los chinos y de los árabes; ni la *Vía de polvo luminoso* de los quechuas; ni la *Mansión del Sol* de los caribes, ni, finalmente, la *Enagua estrellada* de los aztecas, tienen la belleza de la frase con la cual conocen la Vía Láctea los salvajes de las praderas del Misisipí. Para éstos, la grande isla luminosa se llama *El camino de las almas*. ¿Qué puede ser más filosófico que esta frase? (...) *El camino de las almas*, esto quiere decir: el ser moral purificado por la desgracia, eman-

⁶⁰ "La bella frase en las lenguas americanas". En: *Estudios indígenas*, ed. cit., pp. 86-87. En el primer párrafo de "Nuestra América", Martí vuelve a hacerse eco de estas asociaciones indígenas indicadas por Rojas, cuando se refiere al "aldeano vanidoso" que vive "sin saber (...) de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos." T. 6, p. 16.

⁶¹ *Estudios indígenas*, ed. cit., p. 88.

⁶² *Ob. cit.*, p. 88.

cipado por la muerte, que asciende en pos de la recompensa eterna, de la luz inextinguible, del *Ser eternamente joven*, según la feliz expresión de los quechuas.⁶⁹

Otra vez el Gran Semí

EL citado párrafo final de "El hombre antiguo de América y sus artes primitivas" termina con otra exclamación que nos devuelve al tema del Gran Semí:

... los pueblos eran que no imaginaron como los hebreos a la mujer hecha de un hueso y al hombre hecho de lodo; ¡sino a ambos nacidos a un tiempo de la semilla de la palma!⁷⁰

He aquí otra vez el mito de Amalivaca, utilizado inolvidablemente por Martí en el final de "Nuestra América", donde, por cierto, como hizo antes con los "colosales faisanes", introduce el emblemático cóndor sobre cuyo lomo va sentado el Gran Semí que regó "la semilla de la América nueva". El lenguaje mítico ya en segunda potencia simbólica, es subido a tercera potencia visionaria, en el *plano de la historia*, para subrayar ahora, no sólo la continuidad de raíz telúrica en el ser mismo de América, sino también la novedad que es intrínseca a su destino.

Considerando las acepciones de la divinidad que han preferido las distintas lenguas europeas, Rojas observa que la familia grecolatina deriva sus voces correspondientes (Theos, Deus, Dios, Dio, Dieu) del sánscrito *Diu*: brillar, esplendor; la familia sajona-teutónica (God, Gott) del sánscrito *Cubd*: purificar, bondad; y la familia eslava (Bog, en ruso) del sánscrito *Claj*: repartir, distribuir.⁷¹ Muchos son los pensamientos que acuden ante tales observaciones

⁶⁹ *Ob. cit.*, p. 90. El valor simbólico de estas expresiones es inseparable del estético. Al principio de "La bella frase en las lenguas americanas", dice Rojas: "Nuestro objeto al escribir estas páginas se limita a considerar las lenguas del Nuevo Mundo bajo su punto de vista estético..." (*Ob. cit.*, p. 81). Martí en "Autores americanos aborígenes" escribe: "No se quiebran los rayos del sol persa en más ricos matices sobre la montura de plata y piedras preciosas de aquellos caballeros de sable duro y túnica de seda, que en abundantes y fáciles colores se rompe, amplia como un manto, la frase india." (T. 8, p. 335).

⁷⁰ T. 8, p. 335.

⁷¹ *Estudios indígenas*, ed. cit., p. 82. Según nota del propio Rojas, se basaba en el *Glosaire Sanscrit* de Franz Bopp, considerado el fundador de la filología comparada de las lenguas indoeuropeas (*Glossarium Sanscritum*, Berlín, 1830).

lingüísticas. Por lo que toca a las lenguas americanas, Rojas considera que la expresión más elocuente y característica, el denominador común de las concepciones indígenas del Grande Espíritu, es la de los quechuas: *V'nañ-Huaina, El Eternamente Joven*. "He aquí —comenta Rojas— la naturaleza tropical siempre armoniosa, siempre fecunda, poblada de cantos y de colores. (...) He aquí la savia que no se extingue, la naturaleza que se renueva sin cesar, la armonía inagotable..."⁷² Tal fue también la idea que se hizo Martí del genio americano, representado por el telúrico Gran Semí del final de "Nuestra América". Sólo que esa juventud y novedad que los indígenas situaban en el mito, la sitúa él en la historia como futuro de renovación o re-nacimiento *en la justicia de la naturaleza*:⁷³ justicia que tienen que conquistar con su heroísmo, su inteligencia y su trabajo "los hombres nuevos americanos".⁷⁴

⁷² *Ob. cit.*, p. 83.

⁷³ "Nuestra América". T. 6, p. 22.

⁷⁴ T. 6, p. 21.

EL MODELO MEXICANO DE REVOLUCION¹

Por François CHEVALIER

Los antecedentes. "Las revoluciones de independencia"

EN las "revoluciones de independencia" intervienen movimientos muy diferentes e incluso opuestos, que sólo coincidían en el resentimiento contra los peninsulares, componente esencial del primer nacionalismo mexicano. Como se sabe, existía la corriente "ilustrada" (relativamente), en particular entre miembros del clero y comerciantes u otros, blancos o mestizos, que reclamaban más libertad de expresión junto con la libertad económica: tal fue el movimiento del cura Hidalgo en 1810, rápidamente desbordado por elementos populares mestizos y por una anarquía espontánea que asustó sobremanera a los criollos o blancos nacidos en América. Este movimiento, que se prolonga hasta el más radical del cura Morelos, fue vencido por las tropas españolas con el apoyo criollo.

No obstante, son las élites criollas conservadoras, partidarias de una sociedad colonial de antiguo régimen —sin los españoles— las que, por un acto político, rompen en 1821 con una metrópoli considerada entonces demasiado liberal.

Las comunidades indígenas quedaron, al parecer, ajenas al primer movimiento como, por supuesto, al segundo: estaban ligadas a sus protectores naturales, el rey de España y la Iglesia.

Bajo el impacto de un accidente histórico —la invasión napoleónica de España— la independencia mexicana nace, pues, con retraso (¿o prematuramente?) de la vieja querrela elitista entre criollos y peninsulares, que se remontaba a los siglos XVI y XVII con motivo de la atribución a los segundos de los cargos burocráticos y de los mejores beneficios eclesiásticos.

Todo esto se desprende de hechos ahora bien conocidos por poco que se inserten en una historia de largo plazo. Resulta también

¹ De un libro de próxima publicación en francés sobre problemas de *l'Amérique Latine de l'indépendance à nos jours*, Paris, Presses Universitaires, col. "Nouvelle Clío", L'histoire et ses problèmes.

que la independencia política se acompaña pronto de transformaciones sociales de un alcance considerable: la disolución teórica y práctica de la sociedad de castas en beneficio de mestizos o mulatos, con secuelas mucho más difíciles de reconocer a lo largo del siglo XIX.

*Las revoluciones liberales. De la
"Reforma" al positivismo*

¿POR qué y cómo, a pesar del nuevo poder criollo ultraconservador, se va desmoronando el antiguo régimen, en realidad ya amenazado por Carlos III y los virreyes reformistas? De hecho llevada a cabo en las guerras de independencia y posteriormente en las guerras civiles, ¿la promoción irresistible de los mestizos y castas no representa un resurgimiento o una revancha de la corriente popular vencida en 1810/13? ¿No está también ligada en México a una nueva serie de movimientos, la de los revolucionarios liberales?

Estas comparaciones plantean, no obstante, serios problemas, pues los mestizos y mulatos se habían impuesto, sobre todo como militares durante las guerras de la independencia, mientras el ejército iba a convertirse después, junto con la Iglesia, en uno de los dos pilares del partido conservador. Por otro lado, habría que reconocer los orígenes de un nuevo anticlericalismo liberal que, por supuesto, no era ligado al movimiento radical y clerical del cura mestizo Morelos, por ejemplo (únicamente reconocía la religión católica). Es probable, no obstante, que, en el primer punto, el ejército, convertido en regular, se acercara más tarde a la Iglesia y a los conservadores para la defensa de sus *fueros* o privilegios de cuerpo, tradicionales en el antiguo régimen. En cuanto al segundo punto, habría que evocar especialmente el papel de la masonería que, con sus diversas sectas, tuvo en México una sorprendente expansión, que convendría conocer mejor. Sin duda, también las desamortizaciones de los bienes de la Iglesia, especialmente urbanos, están vinculadas al problema. Notemos que los extremos de un clericalismo o de un anticlericalismo de guerra están próximos en las mentalidades, pues tanto uno como otro quieren imponer una religión de estado.

No se trata aquí de describir las vicisitudes de las revoluciones liberales, aun conociéndonos a México, pues interesan casi a todo el continente. Nos limitaremos a evocar, con sus grandes etapas, unos cuantos rasgos esenciales o menos conocidos.

Después de la independencia, la primera gran ofensiva del "Partido del progreso" (como se llamaba él mismo) fue la de Gómez

Farías, que tomó el poder en 1833/34 y comenzó a aplicar todo un programa en ocho puntos principales que consistía esencialmente, con la libertad total de opinión, en la abolición de los privilegios del clero y del ejército. Intentaba al mismo tiempo laicizar la enseñanza. Fue derribado por el general Santa Anna y hubo que esperar más de veinte años para que este último fuera definitivamente separado del poder por el levantamiento de uno de los guerrilleros de la independencia, el viejo liberal indigenista Juan Alvarez, que lanza el 10. de marzo de 1854 su "plan de Ayutla" y lo consigue el 9 de agosto de 1855. Sabemos cómo una legislación y una constitución nuevas adoptan entonces el conjunto del programa liberal, incluida la desamortización de todos los bienes de las "corporaciones civiles y eclesiásticas". De ahí la guerra civil "de tres años" —diciembre de 1857 a diciembre de 1860— que radicaliza las leyes llamadas "de Reforma" y se termina con la derrota de los conservadores.

Sabemos cómo Napoleón III pone a Maximiliano en el trono con la dudosa esperanza de contener la expansión de los Estados Unidos. Pero éste se cuida de reimplantar las leyes de Reforma, e incluso las confirma en 1865 (con unas enmiendas a favor de las comunidades campesinas). Sostenido al principio, pero abandonado posteriormente por la Iglesia y los criollos, es vencido y fusilado por Juárez en 1867.

Los indios se habían sublevado, esta vez, pero contra la desamortización de sus tierras comunes por los liberales. Sin duda, los conservadores no supieron aprovechar esta baza, como tampoco después Maximiliano, cuyo indigenismo y, en correspondencia, ciertas simpatías de los indios merecerían ser mejor conocidas.

Los Estados Unidos no se habían mantenido neutrales y cabría preguntarse lo que la primera victoria liberal de 1860 debe a un apoyo sobre el cual nos mantenemos discretos. En cuanto a la evidente contribución yanqui a la victoria de 1867, no es más que la respuesta lógica a las ambiciones de Napoleón III, una vez terminada la Guerra de Secesión. Desde entonces ya no había partido conservador. Después de haber pactado con el extranjero, estaba comprometido además por la política de Maximiliano y de sus aliados franceses, que, al reconocer la desamortización de los bienes de la Iglesia, demostraba la imposibilidad de un retorno al pasado. A diferencia de España, la victoria liberal parecía total en México.

¿"Revolución burguesa", como se dice a menudo? Sí, sin duda, en el sentido de que creaba una poderosa corriente que preparaba los caminos para la modernización capitalista de finales de siglo. Se ha comparado, *mutatis mutandis*, a la revolución inglesa, con

la confiscación de los bienes de la Iglesia, la supresión de los bienes municipales y la venta de tierras nacionales en provecho de minorías y, de hecho, de la gran propiedad (a menudo orientada hacia la exportación), la multiplicación de los asalariados, la abolición de las trabas para la circulación de los bienes, el beneficio de los recursos del subsuelo para los propietarios de la tierra, etc.² Además, todas estas reformas (salvo la primera) no se hicieron efectivas sino bajo el orden instaurado por Porfirio Díaz (1876-1911), cuya eficacia tecnocrática llevaría de esta forma a su término lógico, y a veces brutal, a las revoluciones liberales del S. XIX.

Pero, en conjunto, se trataba también de una revolución *sui generis*, mexicana y mestiza, especialmente en su primera fase, antes de 1880, y más tarde —como veremos— en una de las nuevas vías revolucionarias seguidas después de 1910. Era el tipo de revolución que imponían los caudillos y caciques "federalistas", la personalización de los partidos —del partido vencedor—, las clientelas, los parientes y amigos de los jefes políticos, los apetitos e intereses desenfrenados, incluso los brotes de anarquía. ¡Qué lejos estamos de las burguesías europeas individualistas y ordenadas! A pesar de la energía imparable de Juárez, el pequeño indio demócrata de Oaxaca (con su clan familiar, él también), ¡no parecía fatal que tal revolución "liberal" —¿diríamos burguesa?— pasara bajo la férula de un Díaz, ese mestizo de Oaxaca, solidario de "la Reforma", realista y dominador?

"La Revolución" desde 1910

CUANDO se habla de "la Revolución", se entiende en México a la que puso fin al largo gobierno de Porfirio Díaz en 1910/1911 y que ha sido objeto, bajo este nombre, de numerosos trabajos que van desde la obra masiva y desencantada de Vera Estañol hasta la notable y clásica de Jesús Silva Herzog, que generalmente es autoridad en la materia. Pero más que para la independencia y para la Reforma, escalonada en el tiempo, se advierte ahora que, después de 1910, no hay una sola revolución, sino varias, divergentes o enemigas, que raramente se alían; por el contrario, chocan y se combaten, a menudo de una forma feroz y total. Desde J. Bazant (citado), o:ros, numerosos, lo subrayan, como R. D. Hansen, y Jean Meyer.³ El mismo D. Cosío Villegas había advertido cierta conti-

² Cf. el interesante estudio de J. Bazant, "Tres revoluciones mexicanas", *Historia mexicana*, t. X, oct.-dic. 1960, 2, p. 220-242.

³ Hansen, R. D., *The politics of Mexican development*, Baltimore, 1971 — Meyer, J., *La revolución mexicana*, Méx., Siglo XXI.

nidad entre el sistema "porfiriano" y la Revolución triunfante, pues ambos tendían a edificar un estado moderno y centralizado —lo cual nos lleva a reconocer en la Revolución varios movimientos opuestos.

Pero, a diferencia de París en la Revolución francesa y a pesar de la victoria en México de la "clase política", ni la capital México ni las ciudades (especialmente industriales) fueron escenario de sucesos decisivos para el destino de la Revolución Mexicana.

Uno de estos movimientos de gran alcance parece nacer precisamente de levantamientos *contra* la revolución de Reforma que Díaz había llevado a cabo o a sus extremos por vía autoritaria. Por diversos signos vemos claramente que, después de las "desamortizaciones civiles" de los municipios, la venta a gran escala de los *baldíos* (tierras nacionales sin cultivo) había provocado en zonas rurales profundos resentimientos y creado serias tensiones, cuya trascendencia e intensidad habría que medir a través de la prensa provincial y de los informes de las autoridades locales.

Limitémonos aquí a citar el testimonio de un observador francés perspicaz que escribe en 1893, diecisiete años antes del principio de la Revolución. Para él, las desamortizaciones de bienes municipales son "uno de los ejemplos más característicos del mal que pueden hacer las ideas *a priori*". Allí donde se han realizado, han provocado insurrecciones, como entre los indios Yaquis de Sonora. Existe una oposición entre pueblos y haciendas y se observan "depredaciones repetidas en los bosques y en los rebaños de los grandes propietarios", ayudando a ello la agitación de los "Aztecomanes", según nos indica.

El mismo observador señala especialmente que los grandes propietarios cometen muchas injusticias a expensas de los pequeños cultivadores que no tienen títulos sobre sus tierras. Principalmente "los pueblos indios, que se consideran propietarios de todos los terrenos baldíos que les rodean, son el punto de mira de ciertas sociedades* y sucumben generalmente bajo sus artificios. En muchos estados sus agentes han sido asesinados. En otros lugares, el apoyo más enérgico de los poderes públicos les ha permitido mantenerlos; *pero una profunda irritación contra ellos reina en la opinión*. Se manifiesta poco fuera, pues estos hechos ocurren en zonas rurales alejadas, y sólo un pequeño número de periódicos independientes hablan de ello de vez en cuando..." En su discurso de apertura del Congreso el 10. de abril de 1893, Porfirio Díaz había declarado

* El autor se refiere a las Compañías deslindadoras que despojaron de sus tierras a numerosos pequeños propietarios. N. de la R.

que, en 1892/93, 2.600,000 ha. habían sido "denunciadas" por esas compañías, que guardaban para sí la tercera parte.⁴

Así por ejemplo, no es de extrañar que el 20 de noviembre de 1910, Terrazas, el riquísimo propietario del Norte, escriba a su yerno Creel, entonces ministro de asuntos exteriores, que los levantamientos y el "bandolerismo" se multiplican en Chihuahua y que "todos son comunistas". Confirmará al año siguiente que los peones de sus haciendas están "muy contaminados" y que no ha conseguido armarles en favor de Porfirio Díaz.⁵ Para concluir con mayor certeza, habría que emprender un análisis sistemático por regiones, en particular en las zonas de tensiones o de rupturas.

A fin de cuentas, las verdaderas víctimas de esta mitad de siglo de una política liberal endurecida bajo Díaz, especialmente de expansión y modernización de la gran propiedad, eran los indios y los campesinos de comunidades, los modestos usufructuarios y muchos campesinos —75 a 80% de la población. Perdían mucho más que la Iglesia desposeída, que recuperaba su fuerza en la religión de las masas, o, naturalmente, que los grandes criollos, que pronto se volvieron a aliar al Orden, si no al Progreso.

Parece ser que, bajo Porfirio Díaz, el rápido crecimiento económico estaba ligado a exportaciones mineras y agrícolas, a sectores comerciales, industriales y urbanos, en relación con inversiones extranjeras, con exclusión de una agricultura de plantas comestibles más o menos descapitalizada, probablemente deficitaria en maíz. La presión del Estado, de las ciudades, de los blancos y mestizos se acentuaba sobre el campo en gran parte indio todavía. Siguiendo la línea de los trabajos de Labrousse, P. Vilar y E. Florescano, habría que reconocer científicamente la tendencia al alza del coste de los víveres y el estancamiento de los salarios agrícolas, bruscamente agravados en 1909 y 1910 por una sequía persistente, en especial hacia el norte semi-árido. Todo ocurre como si la acción política y el crecimiento de la economía porfiriana pudieran romper ciertos marcos tradicionales pero sin arrastrar a la masa del mundo rural, empobrecida quizá, y en todo caso siempre analfabeta y miserable.

Sin duda, llegaríamos a las conclusiones del estudio estadístico de las correlaciones realizado por Karl Deutsch y otros investigadores, que descubren amenazas de violencia o de disturbios polí-

⁴ Janet, Claudio, *La société du Mexique et l'avenir économique du pays. Revue des Deux Mondes*, 15 juillet 1893, pp. 323, 324, 328, 330, 331 (este testimonio disonante pasó desapercibido por los historiadores).

⁵ Cartas citadas por Fuentes Mares, *Y México se refugió en el desierto*, Méx. pp. 12, 239 a 241, 244.

ticos cuando, en ciertas fases, el crecimiento económico sobrepasa al desarrollo social (Br. Russet ed.).

En una obra penetrante, escrita inmediatamente después de una experiencia vivida, —*Los de abajo*— Mariano Azuela nos presenta uno de los "modelos" de levantamiento campesino en la revolución. Además, este profundo conocedor y gran amigo del mundo rural mexicano ha tenido la ambición de dejar documentos sobre su tiempo, su provincia y su país.⁶ En los confines de Zacatecas, después de la misa del domingo, un campesino, un poco bebido, ha insultado al cacique local, integrado en la pirámide del poder central. Calificado en seguida de "maderista", este Demetrio Macías, que tiene una marcada personalidad, corre el riesgo inmediato de la temida *leta* militar, de la cárcel, o aun peor: se echa pues al monte, arrastrando consigo a su compadre y a algunos amigos. Tiene que abandonar su parcela de tierra ya labrada, su mujer y las pocas vacas que tenía. La tropa en su persecución quema su casa en la montaña, saquea los alrededores. Sin haberlo buscado en absoluto, Demetrio se convierte en jefe de una banda de gentes que, por diversas razones y de una forma confusa, quieren escapar al orden establecido, no al de la religión —invocada a cada paso, ajena, además, al Estado positivista—, sino al cacique y a las autoridades políticas, del reclutamiento y del ejército que vive sobre el país, de los administradores de haciendas y al trabajo más duro.

Irreversiblemente, un movimiento revolucionario ha nacido en el medio rural, que opondrá poca resistencia, al parecer, a la propagación del desorden, negación y rechazo de cierto orden. Empujados por un estudiante desertor, estos campesinos analfabetos y fuera de la ley se unirán a las tropas de un lugarteniente de Villa, el "bandido-providencia", que tiene prestigio cerca de las gentes sencillas.

¿Para qué, desde ahora, sembrar y recoger lo que habría de ser tomado, robado, requisado? La guerra se alimenta de la guerra y, después de la derrota de Villa, ya no se sabe a dónde va. Cuando la mujer de Demetrio le pide que deje su arma y se quede por fin cerca de ella: "¿Por qué pelean ya Demetrio?" El toma una piedrecita y la arroja al fondo del cañón: "Mira esa piedra cómo ya no se para..."

Habría que verificar la importancia del "modelo" —que, por

⁶ Azuela, *Cien años de novela mexicana*, Méx., Botas, 1947. Por ej.: "El valor de una novela puede reducirse a la de un puro documento, con tal de que un soplo creador la anime" (p. 19). Según J. Silva Herzog, Azuela escribió: "lo que él vio y como lo había visto, y debe haberle sorprendido que su novela [*Los de abajo*] sea considerada como revolucionaria".

supuesto, no es único— estudiando la asombrosa propagación del desorden y de la subversión en 1911 —como se ha hecho para *la Grande Lèur* (el Gran Miedo) en la Revolución francesa— y a lo largo de los años siguientes. Sobre todo, habría que estudiar el incendio a través de los campos del vasto México, presa a veces de la anarquía. Aparte algunas zonas de calma momentánea, son en especial México y las ciudades las que sirven de refugio y permanecen como puerto de una paz relativa.

Pero había —hay— dos Méxicos rurales. El del norte, de estepas, español o mestizo, poblado de vaqueros, de hombres a caballo, de mineros, mucho más móviles que al sur, menos religiosos, individualistas si no anarquistas, en contacto también con los anglosajones. No todo está claro, ni mucho menos, sobre el arriero Orozco, uno de los jefes de la revolución septentrional, autor de un plan social y agrario avanzado, muy anti-yanqui (aunque protestante), por un momento solidario de Zapata al sur. Fue vencido y matado (1915) como aliado de un vencido de la Revolución y de los Estados Unidos, el General Huerta, sin duda por falta de sentido político en su acción.

Una rivalidad separaba a Orozco de Francisco Villa —que, a pesar de la importancia de su movimiento popular, aún no ha sido objeto de un gran trabajo histórico. Verdadera fuerza de la naturaleza, este antiguo peón convertido en una especie de bandido de honor, había podido vivir robando el ganado de las grandes haciendas. Pero, una vez metido en la Revolución, se reveló también como un organizador, que se apoderó de la fortuna de Terrazas, el riquísimo propietario de rebaños y hombre de negocios del norte. De esta forma equipó a la popular "División del Norte", solidaria de Zapata, con quien fraternizó en México en 1914. Después de brillantes victorias, fuera de su medio natural, el Norte, fue vencido por Obregón, que representaba entonces con Carranza el "Constitucionalismo", la otra gran corriente en la Revolución.

La leyenda ha conservado de Villa la imagen del jinete gran tirador con pistolas, que ha popularizado en el mundo una cierta imagen de México. Era más que eso, pues destruyó el imperio de Terrazas y probablemente socavó todo el complejo latifundista. Pero aparte de la promoción social de gentes modestas por la guerra, habría que reconocer en qué medida su movimiento ha influido sobre los acontecimientos posteriores.

Por fin, está la revolución del sur, más auténticamente rural y campesina sin duda: pegada al terruño de sus comunidades o de sus pueblos de cultivadores, anclada en la religión, aparece como el último gran levantamiento indígena. Aunque más localizado en

México que los movimientos del norte, el que personalizó Zapata nunca fue vencido sobre su terreno. No repetiremos aquí nuestro estudio de *Cuadernos Americanos* (1960), sobre el tema, confirmado y considerablemente desarrollado en la importante obra de Womack. Un ciudadano de talento, enemigo de Zapata, como todos los hombres de las ciudades, le calificaba de "apóstol de la barbarie hecha idea" (Martín Luis Guzmán); entendamos, de la recuperación de las tierras por las armas, convertida en una idea, un símbolo, el de la revolución agraria. Otro ciudadano, éste hijo de Zapatista, Octavio Paz, hablaba también de "pasado actualizado": es lo que se puede decir del ejido revolucionario, creemos que nacido localmente en el campo zapatista de una contra-ofensiva y actualización de la vieja comunidad indígena o campesina a expensas de las haciendas. En efecto, representa una unidad de tierras cultivadas puesta bajo el régimen de la propiedad municipal o colectiva, pero distribuida en pequeñas explotaciones individuales o familiares —teniendo los beneficiarios únicamente el usufructo de su lote. Si bien es verdad que este ejido fue implantado en otras partes o generalizado por otros —y habría que ver cómo lo fue hacia el norte, mucho menos comunitario— ¿acaso no es bajo el levantamiento de Zapata y como para quitarle la bandera de la revolución agraria? Volveremos sobre este punto importante.

Sin que nunca la religión haya perdido sus derechos en el movimiento zapatista, dejaba, no obstante, en primerísimo plano la tierra que, junto con el maíz que lleva, no representa únicamente factores de orden económico, sino valores a parte entera en la civilización campesina de México.

Era la religión, valor esencial de esta misma civilización, la que estaba en la base del levantamiento de los Cristeros en 1928-1930, estudiado por Jean Meyer (Ed. Siglo XXI). Típica y exclusivamente campesina, centrada en zonas de medieros y pequeños propietarios que no habían sufrido una modernización agresiva, "la Cristiada" estaba en guerra con otro aspecto de la "Reforma" liberal reactivada a la caída de Porfirio Díaz, la política anti-religiosa. Contra la versión clásica que la presenta como una sublevación aparte, ¿acaso no está en la línea de los otros levantamientos campesinos? Y, teniendo en cuenta las grandes diferencias regionales en México, ¿no sigue más bien una de las vías de la Revolución? Al menos, los adversarios sucesivos de la revolución campesina apenas difieren unos de otros, de Sebastián Lerdo de Tejada († 1889) a Venustiano Carranza († 1920) y a Plutarco Elías Calles († 1945). En el pensamiento formado por un cierto positivismo, de Limantour a Madero, ni siquiera podía imaginarse que el vasto mundo rural pu-

diera contar con valores o fuerzas de importancia? Raros fueron los inconformistas como Molina Enríquez que llegaron a sospecharlo o a sentirlo.

El partido vencedor

AUNQUE la revuelta de Madero puso en movimiento estas fuerzas olvidadas, pronto incontrolables, el Constitucionalismo, que se valió de él en nombre de la libertad, representaba una corriente típicamente "elitista", mucho más que popular. Su jefe, Carranza, era liberal al mismo tiempo que un patricio, en la línea más clásica de la "Reforma", fácilmente anticlerical pero socialmente moderado (al menos en este fin de carrera del liberalismo) y, en cualquier caso, al lado opuesto de una revolución agraria, especialmente de tipo comunitario o "ejidal", como la de los campesinos zapatistas. ¿Pero cómo puede ser que esta "revolución" finalmente ganada por Carranza —"Criollo señor" apoyado por "Criollos-Mestizos" según Molina Enríquez— haya desembocado en la destrucción del gran dominio tradicional, sino directamente en una verdadera reforma agraria?

Al principio, el movimiento constitucionalista prevaleció porque representaba un amplio sector de la clase política que, en parte, supo controlar los puertos y el petróleo frente a unos campesinos y unas masas sin jefes de talla nacional: la otra fracción, la del general Huerta (con un papel no muy claro) no resistió a los primeros ayudados por la hostilidad en su contra del nuevo presidente demócrata de los Estados Unidos, Woodrow Wilson.

Pero habría que profundizar especialmente (lo más posible por métodos cuantitativos) en qué forma el movimiento de Carranza se apartó francamente de la vía liberal bajo la presión de sus adversarios (por un momento socios) como, sin duda, de elementos populares que se unieron a su partido. Habría que conocer mejor la acción de un "constitucionalista" perspicaz, el licenciado Luis Cabrera, que comprendió las razones profundas de los levantamientos campesinos y expuso en su discurso del 3 de diciembre de 1912 que, si se quería neutralizar el de Zapata (tan cerca de la capital), había que reconstituir los *ejidos* o bienes municipales de los pueblos, adoptando así una parte de su programa —con gran escándalo de muchos ciudadanos que clamaron contra este "socialismo agrario"

¹ Total desconocimiento de un papel del mundo rural: Limantour, J. Y., *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*, Méx., Porrúa, 1965, p. 91-92, 268.

(Molina Enríquez, *Historia de la Revolución...* (t. 5, p. 119). De ahí el decreto del 6 de enero de 1915 y el artículo 27 de la Constitución de 1917 (aún en vigor) que van lejos, pues rompen con toda la tradición liberal, con la "Reforma" e incluso, en cierto sentido, con la larga revolución de los *enclosures* y del capitalismo moderno que, después de 1688, caracteriza a la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX. Establecen las bases nacionales de una reforma agraria, en particular de tipo comunitario, que las revoluciones campesinas reclamaban sobre el plan local.

Este agrarismo político y urbano, concebido no sin reticencias, tardó ciertamente a pasar a la práctica, a pesar de que el presidente Obregón —insuficientemente conocido— haya sido más sensible a ello que Carranza. La idea, no obstante, avanzaba, como iba a demostrarlo la acción retardada pero decisiva de Cárdenas.

¿Por qué, sin embargo, el partido políticamente victorioso, permeable al agrarismo, se mantuvo constantemente hostil y a veces violentamente opuesto a la religión, que era la del pueblo? ¿Por la influencia, con tintes de anarquía, de los hermanos Flores Magón y de su periódico *Regeneración* sobre el partido liberal de principios de siglo? ¿Por el apoyo de miembros del alto clero a un vencido, Huerta? ¿Fuerte, a partir de 1915, por su reconocimiento por los Estados Unidos protestantes? ¿Indirectamente por la tendencia anti-religiosa (pero agrarista) que animaba a los modestos ciudadanos de los "Batallones rojos" (aliados de Carranza), incluso al congreso anarco-sindicalista de Veracruz en marzo de 1916? Posiblemente, debido a la influencia creciente del sindicalismo cristiano y de una Iglesia renovada sobre la enorme masa de los rurales, que suscitaban vivas inquietudes entre los neo-liberales en el poder, apoyados en una clase política formada en el positivismo. Estos puntos, tocados por J. Meyer, deberían ser completamente aclarados.

Un hecho es cierto: el viejo anticlericalismo desembocó en la anti-religión de Plutarco Elías Calles (presidente de 1924 a 1928 y "Jefe Máximo" hasta 1935), paralela, por otra parte, a una pausa agraria. Sabemos cómo la respuesta fue un nuevo levantamiento puramente campesino, la católica *Cristiada*.

¿Cárdenas (1934/35-1940), la síntesis?

LA anti-religión militante procedía especialmente del Norte vaquero-minero y de las provincias fronterizas. El nuevo presidente, Lázaro Cárdenas, era un hombre del centro-sur (Michoacán), estrechamente ligado, por supuesto, a la clase política en el poder y con una marcada inclinación hacia el socialismo internacional. Pero él

procedía de un medio rural y campesino próximo a la Cristiada. Cuando en 1935 se liberó de la tutela de Calles (que se mantenía en el poder por presidentes interpuestos), tomó una actitud completamente nueva de pacificación religiosa, culminando con la elección de un sucesor, Manuel Avila Camacho, que se declaró "creyente" —hecho inaudito desde el triunfo de la Reforma en 1857-59.

Sabemos, finalmente, que Cárdenas relanzó a gran escala la reforma agraria adormecida. Distribuyó más tierras que todos sus predecesores reunidos.³ Generalizó y modernizó la institución del ejido, que comprendió también unidades colectivas (restringidas, en verdad, por sus sucesores) y, finalmente, hizo irreversible en México la subversión de las estructuras latifundistas. Estas iniciativas, a las que se añadieron otras esenciales como la nacionalización de los petróleos valieron al nombre de Cárdenas un prestigio sin igual en el país, en particular entre los rurales.

De esta forma, la o las corrientes políticas que vencieron en la revolución mexicana no representan solamente un resurgimiento de la reforma liberal, aunque existan ciertos paralelismos. Incluso después de Cárdenas, tampoco son "el ejecutor testamentario del Porfiriato", como lo escribe J. Meyer, que tiene el sentido de la paradoja, a pesar de evidentes continuidades (¿también las tiene la Revolución francesa!) y aunque J. Silva Herzog pueda calificar de "neo-porfirista" esta política post-Cardenista. En realidad, si nos colocamos en la sola perspectiva del crecimiento económico (es decir, de un desarrollo en potencia), la curva ascendente interrumpida un tiempo por la revolución parte nuevamente como si nada hubiera pasado. ¿Pero acaso es distinto en otras partes? Y, a fin de

³ Cárdenas otorgó 17.889,000 ha. a título definitivo, más 9.861,000 sujetas a confirmación, con un total de 810 000 ejidatarios. Sus predecesores: 6.666,000 ha. a título definitivo, más 8.738,000 provisionales a 778,000 hombres (según G. Moisés de la Peña).

Pero los límites de esta reforma aparecen claramente en el estudio por D. Ronfeldt del ingenio azucarero de *Atencingo*. Puebla (Stanford, 1973). El propietario, Jenkins, (mexicano de origen norteamericano) pierde unas 8,200 ha. de ricas tierras de regadío, convertidas en ejido: 2,043 lotes de 4 ha. son teóricamente distribuidos a los ex-peones (excluyendo a los campesinos zapatistas). Jenkins conservó, no obstante, el control de la fabricación del azúcar, y el director del ingenio, su asociado, eligió al director de la cooperativa ejidal. Sigue, pues, siendo el amo, excepto para el gobierno mexicano. Sin duda el caso no es general, tanto más cuanto que Jenkins, un "empresario" de altos vuelos, pertenecía al poderoso clan (revolucionario) de los Avila Camacho (particularmente Maximino). ¿Podía entonces oponerse Cárdenas a esos grandes caciques del estado de Puebla? Al menos había salvaguardado una industria vital para la región: los principios estaban a salvo, pues la tierra había sido colectivizada sin indemnización al propietario.

cuentas, este punto de vista haría de las revoluciones accidentes coyunturales sin importancia.

¿Se trata finalmente, como se admite a menudo, de una "revolución demo-burguesa", facilitando especialmente el paso del *latifundio* "feudal" a la propiedad capitalista? Sin ignorar los elementos explicativos ya citados que lleva consigo tal interpretación, ésta resulta insuficiente en el caso que nos ocupa. Si en 1910 subsistían sin duda grandes dominios de tipo arcaico (de los que se sabe bien poco para esta época), no parece que fuera contra ellos que se sublevaron los campesinos, sino más bien en el Morelos contra las *haciendas* azucareras en expansión, que sus propietarios, *Científicos* u otros, habían modernizado y renovado. Asimismo en el Norte, las ganaderías de Terrazas eran empresas capitalistas.

En cuanto al *ejido*, que conserva en México un valor político esencial y permanece un símbolo intocable, si no un mito o casi, ¿es posible integrarlo en una revolución demo-burguesa?

Finalmente, en una sociedad rural en sus tres cuartas partes, localista, campesina o india, vinculada primero a unos valores de civilización, ¿no sería difícil ver algo distinto a unas clases embrionarias, aparte de la clase política que parecía estar llamada a prevalecer, aun al precio de una reforma agraria extraña a su programa, aun incluso con el apoyo de los Estados Unidos, atentos a evitar la anarquía a sus puertas?

En su dominante, se trata, pues, de una revolución compleja, quizás menos marcada por ideas que por los impulsos de nuevas capas ascendentes de provincianos, rurales y mestizos, con sus poderosos caudillos, un Obregón o un Calles, con un personalismo político que no se desmiente y tantos otros rasgos específicos, fáciles de reconocer en sus sucesores, incluidos los grandes. Al menos Cárdenas rechazó perpetuarse en el poder a pesar de su popularidad y de la 2a. Guerra Mundial, este ejemplo mayor haciendo de la "no-reelección" una realidad política esencial, elemento de progreso en la ardua vía de una democracia en México.

ALEGRIA Y QUEJA DE PANAMA

Por Manuel MAPLES ARCE

EN aquella época el viaje aéreo a Panamá se hacía en dos etapas: la primera hasta Guatemala, a donde llegué en momentos de gran agitación política, de la que me informaron mis amigos de *El Imparcial*. Miguel Angel Asturias, David Vela, César Brañas, Francisco Méndez y otros con quienes inquirí por Rafael Arévalo Martínez. Recordamos las empresas literarias de nuestra juventud, lo que hizo grata la conversación, que se prolongó hasta bien entrada la noche, en un espíritu de satisfacción camaradería. En la madrugada desperté al oír descargas de fusilería y el tableteo de las ametralladoras, y comprendí que la revolución latente de que me informaron había estallado, lo que me obligó a permanecer más de lo previsto en Guatemala. Felizmente la situación se resolvió con rapidez; triunfó el movimiento revolucionario, y, cuando fui a saludar al embajador Romeo Ortega, me encontré salones, oficinas, todo invadido por la facción vencida, que habíase acogido al derecho de asilo.

En la escala que por una avería tuvimos forzosamente que hacer en San José de Costa Rica, me encontré con el poeta y diplomático ecuatoriano Jorge Carrera Andrade que regresaba a su país en el mismo vuelo. Al reconocernos en la oficina de migración del aeropuerto, lo que había sido motivo de contrariedad se trocó en expansión jubilosa, pues pasamos conversando parte de la velada, para continuar el viaje en la mañana siguiente. Poco tiempo después desde Caracas, donde se encontraba en misión, me envió su libro *Poesías escogidas*, que leí gustosamente y aún guardo con sincera y cordial amistad.

Para mi satisfacción, la embajada en Panamá ocupaba una hermosa residencia con frisos de azulejos, rejas de hierro forjado, amplio portal para tomar el fresco y bello jardín alrededor. Allí pude cumplir con los deberes sociales inherentes a la misión y, a la vez, recibir y agasajar a las personalidades mexicanas que viajaban hacia el sur y que, invariablemente, se detenían en Panamá, al igual que a escritores y artistas de todas las nacionalidades, que constantemente me visitaban.

La víspera de la fiesta nacional panameña presenté mis cartas credenciales al Presidente don Adolfo de la Guardia, en el Palacio de las Garzas. Cambiamos los discursos de rigor y en un ambiente de deferente cordialidad inicié mi misión diplomática. Trato muy amistoso tuve con el Presidente de la Guardia y con su sucesor, don Enrique A. Jiménez, así como con los Ministros de Relaciones que se sucedieron en el despacho, don Samuel Lewis y don Ricardo J. Alfaro. De este último guardo los mejores recuerdos, ya que fue al que más traté. Hombre de fina cultura, muy versado en cuestiones lexicográficas, ligábanlo familiares afectos a nuestro país, pues su hijo Rogelio, que había casado con una joven sonorense, formaba, con su esposa, parte habitual de nuestra tertulia.

Aun cuando recibí a algunos refugiados políticos, nunca tuve problemas y el asilo se resolvió con la garantía del Gobierno de respetar la vida y libertad de quienes se amparaban bajo nuestra bandera.

En una ocasión el asilo se manifestó en forma inaudita y me ocasionó cierta preocupación. La casi totalidad de la Cámara de Diputados vino a solicitarme protección, despertando el celo de algunos colegas que se las pillaban por figurar en estos enredos políticos y hubieran deseado verse favorecidos en el reclamo de los periódicos, como liberales, generosos y humanitarios. Sin embargo, no tardé en resolver la cuestión contestando a los solicitantes: "Señores el derecho de asilo que invocan ustedes implica, para mi país y para mí, un compromiso de comportamiento ante vuestro gobierno. Si ustedes desean acogerse al asilo no podrán, colectiva ni individualmente, ejercitar sus derechos políticos; deben renunciar a toda acción de ese tipo, quedarán incomunicados con el exterior y sólo podrán recibir visitas en mi presencia o en la de un funcionario de la Embajada, como garantía al derecho que se les otorga". Los diputados, advirtiendo que se nulificaban si aceptaban mis justas condiciones, optaron por instalarse en el hotel de la Zona del Canal.

Cuando llegué a Panamá la guerra no había aún terminado. Sin embargo el contraataque y avance soviéticos en el frente occidental, el desembarco en Normandía y la invasión de Italia aseguraban la victoria de los aliados para un plazo más o menos próximo.

Seguía yo con ansiedad y vivo interés el curso de los acontecimientos, y no sin cierta emoción por haber vivido en los escenarios donde la guerra se desarrollaba, e inclusive conocer a algunos de los personajes que desempeñaban un papel sobresaliente en ella.

Inverosímil hubiera parecido, en días recientes, suponer que un hombre como el conde Ciano, de aire tan arrogante, de cabeza erguida, de mirada dominadora y tan segura, hubiera podido desplomarse y que, por una de esas sorpresas de la tragedia, el yerno su-

cumbiera bajo la severidad e impotencia de su padre político, el dictador, en esa hora ya sin dominio real sobre la situación. Y que no pasara mucho tiempo sin que el mismo Mussolini fuera inexorablemente ejecutado en su fuga, por guerrilleros que castigaron así su egolatría y su ambición frenética. De esta manera los hombres que habían dirigido los destinos de Italia terminaron tan miserablemente, convirtiendo sus sueños imperiales en una quimera, y el fascismo en una abominación sangrienta.

Constantemente, en medio de la seguridad de que disfrutaba, no dejaba de pensar en el riesgo que había sufrido y bajo el que otros hombres y mujeres seguían continuamente amenazados y para los que no había protección posible. De manera que mi interés en el desarrollo de los sucesos mundiales era, al mismo tiempo, preocupación de índole humana y deseo de que pronto estuvieran aquellas muchedumbres fuera de la angustia de la guerra. Creía también que las instituciones democráticas quedarían restablecidas y protegidas, que el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos sería respetado y, sobre todo, que el futuro de la paz sería asegurado por la unión y la armonía de los países que habían hecho tantos sacrificios de orden moral y material.

Así, pues, cuando llegó la noticia de la derrota total del nazismo sentí una gran satisfacción y, a la vez, una emoción profunda al saber que la alegría de estar a salvo era compartida, con esperanzas, por un mundo civilizado. No quise quedarme aparte y me sumé a la alegría popular con que se celebró en la ciudad tan deseado acontecimiento. Soñé que había llegado la hora de una nueva etapa en los destinos humanos.

Por aquellos días la zona del canal de Panamá desempeñaba un papel importante como sitio en que se acumulaban reservas y se adiestraban tropas. Esto daba gran animación militar a la ciudad, que está únicamente separada de la Zona por una calle que corre al pie del cerro Ancón y de los prados en que se levantan los chalets norteamericanos. Los jóvenes reclutas pasaban constantemente y ambulaban por la calle central, animada por comercios hindúes, españoles, griegos, judíos y por restaurantes y cantinas de la población negra, traída de la isla de Jamaica desde el tiempo en que el canal se construyó. Esta animación duraba hasta las altas horas de la noche, propiciada por la frescura de la brisa.

Solía caminar a pie hasta el *Club Unión* y detenerme a saludar a algún grupo en la plaza de Santa Anna, tan vinculada a la historia cívica de la ciudad, o cambiar algunas palabras con los contertulios del parque, rodeado de viejas casonas coloniales y donde se levanta la catedral, sitio preferido de la vieja generación, que allí rememora tiempos pasados y discute tópicos históricos.

A veces entraba en un café concurrido por profesores, estudiantes y periodistas, donde siempre encontraba algún amigo con quien charlar. No faltaban en esta tertulia don Juan Aguilar, republicano español, de Andalucía, catedrático de historia en la Universidad, con cuya charla apasionada y entretenida se deslizaban rápidamente las horas; Renato Osores, editorialista de *La Estrella de Panamá*, enterado, alerta, culto y sagaz, así como Rogelio Sinán, poeta y cuentista de gran sensibilidad, con quien me unió una sincera amistad por su fervor poético y su espíritu cordial. A cualquier tertulia que me acercara, siempre encontraba una acogida afectuosa. No solamente entre los intelectuales, sino también entre los políticos hallé consideración y verdadera amistad. Con varios estuve en correspondencia. Entre ellos recuerdo al ministro Crespo, al doctor Morgan, a Carlos Sucre y al rector de la Universidad, Octavio Méndez Pereira, a quien en una solemne sesión hice entrega del retrato del maestro Justo Sierra.

Terminé así mi alocución: "En el alma luminosa de Justo Sierra está representada la parte esencial y más noble del alma mexicana. Por eso me complazco en traer su recuerdo a esta Universidad, cuya misión es reunir y armonizar el pensamiento de América. Y porque tenía, además, la inteligencia y la imaginación de los fundadores de culturas, he querido aprovechar el aniversario de la fundación de vuestra ciudad para entregaros este retrato. Jóvenes estudiantes: yo os entrego un símbolo. El Maestro Justo Sierra pertenece a la estirpe de los hombres que contribuyeron a preparar el porvenir y la grandeza intelectual de nuestro continente. Su gloria corresponde a todos los pueblos hispanoamericanos. En ningún lugar mejor que en el seno de esta Universidad adquiere su figura tan luminosa plenitud. Confío en que la memoria del Maestro será grata y benéfica en vuestra casa de estudios. ¡Que la llama de su espíritu os ilumine!"

Méndez Pereira y su señora fueron sumamente hospitalarios, y gracias a ellos conocimos la excelente tradición de la cocina del Istmo, que al primer contacto con esa tierra suponíamos desaparecida bajo la corriente manufacturera de la latería, impuesta por razones de facilidad doméstica.

Los testimonios de amistad fueron seguramente lo mejor de mi estancia en el Istmo. Sin dejar de interesarme por otro aspecto de aquella tierra, hice varias excursiones al campo, visité la vieja ciudad de Porto Bello, hoy desolada, pero en su soledad estremecida por el recuerdo de los piratas y los soliloquios del mar. Vi las ruinas de Chagres, cerca del río, enristecidas de recuerdos coloniales, y recorrí algunos parajes de gran belleza tropical donde descuellan árboles frondosos, singulares orquídeas y flores entonces raras, como la llamada Ave del Paraíso.

La historia de Panamá es interesante desde épocas remotas. Atravesando el Istmo Vasco Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico que él denominó Mar del Sur. De allí partió Pizarro a la conquista del Perú. En tiempos coloniales Panamá fue teatro de correrías y luchas de bucaneros y piratas. Francis Drake, al servicio de Inglaterra, varias veces atacó e incendió Santa María y Nombre de Dios; William Parker, saqueó Porto Bello y Morgan (sir Henry) ennoblecido como Drake, en una expedición audaz, capturó y devastó Panamá la Vieja en 1671. En ese solitario emplazamiento hay una estatua de nuestro Morelos, obsequio del gobierno mexicano, que lo muestra con su habitual pañuelo amarrado a la cabeza, que los chicos de la Escuela de Miramar, entre los que se contaba mi hijo, confundían con la imagen del pirata Morgan, e iban a ese lugar en busca de cartuchos quemados, que suponían eran despojos de la antigua piratería.

La estampa más característica de la vida panameña es el carnaval. Constituye un acontecimiento que mueve a toda la población. Desde que se acerca la fecha de su celebración la gente comienza a pensar en él, a economizar para esos días y a hacer proyectos de diversión y broma. Desde la víspera nadie trabaja ya. La servidumbre desaparece, la ciudad está agitada. Se compran trajes y adornos.

Llegado el gran día suenan músicas por todas partes. Por la calle central hay un intenso ir y venir de gente. Infinidad de mirones se apiñan en los balcones y en las aceras para contemplar el cortejo que con gran despliegue de color y de ruido cruza la ciudad reluciente bajo el sol. Los carros alegóricos desfilan lentamente. Arrójanse flores, confeti y serpentinas. La multitud comenta, charla, saluda a los conocidos, aplaude. Hay una radiación intensa, una cegadora reverberación. La gente se abanica y toma barquillos, prorrumpen en exclamaciones de entusiasmo ante la reina que pasa luciendo su belleza y repartiendo la dádiva de su sonrisa. Son tres días de fiesta consecutivos, y el domingo siguiente todavía se recomienza con renovada algazara. Las muchachas ostentan en los cortejos sus amplias *polleras*, sus tocados orientales vibrantes de temblor, sus cadenas de oro al cuello y sus broches de perlas finas.

De vez en cuando se suscitaban escenas cómicas, veíanse máscaras con trajes inverosímiles, escuchábamos ahogos de risa y todo aquel cachondeo de color vernacular se traducía al fin en un aumento de población. En las esquinas hay grandes apretujones, expendios de frutas y refrescos. Un desbordamiento de alegría y de optimismo alcanza a los merenderos, llamados *los ranchos*, que lucen en las terrazas faroles de colores. Todo el mundo está en la calle, en los jardines. La ciudad es como un barco empavesado cuya proa, el *Club Unión*, se mece en la noche tropical.

Todos se han olvidado de la política, de las cuestiones graves, de las reivindicaciones del canal. Los bailes se prolongan hasta la madrugada en que se oye todavía, como desvelado, el ritmo insistente del tamborcito:

*Panameño, panameño
panameño. vida mía,
yo quiero que tú me lleves
al tambor de la alegría.*

Una concurrida cantina, que a la manera popular mexicana honraba con su nombre *Las Glorias de MacArthur*, ostenta entre las botellas de *Vat 69*, *Johnnie Walker* y los caballitos blanco y negro, letreros con la admonición *Remember Pearl Harbor*. Y *Beber o no beber, that is the question*.

Panamá es uno de los puntos cruciales de América. Allí concurren diversas corrientes de la vida del continente que operan sobre los fenómenos políticos y sociales que se debaten sin interrupción. El ritmo esencial de sus fuerzas repercute sobre la comunidad diplomática, que vive bajo el signo de esa agitación. La creación del canal ha trazado nuevos destinos a nuestros pueblos. Ya Bolívar, con una mirada previsor, había señalado la posibilidad de una anfiteonía americana en aquella faja de tierra que estrechan los dos océanos. La idea del canal había flotado por muchos años de una manera imprecisa, hasta que la voluntad humana, unida a la técnica hizo posible la empresa, no sin que antes hubiera que subyugar a la naturaleza, a costa de cruentos sacrificios. La primera tentativa tuvo mucho de aventura por las condiciones hostiles del medio, saturado de mortales exhalaciones que aniquilaron a miles de trabajadores. El viejo panteón de Panamá está lleno de nombres franceses, y a la catástrofe humana se unió el desastre económico que arrastró a la miseria a confiados rentistas. El nombre de Panamá sirvió desde entonces de etiqueta para cubrir toda especulación turbia. Abandonados los trabajos por los franceses, fueron reemprendidos años después por los norteamericanos, con técnica más segura y más poderosos elementos. Su primer objetivo fue sanear toda la zona, para convertirla en un sitio habitable. Desaparecieron junto con sus transmisoras, los moscos, la fiebre amarilla y el paludismo, lo que permitió desarrollar con ritmo vigoroso las ingentes obras del canal. Este triunfo de la medicina sanitaria debióse principalmente al doctor Gorgas, cuyo mérito se exalta en el hospital que lleva su nombre.

Las obras, en sí, constituyen uno de los más grandes empeños humanos convertidos en realidad. Basta con recorrer un día el canal, visitar las gigantescas esclusas y ver operar el mecanismo que levanta

los trasatlánticos a diversos niveles, para sentir las fuerzas que el hombre ha sido capaz de desarrollar y poner bajo su dominio. En el esplendor tropical, la civilización moderna descuella triunfalmente. Por un juego de niveles, buques enormes pasan del uno al otro mar con facilidad de una encantadora fantasía.

Pero esta obra de tanta trascendencia crea graves problemas a la comunidad panameña y hierde el sentimiento nacional porque afecta sus derechos de soberanía y perturba, no nada más su vida política, sino hasta sus mismas fundaciones culturales.

Hace treinta años, por supuesto, no se planteaba el problema de la misma manera que en la actualidad. Estaban los panameños más cerca de los días de su independencia y sus experiencias en cuestiones internacionales no eran muy grandes. Panamá había visto con buenos ojos la apertura del canal estimándola como una necesidad vital. Hay una carta de Rufino José Cuervo en la que comunica a su corresponsal (cito de memoria): "Vengan pronto a ver a Panamá porque se está muriendo". Las obras del Canal sacarían del marasmo a la región. Desgraciadamente la carencia de recursos de Colombia no le permitiría, por su cuenta, emprender una obra de tan gigantescas proporciones. Así fue como las primeras negociaciones para la construcción del Canal se hicieron por iniciativa de los Estados Unidos, ante el gobierno de Colombia, por medio del tratado Hay-Herrán, de 22 de enero de 1903, que fue ratificado por el senado de los Estados Unidos el 17 de marzo del mismo año, rechazándolo el senado de Colombia (en su sesión especial del 20 de junio de 1903), por considerarlo lesivo a los intereses de su país. La resistencia colombiana dio lugar a la inconformidad panameña estimulada por los interesados en la construcción del Canal y condujo a la independencia del Istmo el 3 de noviembre del mismo año, y a continuación un segundo tratado suscrito por Hay-Bunau-Varilla, por el cual se aseguraban los Estados Unidos la perpetuidad del uso exclusivo, la ocupación y el control de la Zona del Canal, con exclusión de Panamá que recibiría diez millones de dólares al contado y doscientos cincuenta mil dólares anuales nueve años después de ratificado el acuerdo. Durante la presidencia de don Harmodio Arias, el tratado anterior sufrió una revisión, por la cual Panamá mejoró la renta, y Estados Unidos fue relevado del compromiso de garantía proteccionista y renunciaba al derecho de adquirir tierras y aguas adicionales para el *Canal Zone*. Durante mi misión en aquella República, en 1947, la Asamblea Nacional rechazó el convenio Filós-Hines sobre bases militares, debido a la presión popular encabezada por los estudiantes.

Años después, encontrándome en otras misiones, pero recordando siempre la tragedia de Panamá, observé la negociación del Tratado

Remón-Eisenhower (1955) que mejoró aún más el pago de la anualidad, elevándola a 1.950,000 dólares y favoreciendo al comercio local. Pero al margen de la diplomacia panameña hubo actos significativos de reafirmación de la soberanía como ocurrió en 1959 cuando grupos populares plantaron banderas nacionales en el territorio que comprende la vía interoceánica. Cuatro años después (1964) hubo una serie de manifestaciones que obligaron al gobierno del presidente Roberto F. Chiari, a romper relaciones con los Estados Unidos y a denunciar a ese país ante la OEA y la ONU por agresión. El sentimiento y la conciencia nacionales se encuentran claramente definidos y la orientación política se encauza hacia la recuperación del Canal, principal recurso natural del país. Además se clarifica el planteamiento de la neutralidad y la internacionalización del canal, cuyo destino, servicio y funcionamiento no deben depender de un solo país con pretensiones hegemónicas, sino que esta obra debe estar al servicio de la comunidad internacional.

El hecho de que el país quede dividido en dos cuerpos, con una zona extranjera administrativa y militar, crea una situación extraña de recelo y tirantez. Los conflictos que se derivan del poderío norteamericano y de las legítimas aspiraciones del pueblo panameño mantienen elementos de desconfianza que algunas voces conciliadoras quisieran reducir a sus mínimas consecuencias.

Yo no podía ser indiferente a estos sentimientos en mi doble carácter de diplomático que tiene un sentido de ética humana y de hispanoamericano, que no puede ignorar la formación histórica de nuestros países y las aspiraciones de libertad que se mantienen fervorosamente en ellos.

En muchas circunstancias, en reuniones diplomáticas o sociales, surgían estos problemas que se mantenían latentes bajo tranquilas apariencias, pero que a veces se hacían punzantes y originaban resquemores. Uno de estos elementos discordantes eran los métodos de discriminación racial que tanto dañan la convivencia humana, con todo su odioso cortejo de humillación, explotación e inseguridad social. Era desagradable ver en tierra panameña, por un artificio de tratados, que acontecieran cosas que establecían diferencias premeditadas contra los nacionales, cercenándoles sus derechos o infiltrando costumbres contrarias a nuestra cultura. Muchas veces me hacía estas reflexiones al franquear la zona o al ir en el ferrocarril hasta Colón, abrumado por el calor tropical, hasta alcanzar el espacio habitable del hotel (antiguo edificio administrativo del canal) donde descansaba ante el azul fulgente del mar, contemplado a través de las palmeras. Y no dejaba de ser extraña para mí esta vida de contrastes, de agitación y reposo a la vez, de este

frío poder mecánico y el cálido vaho de los trópicos que adormece la vida interior y que me exigía una perpetua vigilancia para mantener siempre claro el espíritu y alerta la imaginación. Gracias a esta absoluta decisión, y no obstante el trabajo abrumador que me imponía el sistema burocrático, pues muchas veces tuve que despachar solo la embajada, sin ningún auxilio consular, mantuve mis fuerzas morales y mi equilibrio espiritual. Me animaba en esta disposición para el trabajo el contacto renovado con personalidades extranjeras y viajeros mexicanos que hacían escala forzosa en Panamá, por el sistema establecido entonces en las rutas aéreas. Y así llegaron amigos que, aunque fuese brevemente, me proporcionaban satisfacción y contento, más los que procedían de México, porque me traían noticias vivas de la patria. La llegada de los aviones era por la tarde y la salida por la mañana temprano, lo que obligaba a los viajeros a permanecer al menos una noche en Panamá. Como la afluencia de éstos era considerable, y muy limitadas las posibilidades de acomodo, pues los flamantes hoteles de hoy no existían entonces, invariablemente los instalaba yo en el recinto de la embajada, que contaba con varias recámaras confortables. Después de la cena, y antes de retirarnos, conversábamos en el bar, gozando de la frescura de la noche con bebidas heladas, aliviando así el pesado calor tropical en que se sumerge la vida de aquella ciudad extravertida y susurrante. Y sin embargo, había que levantarse muy temprano, tanto para despedir a los viajeros cuanto porque la vida oficial comenzaba en las horas frescas de la mañana. Gracias a esta actividad matinal, a la abstención de licores al mediodía, y al pasar en un ambiente fresco las horas más pesadas del sopor, mantenía todas mis facultades y vivía en una despalilada actividad mental. ¡Cuántos nombres de amigos y conocidos de los que pasaron por Panamá me llegan ahora a la memoria! escritores y artistas extranjeros prominentes, políticos, gente de diferentes preocupaciones, de diversos sueños y afanes, que alimentaban las más diversas esperanzas: Heriberto Jara, Henríquez Guzmán, Silva Herzog, Reyes Heróles, Luis I. Rodríguez, Muñoz Cota. Experimenté horas de alegría conversando con el poeta Carlos Pellicer y con el escritor Martín Luis Guzmán. Los arquitectos Villagrán García y Mario Pani, innovadores de la arquitectura mexicana, fueron mis huéspedes, lo mismo que el licenciado Vicente Lombardo Toledano, recibido con entusiasmo por los componentes de la Confederación de Trabajadores de América Latina, a los que arengó elocuentemente en un gran mitin celebrado en una de las plazas de la ciudad. También recibí con sumo gusto a mi amigo el licenciado Emilio Portes Gil, y el doctor Francisco Castillo Nájera, secretario de Relaciones, de

quien se recuerdan pintorescas intervenciones en su gestión diplomática. Entre los escritores extranjeros recibí a Ricardo A. Latcham, a Mariano Picón-Salas, a Luis Alberto Sánchez, a José Bergamín y a otros muchos intelectuales y artistas como el escultor Victorio Macho.

En esos días llegaban a Panamá hombres de la más diversa condición. Además, la Conferencia de Bogotá congregó a diplomáticos y funcionarios, entre ellos el propio secretario de Relaciones Jaime Torres Bodet, el licenciado Gabriel Ramos Millán, el poeta José Gorostiza y otras personas vinculadas a las actividades de la conferencia.

Los motines que ensangrentaron Bogotá con motivo de la muerte del líder Eliezer Gaytán obligaron a nuestros delegados a enviar rápidamente a las señoras a Panamá, en donde tuve el gusto de recibir las y alojarlas en la residencia, mientras se despejaba la situación y se restablecían la seguridad y la tranquilidad.

En la zona del Canal, la más prominente visita fue la del general Eisenhower, que volvía de la guerra triunfador, y al que se le hizo una cálida recepción. Durante el agasajo que le ofrecieron las autoridades norteamericanas me tocó estar a su lado y recordamos, en la conversación, los días aciagos de la guerra, cuando él preparaba el ataque a Normandía y yo era Cónsul general en Londres. A pesar de su renombre justamente ganado, aparecía como un hombre sencillo y cordial con quien departí gustosamente. Su heroísmo no se mostraba en forma ostentosa, sino más bien en una sonriente confianza que ponía de relieve su educación y su modestia.

Mis años de Panamá fueron de duro trabajo, a veces de estéril burocratismo, de interminable ajetreo, de insuficiente remuneración para satisfacer las necesidades sociales de la embajada, de falta de personal, cuando no de impreparación y hasta innoble conducta de alguno.

Yo me acomodaba al ritmo de aquella vida, aun cuando extrañaba mis horas de trabajo literario. A veces podía darme una escapada para leer en la biblioteca de la Universidad, o pasearme solo al fresco de la noche, en el malecón, pero mi creación poética se resintió profundamente. Sin embargo, como ya tenía los materiales que aseguraban la publicación de mi libro *Memorial de la sangre*, aproveché uno de mis viajes a México para editarlo en los Talleres Gráficos de la Nación. Varios escritores de América, entre ellos Ricardo A. Latcham, Angel Cruchaga Santa María, Rogelio Sinán, Francisco González Guerrero, Juvencio Valle, Enrique Ruiz Vernacci y algunos otros le consagraron comentarios y ensayos en los

que subrayan la significación de ser un paso más del vanguardismo a un nuevo humanismo.

Un día en que tenía como huésped al ingeniero Marte R. Gómez, en el momento que estábamos a la mesa, recibí un telegrama en el que se me informaba que mi madre había sufrido un derrame cerebral. Esto me llenó de profunda angustia, y me dispuse a salir en el primer avión. Hice el viaje en compañía del ingeniero Gómez y su señora, que se mostraron amablemente solícitos. Cuando llegué, mi madre estaba grave, aún no había recuperado el conocimiento, pero afortunadamente a los pocos días reaccionó, lo que me devolvió el sosiego y me permitió regresar a mi misión. La cercanía de Panamá me facilitaba el rápido traslado a México permitiéndome vigilar más de cerca su salud.

Todas mis vacaciones regulares las pasé en México, compensándome así de los largos años de ausencia padecidos durante la guerra. De esta manera volví a estar cerca de mi país y de su gente. En una ocasión Jesús Silva Herzog me proporcionó una agradable excursión a la cuenca del Papaloapan, que recorrimos en un ómnibus por sus flamantes carreteras, y en lancha de motor por el río, desde Cosamaloapan hasta Alvarado, con una escala en Tlaxotalpan. Visitaba zonas recientemente abiertas a la agricultura por pujantes obras de irrigación, o nuevos distritos fortalecidos por la naciente industria, seguía los caminos que iban penetrando en los trópicos para enriquecer los mercados de la altiplanicie con los productos extraídos de aquellas feraces tierras. Y nunca faltaba, aunque fuera brevemente, un regreso a mi lugar de origen.

Pero aunque me fueran gratas estas circunstancias, llevaba yo más de cuatro años en el Istmo, soportando un clima riguroso y un ambiente poco propicio al trabajo literario, por lo que había solicitado un cambio de adscripción al presidente de la República licenciado Miguel Alemán. Sin embargo, la Secretaría se obstinaba en arraigarme en los trópicos, para lo cual informaron al Presidente: "Maples Arce es el decano, lo cual da prestigio a nuestra representación, por lo mismo, que siga allí". Pero el licenciado Alemán, que es hombre sagaz, no cayó en el engaño del argumento, pues sabe que en el mundillo de la diplomacia la intención de las palabras con frecuencia discrepa de su sentido, y no tardó en acceder a mis deseos.

Dimensión Imaginaria

SAUL BELLOW, PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1976

Por *Benjamin CARRION*

ME ha tocado intervenir, amistosamente, en la concesión de los Premios Nobel de Literatura Latinoamericanos, todos ellos por suma grande de méritos y con justicia inobjetable concedidos:

Gabriela Mistral: 1945

Miguel Angel Asturias: 1967

Pablo Neruda: 1971.

En cada ocasión, cada año, las presentaciones de valores latinoamericanos se realizaban religiosamente. Así, numerosas veces fueron presentados Rómulo Gallegos, el gran novelista venezolano de *Doña Bárbara*, *Cantaclaro*, *Canaima* y muchos más. Alfonso Reyes, "el mexicano universal". Ricardo Rojas, el ensayista y polígrafo argentino, de obra vasta y fundamental. En la España pre-franquista, se hizo una movilización calurosa, en favor del gran desterrado venezolano Rufino Blanco Fombona. Y varias más.

Pero fue en Río de Janeiro, en compañía del sociólogo español Francisco Ayala, cuando obtuvimos la información fidedigna, con motivo de la concesión del Premio a Gabriela Mistral, que se hallaba por entonces habitando Petrópolis, a ochenta kilómetros de Río. Nos lo hizo saber una señora sueca, que había intervenido en la traducción al sueco de la obra de Gabriela. Y fue esta señora, al comunicarnos la feliz noticia —que se hizo pública dos días después—, en octubre de 1945, quien nos reveló el secreto: será inútil presentar candidaturas al Premio Nobel de Literatura, si no se acompaña la obra del autor *traducida al sueco*.

LA Casa de la Cultura Ecuatoriana, institución por mí fundada y entonces por mí presidida, había merecido una invitación a presentar candidaturas para Premios Nobel, singularmente el de Literatura. Se hallaba de turno la insistente presentación de Miguel Angel Asturias, alternada con la de Alfonso Reyes y alguna vez la

de Pablo Neruda, hasta el año de 1967. O sea veintidós años de brega, sin resultado alguno. Intentamos, por su prestigio universalizado en razón de su actuación política, con la candidatura egregia de Rómulo Gallegos. Nada, nada y nada. Faltaba la traducción al sueco que, en el caso de Miguel Angel, se resolvió en buena parte, gracias al empeño tenaz e inteligente de su extraordinaria esposa Blanquita.

Latinoamérica triunfó una segunda vez. Antes, una Maestra, así con mayúscula, excelso poeta, prosista insigne: Gabriela. Luego, el novelista sumo de *El Señor Presidente*, *El Papa Verde*, *Los Ojos de los Desenterrados*, *Hombres de Maíz*, *Viento Fuerte*, *Week End en Guatemala*, *El Alhajadito*, *Mulata de Tal*. El prosista-poeta de las *Leyendas de Guatemala*, que Paul Valéry prologara con asombro. Poeta propulsor, maestro. "Faenador en grande, a la manera de Balzac", como dijera justamente Gabriela. El señor Borges —eterno colero del Nobel— lanzó unas cuantas desemplanzas resentidas. (Como acaba de hacerlo ahora, respecto de Saúl Bellow, desde su acogedor abrigo, a la sombra del señor Pinochet).

Veintidós años entre el primero y el segundo Nobel de Literatura. En cambio, para el tercero, un plazo de cuatro años solamente...

Pero, es que se trataba de Pablo Neruda. De Pablo. A quien, en una presentación que se me pidiera en el Ateneo de Caracas, llamé "el primer poeta del mundo". En 1969, dos años antes de la llegada del Nobel.

Pocas veces se ha producido un caso de unanimidad universal en los predios de la literatura del mundo. Jean-Paul Sartre —el otro Pablo latino que ha muerto para la literatura, por su pérdida total de la visión— cuando renunció al Premio Nobel en 1964, entre las razones que diera, incluyó que no le correspondía a él, no habiéndoselo dado aún al gran poeta Pablo Neruda...

Al fin, en 1971, "el premio de las equivocaciones" tuvo su acierto máximo —como cuando premió a Romain Rolland, a Rabindranath Tagore, a Gabriela Mistral, a Bertrand Russell, a William Faulkner, a Juan Ramón Jiménez, a otros pocos más. Y no se cometieron errores como los de Benavente, John Steinbeck, Winston Churchill —egregio estadista y mediocre literato—, Alejandro Solzenitsin y mucho más.

LAS grandes fallas del Nobel, residen en sus omisiones. Se lo comenzó a aplicar en 1901, y su primer ganador fue un modesto y dulce poeta francés, Sully Prudhome. Y no se premió a León Tols-

toy, —uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos—, a Galdós, a Unamuno, el pensador español al par de Gracián y Loyola. Se ignoró a Rubén Darío y a Mark Twain, muertos los dos en 1910, siendo cada uno de ellos la figura mayor de su región y de su idioma. Y, para colmo de asombros, ya en la época contemporánea, no se hizo caso en la Academia Sueca nada menos que de Marcel Proust, de James Joyce, de D. H. Lawrence, de Franz Kafka...

Antes de la designación de Neruda, el Premio Nobel llevaba el camino del descrédito. Se hablaba de dosificaciones políticas, de influencias extraliterarias.

Y entonces, en este año de 1976, ocurre Saúl Bellow.

Con eso, se reparaba un poco el error que constituyó —a juicio de yanquis y extranjeros— la designación de John Steinbeck en 1962.

La narrativa norteamericana —singularmente la novela— alcanzó su clímax entre las dos guerras mundiales, cuando la aparición de *la generación perdida*, nombre inventado, según se afirma, por Gertrude Stein, novelista ella misma, crítica y, sobre todo, promotora y centro, en París, de esos escritores, algunos de los cuales llegaron a una significación total en la literatura norteamericana y universal. Eran ellos, principalmente Scott Fitzgerald, cuya novela *The Great Gatsby*, es el gonfalon y emblema de la "*generación perdida*". Los otros fueron William Faulkner, maestro reconocido de buena parte de la nueva y extraordinaria promoción narrativa latinoamericana: Rulfo, Fuentes Cortázar, Lezama Lima. Hmingway, acaso el de mayor "promoción" aunque menor influencia. John Dos Passos a quien Sartre llamó "el mayor novelista contemporáneo", y que tuvo un ocaso desvaído y tristón. Y un poco antes que ellos, Theodore Dreiser y Sinclair Lewis, el primer Premio Nobel norteamericano.

La "*generación perdida*", sus antecedentes y secuencias, se eclipsaron durante cierto tiempo. No muy largo. Se creía que la narrativa norteamericana había entrado en receso. Que desaparecidas por muerte o por silencio aquellas voces grandes, de prestigio universal, como las más adelante recordadas, el gran país sajón mercantilizado y fenicio, ya no tenía nombres dignos de representarlo en el mundo de la cultura y, más concretamente, en el de la narrativa.

Las presencias mayores —¿por qué?— se las pasa en silencio. Así Henry Miller —el escritor viviente más grande en plano universal—, no se lo nombra. Ezra Pound, el poeta que no tiene otro

antecedente que Whitman en el idioma inglés, no se lo nombra; Vladimir Nabokov —de origen ruso como Bellow y figura prima de la narrativa universal— se lo silencia. Y quién, que no sea un iniciado, perteneciente a una mafia literaria clandestina, nombra públicamente *Bajo el Volcán*, de Malcolm Lovry, sin duda la novela más extraordinaria que se haya escrito después de Proust, Joyce y Kafka... (Este *después* es simplemente cronológico, no significante de superioridad). Pero, bueno: Malcolm Lovry, un poco como Rimbaud y un mucho como Alain Fournier, se eclipsó después de dejarnos esa obra maestra.

DURANTE y después de la segunda guerra mundial, se produce en los Estados Unidos una eclosión abundante y rica de narradores que, muy pronto, se pusieron a nivel —y muchos sobrepasaron— de los al parecer irremplazables miembros de la *generación perdida*. Fueron éstos, principalmente, Saúl Bellow, Norman Mailer, Jack Keruac y Truman Capote. A última hora, con todo el aparato promocional inaugurado por Bellow, Mailer y Capote, aparece Jerzy Kosinski...

Este último, polaco de descendencia judía, que llegó a los Estados Unidos con su juventud bien avanzada, pero que no escribe sino en idioma inglés. Idéntico en ello al caso de Bellow, judío ruso, nacido en una aldea cercana a Québec, Canadá; pero que se incorpora a los movimientos culturales de primera fila en los Estados Unidos. Como Malcolm Lovry —el más grande de todos— que es inglés y largamente vecindado en México, donde escribe su novela incomparable.

TRUMAN Capote —de su verdadero nombre Truman Streckfus Persons— se ha sabido administrar. Hasta el punto de que, a pesar de su pequeña estatura y su aparente insignificancia, es hoy un *play-boy* del clan de Jacqueline Kennedy Onassis, ya que figura en el *jet-set* como *chevalier-servante* nada menos que de la Princesa de Ratzivill, hermana de la viuda del Presidente... Largo tiempo se mantuvo escribiendo cuentos, como *O'Henry*. Luego, novelas como "El Arpa de Pasto" —*The Grass Harp*—, "La Burla del Diablo" —*Beat the Devil*. Hasta que dio el gran golpe con *A Sangre Fría*, *best seller* absoluto durante mucho tiempo.

Norman Mailer pudiera ser, actualmente, el escritor más profundamente norteamericano sin límite de tiempo. Cada obra suya es un escándalo heroico. Escritor —novelista principalmente— en nota mayor, que nos recuerda a ese gran maldito, escritor insupe-

nable, Louis-Ferdinand Celine, el de *El Viaje al Fin de la Noche*. Solamente que el francés obra y escribe a contra-corriente, y este gringo magnífico dice todo a favor de la corriente. Citemos brevemente esa colosal epopeya de la guerra última: *Los Desnudos y los Muertos*, récord absoluto de ventas en lo que va de siglo: ha sobrepasado los cinco millones de ejemplares. Traducida a todos los idiomas. Y luego *Un sueño Americano* y, entre muchas otras, esa cosa asombrosa, *Los ejércitos de la Noche*, novela móvil, de personaje múltiple, contra el crimen de Vietnam. Después de muchas obras sustanciales, escribe la *Biografía de Marilyn Monroe*, por la cual se asegura que ha recibido un millón de dólares. . . Cuando le preguntan, en México, si es verdad esa versión, el gringo simpático, en la televisión responde: "No fue tanto".

Y llegamos a Sául Bellow.

Es, a la altura de Nabokov y a semejanza suya, un inmigrante ruso de raza judía. El inmenso creador de *Lolita*, en su crecida madurez, se establece en los Estados Unidos y adopta la nacionalidad norteamericana. Este, Bellow, nació en 1915, en Lachine, cerca de Québec, de padres judíos rusos inmigrados al Canadá. Y solamente en 1924, a los nueve años de edad, pasa a establecerse, con su familia, en Chicago. Es pues, en rigor, un judío canadiense. Nacionalizado con su familia en los Estados Unidos.

Terminados sus estudios medios, ingresa en las universidades de Chicago y Wisconsin, donde llega a todos los grados del saber en la rama de antropología.

Su carrera literaria es rutilante. Además de su colaboración en diarios y revistas. Después de ganarse los concursos Guggenheim y Ford, publica libros. Sin pasos de principiante. Aparecen libro tras libro, sus novelas: *Dangling man*, 1944, *The victim*, 1948, *The adventures of Augie March*, 1953. Y llega su primer gran éxito: *Seize the day. Carpe Diem: Coge la flor del día*, según la traducción en español. Éxito total de crítica y librería, seguido de *Henderson the rain King. Henderson, el Rey de la Lluvia*, que se convierte en anchuroso *best-seller*, inmediatamente traducido a casi todos los idiomas. En español, con un éxito apenas igualado, fue publicado por una de las editoriales más prestigiosas: Joaquín Mortiz, de México. Me hallaba entonces en la capital mexicana, y el éxito de este libro no lo había tenido ninguno de los de *la generación perdida*, excepto, acaso, Hemingway.

Pero el golpe asombroso, que le dio a Bellow una calidad universal semejante a las de Miller y Camus, fue la publicación de *Her-*

zog. La traducción española que circuló primero, fue la de la Editorial *Destino* de Barcelona. *El New York Times*, la declaró una de las grandes novelas americanas de todos los tiempos. Y en Europa, donde fue rápidamente traducida al francés, al italiano, al alemán, al ruso. Y la crítica más autorizada, llegó a compararla con las obras de Dostoievski, Tolstoy, Joyce, Proust... Como confirmación de este abrumador prestigio, Bellow obtuvo el "Premio Nacional de Literatura", que lo otorga un jurado compuesto por los mayores literatos de trece países y, naturalmente, el *Pulitzer*...

Desde entonces, el nombre de Saúl Bellow ha sido barajado entre los de sus contemporáneos —con ligeras diferencias de edad— Norman Mailer y Truman Capote. Y ligeramente mayor que el fenómeno de estos días, Jerzy Kosinski, judío como él, nacido en Polonia e inmigrado a los Estados Unidos muy recientemente, en 1957.

Mailer, Bellow, Capote, Keruac, Kosinski, son algo como el *Boom* norteamericano de narradores, semejante al nuestro, latinoamericano. Inclusive en su capacidad extraordinaria de promoción. Propia del país en donde ha sido inventada *la sociedad de consumo*. La máquina publicitaria es allá más fabulosamente montada para reediciones, traducciones, crítica. Pero, posiblemente Juan Rulfo —el de mayor tiraje, traducción, venta y difusión entre los nuestros— acaso no llegue —habiendo Pedro Páramo sobrepasado las cien ediciones con más de un millón de copias solamente en español— a igualar aún los tirajes, traducciones de *Herzog* o *Carpe Diem* de Bellow; *Los Desnudos y los Muertos* y *Los Peregrinos de la Noche* de Mailer; *A Sangre Fría*, de Truman Capote; esos asombrosos *Desde el Jardín* y *El Arbol del Diablo* de Jerzy Kosinski...

ESTO, respecto de la presencia avasalladora de Saúl Bellow en la literatura universal contemporánea.

Digamos algo sobre apreciación de la obra:

Se trata de un judío, profundamente enraizado en sus costumbres, tradiciones y su ley. Y al mismo tiempo, un norteamericano agradecido. El judaísmo esencial, le resume por todos los poros. Mi pasión desenfrenada por la obra sin igual de Marcel Proust, el gran judío francés, me ha hecho, al conocerla, embelesarme en la obra de Bellow, encontrarme a cada página, sobre todo de *Herzog* y de *Carpe Diem*. La hondura —que en los latinoamericanos actuales la encontramos principalmente en Lezama Lima, Carlos Fuentes el de *Terra Nostra*, Juan Rulfo y Guimaraes Rosa— es permanente y profética en Bellow. Oigámoslo:

"Esa gran artista, la muerte, empieza lentamente a dar sus primeros toques en todos los hombres". Y en otro lado: "Nachman y Laura habían recorrido Europa, y en el país de Rimbaud, habían leído en voz alta las cartas de Van Gogh y los poemas del Rilke".

Nada más entrañado en Bellow que su ser-judío, su esencia judía. Su humanidad por todas partes, judía. Dice:

"Yo era judío y, por tanto, una reliquia, lo mismo que los lagartos son reliquias de una gran edad de reptiles. Vivimos en una época de agotamiento espiritual. Todos los antiguos sueños han sido ya soñados".

Bellow es, en el sentido estricto, un escritor *engagé*. Comprometido con el hombre total, con su raza judía, con su ser fundamental. Sin que ese compromiso, en ningún momento, se convierta en prédica, en advertencia, en militancia. Es lo que en lenguaje norteamericano, se podría decir un progresista. Un liberal. Un demócrata. Ama la vida, a través de sus personajes y de la totalidad de su obra, particularmente estética, literaria, pero también, sin sometimiento a la realidad, realista. Y, amando la hondura, ama la levedad. Es el menos épico de los nuevos novelistas norteamericanos del "Boom" posterior a la guerra.

El ha ido a las honduras esenciales del hombre. A sus flaquezas, singularmente a las relacionadas con el sexo, sin ser él mismo, como Keruac, Norman Mailer, Jerzy Kosinski o Truman Capote, un sexualista ni menos un pornógrafo. No elude los problemas sexuales que interesan la existencia de sus personajes, pero no busca la sexualidad como elemento de atracción. ¿Pesimista? Acaso: es un inmigrante judío —el desterrado eterno—, su cuna han sido las balas, la bomba atómica, la guerra. Oigámosle:

"Todo hombre nace para ser huérfano y para dejar huérfanos después de su muerte. Herzog siempre llevaba un libro para leerlo en el metro o en el autobús. ¿De qué trataría el de aquel día? ¿De Simmel o de Teilhård de Chardin? ¿O acaso de Whitehead?"

Pero no vaya a creerse que es un transcendentalista aburridor. Todo lo contrario: posee la capacidad de apasionar al lector menos por la acción novelesca que por la peripecia interna de las almas.

Aventura, realismo poderoso, hallamos por ejemplo en su originalísima novela *Henderson, el Rey de la Lluvia*. Es, en toda su intensidad y extensión, una novela de aventuras. Pero aventura con alma: la del millonario norteamericano que resuelve a irse al centro de Africa, donde asume las excelencias de "Rey de la Lluvia", de amigo de los leones, de dominador de las fuerzas extrahumanas.

En cambio, en *Carpe Diem*, "Coge la flor del día", según la traducción corriente de la frase horaciana, encontramos el buceo implaceable en la aventura del hombre, de un hombre. Por dentro y por fuera. Es la biografía del fracaso. Sin excepcionalidad, que le quitaría verosimilitud, es la historia desolada de un hombre fuerte, bien dotado para el reto de la vida, física, social y económicamente. Para edificar su desventura, no necesita el "caso", la rareza. Lo que a Tommy Wilhelm le pasa, es corriente. Su infortunio no se basa en invalidez física, nacimiento oscuro, familia descarriada, padres delincuentes o, por lo menos, ebrios, vagos prostituidos... No. Los que deben vivir en torno de él, viven. Los que han debido morir, se han muerto. Unos se han quedado, otros se han ido. Buen pasar económico. Regular capacidad mental. Pero todo salía mal, todo... "La fuente de todas las lágrimas había brotado de él, negra, profunda y caliente, y se vertía, y agitaba su cuerpo, inclinando su terca cabeza, doblándole los hombros, retorciéndole la cara, paralizándolo hasta las manos con que sostenía el pañuelo. El gran nudo de malestar y dolor de su garganta se hinchaba hacia arriba... y cedió por completo, y se sostuvo la cara y lloró. Lloró de todo corazón..."

Pero, la gran obra de Bellow es *Herzog*. Para todas las glorias y todos los premios.

¿PUEDE discutirse la atribución de este Premio Nobel? Claro que sí. Pueden aceptarse otras preferencias; las mías, por ejemplo, irían a Henry Miller, el de los *Tropicos* y veinte obras cercanas a la genialidad; a Vladimir Nabokov, el de *Ada* y *Lolita*; a Lawrence Durrell, el de *El Cuarteto de Alejandría* y *El Cuaderno Negro*; a Juan Rulfo, el de *Pedro Páramo*; a Malraux, el de *La Condición Humana* y *Antimemorias*; a Norman Mailer, el de *Los Desnudos* y *los Muertos*... Pero si no hubiera recaído en Saúl Bellow el premio, él estaría en la lista de mis preferencias y reclamos. Le ha caído a él, al formidable autor de *Herzog* que, con Malcolm Lowry, el de *Under the Volcano*, recientemente desaparecido, han escrito las mayores novelas de la contemporaneidad. Está bien. Con eso, el Nobel se redime de errores como Winston Churchill, John Steinbeck, Alejandro Soloyenitsin...

PENSO —y así se lo dijo en su oportunidad— que este grupo de grandes escritores norteamericanos, sucesores de "la generación perdida" de Gertrude Stein, varios de los cuales —Sinclair Lewis, Wil-

liam Faulkner, Ernest Hemingway y el dramaturgo Eugenio O'Neill— obtuvieron con justicia el galardón; pienso que son los que inauguraron la "promoción en grande" de la literatura. Ninguno de ellos ha dejado de tener *best-sellers* universales, como Bellow, Mailer, Capote y ahora Kosinski, además de los desaparecidos Keruac y —aunque nacido en Inglaterra— Malcolm Lovry. Ninguno de ellos ha dejado de ser traducido a todos los idiomas. Y en la vida, conocidísima es la presencia de Capote, Mailer y Bellow. . . Ellos inauguraron el *Boom* literario norteamericano, como Vargas Llosa, Fuentes, Cortázar, García Márquez lanzaron el *Boom* latinoamericano, precedidos por escritores aún no superados como Asturias, Lezama Lima, Guimarães Rosa, Macedonio Fernández, Filisberto Hernández, Pablo Palacio, Alejo Carpentier, Aguilera Malta, José Revueltas. Y seguidos por los nuevamente llegados Augusto Roa Bastos, José Donoso, Bryce Echenique, Miguel Otero Silva, Marco Antonio Rodríguez, Salvador Garmendia, Ivan Egües. . .

Se ha premiado con el Nobel a un representante de primera clase del *Boom* norteamericano. ¿Se estará acercando ya al *Boom* latinoamericano? Algunos lo merecen ampliamente, ya.

MIS RECUERDOS DE DON ANTONIO MACHADO

Por Rubén LANDA

EXAMEN *de metafísica*. No sé bien cuándo ni en dónde conocí a don Antonio Machado. Probablemente me lo presentó en Madrid, en la calle, su hermano José durante la Primera Guerra Mundial. Entonces apenas hablamos. La segunda vez que nos vimos fue una tarde de septiembre (¿1917?) en los claustros bajos de la Universidad Central. Los claustros estaban casi solitarios y en silencio. Yo iba a examinarme de una signatura del doctorado de Filosofía, precisamente de Metafísica. Allí estaba don Antonio Machado. Le saludé, y supe, sorprendido, que también él iba a examinarse. Nos sentamos en uno de los poyos próximos al ángulo del claustro que está más cerca de la calle de los Reyes. Teníamos enfrente los ventanales que dan a un pequeño jardín interior, algo abandonado, sombrío, con árboles altos, de mucha fronda: casi el único encanto de aquel caserón desapacible construido por los jesuitas. Un sacerdote joven paseaba por el claustro. Don Antonio Machado dijo: "En todas estas cosas hay siempre un cura, y siempre es el peor". Llegaron los tres profesores que habían de examinarnos: Ortega y Gasset, García Morente y otro, que no recuerdo. Pronto el bedel anunció a voces que el examen iba a empezar, y entramos los tres alumnos en el aula. Era una habitación pequeña, con poca luz, que venía de la estrecha calle de los Reyes. Ortega en el examen, que era oral, pedía al alumno que hablase de un clásico de la Filosofía elegido por el mismo alumno. Pude oír que don Antonio Machado hablaba de Kant; pero no me enteré de más, porque hablaba bajo, y de la calle entraba ruido de coches. No sé si fue en aquella ocasión o más tarde, cuando me elogió el libro de Morente acerca de Kant, sobre todo por la claridad con que exponía puntos difíciles.

En Toledo. José Machado, trabajaba como yo, en el Colegio de segunda enseñanza que se organizó en la Residencia de estudiantes. Me propuso que fuese con él y con su hermano don Antonio a pasar dos días en Toledo, y me pidió que yo les guiase (hacia 1917 o 1918). Salimos de Madrid una mañana temprano. Fuimos en tren, en un coche de tercera: habíamos convenido gastar poco. Nos

hospedamos en una posada (así se llamaba) que había en el Zocodover; pero no tenía entrada de carros ni de caballerías, ni se veían allí arrieros, era una casa de huéspedes, en un piso alto, que yo sabía por amigos míos que tenía un ambiente agradable.

Para mí el atractivo principal de la excursión era estar con don Antonio Machado, y trataba sobre todo de que la excursión fuese a gusto suyo. Pronto vi que era persona fácil de agradar. Todo le parecía bien. Era sencillo, natural, de una finura exquisita y espontánea al tratar a los demás. Era ya uno de los mejores escritores españoles de su tiempo; pero nunca parecía pensar en esto, ni querer que los otros lo pensasen; más bien se colocaba como el último en el grupo. Habló poco. Más tarde supe que para hacerle hablar era preciso estimularle: tendía a estar callado y a oír. Otras personas, visitando ciudades como Toledo, no pueden evitar el hacer comentarios que a veces son pretensiosos y sin valor. Pero se notaba que don Antonio Machado sentía interés, porque se fijaba en todo, y siempre estaba dispuesto a ver más. Ya entonces no podía andar de prisa; pero anduvimos mucho, como cuando íbamos guiados a buen paso en las excursiones de la institución por nuestro común maestro Cossío, seguido de muchachos y muchachas acostumbrados por él a escalar las cumbres del Guadarrama. Aunque yo temía cansarme, y con frecuencia le proponía que descansásemos, creo que sólo descansamos un rato por la noche en un café. Así pasamos andando, de pie, mirando cosas de arte, buena parte de la mañana del primer día y toda la tarde, toda la mañana del segundo día y parte de su tarde, hasta tomar el tren de vuelta a Madrid. También nuestra modesta y tranquila casa de huéspedes parecía agradar a don Antonio, la gente atenta que nos servía, la comida aderezada con cuidado. Me dejó la impresión de una persona encantadora.

En la sala de profesores. Tardamos en volvernos a reunir. Hacia el año 1926 fui a enseñar al Instituto de Segovia. Don Antonio Machado era allí profesor de francés, y allí seguimos los dos hasta después de proclamarse la segunda República. Por lo menos durante un curso tuve entre dos clases una hora libre. Esto, que un profesor lo considera siempre como un grave trastorno, para mí fue entonces una de las suertes grandes de mi vida, porque también don Antonio Machado tenía libre aquella hora entre dos clases. La pasábamos los dos solos charlando. Yo sabía ya por nuestros amigos de Segovia, que don Antonio tendía a estar callado, y que para que hablase era preciso incitarle un poco. Aunque no hacía mucho tiempo que nos conocíamos, en nuestro pasado había recuerdos comunes de que nos gustaba hablar. Su padre, como el mío, fue republicano, y uno y otro muy amigos de don Nicolás Salmerón. El padre de don Antonio Machado escribió en "La Justicia", el periódico del

partido que dirigía Salmerón. Y los dos nos habíamos educado en la Institución Libre de Enseñanza. Ibamos descubriendo coincidencias en nuestras admiraciones y afectos. Por ejemplo, un día don Antonio me dijo que de sus maestros de la Institución el que más estimaba con don Francisco Giner y el señor Cossío era don José de Caso, a cuya clase de filosofía en la Universidad Central asistí yo varios años y de quien aprendí mucho. Era discípulo de Salmerón y amigo antiguo de mi padre como del de don Antonio Machado. Del señor Caso (así le llamábamos sus alumnos) contaba don Francisco Giner, que no sabía de ningún profesor que preparase tanto sus clases. Los dos vivíamos fuera de la iglesia católica, y los dos estábamos acostumbrados a un ambiente de tolerancia y de respeto, en el que podía convivir con no católicos sin molestia alguna el católico más sincero. De esto creo que no hablamos nunca. Y sí con frecuencia de literatura. Don Antonio leía mucho. Me dijo que había leído todas las obras dramáticas de Lope de Vega, y comentándolas me decía que el verso servía para dar concisión al diálogo, a diferencia de lo que aparece en obras dramáticas españolas en verso del siglo XX.

Muy pronto se interesó por el teatro. Siendo estudiante formó con su amigo el poeta Antonio de Zayas (después Duque de Amalfi y diplomático) una compañía de aficionados que representaba en los barrios bajos de Madrid. Una vez representaron un drama cuyo asunto era la vida de Cristóbal Colón. Cuando en una escena Colón se lamentaba de que le habían abandonado, y estaba pobre y hambriento, un espectador le tiró un panecillo, que fue a darle en la cabeza con gran regocijo del auditorio.

La compañía estaba muy mal de fondos, y de crédito también. Durante el primer acto de una de las representaciones se presentó el peluquero que le había provisto. Exigió el pago inmediato del alquiler y, como en aquel momento no tenían dinero suficiente, se llevó sus pelucas, barbas y bigotes. Sin ellos aparecieron los actores en las escenas siguientes de la misma obra. Más tarde don Antonio Machado llegó a trabajar algún tiempo, poco, en la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Conservó siempre la amistad con Antonio de Zayas, pero en política pensaban de manera muy distinta. Zayas era muy conservador, y más que conservador. Según Antonio Machado, cuando le enviaron a Buenos Aires como embajador de España, no podía admitir que fuese embajador, sino virrey.

Machado conocía bien la literatura francesa. Leyó muy pronto la larga serie de volúmenes de Proust. Hablándome de *Si le grain ne meurt* de André Gide, me dijo que algo de lo que sobre sí mismo

y sobre Oscar Wilde cuenta Gide en este libro es repulsivo, que los escritores franceses habían dado ya tantas vueltas al amor que, para escribir algo nuevo, trataban de aberraciones. Me habló con gran respeto de Rubén Darío, a quien trató en París. Creía que bebía, pero no era fácil advertirlo, porque lo hacía con gran pudor. Sentía gran admiración no sólo por la obra, sino también por la persona de Valle Inclán. Decía de él que sabía soportar con gran dignidad estrecheces económicas y sufrimientos. Me contó que, cuando en un café de Madrid, una botella lanzada contra otra persona, hirió casualmente un brazo de Valle Inclán, y fue preciso amputárselo, se negó a que empleasen ningún anestésico, y soportó la operación con entereza enorme, sin una queja.

Don Antonio Machado no hablaba mal de nadie. Su agudo sentido crítico se manifestaba en ironías deliciosas que nunca tenían la intención de herir. Alguien me contó, que al invitarle para que hablara en un acto en Segovia organizado con motivo del centenario de Pestalozzi, contestó: "Para eso no cuenten ustedes conmigo; sólo cuando celebren el centenario de Herodes". Únicamente en la intimidad llamaba "Las Euménides" a dos señoras de muy mal genio e implacables en sus luchas provincianas. Un excelente amigo suyo de Segovia solía llevar de excursión en su automóvil a don Antonio Machado y a otros amigos; pero el automóvil le ocasionaba muchas contrariedades, porque con frecuencia dejaba de marchar. En una de estas paradas imprevistas, mientras el dueño del automóvil trataba de arreglarlo, don Antonio y los demás pasearon por la carretera, y al fin se sentaron en una roca, a bastante distancia del coche. De pronto el dueño de éste les gritó de lejos: ¡Tráiganme una cuerda! Don Antonio comentó: La quiere para ahorcarse.

No le gustaba la nieve; decía que el campo nevado parecía quedarse sin vida. Un invierno, yendo en tren de Segovia a Madrid, había tanta nieve en la vía que el tren quedó detenido cerca del túnel de Tablada, y allí en los vagones, tuvieron que pasar la noche. Al día siguiente les enviaron desde Madrid un tren de socorro. Don Antonio debió tomarlo con mucha tranquilidad, como hacía siempre, y contaba con gracia escenas cómicas que presencié entonces.

Don Antonio y sus alumnos. Su trabajo de enseñar francés a principiantes no le gustaba. "Mi subida de todos los días al Calvario" llamaba a la subida desde la plaza de Azoguejo de Segovia hasta su cátedra del Instituto. En sus últimos años de Segovia andaba con dificultad, y decía: "Primero subir la interminable escalinata que va al lado del acueducto, desde el Azoguejo a la plaza del Instituto; luego unos escalones para entrar en el jardín de éste; ya dentro la escalera del piso bajo al principal; desde el claustro

alto el aula cuatro o cinco escalones más; aún dentro de la clase otros escalones para llegar al estrado del profesor".

Pero de su trabajo en el Instituto lo que menos le gustaba era examinar. Muchas veces estuve con él en el tribunal de exámenes. Estos le parecían interminables. "¿De dónde saldrán tantos alumnos?", decía. "Parece que brotan hasta debajo de las piedras". Aunque por su antigüedad en el escalafón le correspondía presidir el tribunal, nunca se sentaba en el centro, sino en una esquina de la mesa, y muy cerca de él el alumno que se examinaba. Los dos hablaban tan bajo que nadie más se enteraba de lo que sucedía en el examen. Y don Antonio aprobaba a todos; pero una vez un alumno, para su desgracia, en lugar de sentarse cerca de don Antonio, se quedó de pie ante la mesa del tribunal, y no muy cerca. Don Antonio tuvo que levantar la voz para preguntarle, y al alumno también se le oía perfectamente. Era un examen de Historia de la literatura española. Don Antonio hizo varias preguntas y a ninguna contestó el alumno. Con el deseo de salvarlo le preguntó más. Idéntico resultado. Don Antonio tuvo una última esperanza y le dijo: "¿Quiere decirnos algo sobre Cervantes?". Respuesta del alumno: "No me suena". Que yo sepa es el único suspenso que dio don Antonio Machado.

Un día tuvimos que examinar a una mujer joven que sabíamos se había quedado viuda y con hijos, y para ganarse la vida había decidido hacerse enfermera. Entre otros requisitos le exigían el examen de ingreso en la segunda enseñanza. Don Antonio presidió el tribunal. Contra su costumbre esta vez no dejó hacer ni se dejó llevar. Como presidente tomó la iniciativa. "Háblenos usted de geografía de España" dijo a la señora. "Usted sabe que el río Tajo pasa por Toledo y desemboca en el Atlántico por Lisboa". Y antes de que ella pudiese hablar, continuó: "Sí, eso lo sabe usted. Ahora díganos algo sobre Aritmética. Usted también sabe que cinco por cinco son veinticinco ¿no es verdad? Sí, eso también lo sabe usted". Y así continuó hasta que dijo a la señora: "Puede usted retirarse". Ni a ella ni a los demás miembros del tribunal nos dejó hablar. Propuso un aprobado. No hubo discrepancias.

Durante algún tiempo enseñó en el Instituto de Segovia, además de francés, lengua y literatura españolas. Me contó que le había dado muy buen resultado leer a los alumnos el poema del Cid en la edición de Pedro Salinas en verso y español moderno (supongo que siendo práctico como actor, lo leería muy bien). Este consejo suyo me ha sido utilísimo. Cuando estando en el Instituto de Segovia tuve que encargarme de una clase de español leí a los alumnos el poema del Cid en la edición de Salinas, precisamente en un ejem-

plar que me prestó don Antonio y que le había dedicado Salinas. Les interesó mucho.

Don Antonio académico. Cuando fue elegido académico de la lengua, los alumnos del Instituto de Segovia quisieron mostrarle su afecto. Después de pensarlo mucho decidieron al fin entregarle un álbum con las firmas de todos ellos. Se fijó el día de la entrega. Nadie había preparado nada. Fue algo muy espontáneo y natural, lleno de cordialidad, sin afección alguna. Los profesores nos habíamos reunido en el despacho del director. Este pensó que la entrega debía hacerse en el paraninfo, y allá fuimos todos, profesores y alumnos, recorriendo la escalera y los claustros algo más despacio que de costumbre, pero sin orden determinado. Llegamos al paraninfo y fue uno de esos momentos en que don Antonio, a pesar de su aire descuidado y su aspecto de niño distraído, tomó la iniciativa, sin duda para evitar toda solemnidad. No se sentó, se fue hacia un rincón, y allí acudieron sus alumnos y le rodearon. Hablaron brevemente en tono natural. Recuerdo que oí a don Antonio decirles: "Yo tengo vocación de niño".

A don Antonio lo eligieron académico sin que él lo solicitase, y nunca llegó a serlo, porque nunca llegó a tomar posesión del cargo. Me dijo el tema que había elegido para el discurso de ingreso: la poesía romántica en España, o la poesía española en el siglo XIX, no recuerdo bien.

La Universidad Popular de Segovia. Don Antonio Machado fundó con otros profesores y personas de profesiones liberales la Universidad Popular Segoviana. Al principio ésta no tenía local propio. Todo lo que poseía era un armario, al cual hicieron sitio en la escuela normal de maestros. Los profesores de la Universidad Popular daban gratuitamente clases nocturnas, organizaron conferencias públicas y una biblioteca circulante que prestaba libros a personas de la capital y de los pueblos de la provincia. Don Antonio daba una clase de francés y contaba que siempre tenía alumnos, pero que todos eran nuevos cada día. También decía que la Universidad Popular era una caja de resonancia, porque no teniendo más que un armario, se hablaba mucho de ella en Segovia y aun en Madrid. Como don Antonio iba con frecuencia a Madrid y tenía allí muchas amistades, solía encargarse de buscar conferenciantes. A éstos la Universidad sólo les pagaba el viaje y la estancia en Segovia.

Dio muchos libros para la biblioteca de la Universidad Popular. En esto, como en todo, era muy generoso. A mí varias veces me prestó y me regaló libros.

El café y los amigos. A primera hora de la tarde don Antonio solía reunirse con varios amigos en el café de la Unión, viejo y antiguo, con largos asientos de terciopelo rojo y sobre ellos, espejos

a lo largo de todo el muro. De la calle, estrecha, llegaba poca luz. Estaba y acaso esté todavía, en la calle Real, entre la iglesia de San Martín y la Plaza Mayor. En la parte de atrás tenía un comedor con balcones que daban al paseo del Mirador, abiertos creo, en las antiguas murallas románicas, y que tienen una vista hermosa: abajo el Clamores, un arroyo cubierto por arboledas de chopos, olmos, acacias y castaños de Indias. Al otro lado del Clamores la iglesia y el barrio de San Millán, las lomas del pinarillo y más allá de los pinos casi enanos campos de trigo, y en el fondo la sierra de Guadarrama con nieve la mayor parte del año. Allí, del lado norte, dura más la nieve que en la vertiente de la sierra que se ve desde Madrid. Alguna vez comimos en aquel comedor los amigos con don Antonio. Desde los últimos tiempos de la monarquía sirvió para reuniones del partido republicano. De allá salió la lista de candidatos republicanos a concejales que triunfó, casi toda ella, también en Segovia, en las elecciones que trajeron la república.

Don Antonio tenía en Segovia un grupo de amigos excelentes, gente joven interesante. Casi todos formaban parte de la universidad Popular, y habían recibido el influjo del maestro señor Zambrano, padre de la escritora María Zambrano. A él perteneció un buen escultor, Barral, que en 1936 murió heroicamente en el frente de Madrid. No era un círculo cerrado, todo lo contrario. Una tarde, sentado a la mesa del café con don Antonio, estaba un hombre desconocido para mí. Pregunté quién era: "un chofer", me dijeron, como algo muy natural. Y muy natural era esto en el ambiente social tan democrático que es característico de España. Allí es muy natural que un obrero se siente a la misma mesa de igual a igual con intelectuales y, sobre todo, con un intelectual como don Antonio Machado, que en su sencillez, es una de las personas de mayor distinción que he conocido. Y allí es muy natural que un obrero quiera oír hablar a un escritor como Machado. Ni en su traje ni en sus maneras se diferenciaba el obrero de los demás del grupo. Y sin duda se sentía en un ambiente acogedor. Alguna vez don Antonio hablándome del teatro clásico español, me dijo que éste se hallaba muy cerca del pueblo, y me refirió que en Madrid, estando dos obreros leyendo en una cartelera de teatros el anuncio de *La vida es sueño*, oyó que uno decía al otro: "Eso es lo nuestro".

Aquellos jóvenes, ya formados, muchos de ellos casados y con hijos, sentían un profundo afecto por don Antonio, como por un padre o un maestro. Nunca hacían alarde de ello, al menos delante de él. Nada al exterior indicaba que Machado presidía el grupo. Para no pocos de ellos era el hombre que más había influido en su vida. Don Antonio tendía a estar callado y dejaba hablar; pero

sus amigos derivaban hábilmente la conversación de modo que le estimulaban a participar activamente en ella.

Este grupo, en la década de 1920 publicó una revista literaria como por entonces se hizo en otras provincias españolas, y algo más tarde, hacia 1930, un diario republicano *Segovia Republicana*. Si no recuerdo mal don Antonio colaboró alguna vez en los dos, y creo que en uno de ellos leí un artículo suyo sobre el teatro y el cine. Sostenía que tiene mucho más valor el primero.

La casa de huéspedes. Vivía en una casa de huéspedes muy modesta, cerca de la iglesia de San Esteban y del palacio del obispo. Estuve allí dos o tres veces. La patrona era una buenísima mujer, viuda, con un hijo de diecisiete o dieciocho años. Estaban en posición económica apurada. Por esto la casa no tenía comodidades, aunque me pareció muy limpia y arreglada. En el cuarto de don Antonio sólo había los muebles más indispensables. Era muy frío. Tenía una ventana desde donde se veía el pueblecito de Zamarramala, el camino en cuesta y el páramo que le rodea. Don Antonio de broma decía que en invierno para calentarlo, abría la ventana, porque el aire de dentro estaba más frío que el de fuera. Sus amigos encontraron para él un alojamiento más confortable y no más caro. Sin embargo, no se mudó. Conociendo a don Antonio la explicación es fácil: en su casa de huéspedes, por carecer de comodidades, ya no quedaba más huésped que él. Si también él se marchaba la situación de aquella viuda y de aquel muchacho aún sería peor. Y seguramente aquella madre y aquel hijo habían tomado afecto a un señor que daba tan poco qué hacer, y don Antonio estimaría mucho su compañía.

Una de las pocas veces que fui a aquella casa estaba don Antonio enfermo. Le pregunté si necesitaba algo, y entonces me entregó dinero y me pidió que lo enviase por giro telegráfico. No recuerdo para quién, pero sí que era para Soria. Debía tener mucho interés en enviarlo, cuando me pidió este favor, porque don Antonio no solía pedir nada a nadie. Debiéndole yo tanto es lo único que me pidió desde que nos conocimos hasta su muerte, en más de veinte años. Supongo que aquel dinero era para los padres de su esposa. "La Leonor" que alguna vez nombra en sus poesías y que había muerto en Soria hacía ya bastantes años.

El cuarteto. En Segovia existía una sociedad de conciertos. Se llamaba algo así como la "Filarmónica de Segovia". Uno de sus conciertos lo dio un cuarteto de músicos jóvenes, acaso de Checoslovaquia. Debí ser hacia el año 1930. Don Antonio asistió al concierto. Fue por la tarde. Aquella misma noche los cuatro ejecutantes fueron a mi casa. Le dije a don Antonio que si quería fuese él también, y fue. Señal de que no era huraño. Sin duda le gustó

el concierto y le agradaba charlar con aquellos músicos. No sabían español, pero sí francés, y en francés hablaron. Es la única vez que oí a don Antonio hablar en francés. Lo hablaba con soltura y correctamente, hasta donde yo puedo juzgar, y con la naturalidad con que hacía todo. Intervino mucho en la conversación y aquellos jóvenes me dijeron al día siguiente que habían quedado encantados de él.

La república. Don Antonio pertenecía al partido de "Acción Republicana" fundado durante la dictadura de Primo de Rivera, entre otros y principalmente por don José Giral, y en el cual pronto se destacó don Manuel Azaña. Ortega y Gasset a poco de publicar su artículo "Delenda est monarchia" y hacia el final de ésta fundó la "Agrupación de Amigos de la República". Al principio era compatible pertenecer a ella y a un partido político; después no. El primer acto público y el más importante que organizó esta agrupación fue un mitin en Segovia, en el cual hablaron Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y Marañón. Acudieron muchas personas de Madrid. Presidió don Antonio. El local era grande, un teatro. Estaba atestado. Don Antonio abrió un cuaderno y leyó o parecía que leía. Con naturalidad, sin tono oratorio. Leía bien. Se le oía perfectamente sin que esforzase la voz. Fue breve, no trató de atraer la atención del público hacia sí. Al terminar el mitin los periodistas se acercaron a él para pedirle el texto que había leído. Les contestó que no había traído nada escrito. "Sí —le dijeron— lo que ha leído usted en el cuaderno", e insistió: "En el cuaderno no hay nada escrito", y les enseñó las hojas del cuaderno: estaban todas en blanco. Probablemente, para no hacer alarde de oratoria hizo que leía, pero no leyó.

Proclamación de la República en Segovia. El catorce de abril, delante de la "Casa del Pueblo" (de la casa de los sindicatos obreros de la UGT: Unión General de Trabajadores) fue reuniéndose la gente para ir en manifestación hasta el ayuntamiento. En Segovia habían triunfado en las elecciones municipales casi todos los candidatos republicanos, y esto produjo aún más impresión que en otros sitios, porque allí nunca habían tenido mayoría los republicanos. Ya se tenía noticia de que el jefe de gobierno monárquico había declarado: "Anoche España era una monarquía, hoy sabemos que es republicana"; ya el rey se había marchado al extranjero. Acudió don Antonio a la Casa del Pueblo y le pidieron que fuese al frente de la manifestación. A mí me tocó ir a su lado. Ibamos del brazo. La manifestación se puso en marcha con un silencio imponente. Era lo que más impresionaba. Es muy del pueblo segoviano dominar sus emociones y no exteriorizarlas. Este silencio debía agradar a don Antonio. Él también iba callado. Sólo habló una vez en todo el trayecto. Delante de nosotros un hombre excitado, empezó a dar

vivas. Don Antonio enseguida rogó: "Díganle que no grite". Pasamos por debajo del acueducto, atravesamos el Azoguejo, y subimos a lo largo de toda la estrecha calle Real, hasta llegar a la Plaza Mayor y al Ayuntamiento.

Como yo iba al lado de don Antonio y no hablamos en todo el camino no le vi la cara. Alguien que le miró me dijo que se le humedecieron los ojos. Lo dudo. Sí creo que don Antonio estaría conmovido, pues la República había sido para su padre y para él el anhelo de toda la vida, pero era hombre de enorme dominio de sí mismo. Nunca vi que lo perdiese, ni nadie me dijo nunca que alguna vez lo hubiese perdido. Con razón dijo de él Rubén Darío en "Opiniones": "Su vida es la de un filósofo estoico".

Sus cafés de Madrid. Cuando estaba en Madrid acostumbraba ir al café dos veces al día, por la mañana, él solo, a un café tranquilo y con poca gente. Allí leía y trabajaba. Entonces prefería que no le acompañase nadie. Si sus conocidos averiguaban a qué café iba por las mañanas y le buscaban en él, pronto cambiaba de café. Por las tardes se reunía en otro con sus hermanos. Este es un aspecto importante de don Antonio: lo unido que estaba con sus hermanos. Más de una vez le oí decir a don Miguel de Unamuno que para Antonio Machado sus hermanos significaban más en la vida que para otras personas.

Madrid: Instituto, Consejo de Instrucción Pública, Misiones Pedagógicas. El Gobierno de la República fundó en Madrid varios institutos de segunda enseñanza. Don Antonio fue trasladado a uno de ellos, y así pudo vivir de una manera permanente con su madre, y su hermano José y la familia de éste. Poco después fue nombrado Consejero de Instrucción Pública. Creo que vocal de la Sección de Bellas Artes. Allí se ocupó sobre todo del teatro en las ciudades, asunto que le interesaba mucho. A las reuniones del pleno no asistía con frecuencia ni solía hablar en ellas. También fue nombrado vocal del patronato de Misiones pedagógicas.

La guerra. En Madrid convivían, luchaban y se mataban fascistas y antifascistas. Era muy necesario tener documentos de identificación. Don Antonio no los tenía ni los solicitaba porque nunca pedía nada. Supe que más de una vez le habían exigido la documentación en la calle, y poco después me enteré por una persona de mi familia que ya le habían dado documentos de identificación sin que él los pidiese. Muy a principios de la guerra escribió aquello de que todos los milicianos de la República parecían capitanes y que los "señoritos" eran los continuadores de los Infantes de Carrión del poema del Cid.

Octubre de 1936. La situación de Madrid se agravaba por momentos. Se organizó el traslado a Valencia de los intelectuales emi-

nentes que seguían en la capital. Machado se resistió a marcharse y, al fin, más tarde aceptó, pero si no se separaba de su madre, de sus hermanos y de sus sobrinas. El gobierno republicano le llevó a una casa de campo próxima a Valencia, en Godeya, rodeada por un huerto de naranjos. Allí fui a verle una o dos veces. Como antes y como después, en Valencia escribió en favor de la República.

Y una vez habló por radio, aunque en la zona fascista tenía a su hermano Manuel. En el huerto de naranjos me habló de don Miguel de Unamuno. Me dijo que se le echaba mucho de menos, que su crítica era útil. También me habló del poeta Pedro Garfias: "Es el que ha escrito las mejores poesías sobre nuestra guerra" afirmó.

Amenazada Valencia, el gobierno se ocupó de que don Antonio Machado y su familia fuesen trasladados a Barcelona, y con la ayuda de buenos amigos catalanes quedaron instalados en el barrio de la Bonanova, en una mansión de nobles que tenía mucho de romántica, como su hermoso parque de arboleda tupida. Nunca quizás vivió don Antonio en casa mejor que aquélla, ni aspiró a ello, ni nunca acaso vivió allí una persona tan aristócrata como don Antonio. La casa era buena, pero la comida muy insuficiente. Los alimentos escaseaban en una Barcelona superpoblada y casi aislada, y don Antonio seguía sin pedir nada a nadie. Algunos amigos se enteraron e hicieron por mejorar su situación. Quiero recordar aquí a uno de ellos, martirizado por los fascistas: Zugazagoitia, que ocupaba entonces un cargo de confianza en la Presidencia del Consejo de Ministros: secretario o subsecretario. Era el presidente el señor Negrín. Yo trabajaba entonces en otra oficina de la Presidencia, en el mismo edificio que Zugazagoitia, con quien nunca había hablado. Fui a verle sin carta que me presentase. Me escuchó con atención e hizo enseguida lo que le indiqué. Gracias a él, en adelante don Antonio y los suyos dispusieron de más alimentos. Creo que Machado nunca supo que esto se lo debía a Zugazagoitia.

Don Antonio trabajaba mucho en Barcelona. Su ayuda era muy importante para la República y sin cesar la solicitaban. Nunca la negó. Escribía y escribía entre otras cosas artículos para el periódico *La Vanguardia*. Alguna vez me dijo que escribía en prosa muy despacio. En Barcelona durante la guerra también escaseó el tabaco, y don Antonio podía prescindir de él, salvo para escribir. A veces le pidieron que hablase por la radio, y lo hizo, aunque entonces, por su estado de salud, le era molesto salir de casa.

Los terribles bombardeos de Barcelona, que tantas víctimas causaron entre la población civil, preocuparon mucho a don Antonio por su familia. A las tres hijas de su hermano José las quería como si fuesen suyas y le atormentaba el peligro que corrían en Barcelona.

Varias naciones se habían ocupado de sacar niños de España. El gobierno mexicano trajo a México cerca de quinientos. Tres mil fueron a Inglaterra, tres mil a Rusia, otros a Francia y Bélgica. En septiembre de 1938 mi gobierno me envió a Rusia con otros maestros, para que trabajase en esta obra. Y con nosotros fueron las tres hijas de José Machado. La más pequeña tenía entonces unos seis años. Ella sabía que la mayor parte del viaje la haríamos por mar, desde el Havre a Leningrado. Don Antonio me contó que a esta sobrina más pequeña le dijeron que me obedeciese en todo, y que ella repuso: "¿Y si me dice que me tire al mar?" Las tres hermanas se quedaron en la casa que para niños y jóvenes españoles había en Moscú y en la cual trabajé yo los meses que pasé en Rusia.

Estando yo allí murió don Antonio. Con este motivo me visitó el hispanista Kelly, que era amigo de don Antonio, para hablarme de un acto que pensaba organizar en memoria de Machado. Se vieron en España. Don Antonio me había dado una carta de introducción para Kelly y éste, cuando supo la muerte de Machado, tuvo la bondad de devolvérmela, pensando que a mí me gustaría conservarla.

¿Era Machado un institucionalista? Los hombres de la Institución libre de enseñanza no solían ir al café; Machado sí. Vestían con sencillez, pero con mucha pulcritud. Machado era sencillo en todo, pero descuidado como un niño. No se sacudía la ceniza de los cigarrillos que le caía en la ropa. Por esto sus alumnos de Segovia le llamaban "Don Antonio Manchado". Desde que vivió en Madrid con su madre y sus hermanos, desaparecieron las manchas de ceniza. Si se juzgase por estas cosas superficiales no se diría que era un "institucionalista", mas sí lo era en lo más hondo. Machado como don Francisco Giner se desposó con "dama pobreza". Lo más importante que decidió hacer en su vida, escribir poesías, no lo hizo ganar dinero y, efectivamente, apenas le dio dinero. Siempre fue pobre y nunca pensó en dejar de serlo. Y también, como para don Francisco Giner y otros de los hombres más representativos de la Institución, la filosofía fue uno de sus intereses capitales. Otras coincidencias son aún más fáciles de percibir, por ejemplo, la sensibilidad para los defectos españoles y para las bellezas de España y para todos los verdaderos valores españoles; el gusto por el paisaje y la afición a pasear por el campo y a conocer el arte español y las viejas ciudades españolas. El ser a la vez muy aristocrático y muy democrático; no pertenecer a ninguna iglesia y ser hombre religioso.

Visita a don Francisco en la Sierra de Guadarrama. Don Francisco Giner en el verano de 1914, el último de su vida, pasó un mes

en la casilla que la Institución tenía en la Sierra de Guadarrama cerca del sitio llamado "el Ventorrillo", entre Cercedilla y el puerto de Navacerrada. Yo estuve con él allí dos semanas, en el mes de julio y después otras dos semanas otro antiguo alumno. Un día, al regresar del paseo que dábamos todas las tardes, encontramos una tarjeta de Antonio y José Machado que decía: "Sentimos no encontrarle. Vamos a La Granja". Fueron a pie desde Cercedilla a La Granja por el puerto de Navacerrada. Meses después, en febrero de 1915, al escribir la poesía que dedicó a la muerte de don Francisco, Antonio Machado recordaba sin duda aquel lugar de la Sierra. Cuando en ella emplea las expresiones "los pinos", "pensaba en la regeneración de España" y "la encina". Los pinos son los árboles que predominan allí y preocupación y ocupación de don Francisco Giner desde joven fue la regeneración de España. Precisamente en aquellos días, en la Sierra de Guadarrama, revisaba la selección de ensayos suyos que la editorial "La Lectura" quería publicar, y que publicó después de su muerte con el título *Ensayos sobre educación*. Una noche, después de cenar, don Francisco me dijo, refiriéndose a su artículo "Problemas urgentes de nuestra educación nacional", que casi todo lo que en él había propuesto estaba ya hecho o iniciado. Y después añadió muy emocionado: "España mejora ¡pero tan despacio!" La encina, y en singular, sólo a un observador muy bueno no se le hubiera escapado. Y don Antonio debió estar allí de paso, quizá sólo pocos minutos. Efectivamente, en aquel lugar no hay más que una encina pequeña delante de la casa, poco más abajo de ella y en sitio poco visible, al lado de una roca de granito. En aquella altura hay bosques de pinos, los de encinas están en laderas más bajas de la sierra. Mas la encina era árbol amado por don Antonio.

EN EL CINCUENTENARIO DE LAS "ORIENTACIONES" DE DON PEDRO

Por *Hugo RODRIGUEZ ALCALA*

En fin, que es legítimo emanciparse de cuanto procedimiento se ha convertido ya en rutina y, en vez de provocar por parte del artista una reacción fecunda, sólo es peso muerto y carga inútil, sin más justificación para seguir existiendo que el haber existido antes. Pero que esto en nada afecta a la idea de la libertad, porque el verdadero artista es el que se esclaviza a las más fuertes disciplinas, para dominarlas e ir sacando de la necesidad virtud.

Alfonso Reyes

Cien años de tentativas

SE cumplen los cincuenta años desde que Pedro Henríquez Ureña trazó sus "Orientaciones." Estas constituyen un balance y liquidación de cien años de afán americano por lograr una expresión original. El maestro pasa revista de los programas de expresión artística que, desde las *Silvas americanas* —la primera, de 1823— se han propuesto y ensayado en América hasta la fecha de la redacción de su ensayo, mediada la tercera década del siglo en curso. Y al fin de su revista revela el único "secreto" en virtud del cual nuestra América hallará su más auténtica expresión.¹

A los cincuenta años de habernos revelado ese secreto, sus palabras tienen tal actualidad que parecen escritas para esclarecer los problemas de hoy. Vale la pena de repensarlas en el trigésimo aniversario de su desaparición.

¹ Ver Pedro Henríquez Ureña, "Seis ensayos en busca de nuestra expresión", en *Obra crítica*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), págs. 241-253.

Las soluciones propuestas

Si ya antes de Junín y Ayacucho, en verso neoclásico, Bello postuló la independencia literaria, la siguiente generación, la de los románticos, propuso una literatura que "llevara los colores nacionales." como más tarde, los modernistas, reaccionando contra la pereza romántica, se exigieron severas disciplinas. "Ahora, treinta años después" —escribe don Pedro al levantarse la marejada vanguardista— "hay de nuevo en la América española juventudes inquietas, que se irritan contra sus mayores y ofrecen trabajar seriamente en busca de nuestra expresión genuina."²

En cien años de historia literaria advierte don Pedro que cada nueva generación es, de una parte, descontento; de otra, promesa.

"Examinemos" —dice— "las principales soluciones propuestas y ensayadas para el problema de nuestra expresión en literatura. . . Ante todo, la Naturaleza. La literatura descriptiva habrá de ser, pensamos durante largo tiempo, la voz del Nuevo Mundo. Ahora no goza de favor esta idea: hemos abusado en la aplicación."³

Don Pedro evoca entonces los paisajes que suscitaron el entusiasmo literario de Norte a Sur y de Este a Oeste. "A la naturaleza sumamos el primitivo habitante. ¡Ir hacia el indio! Programa que nace y renace en cada generación, bajo muchedumbre de formas, en todas las artes." No se ha avanzado mucho, declara don Pedro, desde los tiempos de Cortés, Ercilla, Cieza de León, Las Casas. "Ellos acertaron a definir dos tipos ejemplares que Europa acogió e incorporó a su repertorio de figuras humanas: el 'indio hábil y discreto,' educado en complejas y exquisitas civilizaciones propias. . . y el 'salvaje virtuoso,' que carece de civilización mecánica, pero vive en orden, justicia y bondad. . ."⁴

Tras el indio, el criollo. "El movimiento criollista ha existido en toda la América española con intermitencias, y ha aspirado a recoger las manifestaciones de la vida popular, urbana y campestre, con natural preferencia por el campo."⁵

Otra forma de americanismo es la que el maestro define por el único precepto autoimpuesto: "Ceñirse siempre al Nuevo Mundo

² *Ibid.*, pág. 243. Ver lo que catorce años después, en Harvard University, dijo Henríquez Ureña sobre el descontento y la promesa de la generación de vanguardia: *Literary Currents in Hispanic America*, (Cambridge; Mass.: Harvard University Press, 1945), págs. 189-194.

³ *Ibid.*, pág. 246.

⁴ *Ibid.*, pág. 247.

⁵ *Ibid.*, pág. 248.

en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia."⁶

La decisión de circunscribirse al Nuevo Mundo no ha sido un error, como tampoco lo fueron las fórmulas anteriores. Aunque el quid de la cuestión no se hallaba en los temas, en momentos felices se logró una expresión vivida. Pero, subraya el maestro, "en momentos felices, recordémoslo."⁷

Opuestos a criollistas y mundonovistas, los europeizantes ejercen una forma de radical descontento: lo valioso no está en América. Hay que continuar, sí, la vieja tradición de la cultura europea.

Sabida es la posición del humanista dominicano. Cada programa tiene su parte de verdad así como su porción de error. Ilusorio es, por ejemplo, el aislamiento criollista, por un lado; inaceptable, por otro, el desdén de los europeizantes. En América está América y está Europa; nuestra expresión no podrá prescindir de ninguna de las dos realidades. Si es cierto que la América española, que habla el idioma de Castilla, pertenece a la Rumania, lo cual halaga al prurito europeizante, el criollismo no debe temer ni mucho menos tratar de repudiar esa pertenencia como rémora para toda originalidad: "tranquilemos al criollo fiel recordándole que la existencia de la Rumania como unidad, como entidad colectiva de cultura, y la existencia del centro orientador, no son estorbos definitivos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa."⁸

Las fórmulas del americanismo no han tenido en cuenta algo esencial y por ello han resultado insuficientes. Las generaciones se suceden cada una descontenta de la anterior; el envés de ese descontento es una promesa. Esta promesa arraiga en la fe en un programa que no atina con el íntimo secreto de la originalidad. Se podría determinar como ley histórico-cultural la que designaremos como *Ley del descontento y de la promesa*. De la promesa insatisfecha.

⁶ *Ibid.*, pág. 249.

⁷ *Ibid.* Ver. Emilio Carilla, "El americanismo de Henríquez Ureña", en *Pedro Henríquez Ureña (Tres estudios)*, (Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 1956). Del mismo autor, el artículo "Raíces del americanismo literario", *Thesaurus*, Bogotá, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Tomo XXIII, 1968.

⁸ *Ibid.*, pág. 251. Ver el ensayo de Emilio Carilla, *Hispanoamérica y su expresión literaria*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1969.

*La originalidad como deliberación
no como resultado*

NO nos interesa aquí dilucidar si esta "ley" es sólo aplicable a América o también a cualquier otro continente, nuevo o viejo. Más nos interesaría averiguar la razón de la peculiar intensidad con que entre nosotros se aplica y determinar a su vez la peculiaridad con que se manifiestan el desencanto y la ilusión, el disgusto por lo ya hecho y la anticipada dicha por lo que se aspira a hacer. Acaso una nota de esta peculiaridad resida en un afán de originalidad a ultranza, tanto en lo individual como en lo colectivo, en quien o en quienes el problema de la propia identidad asume urgencia obsesiva. Quede aquí este problema nada más que insinuado.⁹

Es preferible ahora atenerse a lo que don Pedro dijo en 1926, y reformular su pensamiento en los términos más sencillos: el afán de originalidad tal como a lo largo de un siglo se ha manifestado no nos llevará a la originalidad; el afán de perfección, sí. Ahora conviene citar el texto en las páginas en que, terminada la revista histórica, el maestro señala el camino verdadero:

Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queramos decir; afinar, definir, con ansia de perfección.

El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido.

Cada fórmula de americanismo puede prestar servicios (por eso les di a todas aprobación provisional); el conjunto de las que hemos ensayado nos da una suma de adquisiciones útiles, que hacen flexible y dúctil el material originario de América. Pero la fórmula, al repetirse, degenera en mecanismo y pierde su pristina eficacia; se vuelve receta y engendra una retórica".¹⁰

⁹ Tocante al americanismo filosófico, se advierte un parejo afán comentado por Risieri Frondizi. Ver mi ensayo "Americanismo y universalismo. La teoría de J. B. Alberdi renovada por Alejandro Korn", en el libro *Sugestión e ilusión* (Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 1967), págs. 211-216.

¹⁰ P. H. U., *op. cit.*, págs. 251-252.

Cincuenta años después: la tecnomanía

PEDRO Henríquez Ureña fallece en 1946, justo a los veinte años de su meditación sobre lo que llamamos *ley del descontento y la promesa*. No le toca verificar cómo esa ley se aplica en nuestros días.

¿En qué consiste el descontento de quienes viniendo después del maestro reaccionaron contra la literatura *vigente* hacia 1926, que es también el año de *Don Segundo Sombra*? Porque *la ley* ha vuelto a aplicarse.

La respuesta no es difícil de enunciar: en un rechazo despectivo de la narrativa anterior a la del llamado *boom*.

Esta ruidosa, estridente palabra inglesa, que como verbo significa *producir un ruido vacío, como el de las olas o el cañón, o un incremento de valor en el mercado*, entre otras cosas; y como sustantivo, *vacio rugido, o incremento de valor en el mercado*, tiene en nuestra historia literaria una connotación sugestiva: por un lado, auge; por otro, logro. Casi un "¡Al fin!"

Se diría que en el *boom* coinciden promesa y logro. Es exultación que acompaña al descontento. Una breve fórmula basta para sintetizar la razón del despectivo rechazo ya indicado: la ficción de las primeras décadas del siglo, especialmente la regionalista —Rivera, Güiraldes, Gallegos— no dramatiza conflictos humanos. Dicho de otro modo: en ella la Naturaleza domina y aplasta al hombre; en ella la geografía es todo. Y el hombre, nada.

Uno de los censores más severos de esa "literatura geográfica" distingue dos tipos de narrativa en la América española: la de los *primitivos* y la de los *creadores*. Cita entre los primitivos a Mariano Azuela, a Alcides Arguedas, a Eustasio Rivera, a Rómulo Gallegos, a Ciro Alegría y a Miguel Ángel Asturias.

¿En qué consiste la diferencia entre primitivos y creadores? Los primeros no profundizan en la realidad humana o no atinan a captarla; los segundos, sí. Los primeros, carecen de técnica. Mejor dicho: su técnica "es rudimentaria" —afirma Vargas Llosa— "pre-flaubertiana,"¹¹ los creadores sí tienen técnica. La tienen y la exhiben, sobre todo, como un traje de luces. Pero sobre esto de la técnica no nos anticipemos.

Blandiendo un nuevo lenguaje, un lenguaje *en libertad*, los creadores han dejado de copiar a autores europeos —arguye el crítico aludido— para copiar la realidad.¹²

¹¹ Mario Vargas Llosa, "Primitives and creators", *The Times Literary Supplement*. London, Thursday, November 14, 1968, pág. 1287.

¹² *Ibid.*

El descontento, bien mirado, arraiga en legítima repulsa de un número de autores que constituyen la *masa* de una literatura. Pero a esa *masa*, ya que empleamos esta terminología, se opone una *élite* o minoría selecta cuyos logros no deben ser descalificados sin más ni más. El descontento no para mientes en distingos entre lo valioso, lo mediocre y lo anodino. No va a perder tiempo citando autores y obras cuyo número crecido se identifica con la masa zaguera o sin jerarquía. Corta por lo sano atacando a todos, buenos y no buenos, a la minoría y a la masa, como si fuera pertinente rechazar a Góngora y Quevedo y a la lírica de su tiempo por las ineptitudes de los imitadores y de los dotados deficientemente. Algo parejo sería atacar a Darío y al rubendarismo mediocre por la mediocridad de muchos, sin respetar los méritos —y la inocencia— del maestro por aquéllos imitado.

¿Existía en la narrativa anterior vista como *masa* un prurito de reforma social por el que, en muchos, la protesta degeneró en libelo o panfleto? ¿Hubo en los menos dotados un prototipismo de caracteres, no una visión de individuos concretos? Pues entonces hay que decir: —Reaccionemos contra eso; nosotros haremos una narrativa de seres vivos sin subordinar las exigencias artísticas a la denuncia de corruptelas políticas y sociales.

Hacer justicia a los mejores, esto es, a los que en rigor *fueron la literatura anterior*, la verdadera, valiosa y, en más de un aspecto, la continuada por los sucesores, no es incumbencia del descontento. Lo que le acucia es exaltar lo que se está haciendo hoy y se hará mañana. Por otra parte, si en la narrativa anterior, especialmente en mucha de la mejor aunque no en toda, el escenario era la pampa, la cordillera, el llano, el gran río, la selva, los panegiristas de la nueva narrativa aplauden que aquél sea ahora la gran ciudad. Este cambio de escenario, este abandonar la Naturaleza, obra de Dios, para entrar en la vasta urbe moderna, obra del hombre, les parece signo indudable de una visión universalista que reemplaza el provincialismo de otros tiempos. Lo cual es una simplificación. Pues acontece que en la nueva narrativa, entre las obras de mayor mérito, figuran las de un Rulfo, un García Márquez, un Arguedas, un Roa Bastos cuyos escenarios ignoran el bullicio de las grandes ciudades y hacen de aldeas célebres por su arte el centro de una ficción de valores universales.

Ahora bien: la expresión genuina, original, de nuestra América se debe hoy por hoy, conforme a los portavoces del descontento, no sólo a la superación de las inepticias que se achacan a los que vinieron antes, sino muy especialmente a algo que parece ser lo más

valioso, refinado y, para decirlo también en inglés, *sophisticated*: la técnica, la experimentación.

Esto nos plantea una cuestión. Los *creadores* —se ha argüido— no imitan, como los primitivos, a autores extranjeros. ¿Es que también han inventado su técnica los creadores? Si no la han inventado y sí la han importado, ¿no son también imitadores? Porque es el caso que tal orientación hacen de su maestría técnica que la técnica y no la realidad misma parece ser su mayor cuidado. Las gafas para mirar asumen prelación —es la impresión que dan— sobre lo que deben mirar. La novela, convertida en experimentación, barca azotada por un huracán de frenesí tecnomaniaco, divierte sin duda a su autor, feliz en su juego delirante, pero desconcierta, irrita, desanima y aburre al destinatario.

Este —el lector— habrá de apreciar con deleite cuanto una inventiva realmente creadora le ofrezca de novedoso como vívida intuición artística del mundo y de la vida; pero si advierte que la invitación a una experiencia estética lo lleva a laberintos tenebrosos en que se azora y pierde, arrojará disgustado el libro en que un desaforado *oficio* suplantó los fines por los medios.

La queja del lector no es siempre la del profano; éste puede ser el más avezado crítico en las aventuras literarias, como, por ejemplo, quien escribió la *Historia de las literaturas de vanguardia* y se entusiasmó con las mayores audacias artísticas de nuestro tiempo. ¡Cuánto lamentó Guillermo de Torre el esfuerzo que la lectura de la ficción tecnomaniaca le exigía! Y eso que su oficio era leerla y ser su exégeta.

Para un grupo de iniciados, la narrativa, cuanto más sorprendente, desconcertante y plúmbea se ofrece a su estimativa, tanto más parece que estas notas la exaltan hasta el máximo nivel de madurez y plenitud.

Novelas hay, en efecto, que deben ser leídas —entiéndase descifradas— lápiz en mano; anotando en las márgenes esto y eso que en tales y cuales capítulos puedan dar un vislumbre de aquello; consultando diccionarios, enciclopedias y, sobre todo, acudiendo a lo que privilegiados zahorís aciertan a desenmarañar o conjeturar.¹³

¹³ Hablando del lector desorientado, escribe Manuel Durán a propósito de una novela de Carlos Fuentes: "Para encontrar el 'mensaje' de la novela, si es que este texto nos ofrece de veras una enseñanza que no sea ambigua, debemos esperar hasta la página 76. . . Pero el lector tiene que llegar a este mensaje, como las ratas en un laboratorio de psicología, recorriendo nerviosas y hambrientas sus pasadizos complicados hasta alcanzar el pedazo de queso, después de seguir un inmenso laberinto. (Laberinto que es quizá símbolo de la historia)." Ver *Triptico mexicano*. Juan Rulfo, Carlos Fuen-

La imitación de quienes a otros tachan de imitadores es imitación de técnica o de técnicas. Las cuales se diría que se aplican a la materia novelable no precisamente para *formarla* sino para caotizarla en convulsivo afán de originalidad. Este querer ser original a todo trance concibe la originalidad como una manera exasperada de exhibicionismo: el que se arropara en multicolores disfraces para bailar en las plazas la zarabanda en un carnaval de vanidades.

Se afeaba en *los novelistas de antes* el que la Naturaleza devorara al hombre. Pensando en este reproche un comentarista ha conjeturado que si antes la Naturaleza era el protagonista, la técnica en la novela tecnomaniaca tiende a su vez a asumir el papel protagónico. Pareja reflexión ha llevado a un censor de la tecnomanía a satirizarla afirmando que lo importante para ciertos narradores y sus panegiristas ya no es el tema, ni el argumento ni los caracteres, ni las situaciones, ni las cosas ni la vida sino eso que, por tan repetido, no necesita nombrarse.¹⁴

Si en la narrativa de que hablamos la tecnomanía y la manía destructora del lenguaje conducen a la enajenación del lector, en la lírica pasa algo no menos lamentable. En esa lírica de tenebrosos misterios, esa del culto de lo irracional que prescinde de formas de expresión comunicable, se quiere hacer una poesía nueva sin percatarse de que ya no son nuevos los caminos hacia la deseada novedad. Se ha andado y desandado por ellos más de medio siglo.

El irracionalismo de esta lírica se apoya en una teoría tenida por incommovible. También la novela experimental del siglo pasado se fundó en una teoría que pareció definitiva. Que un supuesto teórico sobre la índole del hombre sea fundamento de algo así como una oscura mística poética de frutos aún más oscuros, es cosa lamentable. El énfasis sobre lo irracional y caótico del hombre y del mundo no sólo tiende ya a lo aludido sino a algo peor; a la nuda incoherencia, al disparate o a la futesa pretenciosa. Asombra hallar en obras de poetas de fama establecida ciertas composiciones (si así pueden llamarse) que aspiran a la calidad de poéticas. Y lo que es peor aún, no faltan quienes las exalten como dechados en su género. Convertidas en dechado, se multiplican como la mala hierba.

¿Qué pensaría hoy don Pedro ante las alharacas del desenfreno tecnomaniaco en narrativa y ante la oscuridad, arritmia y vacío aparato de lo que pasa por lírica? Si desde el Limbo le fuera dado

tes, Salvador Elizondo. (México: Secretaría de Educación Pública, 1973), pág. 120.

¹⁴ Ver mi estudio *The Recent Spanish-American Novel and its Critics*. (Riverside, California, 1969), págs. 13-14.

continuar, descorporizado pero tan clarividente como antes, su apasionado estudio de las letras de América y, además, se le permitiera dialogar con otro humanista, ya también residente entre las sombras, ¿qué diría en sosegados coloquios? Imaginémoslo.

Final: diálogo en el Limbo

—... Pues lo dicho y repetido tantas veces, Alfonso: "No hay secreto de la expresión sino uno..."

—Sí, lo recuerdo: "trabajarla hondamente" —dijo usted, Pedro—, "esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección."

—¡Qué memoria, Alfonso! Sobre todo cuando se trata de algo que escribí hace ya cincuenta años.

—"Cada generación" —bien recuerdo esas páginas de 1926— "es olvidadiza y descontenta." Y si no me falla la memoria, al hablar de los olvidadizos de entonces, dejó usted dicho: "Olvidan que en cada generación se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa."

—Hoy me rectificaría diciendo: "Hace ciento cincuenta años." Tocante a los poetas, me place poder recitar ideas de un ensayo de usted, no por breve uno de los más densos de doctrina y sabiduría.

—¿Cuál?

—Trataré de retribuir el honor que me hace su memoria mostrándole cuán indelebles quedaron en la mía no sólo éstas sino muchas páginas de usted.

—A ver, amigo Pedro.

—Siete años después de haber trazado yo el ensayo que usted tan bien recuerda, escribió usted su "Jacob o idea de la poesía." En este ensayo dijo: "Y aún hay malos instantes en que la obra poética pretende arrogarse las funciones de la escritura mediuimnímica o sonambúlica; en que el poema usurpa la categoría de documento psicoanalítico o confesión abierta sobre el chorro, a grifo suelto, de las asociaciones verbales, para uso de los curanderos del Subconsciente. Lo cual equivale a tomar el rábano por las hojas, o a plantar flores para obtener criaderos de lodo, puesto que el sentido del arte es el contrario y va de la subconciencia a la conciencia."¹⁵

—¡Bravo!

—Déjeme citar el último párrafo. Vale la pena. Tiene actualidad allá abajo: "No me diréis que el poeta, a veces y aun las más de las veces, lo que necesita y lo que quiere es expresar emociones

¹⁵ Alfonso Reyes, *Obras completas*, Vol. XIX, (México: Fondo de Cultura Económica, 1962), pág. 100.

imprecisas. Como que la poesía misma nace del afán de sugerir lo que no tiene nombre hecho, puesto que el lenguaje es ante todo un producto de nuestras necesidades prácticas. Convenido; pero aun entonces, y entonces más que nunca, el poeta debe ser preciso en las expresiones de lo impreciso. Nada se puede dejar a la casualidad. El arte es una continua victoria de la conciencia sobre el caos de las realidades exteriores. Lucha con lo infabre: 'combate de Jacob con el ángel', lo hemos llamado".¹⁶

—Pues todavía así pienso yo, Pedro.

—Y yo, como pensaba en 1926 y, como usted pensaba, en 1933. Ateniéndome a esa narrativa que ante todo se propone innovar, deploro, Alfonso, los excesos. Desearía ver menos afán de sorprender con audacias y más ansia de perfección. En ésta no cabe la frivolidad, esa frivolidad en que consiste el entusiasmo por la moda.

—Comparto su opinión, amigo Pedro. Creo que allá por 1924, en el elogio de un poeta joven, recién fallecido (¿Ripa Alberdi?) usted se refería a su "desdén de la moda" y a su "devoción por las normas eternas".¹⁷

—En aquella ocasión hubiese sido más explícito.

—Lo fue usted, aunque un tiempo después. Si no me equivoco, en 1926. Pensando en lo que entonces era la moda, dijo usted que el arte había obedecido a dos fines humanos. . .

—¿Se refiere usted a mis "Orientaciones"?

—Sí, por supuesto. Uno de los fines del arte era, decía usted, "la expresión de los anhelos profundos, del ansia de eternidad, del utópico y siempre renovado sueño de la vida perfecta; otro, el juego, el solaz imaginativo en que descansa el espíritu. El arte y la literatura de nuestros días apenas recuerdan ya su antigua función trascendental; sólo nos va quedando el juego. . . Y el arte reducido a diversión, por mucho que sea diversión inteligente, pirotecnia del ingenio, acaba en hastío".¹⁸

—Si hoy rescribiera aquellas reflexiones, cincuenta años después, haría hincapié en eso de *pirotecnia del ingento* y en su resultado, *el hastío*.

—Eso de pirotecnia y eso de hastío, Pedro, son cosas todavía de mucha actualidad. . .

—El arte poética es un jugar con fuego, como bien dijo usted Alfonso; pero exige algo más para que el fuego entregado a sí mismo, no sólo consuma.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Pedro Henríquez Ureña, en el citado libro *Obra crítica*, artículo sobre Héctor Ripa Alberdi, pág. 303.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 253.

—O cause hastío. ¿Siguió usted la polémica, en *Nuevo Mundo*, hace algunos años, sobre la nueva novela?

—Sí, he leído los números 33 y 37 de la revista. En uno anterior creo que fue Ignacio Iglesias quien la inició. ¿Qué será de Guillermo de Torre, de tiempo a esta parte?

—Ha de estar platicando con Apollinaire y Picasso. Algo habrá dejado en el tintero. . .

—Guillermo de Torre intervino en la polémica y habló del "estiaje de la imaginación en el plano novelístico". Aquí, por casualidad, tengo su texto. Se lo leo: "El estiaje es el nivel más bajo o caudal mínimo de un río, causado por la sequía. Y esta sequía ha sobrevenido tras uno de los períodos de cosecha más rica y desbordante como fue la novelística europea y aun americana incluyendo el período de entreguerras. Repetir frases inarticuladas, balbuceos seudoinfantiles, supuestas expresiones del subconsciente y otros tantos procedimientos semejantes no añade nada sustancial al fondo y a la forma novelística. Son meras restas, no sumas. Y el arte se compone siempre de integraciones".¹⁹

—Son casi las mismas palabras que usa al juzgar el objetivismo. . .²⁰

—Felizmente no hay estiaje en todos los ríos.

—Felizmente no: fíjese usted en el Río de la Plata, en el Perú, en Colombia, en México.

—Tocante al prurito de innovación, Thornton Wilder, recién llegado a estas alturas, se vino repitiendo que él no fue un innovador sino un redescubridor de valores olvidados, *a rediscoverer of past goods*.

—Conjeturo que a la exhortación de Ezra Pound —*Make it new!*— había que añadir otra cosa.

—Acaso lo que usted decía hace muchos años: "una devoción por las normas eternas". ¿Verdad?

—Tal vez. Lástima que no dejara yo bien en claro lo que entendía y entiendo por "normas eternas" en una época de historicismo, de relativismo, como la nuestra.

—Como la de abajo, Pedro. Pero mire usted: para los buenos entendedores, pocas palabras; para los otros, ni diez volúmenes. Diga, cambiando el tema abruptamente. ¿por qué será que nos tienen en el Limbo? No somos santos ni patriarcas antiguos en espera

¹⁹ Guillermo de Torre, "Para una polémica sobre la nueva novela", *Mundo Nuevo*, abril de 1969, No. 34, pág. 85.

²⁰ Guillermo de Torre, *Historia de las literaturas de vanguardia*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1965 y el libro que reúne tres capítulos de esta obra: *Ultraísmo existencialismo y objetivismo en literatura*, (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1968), págs. 309-310.

de la Redención. (De usted yo he dicho en 1946 que era casi un santo; yo nunca lo fui, ni casi. . .) Tampoco somos antiguos. Ni hemos pasado a mejor vida antes del bautismo. . .

—Será por alguna razón, Alfonso.

—Tal vez seamos una especie de rehenes.

—¿Rehenes? No viajamos en *jet* ni nos metemos en conflictos del Cercano Oriente. Somos buenos americanos; usted sin duda lo es; yo he tratado de serlo.

—Por eso mismo: mientras no se cumpla en América, en la nuestra, lo que hemos predicado en vida, estaremos aquí, en el Limbo, que resulta más cerca de México y de Santo Domingo. Yo tengo fe en el porvenir, Alfonso.

—Eso dijo usted en 1926; han pasado cincuenta años.

—En la Eternidad, donde no hay tiempo según lo ha averiguado Borges, cincuenta años no son nada. Acaso por estar donde estamos pienso de la manera que pienso. ¿Seremos rehenes?

—Pero cincuenta años, allá abajo, Pedro, son muchos años. . .

—Paciencia, Alfonso. Paciencia. Algo muy bueno ya se ha hecho. No hay que perder la esperanza.²¹

²¹ Ver lo que sobre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes dice el citado Emilio Carilla al final de su artículo "Hacia un humanismo hispanoamericano", *Thesaurus*, Bogotá, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Tomo XX, 1965.

REALISMO, LENGUAJE Y SIGNIFICADO: REFLEXIONES SOBRE UN CUENTO DE REVUELTAS

Por *Márgara RUSSOTTO*

"El concepto abstracto de la comunicación humana es definitivamente más pobre que los pies llenos de callos del cartero que comunica entre sí a dos amantes separados por la distancia y los obstáculos sociales"

José Revueltas

Reflexiones previas

DESDE tiempos inmemorables la preocupación principal del arte ha sido cómo definirse respecto a la realidad, su relación con esta última. La realidad, sea cual fuere, de cualquier modo fuese concebida, ha representado siempre la materia prima del arte. A esta materia se le ha imitado minuciosamente, no sin una suerte de sagrado asombro ante su exuberancia; se le ha reproducido en todas sus variantes; y, finalmente —en el arte moderno— ha sufrido una especie de violación en profundidad por efecto de un ensanchamiento en los límites que tradicionalmente deslindaban el campo de lo *real* y el de lo *fantástico*. De cualquier modo, *sobre* la realidad, *desde, contra y para* ella han trabajado los artistas de todas las épocas: ya sea para celebrarla (como en el lirismo, por ejemplo) o exorcizarla o mostrarla simplemente. Se parte entonces de una premisa inmediata: todo arte auténtico es un arte realista. Todo verdadero creador expresa con los medios que le son propios una realidad, no solamente física o material sino también inapresable, subjetiva, fantástica, porque la imaginación también es real. Por lo tanto, el nivel en el cual se plantea el problema no es el general, sino el particular: ¿cuál es la realidad que imita, reproduce o viola la música? "La consagración de la Primavera" de Stravinsky ¿es una obra realista? ¿Y la "Polonesa" de Chopin?

¿Por qué para Lukács hay más realismo en la obra de Thomas Mann que en la de Kafka? Estas incógnitas apuntan a otros terrenos, los cuales es imposible ignorar. Tiempo y espacio enmarcan toda producción humana; y por otra parte, tampoco es posible ignorar la génesis especial de la producción artística a partir de un hombre determinado, no de todos, un "elegido" en la terminología romántica. De allí la utilidad de redimensionar algunos conceptos implícitos y a menudo amalgamados alrededor de la problemática del Realismo. Lejos de hacer una historia de las variadas posturas mantenidas al respecto —cosa no inútil para otros menesteres— el interesado debería iniciar una simple tarea de clarificación de algunos términos claves. Se debería comenzar con una diferencia básica: una cosa es la realidad, otra el realismo; la primera es lo dado, lo existente inmediato; la segunda es un discurso sobre lo real, una elaboración, un ángulo desde el cual se ve lo dado. A su vez, ese producto elaborado a partir de lo real (la creación artística) entra a formar parte del mismo, se suma a la realidad y la integra. Por otra parte, en ese proceso de aprehensión de una parcela de la realidad se verifica una especie de adecuación nacida de la misma naturaleza del sujeto aprehensor y de los materiales que le son propios para manifestarse: un tubo de óleo amarillo es todo lo que posee Van Gogh para darle vida a unos girasoles "artificiales" sobre lienzo neutral. Y bien, estos materiales e instrumentos integran un universo de leyes propias, porque si un tono de azul se produce espontáneamente en la naturaleza, no sucede lo mismo en un cuadro cualquiera, donde convergen además la significación onírica o simbólica y las variantes visuales que tiene el mismo sujeto aprehensor. Existe por lo tanto, además de una *realidad*, un *sujeto* que la experimenta y un *medio* que permite mostrar o expresar esa experimentación dirigiéndola nuevamente a sus orígenes: al mundo. En ese *medio* se plasma el arte, en una *forma*, un *campo* en el cual se mueven lo peculiar y operacional de un objeto artístico determinado. Se trata entonces de una *vehiculación* que se suspende en medio del proceso de producción: después de lo real, desprendido de éste, y antes de recaer en la realidad como parte integrante.

En la literatura esa *mediación* está representada por la escritura, escritura como paralización del lenguaje. Magna herramienta y arcilla de infinito poder, la escritura puede permitírsele todo, salvo la incomunicación. Todo texto literario, a despecho de los más reacios y de cierto ostracismo vigente en nuestro siglo, todavía *dice*, todavía *significa*; y si llegara a no significar, esa no-significación significaría algo. De esta manera, la máxima aspiración de la literatura es *manifestar y comunicar*.

La aparente gratuidad de la obra no es más que un momento de su existir, localizable en el proceso de gestación (en el seno de su autor) o de producción (en la confrontación de los materiales a utilizar), pero pronto superado por su posterior estado "adulto" —es decir total e integrado a la realidad— donde entra a formar parte de un contexto y donde fatalmente mantendrá un diálogo con lo existente y con lo por venir. Actualmente la fuerte inclinación de los escritores a tratar la problemática del lenguaje a partir de búsquedas diversas, muestra una conciencia del oficio tan severa como una realidad cada vez más hostil y enmarañada ante la decodificación de los múltiples códigos. Por una parte, esas búsquedas se relacionan con el lenguaje como explosión creadora, fin en sí mismo, en todo lo que tiene de subjetivo y original; por la otra, se trata de ver hacia dónde apunta ese lenguaje, mediante qué mecanismos se vuelve vehículo de comunicación entre los hombres, a través de qué relaciones objetivas. Este segundo enfoque quiere ver una razón en la literatura que no descansa en su inmanencia: el texto debe ser lanzado fuera de sus límites; y es en esta vertiente donde se sitúa este cuento de Revueltas, desde su mismo título: "El lenguaje de nadie".

Un cuento sobre el fracaso de la semántica

ESTE pequeño cuento forma parte del volumen *Dormir en Tierra*, que recoge ocho extraordinarios relatos del escritor mexicano José Revueltas. Ante la violencia de *Noche de Epifanía*, la atmósfera alucinante de la *Hermana Enemiga* y la gran sabiduría del corazón humano de *Dormir en Tierra*, *El lenguaje de nadie* parecería un cuento menor, dispuesto a pasar inadvertido entre sus mayores, casi empequeñecido por una ingenuidad y una explicitación de la escritura demasiado evidentes. En realidad, en su aparente simplicidad, allí se manifiestan concretamente las concepciones estéticas de su autor, reiteradamente defendidas en ensayos, entrevistas y en su misma incansable actividad de novelista y de teórico de la literatura. Pocas veces, en la literatura latinoamericana, se ha dado una simbiosis tan importante entre creación y reflexión teórica sobre la misma como sucede en este autor. Su crítica, incluso a los mismos personajes que él forja (*Los errores*), señala un abierto camino, un interés, por la comprensión cabal y la explicación oportuna del trabajo literario y del arte en general —tantas veces elevado a misterio incognoscible— sin minimizarlo por ello; un interés por la *significación*. La ficción temática del *Lenguaje de nadie* realiza exitosamente esa intención significativa tan característica de Revueltas.

Se trata efectivamente de una historia simple: un pobre peón, Carmelo, pide a su ama, Doña Aquilina, que le ceda un pedazo de tierra completamente estéril e inútil para el cultivo. Para esa petición, Carmelo se basa en el hecho de que esa tierra, siendo absolutamente árida, no reporta ningún beneficio a su dueña, mientras que para él, el más pobre entre los pobres, "cualquier cosa es buena". Doña Aquilina, sin embargo, se la niega abiertamente. En realidad, ella teje un plan bien preciso: a su muerte le dejará a Carmelo *todas* las tierras y propiedades en venganza para con sus parientes, a los cuales odia y quienes esperan su muerte ansiosamente. Cuando llega una epidemia de tífus, —cuya primera víctima había sido Prudenciana, mujer de Carmelo— también doña Aquilina enferma. Carmelo, al verla abandonada por todos y creyendo que estaba muerta, la entierra acompañado de un mudo, casi monstruoso, llamado Tiliches. Desde la tumba, Doña Aquilina despierta y empieza a gritar, pero la superstición y el miedo alejan a Carmelo rápidamente del cementerio. Es así como es acusado de homicidio y la ley, al anular el testamento, devuelve todos los bienes a los parientes.

Esta anécdota simple, esconde en su proceso toda una reflexión sobre el lenguaje que van desarrollando, tanto en su expresión como en su silencio, los personajes del relato.

Ello puede mostrarse claramente al desglosar el relato en las cuatro secuencias mayores o haces de secuencias significativas, que nombraremos de la siguiente manera:

1. *Epidemia*. El primer sintagma muestra una explicitación motivacional tan evidente que el lector es introducido de inmediato en el primer nivel de significación: la pobreza y la indiferencia hacia la pobreza. La muerte como un hecho natural que se hace cotidiano en la vida de los pobres. La resignación, la aceptación de un estado de existencia inferior. En esta secuencia se incluye la muerte doble: perro y Prudenciana.

2. *Entierro de Prudenciana*. Esta secuencia está repetidamente fraccionada y está protagonizada por Tiliches y Carmelo, quienes pertenecen a una misma clase social; aquí se representa la trilogía muerte-pobreza-alcohol, como expresión de un presente sin esperanzas.

3. *La tierra*. Esta gran secuencia, o matriz, agrupa a su alrededor la acción de todos los actuantes, representa el blanco donde convergen las miradas más diversas y es el motivo principal del texto. Estas miradas obedecen a funciones y a intereses tan opuestos que parecen ejercer acción especial sobre la tierra, metamorfoseándola según la ambición de cada quien. Así se vuelve *esperanza* en

la vida de Carmelo, en *venganza* según el plan de Aquilina —y por ende en *poder*— (la dueña), y en *humillación*, en un primer momento: en la negativa de entregársela a los parientes, para estos últimos. De hecho, el texto no aporta ningún informe, ninguna descripción de la tierra, ella no está "presentada" sino que nos viene dada indirectamente, a través de los anhelos y deseos de los personajes, quienes la plasman con tal fuerza que son capaces de elevarla a un primer plano, de levantarla desde su oscuro escondite en el corazón de cada uno, a pesar del silencio del narrador, ante la vista del lector, con inusitado poder.

La habilidad del narrador, sin embargo, permite mostrar esta especie de "ritornello" en una composición que posee la misma factura de una fuga, debido a la repetición del tema mediante tonos diferentes que modifican constantemente la secuencia; así, la esperanza se pierde, la venganza se frustra y los poderosos siguen satisfaciendo sus ambiciones. Esta gran movilidad y flexibilidad produce el mismo efecto que el de una serpiente enroscándose y desenroscándose sobre sí misma, lentamente, mientras muestra sobre su piel la formación y deformación paulatina de arabescos de luz y sombra, proyectados por las hojas. Pero, independientemente de los efectos estéticos, estos rasgos son posibles gracias a un tratamiento técnico del narrador, el cual, situado en la omnisciencia, posibilita la diversificación del punto de vista, no de manera explícita sino mediante un manejo de los acontecimientos que permite su libre curso, su no confrontación. En efecto, la única ruptura abrupta se verifica en la secuencia del *Juicio*, donde el "desenrosque natural" se paraliza un instante ante el asombro de Carmelo. El Narrador apersonal y omnisciente también puede ocasionar la ruptura del tiempo cronológico: los hechos son contados con absoluta libertad, se adelanta y retrocede en los años, e incluso —al paralizarse en un punto de esa inversión— surge una historia dentro de otra historia (la secuencia de los parientes).

La tierra presenta dos secuencias: *petición* (de Carmelo) y *negación* (de Aquilina), junto a la primera reflexión del peón sobre la dificultad de comunicación entre él y su ama. La *negación*, a manera de espiral, produce una secuencia: *Aquilina*, que se independiza y se fracciona en:

- descripción del personaje
- los parientes (venganza)
- doble muerte de Aquilina < aparente
real

4. *El juicio*. Finalmente, aquí, la variedad de los puntos de vista deja su aspecto neutral, inofensivo, para hacerse solidario del peón. Pero lo que interesa señalar, en este caso, es que la parcialización de significación (una especie de tajo vertical del texto) no depende de la "intervención" del narrador, ni de un uso especial del punto de vista por ejemplo, sino que es establecida desde fuera, desde la *lectura*. El factor externo: el lector, contribuye —siguiendo una línea de acontecimientos que se le plantean— a interpretar y enriquecer una forma que aparentemente se presenta sin matiz, absolutamente imparcial; y es el código cultural que maneja el lector, la tradición de lecturas, lo que permite ese fenómeno. Esta es la razón por la cual una crítica literaria debería revalorizar la función creadora de la lectura y considerarla como un punto de apoyo para el análisis. Si el lector ve el texto desde sus categorías, su mirada determinará en gran parte la tendencia significativa del mismo (en el siglo XVI la histeria era una posesión demoníaca, en el siglo XX una perturbación físico-psíquica). La forma, entonces, tampoco se agota en el mensaje emitido sino que se completa solamente en manos del receptor.

Las secuencias que forman este haz de significaciones mayores, reunidas bajo el título *juicio*, pueden resumirse en:

- * relato de Carmelo (muerte real de Aquilina)
- * pérdida de la herencia
- * reflexiones de Carmelo.

HECHO este desmontaje, vemos que el orden de aparición progresivo de los elementos del relato obedece a una constante oposición entre dos niveles: Carmelo-Tiliches versus Aquilina-parientes-juez. Es decir, se quiere ratificar la oposición clásica entre pobres y ricos mediante una técnica de presentación contrastante que muestra un elemento determinado, e inmediatamente después otro elemento que se le opone. Aquí el orden de los factores sí alteraría el producto, de allí que la secuencia de extrema pobreza del entierro de Prudenciana va seguida de una descripción de Doña Aquilina y sus parientes en el comedor de la hacienda, para luego volver, por ejemplo, a un gruñido del Tiliches ante la tumba de Prudenciana y su deseo de aguardiente, y otra vez doña Aquilina, y así sucesivamente.

Cada personaje es presentado en función de su opuesto: el representante de cada clase social se opone abruptamente al de otra clase, y esta separación se va haciendo cada vez más dramática a

medida que avanza el relato. Es esta especie de subibaja, o de alternancia secuencial, lo que permite detectar dos extremos comunicables, y una zona intermedia que sirve de basamento a la estructura real del texto y que principalmente se refiere a la Epidemia-entierro. Esta última representa lo estable, lo normal, la parcela de la realidad que ha seleccionado el narrador para someterla a nuestros ojos y elaborar lo demás a partir de esa premisa. En este caso lo habitual, lo establecido, *de lo que se va a hablar es: pobreza*, sinónimo de enfermedad, ignorancia, incomunicación. La convención literaria entonces nos exige aceptar unas reglas sin las cuales sería imposible establecer nexo alguno, nos exige que aceptemos el hecho de que

La gran epidemia de tifo que asoló de modo tan cruel a la región tuvo un origen muy humilde, lo que sin duda fue causa de que nadie en la hacienda le concediera la menor importancia, mirando aquello como un suceso habitual e intrascendente.

Si no participamos de este juego y no podemos sentirlo propio, ple-garnos, entregarnos a la seducción de una propuesta antes de saber si es cierta o falsa (o lo que es lo mismo, real o no), no podemos empezar la lectura, no hemos entrado todavía en el mundo de lo literario. Ninguna medida de verosimilitud, ningún realismo —por servil que sea (o precisamente por ser servil)— podrá escapar a esta "independencia" del arte, del placer estético; y ya así lo expresaba Revueltas —aunque con palabras distintas— cuando nos recordaba que el arte no puede resumirse a necesidades inmediatas puesto que, a pesar de ser un producto social e histórico, su contenido altamente humano se eleva por encima de las contingencias momentáneas.

El paso de esta primera propuesta a la siguiente, lo que permite la continuación del proceso textual, exige dos posturas como requisito fundamental:

- a) "las desgracias de los pobres son tan habituales que nadie les hace caso" (en cuanto al referente);
- b) "te cuento lo real como si fuese fantástico para que lo creas" (en cuanto al discurso sobre ese referente).

En el primer caso el realismo referencial de la premisa es evidente, aunque generalizador. En el segundo, todo depende del grado de acercamiento que existe entre autor y lector; es decir, del código cultural y simbólico que maneja cada uno. Si una leyenda china es leída por un experto sinólogo, su radio de significaciones que-

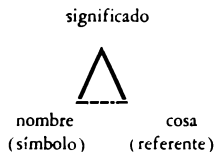
da ampliado, su sabor será mucho más rico que el que pueda experimentar la lectura de un joven poco ducho en tradiciones orientales, por ejemplo.

Igualmente existe en el relato, al lado de la zona base, otra zona amplísima que ocupa el lugar intermedio de la *aspiración*, el *deseo*, que incita y se extiende hasta los extremos de esos picos ricos-pobres, cuyas posiciones son tan alejadas que no pueden verse (es decir, comunicarse). Ya hemos hablado de la importancia de esta macro-secuencia *La Tierra*, aunque no está de más añadir que siendo el objeto de la contienda es un elemento pasivo, casi flotante, y subrepticamente está siempre presente.

En los extremos de esos picos la separación es casi inconmensurable: Tiliches, por ejemplo, se sitúa en el polo ínfimo de una sub-cultura, completamente *mudo* e idiota, carece absolutamente de lenguaje incluso elemental y está aún más abajo que Carmelo, quien con su ingenuidad todavía trata de hacerse entender y de penetrar esa zona de prestigio social y cultural, donde funcionan valores y *lenguas* ignoradas por la zona inferior.

Las reflexiones sobre el lenguaje se sitúan precisamente en esos "picos", donde la ruptura se hace más profunda, y donde la significación: o no se precisa o está interferida por la "distancia" —social— entre el emisor y el receptor.

Si la semántica, como dice Richards y Ogden, puede representarse con este triángulo



entre los personajes del relato, la *cosa* cambia sensiblemente y apunta a direcciones diversas. El lenguaje, entonces, no se presenta como un vehículo universal, sino como producto de interrelaciones de carácter social, lo cual ya había establecido debidamente la sociolingüística. El texto comienza precisamente proponiendo una ley general que resulta comprobada en lo particular; y de este método se deduce, por efectos de una fragmentación socio-cultural basada en una división de clases, que también el lenguaje fracciona su poder y se adecúa a estas necesidades, perdiendo la facultad universalizadora de comunicación. Esta barrera invisible hace consciente a Carmelo de su inferioridad respecto a Aquilina y de su semejanza con Tiliches.

Con el Tiliches sí era posible entenderse, pese a estar sordo y mudo, pero tan sólo porque los dos hablaban el lenguaje de nadie.

"Nadie" son los ignorantes, los desposeídos, campesinos y obreros que pueblan América, representantes de esa clase constantemente engañada y mantenida en la ignorancia, y a la cual le está vedado hasta el derecho a la expresión. Aquí también ocurre una desemanantización del morfema "nadie" al apuntar precisamente a toda una clase social.

Sin embargo, basta que la interferencia se produzca en uno de los polos del mensaje, para que el otro sea igualmente afectado por la deformación. En efecto, la clase dominante, a pesar de sus recursos lingüísticos, también balbucea, también ha perdido la fuerza de significar con justeza, con razón. De allí que Aquilina *calla* (puesto que esconde su proyecto de venganza) relacionándose así directamente con el Tiliches, tal como Carmelo con su *mal-hablar* está en perfecta correspondencia con el juez.

Es así cómo en la relación Aquilina-Carmelo, el esquema Petición vs. Negación en el plano lingüístico, se resuelve en 'Concesión' en el plano intencional; de la misma manera como Petición vs. Negación en la secuencia de los parientes se resuelve en 'Obtención' en el plano real.

LA comunicación humana, parcializada, restringida a un problema determinado, es la reflexión básica del relato, y se manifiesta en dos planos:

- 1) en cuanto a la historia: el lenguaje es absolutamente inútil como medio de comunicación entre los hombres; no vehicula el pensamiento sino que lo encubre y enmaraña; pertenece además a una clase privilegiada que lo detenta, separada de otra que aparentemente lo imita; no hay por tanto entendimiento posible;
- 2) en cuanto al discurso: el lenguaje utilizado cumple a la perfección la tarea encomendada por el narrador; es decir la descripción de una situación determinada, la denuncia del planteamiento 1.

Ahora bien, si el texto atestigua lo contrario de lo que propone, en el sentido de que es capaz de "comunicar" la "incomunicación del lenguaje", es porque existe una oposición entre el texto y el referente; y esta oposición nace de la misma naturaleza de la literatura: su artificialidad (su ser mediación) la obliga a dar innume-

rables rodeos, buscar caminos subterráneos o aéreos, quebrarse, estirarse, para obtener aquello que en lo real se da en la perfecta inmediatez. Y es en ese movimiento de adecuación donde logra forjarse a sí misma, ella sola, a su vez, como realidad plena y absoluta.

Sin embargo, esta aparente antinomia entre los fines que persigue el texto y los medios de los cuales dispone, es superada, en este relato, gracias a una abierta racionalización de la escritura, gracias a su intención significativa más que de estallido existencial volcado en palabras. Revueltas pone decididamente su escritura a la orden de un propósito claro y además consciente; y tal como existen artistas cuyas obras sobrepasan —en mucho o en menos— sus intenciones, también hay otros —no menos artistas— cuyas intenciones son templadas, dominadas, y van paralelas a la obra. Algunas veces se le ha reprochado a Revueltas su tendencia a disquisiciones teóricas e ideológicas que alejan del interés y estorban la fluidez del relato. Sin duda, este reproche responde a una determinada concepción de la literatura que, siempre que no sea excluyente, no tiene nada de ilícito; pero que sí puede resultar peligrosa cuando pretende establecer un juego de ocultismo donde lo que importa es cierta habilidad malabarística capaz de despistar a la crítica más inteligente (juego éste que en última instancia corresponde al escritor decidir si establecerlo o no); por otra parte, no sería válido limitar la función de la literatura a su aspecto de "divertimiento" puesto que se estaría mutilando su otro aspecto (tan importante como el primero): su ser discursivo, elaborador de conceptos, revelador y no encubridor de enseñanzas, porción ésta muy elevada en la historia de la literatura universal. O más bien, tiende a un purismo de los géneros (la novela es una cosa y el ensayo otra) y a un deseo de no mezclar lo existencial con las reflexiones intelectuales del autor; sin embargo, en esas largas páginas de planteamientos ideológicos, reside precisamente el mayor placer —para muchos lectores— de *La Condición Humana* de Malraux, por ejemplo, incluso más que en la mera presencia de los personajes, bastante limitados a su propia psicología. Después de todo la literatura no nace con el Estructuralismo (bien entendido), y además del postulado barthesiano "a menor significación, mayor placer", existe otro que dice "a mayor significación, mayor implicación", es decir: menor ambigüedad y mayores riesgos, naturalmente.

El paralelismo que puede existir entre el mundo y un discurso sobre el mundo, no solamente atañe al contenido de ese discurso: *lo que dice*, sino también a la forma: *cómo lo dice*. En este "cómo" se asienta casi toda la crítica literaria contemporánea que discierne el estilo, el narrador, los tpos que se manejan, el tiempo que transcurre, etc.

Apunta a este *cómo*, por ejemplo, el enfoque particularizador del habla de Carmelo: casi toda la descripción de este personaje se lleva a cabo mediante diálogos o reflexiones. Su presencia se manifiesta precisamente al hablar en una *forma* que responde a una clase social; de allí la abundancia de mexicanismos y giros típicos de la norma popular: haiga, terquearle, güeno, pior, abajísimo que mero, aluego, risadas, quedría, pa'hacer, ni modo, manque, malacabo, nomás, a la mejor, etc. Esta forma, armonizando pensamiento y expresión, se manifiesta también en las reflexiones de Carmelo, pero aquí es ayudado —tanto en lo conceptual como en el lenguaje— por el narrador, quien, como participante, lo acompaña en ese continuo fracaso de la lengua. De esta manera tenemos dos versiones de Carmelo: el *autónomo* y aquel *interferido* por el narrador,

autonomía del personaje	→	"es que para mí es güeno hasta lo más pior, doña Quilina --dijo"
-------------------------------	---	--

interferen- cia del narrador	→	"Carmelo llegó a estar seguro de que lo que él trataba de expresar se le imaginaba estar dicho tal como le salía de los labios, pero que esto no era sino una apariencia, una figuración suya y que, en realidad, el demonio en persona cambiaba el significado de sus palabras y aquello que doña Aquilina escuchaba era precisamente lo contrario de lo que Carmelo se había propuesto decir".
------------------------------------	---	--

autonomía del personaje	→	"Si no, por qué aluego, esas risadas de doña Quilina cada vez que hablo? —pensaba Carmelo".
-------------------------------	---	---

En general, la escritura de Hemingway jamás se permitió acompañar de la mano con semejante solicitud a un personaje dado; sin embargo en *El viejo y el mar*, la presencia del narrador era mucho más importante.

De allí que los medios para lograr un mayor efecto de verosimilitud son variados y a menudo dependen de la cosmovisión del autor, de sus propias búsquedas en el arte, del momento en que se encuentra la evolución de la literatura. En *El lenguaje de nadie*, el relato es considerado ante todo como lo que es: un cuento; no tiene pretensiones de ruptura con esa tradición donde, si bien el narrador no debe interferir en los hechos que relata, es sin embargo de importancia fundamental en el *placer* que produce su cuento y

en la *verdad del mensaje* que emite. El puede explicar, retardar, comentar, acallar, suspender; es decir, se toma la libertad de usar informaciones, catálisis, microsecuencias, indicios, etc., además del núcleo evidente. En la literatura oral, además, puede gesticular, abrir o cerrar los ojos, olvidar una palabra y sustituirla por otra, re-crear la historia de acuerdo al nivel del oyente, etc.

En efecto, el primer sintagma del relato equivale perfectamente a la enunciación básica "había una vez", donde reside toda la carga convencional, y se enlaza a esa tradición de relatos y personajes del pueblo, algunos demasiado tontos y otros demasiado vivos, que arranca desde la literatura petrarquesca de 1300.

EL realismo de este texto, por lo tanto, y tal como hemos ido comprobando paulatinamente, no está en el tratamiento del texto que es absolutamente convencional, sino en su relación con el referente. El discurso sobre la realidad se hace a partir de un caso particular (el de Carmelo) situado en una cultura y en un tiempo determinado, cuya fidelidad radica sustancialmente en los hechos y en sus connotaciones; es decir, en los siguientes planteamientos:

1. existencia conflictiva de clases sociales distintas;
2. lenguaje como producto social;
3. pérdida o desdibujamiento del Significado por factores materiales (y no metafísicos);
4. consecuencias lógicas de estas premisas.

La fidelidad a este planteamiento es tan cuidada que el narrador no se permite la más ligera simpatía por los representantes de la misma clase oprimida (Carmelo y Tiliches), no los idealiza:

Suspiró (Carmelo). A estas horas el Tiliches ya estaría borracho, naturalmente. Cuando se lo encontrara le iba a dar su buena entrada de golpes, como era la costumbre cuando cualquiera se topaba con él en ese estado.

Aquí se plasma exitosamente la posición teórica de Revueltas respecto a sus personajes: ellos, como materiales del trabajo artístico, están determinados por una tendencia objetiva que le es propia; el realismo de una obra entonces está en descubrir esas determinaciones y tendencias que no son aparentes en dichos materiales, antes y en el momento de organizarlos. La unidad entre esa tendencia *objetiva* de la cosa y la actitud *subjetiva* del pensamiento es lo que

garantiza una verdadera praxis, es lo que hace que el trabajo literario, como proceso de transformación, halle, dentro de su especificidad, la máxima verosimilitud.

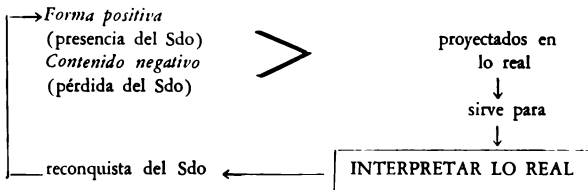
Ello no impide, sin embargo, cierto secreto y humano regocijo:

Pero algo vago, sombrío, enternecedor, lo embriagaba con la idea de que aquella tierra le había pertenecido en alguna forma, de algún modo y en algún tiempo, de los que nada podría saberse nunca, porque él no tuvo la ocurrencia de pararse a escuchar lo que quiso decirle la difuntita, desde el más allá, al golpear dentro de su cajón cuando la enterraba.

ante la constatación de que la ignorancia mantenida por la dominación será la misma que se volcará en contra de los dominadores.

Situar el realismo solamente en el referente, es válido si tomamos como modelo de técnica "realista" aquella que responde a unos postulados determinados de elaboración formal —satélites de una teoría vanguardista de la literatura— los cuales aspiran a una mayor igualdad con lo existente. Pero si aceptamos una acepción de la literatura menos moderna, recordaremos que ella ha sido posibilidad de "contar", de no aspirar sino a la referencia y a la representación, fortaleciendo sus fronteras para hacer aún más seguro el campo que domina, para ser "ficción", sueño, engaño de la realidad, juego, recreación "irrealidad". Esta segunda visión fortalece naturalmente la fe en la historia y en los hombres, porque deslinda perfectamente el campo real de lo no-real, sin posibilidad alguna de contaminación; se conecta por lo tanto a una realidad de leyes ordenadas, a un pensamiento que pone cada cosa en su lugar, a la posibilidad, entonces, de "interpretar", cosa trágicamente prohibida al absurdo; su contentamiento en "fabular" se basa en una comprensión del vivir, en la detención todavía segura del significado.

Es ésta la acepción que se siente en la *forma* del *Lenguaje de nadie*, a pesar de que esta forma, como ya dijimos, niega el contenido; pero este último, transpuesto al referente, vuelve a su vez a reafirmar la forma. De esta manera:



Queremos decir que en la totalidad texto-referente hay un tratamiento dialéctico capaz de englobar un universo auténtico mediante una oposición y a partir de un enfoque particular que descubre y respeta las tendencias *reales*, aunque no aparentes, del material literario. Y en esta capacidad resolutoria de la realidad, en esta fe en lo real, en esta impermeabilidad de lo absurdo (lo real siempre es racional), reside lo que Revueltas llamó el *Realismo dialéctico*: verdadero instrumento y método de la auténtica apropiación de la realidad mediante el arte.

BIBLIOGRAFIA

- José Revueltas, *Dormir en Tierra*, México, Universidad Veracruzana, 1960.
—, *El apando*, México, ed. Era, 1974.
—, *El conocimiento cinematográfico y sus problemas*, México, Universidad Autónoma de México, 1965.
—, *Obra literaria*, México, Empresas Editoriales, S. A., 1967.
Stephen Ullmann, *Semántica*, Madrid, ed. Aguilar, 1972.
—, *Lenguaje y Estilo*, Madrid, ed. Aguilar, 1973.
Varios autores, *Lo verosímil*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo (Comunicaciones), 1970.
Varios autores, *Los narradores ante el público*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1967.

ANTOLOGIA CRITICA DE LA PROSA MODERNISTA HISPANO-AMERICANA*

POCAS veces una antología cumple una misión tan amplia y bien fundamentada como ésta que acaban de publicar los distinguidos profesores José Olivio Jiménez y Antonio Radamés de la Campa, de la City University of New York. El Profesor Jiménez es ya harto conocido y ha cimentado una excelente reputación desde la publicación de su primer libro de crítica literaria: *Cinco Poetas del Tiempo* en Madrid en 1964. Y el profesor de la Campa actualmente trabaja en una extensa investigación de algunos aspectos de la literatura cubana que próximamente dará a conocer.

La antología que estos profesores han preparado es sumamente valiosa. Las razones que fundamentan este juicio son: a) la introducción, b) la clasificación de los textos incluidos, c) la selección de los mismos, d) la nómina de autores, y e) la bibliografía. Veamos cada uno de estos aspectos.

a) *Introducción*: Aun sin los textos que integran esta antología la sola *Introducción* que le sirve de prólogo sería suficiente para justificar la publicación y la lectura de este libro. Presenta una visión crítica profunda de lo que el modernismo en realidad fue como movimiento literario, despejando muchos de los malos entendidos que aún existen acerca de su filosofía, su técnica y sus modos. Y destaca con precisión y hondura —como hasta ahora no se había hecho— lo que representó la prosa modernista. Pues todos sabemos cómo la melodía y el ritmo que el modernismo logró en el verso oscureció con su esplendor mucho de lo más sustantivo de este movimiento.

La introducción que se comenta viene asistida de un profundo saber literario no sólo de las literaturas nacionales hispanoamericanas sino también de la española, así como de un serio conocimiento de las literaturas europeas que con el modernismo tuvieron algún tipo de contacto. Y debe añadirse que pocas veces la filosofía sobre que descansa este movimiento ha sido pensada y expresada con más profundidad, claridad, erudición, y aun belleza, en muchas ocasiones. Realmente esta introducción es un excelente ensayo literario y así merece destacarse.

b) *Clasificación*: La clasificación de los textos incluidos a algunos parecerá discutible. Los mismos autores se dan cuenta de ello al afirmar: "aquellos escritores atacaron la prosa desde las mismas premisas con que

* Edición de Torres Library of Literary Studies. Eliseo Torres & Sons. New York, 1976.

se acercaron al verso", (pág. 17) para decir más adelante: "El resultado natural fue barrenar con brío las fronteras entre los géneros tradicionales y fundir en un solo nivel, lírico y experimental, las formas hasta entonces contrarias del discurso poético y el discurso de la prosa." Por eso: "Si en la presentación del material seleccionado esta antología aun mantiene la división genérica, es precisamente, aunque por vía oblicua, con un deliberado propósito didáctico." (pág. 17).

Así es. El libro se divide en cuatro secciones: el *ensayo*, la *crónica*, el *cuento y poema en prosa y la prosa poética*. Como es de suponer la exacta división entre uno y otro de los géneros incluidos es sumamente imprecisa y sólo por una especial agudeza en el análisis y en los motivos puede lograrse. Pero los autores han salido con éxito de esa encrucijada de caminos. Y nunca han perdido de vista su propósito fundamental: destacar la suma importancia de la prosa modernista para el entendimiento más cabal no sólo del modernismo sino de toda la literatura hispánica del siglo xx que, en algún modo, debe mucho de sus logros a uno y otro lado del Atlántico, a la renovación y ampliación de la atmósfera y estilo literarios que este movimiento trajo consigo, incluso como reacción contraria a sus postulados. Lo único que lamenta quien escribe esta reseña es que no se haya incluido también una sección dedicada a la crítica literaria. Los autores modernistas más destacados la ejercieron y muchas veces con singular acierto. Baste citar *Los Raros*, de Darío, o algunas crónicas de Martí, Gómez Carrillo o Julián del Casal. Pero me doy cuenta de que esto hubiera extendido el libro en demasía.

c) *La selección de los textos*. No ha podido ser más afortunada. No sólo por la importancia de los autores seleccionados sino también por los textos escogidos entre la profusa y extensa producción de muchos de ellos, digamos Martí, Darío o Gutiérrez Nájera. En todo caso, la selección ha estado regida por el valor representativo del texto, por su belleza literaria y por su engarce dentro del proceso del movimiento. Y han tenido el acierto en la mayor parte de los casos de elegir piezas cortas que facilitan la lectura además de hacerla atractiva. Y esto al punto que puede decirse de este libro que no sólo será interesante para los entendidos sino que aun el lector medio de toda Hispanoamérica podrá disfrutarlo a pesar de la carencia de una preparación profesional. Y esto es mucho. El criterio para la selección —ya se ha dicho— ha sido una norma de calidad. Se ha rehuido así, con éxito, el escollo de lo manido y fácil, pero retórico, que muchas veces ha malogrado lo mejor del Modernismo.

d) *Los Autores*. Representan lo más destacado del movimiento. Gente puntillosa podrá argüir que faltan algunos nombres y que otros se presentan en demasía. Es posible. No hay duda que habrá quien halle motivo de crítica en la inclusión de demasiados textos de José Martí, por ejemplo. Y habrá aun quien lo achaque a la nacionalidad de los autores. Pura especulación carente de base. Los entendidos saben lo que Martí representó

dentro de la prosa modernista y cómo fue basado en esto que el máximo "leader" del movimiento —Rubén Darío— pudo llamarlo "maestro".

Los autores incluidos no se han distribuido por países. Casi imposible dado el propósito de los seleccionadores. Pues ellos mismos explican cómo el "criterio extensivo hubiera sido no solamente legítimo, sino de gran utilidad; pero creemos que al centrarnos en los creadores significativos se ha propiciado así una ilustración en profundidad del nivel más alto alcanzado por esta modalidad expresiva en Hispanoamérica". Y más adelante añaden que su pauta ha sido "ofrecer lo más representativo y logrado, a la vez que evitar la reproducción una vez más de las piezas que continuamente recogen los esfuerzos antológicos más asequibles en el mercado literario." (Pág. 36).

De todas maneras la nómina incluida es muy extensa. Hay textos de Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí, Rubén Darío, José Asunción Silva, Darío Herrera, Carlos Reyles, Julio Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, José Enrique Rodó, Enrique Gómez Carrillo, Luis G. Urbina, Manuel Díaz Rodríguez, Alejandro Korn, Rufino Blanco-Fombona, Julián del Casal, Amado Nervo, José Juan Tablada, Ricardo Jaimes Freyre, Clemente Palma, Leopoldo Lugones, Enrique Larreta, Alberto Gerchunoff.

Como se ve la nómina no es sólo representativa sino también extensa y cubre prácticamente todo el continente. Además, hay que señalar el cuidado y aun el espíritu de servicio que han puesto los autores en la selección de muchos de los textos, inasequibles hoy a la mayoría por falta de ediciones críticas de los mismos. Esto es un valor que no debe pasarse por alto puesto que representa gran esfuerzo y dedicación, además de una generosidad profesional no muy frecuente.

e) *La bibliografía.* Es uno de los méritos sustantivos del libro. Contiene no sólo una bibliografía general extensa y muy bien seleccionada, sino bibliografías específicas sobre los géneros y los autores. Además hay un bien cuidado índice de autores y un índice general.

Unas palabras sobre la edición. Está hecha con gran cuidado y esmero. Además, el libro es manuable, grato y fácil de leer. La carátula, sencilla, es de buen gusto. No se necesita más en un libro.

Para finalizar, el libro comentado es una excelente guía que prestará un buen servicio a los profesores de Literatura Hispanoamericana. Además, es una excelente introducción para invitar a la lectura de los distintos escritores de América que están incluidos en la antología y puede atraer —como ya se ha dicho— a los lectores no especializados garantizando así un buen mercado.

Los profesores Jiménez y de la Campa pueden estar satisfechos del trabajo que han presentado a la consideración del público de Hispanoamérica y España.

RELATO DE LA UTOPIA¹

ALEJADO de la controvertible crítica marxista, que juzga el arte como reflejo de las relaciones de producción; de la teoría de las generaciones, caracterizada por una relación intrínseca de autores dentro de un ordenamiento cronológico; y de la tesis de las escuelas literarias siempre imprecisas y versátiles, Julio Ortega analiza en *Relato de la utopía*, de un modo independiente y directo, las obras narrativas que en alguna forma tienen que ver con la revolución cubana. El método que rige su investigación es el estructuralismo contemporáneo.

En la presente nota, por no tener a mano algunos de los textos de autores jóvenes que cita Ortega, tan sólo examinaremos sus opiniones sobre Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante y José Lezama Lima, novelistas heterodoxos que, dentro de rumbos propios personales, coinciden en una misma meta: violar las más sagradas prohibiciones de nuestro tiempo.

La comprensión cabal de lo que es una obra literaria, lleva al autor a aciertos que van desde considerar novedosamente la palabra utopía —entendida como unidad de crítica y deseo, sueño y lucidez de una realidad— hasta señalar paralelos entre *El siglo de las Luces* de Carpentier y *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez (también pudo mencionar a Valle Inclán y sus esperpentos); hallar afinidades entre el "vértigo hablado" de Lezama Lima y Borges y Novalis; o reducir la bienintencionada avalancha de escritores revolucionarios cubanos a tan sólo ocho nombres: Virgilio Piñera, Onelio Jorge Cardoso, Jesús Díaz, Severo Sarduy, Antonio Benítez, Reynaldo González, Norberto Fuentes y Reynaldo Arenas.

Por lo que toca a *Tres tristes tigres*, Ortega afirma certeramente que el juego es la perspectiva de la novela, que es su desarrollo y su unidad: divertido intento de desdibujar los esquemas tradicionales de la novela dentro de un exaltado barroquismo. En cambio, no creemos que pueda vincularse *Tres tristes tigres* y sus evidentes huellas de Lewis Carroll y de Joyce —Anderson Imbert menciona la influencia de Faulkner— con la estética del autor de *El Aleph* en "su significación global de los mínimos episodios". No aceptamos, pues, como asegura Julio Ortega, que "Cabrera Infante es una suerte de Borges sacudido por la risa y el calor". En verdad, nos resulta difícil imaginar al asceta Borges en un *show* de El Tropicana, en medio de charlas ambiguas, de retruécanos, manipulaciones fonéticas y juegos movedizos del lenguaje.

¹ Madrid, 1976.

Más que de un autor o de un grupo de autores, en *Tres tristes tigres* advertimos el influjo de una atmósfera, de un clima tan antagónico al miniaturismo esteticista de Borges como al tema "proletario" o "antimperialista". Un clima lingüístico de ritmos que semejan un jazz cubanizado que toma lo más novedoso de la técnica cinematográfica, jamás presente en los cuentos borgianos.

También debemos disentir de algunos juicios de Ortega en el capítulo "Sobre *El siglo de las Luces* de Alejo Carpentier". No convertimos en tema de discusión la obsesiva referencia a Borges, quien esta vez resulta un *sui generis* precursor de "las novelas hispanoamericanas que asumen críticamente el tema de la historia", al lado de García Márquez y Reynaldo Arenas (*El mundo alucinante*). Creemos que Borges no está implicado en estos antecedentes y por cierto no es difícil mencionar nombres que de lleno y sin objeciones puedan adscribirse a la novela histórica, si nos atenemos a las definiciones de Alfonso Reyes en *El deslinde* (México, 1944).

Pero dejemos de lado estas tentaciones eruditas y adentrémonos en el meollo de los juicios críticos de Ortega sobre *El siglo de las Luces*, novela "que no rehusa el riesgo del desencanto". Desencanto ante la ausencia de una justificación de la autoridad por medio de la libre expresión de la voluntad del pueblo, que se hace patente cuando Esteban y Sofía se confunden con la multitud el 2 de mayo de 1808, para luchar no solamente contra el poder napoleónico sino, en lo más recóndito, contra Víctor Hugues y sus sortilegios de engañoso visionario. El jacobinismo que acaba en bonapartismo, el encubrimiento de aquellos que medran al amparo de la revolución con una rapidez que tiene mucho de premiosa y mucho más de enfermiza; la inadecuación entre las acciones revolucionarias de la metrópoli y las colonias. En suma, el *corsi y ricorsi* que se advierte incluso en revoluciones más recientes, hace pensar a Ortega —antes ya lo había insinuado Emir Rodríguez Monegal— que la reversibilidad del tiempo y su naturaleza cíclica se hallan implícitas en la obra de Carpentier. No otra cosa se desprende del ya mencionado sacrificio de Esteban y Sofía, participación extrema y final que comienza —o se reinicia— en una dirección opuesta. En suma, un péndulo cuya oscilación monótona y sin término sólo acarrea desilusiones del mismo cuño para todos.

Verídico es el juicio de Ortega sobre *Paradiso* de Lezama Lima, cuando dice que esta novela sitúa la experiencia personal de un proceso formativo para asumirla como poética dentro de la realidad conjugada por el encantamiento verbal. En suma, la poesía —es decir las imágenes— como método de conocimiento y reconocimiento, como conformación de un argumento, como desborde estilístico y elemento único e insustituible. En este aspecto —aunque tampoco estrictamente— sí coincidimos con el autor de *Relato de la utopía* en cuanto al paralelo que, como era de esperarse, establece entre Borges y Lezama Lima. A ambos "se les lee para siempre: no se puede

hablar de 'relecturas' a propósito de una lectura continua, que recupera en cada página todos sus libros".

Pero la discordia aparece cuando pasamos del encantamiento verbal a la esencia de las obras de Lezama y de Borges. El fundamento cristiano, la trascendencia poética, la plenitud ontológica que culmina en una resurrección, como lo reconoce el propio Ortega, conforman la unidad profunda de *Paradiso*: "la imagen final, que recupera a la primera imagen, recupera también la muerte de Oppiano Licario y a través de él incorpora simbólicamente las anteriores muertes". Casi no es necesario decir que Borges se sitúa en un plano ideológico radicalmente opuesto.

De paso, subrayemos que resulta sorprendente que en este hurgar minucioso en el argumento y sobre todo en el lenguaje de *Paradiso*, que para Ortega participa no sólo de las fórmulas y los riesgos del romanticismo alemán, sino también de la estética medieval y de sus correlaciones cabalísticas, el autor no haga una confrontación de la obra con la estética marxista. Aunque no lo dice claramente, sospechamos que Ortega considera que *Paradiso* —al igual que *El siglo de las luces*— no es una novela "revolucionaria" o "reaccionaria" ideológicamente, sino una obra básicamente "ambigua". Para nosotros es en esencia revolucionaria por la fijeza con que llena el vacío de un ayer desaparecido pero susceptible de retornar jubiloso, por su lenguaje que comunica un maravilloso deslumbramiento. En suma, revolucionaria —aquí las resonancias de Eliot, Chesterton y Claudel y sobre todo las que provienen del rebuscar en su propio ser poético— por señalar con valentía el secreto cauce que une saludablemente el tiempo con la eternidad.

Como Carpentier y su radical desesperanza al esbozar en *El siglo de las luces* una historia recurrente y reversible; como Cabrera Infante quien en sus *Tres tristes tigres* juega a una literatura doble, a un doble intento de antiliteratura; y como Lezama Lima que dibuja un contorno metafísico y hasta teológico, Julio Ortega se revela como un analista alejado de la estética del materialismo histórico. Lo más distante de la perezosa ignorancia de muchos "críticos" y de las especulaciones inútiles y vanas de otros "ideólogos", por su formación estrictamente contemporánea, Julio Ortega no ofrece el simple relato de una utopía, sino más bien una revolucionaria interpretación de la utopía del relato.

MANUEL MEJÍA VALERA

I N D I C E S

DE

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1976

AÑO XXXV

Vols. CCIV al CCIX

Nos. 1 al 6

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

ABREVIACIONES: N. T., *Nuestro Tiempo*.—H. de N. L., *Hombres de Nuestro Linaje*.—H. de N. E., *Hombres de Nuestra Estirpe*.—A. P., *Aventura del Pensamiento*.—D. entre la R. y la C., *Desacuerdos entre la Religión y la Ciencia*.—P. P., *Presencia del Pasado*.—D. I., *Dimensión Imaginaria*.—El P. Pol., *El Poeta Politico*.—S. de la D., *Suplemento de la Dirección*.

	Núm.	Pág.
Aguilera Gómez, Manuel. <i>El eterno problema de la tierra en México</i> (N. T.)	V	36
Aguilera Malta, Demetrio. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E)	V	63
Anderson Imbert, Enrique. <i>El éxito de Borges</i> (D. I.)	V	199
Andrade Salaverría, Juan Carlos. <i>Reflexiones sobre la teoría del subdesarrollo y la industrialización sustitutiva en América Latina</i> (Primera Parte) (A. del P.)	I	80
— <i>Reflexiones sobre la teoría del subdesarrollo y la industrialización sustitutiva en América Latina</i> (Segunda Parte) (A. del P.)	II	122
Andreis, Daniel de. <i>La inversión extranjera en América Latina en la Postguerra</i> (N. T.)	IV	25
Arana, Nelson G. <i>Notas sobre el libro del Buen Amor y la Sociedad Medieval Española</i> (P. P.)	IV	131
Arciniegas, Germán. <i>América en Italia</i> (P. P.)	IV	151
Beer, Gabriela de. <i>Los cien años de Luis Cabrera: actualidad de su pensamiento revolucionario</i> (H. de N. L.)	VI	80
Bejel, Emilio F. <i>El lenguaje de Groovy de José María Carrascal</i> (D. I.)	VI	222
Bellver, C. G. <i>Rafael Alberti frente al destierro</i> (D. I.)	I	181
Blanco Amor, José. <i>Una visión de la vejez de Jean-Paul Sartre</i> (A. del P.)	III	57
Bueno, Salvador. <i>"La canción del Bongó": sobre la cultura mulata de Cuba</i> (P. P.)	III	89
Cambre Mariño, Jesús. <i>La herencia del franquismo</i> (N. T.)	III	14
Cardona Chacón, Alfredo. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
Cardona Peña, Alfredo. <i>Sabemos que llegarán</i> (D. I.)	IV	193
— <i>Joaquín García Monge en sus cantas</i> (N. T.)	VI	42
Carmona, Fernando. <i>Burguesía e imperialismo, agentes de la des-nacionalización de México</i> (N. T.)	II	71
Cardoza y Aragón, Luis. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
Carrión, Benjamín. <i>¿México dado al Diablo?</i> (N. T.)	III	34
Caso, Alfonso. <i>¿Por qué deben conservarse los restos de una vieja civilización?</i> (A. del P.)	I	44

	Núm. Pág.
Comas, Juan. <i>Fray Bartolomé, La esclavitud y el racismo</i> (P. P.)	II 145
Concha, Jaime. <i>Prisión en Chile</i> (N. T.)	V 56
Córdoba, Luis. <i>Del pesimismo involuntario</i> (P. P.)	II 180
Cossío del Pomar, Felipe. <i>En el arte y la aventura. Pascin</i> (P. P.)	I 136
— <i>En París con Paco Durrio</i> (A. del P.)	VI 156
Cluff, Rusell M. <i>El realismo mágico en los cuentos de Uslar Pietri</i> (D. I.)	I 208
Cuatrecasas, Juan. <i>El final del exilio</i> (N. T.)	IV 60
Cúneo, Dardo. <i>Conversación con Jean Cassou</i> (P. P.)	I 144
Cusminsky de Cendrero, Rosa. <i>El nuevo Sistema Económico Latino Americano</i> (SELA) (N. T.)	IV 15
Chávez, Ignacio. <i>Cultura superior y humanismo</i> (A. del P.)	I 35
Délano, Luis Enrique. <i>Luis Cernuda: La realidad y el deseo</i> (D. I.)	II 240
Duque, Alfredo S. <i>Una pequeña antología de Nicolás Guillén</i> (D. I.)	I 155
Errázuriz, Helena. <i>La mujer en tiempos de Fray Luis de León</i> (P. P.)	II 153
Espadas, Elizabeth. <i>Una novela ejemplar del mundo moderno: "La Terraza" de Ramón J. Sender</i> (D. I.)	VI 206
Fernández Suárez, Alvaro. <i>La burguesía de la desamortización (Biografía de una clase social)</i> (P. P.)	III 107
Ferreiros, Carlos Enrique. <i>El peligro de suscribir tratados con gobiernos de facto</i> (A. del P.)	I 67
Fuente de la, Carmen. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V 63
García, Antonio. <i>La crisis del estado y los problemas del subdesarrollo en América Latina</i> (N. T.)	III 25
García Bacca, Juan David. <i>Heráclito y el indeterminismo</i> (A. del P.)	IV 75
García Canclini, Néstor. <i>Movimientos artísticos y transformaciones sociales en la Argentina (1960-1975): Informe sobre una investigación</i> (N. T.)	VI 24
Garrido, Manuel S. <i>Chile: Dos componentes esenciales del fascismo en la dictadura militar</i> (N. T.)	II 35
Gil Casado, Pablo. <i>Tumulatumba</i> (D. I.)	I 247
— <i>Febrero-Catorce</i> (D. I.)	V 238
Giner de los Ríos, Francisco. <i>De la conquista a la independencia</i> (P. P.)	I 130
Gitli, Eduardo. <i>Uruguay: del fin de la utopía a la dependencia fascista</i> (N. T.)	V 7
Godoy, Gustavo J. <i>Nuevos hallazgos sobre la vida y la obra de Martí</i> (P. P.)	II 186
González, José Luis. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V 63
Guerra-Cunningham, Lucía. <i>El realismo socialista en la novela chilena de la Generación de 1938</i> (D. I.)	VI 190
Guerrero Larrañaga, Enrique. <i>Poemas</i> (D. I.)	II 191
Hamilton, Carlos D. <i>Vicente Huidobro y su obra</i> (D. I.)	V 227
Heliodoro Valle, Rafael. <i>Cartas de Bentham a José del Valle</i> (A. P.)	VI 127
Henestrosa, Andrés. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V 63
Illescas, Carlos. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V 63

	Núm.	Pág.
Larrea, Julio. <i>Las bases económicas de la educación en América Latina</i> (N. T.)	VI	7
Leante, César. <i>Dos obras antiesclavistas cubanas</i> (P. P.)	IV	175
Lida, Raimundo. <i>Santayana y la autonomía de lo estético</i> (A. del P.)	I	55
López Capestany, Pablo. <i>Latencias versus influencias</i> (D. I.)	VI	181
Mansilla, H. C. F. <i>El progreso como posibilidad de regresión e irracionalismo</i> (A. del P.)	V	89
Martínez A., Agustín. <i>Nietzsche: Sentido de una crítica</i> (A. del P.)	VI	101
Martínez de la Vega, Francisco. <i>Franco Muere. ¿Renacimiento Español? En busca de la libertad perdida</i> (N. T.)	I	7
— <i>El imperio arroja las caretas</i> (N. T.)	II	7
— <i>Derechos humanos. Una especialidad de las dictaduras</i> (N. T.)	IV	7
— <i>¿Crisis del sistema mexicano?</i> (N. T.)	V	29
— <i>Luis Cabrera, cátedra en la crítica y política</i> (H. de N. L.)	VI	92
Mead, Robert G. <i>Sarmiento, Martí y los Estados Unidos: Semeranzas y divergencias</i> (A. del P.)	VI	141
Mejía Sánchez, Ernesto. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
Mejía Valera, José. <i>Organización de la sociedad en el Perú Preincaico</i> (P. P.)	I	108
— <i>El hombre y los valores en la filosofía latinoamericana del Siglo XX</i> (A. del P.)	II	135
— <i>El pensamiento económico, social y político de Lázaro Cárdenas</i> (P. P.)	III	155
— <i>Poesía surrealista latinoamericana</i> (D. I.)	V	249
— <i>El día que Hollywood desapareció</i> (D. I.)	VI	251
Monterroso, Augusto. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
Moreno Villa, José. <i>Los Gigantes</i> (D. I.)	I	236
Pacheco, José Emilio. <i>Antigüedades Mexicanas</i> (Tres sonetos) (D. I.)	II	205
— <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
Peniche Vallado, Leopoldo. <i>Izquierda y derecha, signos de definición</i> (N. T.)	I	28
— <i>El otoño del patriarca: Valores novelísticos en desequilibrio</i> (D. I.)	IV	209
— <i>Experiencias fronterizas en la historia hispanoamericana</i> (A. del P.)	VI	172
Phillips, Christian. <i>Apuntes sobre la idea del "Otro"</i> . (A. del P.)	III	65
Rasi, Humberto M. <i>Borges en busca de la patria</i> (D. I.)	IV	202
Rejano, Juan. <i>La tarde</i> (Poemas) (D. I.)	IV	191
Rens, Ivo. <i>El suicidio de Arguedas (Ensayo Psico-Político)</i> (A. del P.)	IV	79
Rocamora, Juan. <i>Del Malleus Maleficarum al mercado común pasando por Carrero Blanco</i> (P. P.)	III	119
Roces, Wenceslao. <i>Amanece en España</i> (N. T.)	IV	66
Rodríguez Alcalá, Hugo. <i>Augusto Roa Bastos y el bilingüismo paraguayo</i> (D. I.)	I	198
Sánchez, Luis Alberto. <i>Gabriel García Márquez (Aracataca 6 de marzo de 1928)</i> (D. I.)	V	213

	Núm.	Pag.
Sánchez Vázquez, Adolfo. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
Sánchez Ventura, Rafael. <i>Flores y jardines del México antiguo y del moderno</i> (P. P.)	I	93
Scari, Robert M. <i>Progreso y tradición en las obras de Sarmiento y Larra</i> (A. del P.)	III	77
Selva de la, Mauricio. <i>Actualidad de Luis Spota</i> (D. I.)	I	225
— <i>Tres poetas revolucionarios. Ecuador, Venezuela, Colombia</i> (D. I.)	II	246
— <i>Guerra Perpetua</i> (N. T.)	III	48
— <i>Jorge Carrera Andrade (Obra poética completa)</i> (D. I.)	IV	251
— <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
— <i>Libros</i> (D. I.)	VI	241
Semprum de Donahue, Moraima. <i>Una interpretación de símbolos de García Márquez: el oro y lo amarillo</i> (D. I.)	II	226
Serrano Poncela, Segundo. <i>La creación imaginaria (un intento de análisis crítico)</i> (A. del P.)	V	106
Suárez Argüello, Roberto. <i>Los estilos literarios de Valle Inclán</i> (D. I.)	IV	224
Subercauseaux S., Bernardo. <i>Gabriela Mistral: espiritualismo y canciones de cuna</i> (D. I.)	II	208
Silva Herzog, Jesús. <i>Dos ensayos latinoamericanos</i> (N. T.)	I	14
— <i>Narciso Bassols, un mexicano ejemplar</i> (H. de N. L.)	II	79
— <i>Opiniones heterodoxas sobre la Revolución Mexicana</i> . (N. T.)	III	7
— <i>"México y los Economistas"</i> (S. de la D.)	IV	267
— <i>Desacuerdos entre la religión y la ciencia</i> . (D. entre la R. y la C.)	V	127
— <i>El licenciado Luis Cabrera, el político Blas Urrea y el literato Lucas Ribera</i> (H. de N. L.)	VI	63
Torriente de la, Loló. <i>Raíz y flor en palabras de Fidel</i> (N. T.)	II	59
Turner, José. <i>Homenaje a Juan Rejano</i> (H. de N. E.)	V	63
Van Rest, Monika. <i>"Cuerpo presente", cuento existencialista de Sergio Pitó</i> (D. I.)	VI	237
Villa Rojas, Alfonso. <i>Recordación de un ilustre mexicano</i> (P. P.)	III	129
Xirau, Joaquín. <i>El arte y la vida</i> (A. del P.)	II	103
Yáñez, Agustín. <i>Adán en Valle de lágrimas o el original pecado</i> (D. I.)	IV	237
Zardoya, Concha. <i>El poeta político</i> (El P. Pol.)	III	139
Ziomek, Henryk. <i>Polonia, Rusia y Suecia en "La vida es sueño"</i> . <i>Lópe de Vega y Calderón de la Barca</i> (P. P.)	II	161

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Núm.	Pág.
Francisco Martínez de la Vega. <i>Franco muere ¿Renacimiento Español? En busca de la libertad perdida</i>	I	7
Jesús Silva Herzog. <i>Dos ensayos latinoamericanos</i>	I	14
Leopoldo Peniche Vallado. <i>Izquierda y derecha, signos de definición</i>	I	28
Francisco Martínez de la Vega. <i>El imperio arroja las caretas</i>	II	7
Jesús Cambre Mariño. <i>La herencia del franquismo</i>	II	14
Manuel S. Garrido. <i>Chile: Dos componentes esenciales del fascismo en la dictadura militar</i>	II	35
Loló de la Torriente. <i>Ruiz y flor en palabras de Fidel</i>	II	59
Jesús Silva Herzog. <i>Opiniones heterodoxas sobre la Revolución Mexicana</i>	III	7
Antonio García. <i>La crisis del estado y los problemas del subdesarrollo en América Latina</i>	III	25
Benjamín Carrión. <i>¿México dado al Diablo?</i>	III	34
Francisco Martínez de la Vega. <i>Derechos humanos. Una especialidad de las dictaduras</i>	IV	7
Rosa Cusminsky de Cendrero. <i>El nuevo Sistema Económico Latino Americano (SELA)</i>	IV	15
Daniel de Andreis. <i>La inversión extranjera en América Latina en la Postguerra</i>	IV	25
Juan Cuatrecasas. <i>El final del exilio</i>	IV	60
Wenceslao Roces. <i>Amanece en España</i>	IV	66
Eduardo Gitli. <i>Uruguay: del fin de la utopía a la dependencia fascista</i>	V	7
Francisco Martínez de la Vega. <i>¿Crisis del sistema mexicano?</i>	V	29
Manuel Aguilera Gómez. <i>El eterno problema de la tierra en México</i>	V	36
Julio Larrea. <i>Las bases económicas de la educación en América Latina</i>	VI	7
Néstor García Canclini. <i>Movimientos artísticos y transformaciones sociales en la Argentina (1960-1975): Informe sobre una investigación</i>	VI	24
Alfredo Cardona Peña. <i>Joaquín García Monge en sus cartas</i>	VI	42

Notas

<i>Burguesía e imperialismo, agentes de la desnacionalización de México</i> , por Fernando Carmona	II	71
<i>Guerra Perpetua</i> , por Mauricio de la Selva	III	48
<i>Prisión en Chile</i> , por Jaime Concha	V	56

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

	Núm.	Pág.
Jesús Silva Herzog. <i>Narciso Bassols, un mexicano ejemplar</i> . . .	II	79
Jesús Silva Herzog. <i>El licenciado Luis Cabrera, el político Blas Urrera y el literato Lucas Ribera</i> . . .	VI	63
Gabriela de Beer. <i>Los cien años de Luis Cabrera: actualidad de su pensamiento revolucionario</i> . . .	VI	80
Francisco Martínez de la Vega. <i>Luis Cabrera, cátedra en la crítica política</i> . . .	VI	92

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

Aguilera Malta, Demetrio; Cardona Chacón, Alfredo; Cardoza y Aragón, Luis; Fuente de la, Carmen; González, José Luis; Henestrosa, Andrés; Illescas, Carlos; Mejía Sánchez, Ernesto; Monterroso, Augusto; Pacheco, José Emilio; Sánchez Vázquez, Adolfo; Selva de la, Mauricio; Turner, Jorge, <i>Homenaje a Juan Rejano</i> . . .	V	63
---	---	----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ignacio Chávez. <i>Cultura superior y humanismo</i> . . .	I	35
Alfonso Caso. <i>¿Por qué deben conservarse los restos de una vieja civilización?</i> . . .	I	44
Raimundo Lida. <i>Santayana y la autonomía de lo estético</i> . . .	I	55
Carlos Enrique Ferreyros. <i>El peligro de suscribir tratados con gobiernos de facto</i> . . .	I	67
Juan Carlos Andrade Salaverría. <i>Reflexiones sobre la teoría del subdesarrollo y la industrialización sustitutiva en América Latina. I Parte</i> . . .	I	80
Joaquín Xirau. <i>El arte y la vida</i> . . .	II	103
Juan Carlos Andrade Salaverría. <i>Reflexiones sobre la teoría del subdesarrollo y la industrialización sustitutiva en América Latina II Parte</i> . . .	II	122
Manuel Mejía Valera. <i>El hombre y los valores en la filosofía latinoamericana del Siglo XX</i> . . .	II	135
José Blanco Amor. <i>Una visión de la vejez de Jean Paul Sartre</i> . . .	III	57
Christian Phillips. <i>Apuntes sobre la idea del "Otro"</i> . . .	III	65
Robert M. Scari. <i>Progreso y tradición en las obras de Sarmiento y Larra</i> . . .	III	77
Juan David García Bacca. <i>Heráclito y el indeterminismo</i> . . .	IV	75
Ivo Rens. <i>El suicidio de Arguedas (Ensayo Psico-Político)</i> . . .	IV	79
H. C. F., Mansilla. <i>El progreso como posibilidad de regresión e irracionalismo</i> . . .	V	89
Segundo Serrano Ponce. <i>La creación imaginaria (un intento de análisis crítico)</i> . . .	V	106
Agustín Martínez A. <i>Nietzsche: Sentido de una crítica</i> . . .	VI	101

DESACUERDOS ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA

Jesús Silva Herzog. <i>Desacuerdos entre la religión y la ciencia</i> . . .	V	127
---	---	-----

PRESENCIA DEL PASADO

	Núm. Pág.
Rafael Sánchez Ventura. <i>Flores y jardines del México antiguo y del moderno</i>	I 93
José Mejía Valera. <i>Organización de la sociedad en el Perú preincaico</i>	I 108
Francisco Giner de los Ríos. <i>De la conquista a la independencia</i>	I 130
Felipe Cossío del Pomar. <i>En el arte y la aventura. Pascin</i>	I 136
Dardo Cúneo. <i>Conversación con Jean Cassou</i>	I 144
Juan Comas. <i>Pray Bartolomé, La esclavitud y el racismo</i>	II 145
Helena Errázuriz. <i>La Mujer en tiempos de Fray Luis de León</i>	II 153
Henry Ziomek. <i>Polonia, Rusia y Suecia en "La vida es sueño"</i> . <i>Lope de Vega y Calderón de la Barca</i>	II 161
Salvador Bueno. <i>La canción del Bongó: sobre la cultura mulata de Cuba</i>	III 89
Alvaro Fernández Suárez. <i>La burguesía de la desamortización (Biografía de una clase social)</i>	III 107
Juan Rocamora. <i>Del Malleus Maleficarum al mercado común pasando por Carrero Blanco</i>	III 119
Nelson G. Arana. <i>Notas sobre el libro del Buen Amor y la Sociedad Medieval Española</i>	IV 131
Germán Arciniegas. <i>América en Italia</i>	IV 151
César Leante. <i>Dos obras antiesclavistas cubanas</i>	IV 175

Notas

<i>Del pesimismo involuntario</i> , por Luis Córdova	II 180
<i>Nuevos hallazgos sobre la vida y obra de Martí</i> , por Gustavo J. Godoy	II 186
<i>Recordación de un ilustre mexicano</i> , por Alfonso Villa Rojas	III 129
<i>El pensamiento económico, social y político de Lázaro Cárdenas</i> , por Manuel Mejía Valera	III 135
<i>Experiencias fronterizas en la historia hispanoamericana</i> , por Leopoldo Peniche Vallado	VI 172

DIMENSION IMAGINARIA

Alfredo S. Duque. <i>Una pequeña antología de Nicolás Guillén</i>	I 155
C. G. Bellver. <i>Rafael Alberti frente al destierro</i>	I 181
Hugo Rodríguez Alcalá. <i>Augusto Roa Bastos y el bilingüismo paraguayo</i>	I 198
Russell M. Cluff. <i>El realismo mágico en los cuentos de Uslar Pietri</i>	I 208
Mauricio de la Selva. <i>Actualidad de Luis Spota</i>	I 225
José Moreno Villa. <i>Los Gigantes</i>	I 236
Pablo Gil Casado. <i>Tumulatumba</i>	I 247
Enrique Guerrero Larrañaga. <i>Poemas</i>	II 191
José Emilio Pacheco. <i>Antigüedades Mexicanas (Tres sonetos)</i>	II 205
Bernardo Subercauseaux S. <i>Gabriela Mistral: espiritualismo y canciones de cuna</i>	II 208

	Núm.	Pág.
Moraima Semprum de Donahue. <i>Una interpretación de símbolos de García Márquez: el oro y lo amarillo</i>	II	226
Juan Rejano. <i>La tarde</i> (poemas)	IV	191
Alfredo Cardona Peña. <i>Sabemos que llegarán</i>	IV	193
Humberto M. Rasi. <i>Borges en busca de la patria</i>	IV	202
Leopoldo Peniche Vallado. <i>El otoño del patriarca: Valores novelísticos en desequilibrio</i>	IV	209
Roberto Suárez Argiuello. <i>Los estilos literarios de Valle Inclán</i>	IV	224
Agustín Yáñez. <i>Adán en Valle de lágrimas o el original pecado</i>	IV	237
Mauricio de la Selva. <i>Jorge Carrera Andrade (Obra poética completa)</i>	IV	251
Enrique Anderson Imbert. <i>El éxito de Borges</i>	V	199
Luis Alberto Sánchez. <i>Gabriel García Márquez (Aracataca 6 de marzo de 1928)</i>	V	213
Carlos D. Hamilton. <i>Vicente Huidobro y su obra</i>	V	227
Pablo Gil Casado. <i>Febrero-Catorce</i>	V	238
Pablo López Capetany. <i>Latencias versus influencias</i>	VI	181
Lucía Guerra-Cunningham. <i>El realismo socialista en la novela chilena de la Generación de 1938</i>	VI	190
Elizabeth Espadas. <i>Una novela ejemplar del mundo moderno: "La terraza" de Ramón J. Sender</i>	VI	206
Emilio F. Bejel. <i>El lenguaje de Groovy de José María Carrascal</i>	VI	222

Notas

Luis Cernuda. <i>La realidad y el deseo</i> , por Luis Enrique Délano	II	240
<i>Tres poetas revolucionarios. Ecuador, Venezuela, Colombia</i> , por Mauricio de la Selva	II	246
<i>Poesía surrealista latinoamericana</i> , por Manuel Mejía Valera	V	249
" <i>Cuerpo presente</i> ", cuento existencialista de Sergio Pitlor, por Monika Van Rest	VI	237
<i>Libros</i> , por Mauricio de la Selva	VI	241
<i>El día que Hollywood desapareció</i> , por Manuel Mejía Valera	VI	251

EL POETA POLITICO

Concha Zardoya. <i>El poeta político (En torno a España)</i>	III	139
--	-----	-----

SUPLEMENTO DE LA DIRECCION

Jesús Silva Herzog. <i>México y los Economistas</i>	IV	267
---	----	-----

**Se terminó la impresión de este libro
el día 7 de enero de 1977 en
los talleres de la Editorial Libros
de México, S. A., Av. Coyoacán
1035, México 12, D. F. Se impri-
mieron 1 750 ejemplares.**

Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu (I y II), por Juan Larrea .	12.00	0.60
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	6.00	0.30
Lluvia y Fuego, por Tomás Bledsoe	12.00	0.60
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña	12.00	0.60
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez		
Acosta	18.00	0.90
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes	18.00	0.90
Aretino, Azote de Príncipes, por Felipe Cossio del		
Pomar	18.00	0.90
Otro Mundo, por Luis Suárez	12.00	0.60
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón .	18.00	0.90
Razón de Ser, por Juan Larrea	12.00	0.60
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Ale-		
gría	6.00	0.30
La Espada de la Paloma, por Juan Larrea	18.00	0.90
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples		
Arce	18.00	0.90
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas,		
por Luis Sánchez Pontón	18.00	0.90
La Exposición, por Rodolfo Usigli	18.00	0.90
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos		
de América del Norte 1900-1950, por Frederic		
H. Young	12.00	0.60
El Drama de América Latina. El Caso de México,		
por Fernando Carmona	30.00	1.50
Marzo de Labriego, por José Tiquet	12.00	0.60
Pastoral, por Sara de Ibáñez	6.00	0.30
Una Revolución Auténtica en nuestra América,		
por Alfredo L. Palacios	4.00	0.20
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas	40.00	2.00
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero	18.00	0.90
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx,		
Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog	25.00	1.20
Indíces de "Cuadernos Americanos", por Materias		
y Autores, 1942-1971	180.00	9.00

PRECIO DE LA SUSCRIPCION DE LA REVISTA:

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros Continentes		18.25

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO:

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros Continentes		3.65

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

N U E S T R O T I E M P O

- Alvaro Fernández Suárez* La estrategia de la oposición española en la era postfranquista.
- Francisco Martínez de la Vega* El sistema mexicano sobrevive.
- Jesús Silva Herzog* Francis Bacon y la investigación científica
- Julio Larrea* La política económica y la democracia en la educación.
- Francisco Noyola Vázquez* La sociedad económica moderna.
- Manuel S. Garrido* Tragedia y revolución en André Malraux.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Risieri Frondizi* Significado de la libertad.
- Néstor García Canclini* La estética de Octavio Paz: El conflicto del erotismo con la historia.
- Francis Donabue* Política y estética: El teatro épico.
- John M. Kirk* El aprendizaje de Martí revolucionario: una aproximación psico-histórica.
- Gregorio Weinberg* Hacia una "planetarización" de la historia.

PRESENCIA DEL PASADO

- Mario Florián* La épica inkaika.
- Luis Alberto Sánchez* Amauta: su proyección y su circunstancia.
- Cintio Vitier* Una fuente venezolana de José Martí.
- François Chevalier* El modelo mexicano de revolución.
- Manuel Maples Arce* Alegría y queja de Panamá.

DIMENSION IMAGINARIA

- Benjamin Carrión* Saúl Below, Premio Nobel de Literatura 1976.
- Rubén Landa* Mis recuerdos de don Antonio Machado.
- Hugo Rodríguez Alcalá* En el cincuentenario de las "orientaciones" de Don Pedro.
- Márgara Russotto* Realismo, lenguaje y significado: reflexiones sobre un cuento de Re-vueltas.

Antología crítica de la prosa modernista hispano-americana,
NOTA por ROSARIO REXACH.

Relato de la Utopía, NOTA por MANUEL MEJIA VALERA.

INDICE GENERAL DEL AÑO 1976